



HISTORIA

EDICIÓN ESPECIAL



GRECIA CLÁSICA

LA EDAD DE ORO DE LA CULTURA HELÉNICA

HISTORIA



NATIONAL
GEOGRAPHIC



HISTORIA

LA GRECIA CLÁSICA



NATIONAL GEOGRAPHIC







SUMARIO

PRESENTACIÓN	11
EL ALBA DE LA DEMOCRACIA	12
<i>Dossier: Los tribunales y la política atenienses</i>	32
LA IDENTIDAD HELÉNICA	38
<i>Dossier: La Acrópolis y el Partenón</i>	58
LAS GUERRAS MÉDICAS	66
LA <i>POLIS</i> EN LA ÉPOCA CLÁSICA	88
<i>Dossier: Teatro, democracia y sociedad</i>	114
LA HEGEMONÍA ATENIENSE	122
<i>Dossier: Mujer y sociedad en la Grecia clásica</i>	142
APÉNDICES	148
<i>Grecia en el siglo V a.C.</i>	150
<i>Cronología comparada: Grecia clásica, Roma e Italia,</i> <i>Otras civilizaciones</i>	152
<i>Bibliografía selecta</i>	154
<i>Índice analítico</i>	155

EN LA PÁGINA 2. Imagen de Afrodita, conocida como Venus de Milo, obra del siglo II a.C., inspirada en los cánones del período clásico (Museo del Louvre, París). **EN LAS PÁGINAS 4 Y 5.** Aquiles y Áyax jugando a los dados, obra maestra de Exequias realizada h. 550-530 a.C. (Museos Vaticanos, Roma). **EN LA PÁGINA CONTIGUA.** Niké atándose la sandalia, relieve del Partenón de Atenas realizado hacia los años 420-410 a.C. (Museo de la Acrópolis, Atenas).





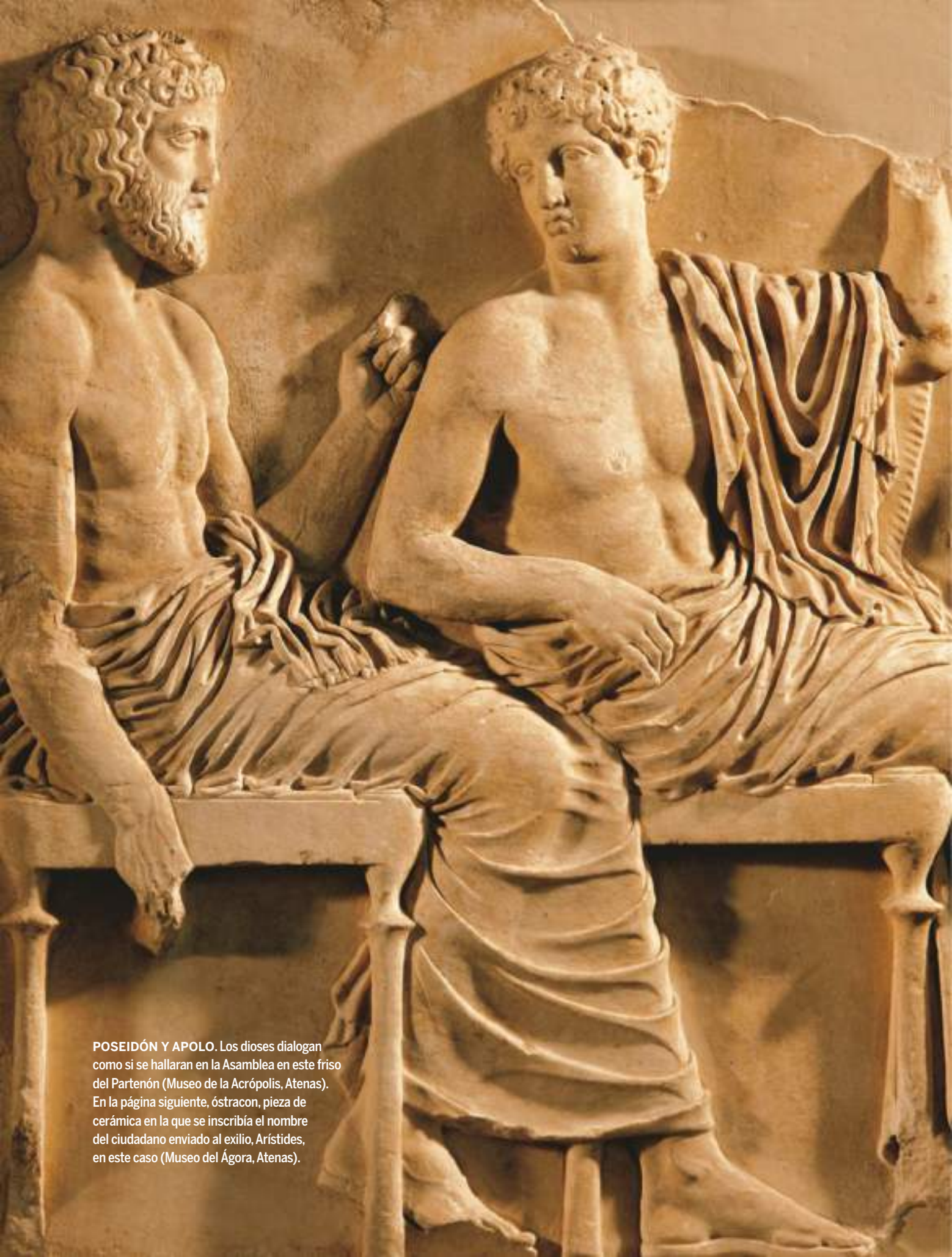


PRESENTACIÓN

En el período de la historia de Grecia que denominamos «clásico» (siglo v a.C.) —término que procede de la arqueología y la historia del arte— se produjeron obras imperecederas de la escultura y la literatura, como la *Atenea* de Fidias o el *Edipo Rey* de Sófocles; se crearon nociones políticas y filosóficas fundamentales, como la democracia o la filantropía, y surgieron valores del humanismo cívico y ético que aún hoy sostienen las bases de nuestra cultura. En el devenir histórico de Grecia reconocemos el brillante origen de nuestra civilización, así como la génesis de un sistema de conocimientos científicos que abarcan las ciencias naturales, sociales y humanas. Fue durante esta época cuando se forjaron los cimientos del método de representación política participativa que hoy ensalzamos como la mejor forma —o la peor, exceptuando todas las demás, según la conocida cita de Churchill— de gobernarse y convivir con otros seres humanos. No es casualidad que en este período se asentaran los cánones de la estética clásica, las bases del pensamiento lógico y racional, la ética social para la convivencia y la resolución de conflictos, el derecho y la justicia equitativa, los géneros literarios —desde la historiografía hasta el teatro—, los principios del método científico y, en definitiva, el modelo de ciudadano que marcará indeleblemente al individuo de la civilización occidental.

«Todos somos griegos», escribió el poeta P. B. Shelley en la Inglaterra del siglo xix. Y todos seguimos siéndolo a día de hoy, en la era de las nuevas tecnologías. Del estudio de la historia de la Grecia clásica se desprende precisamente la sensación inconfundible de que el mundo moderno, pese a sus incesantes avances, sigue basado en una idea del ciudadano que procede directamente de la ilustración ateniense; de que a pesar del tiempo transcurrido, seguimos mirándonos en un espejo griego y reconociéndonos en él sin sorpresa, con una familiaridad asombrosa. El protagonismo del individuo frente al colectivo, la razón humanista como guía para el conocimiento y la búsqueda de la verdad, la racionalidad investigadora de la historia frente al discurso mítico, la fuerza del diálogo humano para la resolución de las diferencias políticas y sociales, todo ello nos lleva a la Grecia clásica.

EN LAS PÁGINAS 8 Y 9. Ruinas del templo de Afaya en la isla griega de Egina, que fue construido hacia finales del siglo vi a.C. o principios del v a.C. **EN LA PÁGINA CONTIGUA.** Dios del cabo Artemisio (detalle), escultura de bronce de mediados del siglo v a.C. dedicada a Poseidón o Zeus (Museo Arqueológico Nacional, Atenas).



POSEIDÓN Y APOLO. Los dioses dialogan como si se hallaran en la Asamblea en este friso del Partenón (Museo de la Acrópolis, Atenas). En la página siguiente, óstracon, pieza de cerámica en la que se inscribía el nombre del ciudadano enviado al exilio, Aristides, en este caso (Museo del Ágora, Atenas).



EL ALBA DE LA DEMOCRACIA

En el siglo V a.C., Grecia vivió una época de esplendor que tuvo una indudable protagonista: Atenas. La *polis* ática se convirtió en un centro aglutinador de numerosos progresos e innovaciones en los más diversos campos, como la literatura, la arquitectura o la ingeniería naval. Y fue entonces cuando la ciudad aplicó con éxito un complejo sistema político, la democracia, que concedía igualdad ante la ley a todos sus ciudadanos.

El siglo V a.C., enmarcado al inicio por la revuelta jonia (500 a.C.) y en su fase final por la conclusión de la guerra del Peloponeso (404 a.C.), es la era dorada de Atenas. Durante este período —simbolizado acaso estéticamente por monumentos como el Partenón o las tragedias de Sófocles— se determina para siempre la arquitectura cultural y política del mundo occidental. El enfrentamiento de las relativamente pequeñas ciudades griegas, gobernadas de manera dispar y bajo la égida de la Atenas democrática y la Esparta oligárquica, con la descomunal autocracia persa ha devenido un símbolo de la lucha por las libertades del individuo y

la racionalidad frente a las pretensiones de dominio despótico. Las consecuencias de las guerras médicas, la creación del imperio naval ateniense, la consolidación del sistema democrático y la encarnizada pugna que se desata posteriormente por la hegemonía en Grecia son las características políticas más destacadas de este fascinante período de la historia.

El esplendor de Atenas transcurre entre dos figuras emblemáticas que contribuyeron de forma significativa a su prestigio posterior: Clístenes, prócer espiritual de la democracia ática, y Pericles, el gobernante cuyo nombre se ha convertido con justicia en sinónimo del período clásico.

FECHAS CLAVE DE LA DEMOCRACIA EN ATENAS

594 a.C.

Solón es elegido arconte.

Sus reformas legislativas igualitarias fueron el primer paso hacia el futuro régimen democrático.

H. 510-507 a.C.

Inicio de la democracia. El derrocamiento del tirano Hipias abrió las puertas para que las reformas democráticas de Clístenes se pudieran aplicar en la *polis* hacia el año 507 a.C.

462 a.C.

Limitación de los privilegios. Efialtes aprobó una ley contra la concentración de poder de los aristócratas en el Areópago.

461-429 a.C.

Gobierno de Pericles. Bajo la égida de este estadista, la democracia ateniense alcanzó su punto álgido política y económicamente.

404-403 a.C.

Gobierno de los Treinta Tiranos. La instauración de este régimen oligárquico eliminó la democracia ateniense durante un año.

322 a.C.

Fin de la democracia. En una Grecia dominada por Macedonia, la democracia ateniense fue sustituida por una timocracia.

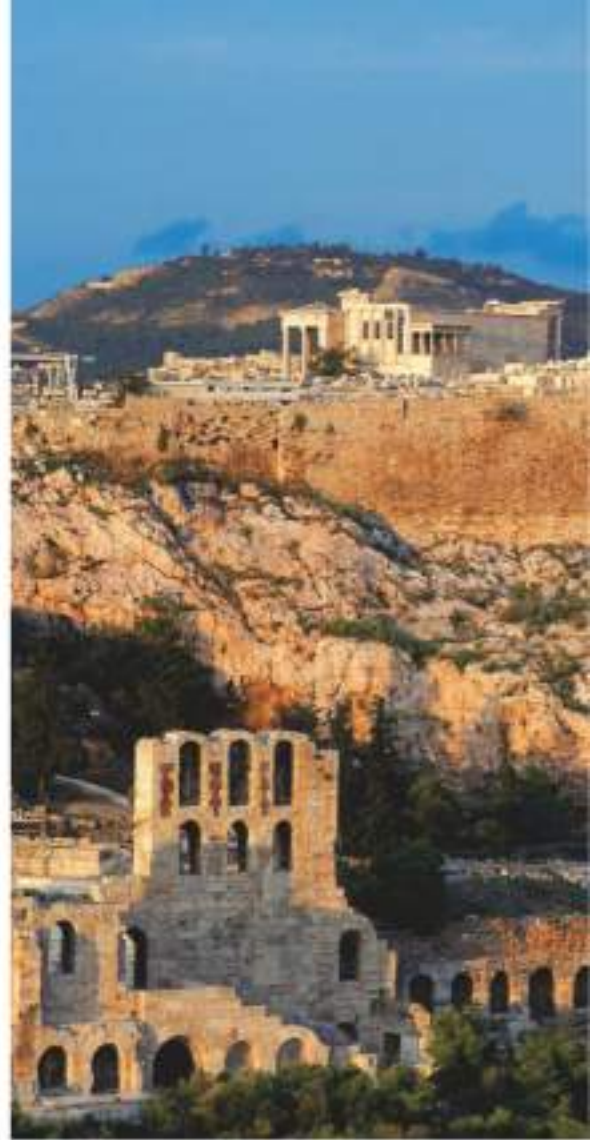
A raíz de las profundas transformaciones económicas, políticas y sociales que agitaban intensamente el mundo griego y, en concreto, a causa del desarrollo imparable de la *polis* ateniense, se produjo un auge cultural sin precedentes, responsable de creaciones excepcionales y modélicas en las artes, las letras y las ciencias.

El siglo de Atenas

Atenas se erigió en el siglo V a.C. en el principal centro de recepción y de difusión del saber helénico, cuyos máximos representantes no fueron exclusivamente atenienses, sino personajes procedentes de todos los confines de la Hélade.

Los logros de la arquitectura y las artes plásticas convirtieron en poco tiempo la Acrópolis de Atenas en un excepcional conjunto monumental, reflejo propagandístico del sistema de valores democráticos. Ictino y Calícrates construyeron el Partenón (447-438 a.C.), que fue adornado por Fidias con una magnífica estatua de la diosa Atenea Parthenos. Poco después se erigieron los Propileos (437-432 a.C.), el Erecteion (408 a.C.) y el templo de Niké (406 a.C.). En las artes escénicas sobresalieron Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes. En el ámbito de la filosofía y la retórica aparecieron los sofistas, maestros del debate público y de la teoría política, los primeros pedagogos de la historia occidental. Frente a las explicaciones tradicionales de la religión y el mito (*mythos*), la civilización griega progresó apoyada en un *lógos* objetivo (razón, razonamiento, palabra coherente, cálculo, texto escrito, etc.) o «común», en palabras de Heráclito. La razón griega avanzó sobre la base del lenguaje y el diálogo, del que era gran maestro el ateniense Sócrates, y también del pensamiento abstracto, que se constata, por ejemplo, en la pasión por las matemáticas, la física, la metafísica y la geometría, disciplinas impartidas en la Academia platónica.

Una figura muy controvertida de la intelectualidad ateniense de esta época fue, precisamente, el gran filósofo Sócrates, maestro de la dialéctica que, a través de sus insistentes preguntas sobre el ser y la virtud, suscitó la pasión por el debate filosófico pero también la incompreensión de la mayoría de sus conciudadanos, lo que a la postre le llevó a su célebre condena a muerte (399 a.C.). Sobre su controvertida personalidad y su quehacer nos informan sus discípulos Platón y Jenofonte, que han dejado una semblanza impresionante del gran pensador ateniense. El primero y más famoso de sus alumnos, Platón, cambió para siempre, con su versión de Sócrates y de su método dialéctico, la historia de la filosofía de Occidente. Según una conocida cita de Whitehead, toda la filosofía posterior no es sino notas a pie de página a Platón.



Platón también refleja, desde su escepticismo hacia el sistema político ateniense —que comparte con el otro discípulo de Sócrates, Jenofonte—, el profundo debate ideológico que se generó en la Atenas de la época. El discurso político promovido primero por los sofistas y desarrollado luego en las distintas escuelas filosóficas (Isócrates, Platón, Aristóteles) trató de diseñar las bases del Estado ideal y no ahorró críticas a la democracia. En este ambiente intelectual se generó la teoría política, la discusión sobre la constitución idónea, las ideas sobre el gobierno de la ciudad y la validez del sistema de valores ciudadanos.

Al mismo tiempo, el siglo de Atenas, gracias a esta nueva toma de conciencia del presente, vio nacer el género de la historiografía merced al ímpetu investigador de Heródoto de Halicarnaso, cronista de las guerras médicas, que se implicó profundamente en los debates políticos que se produjeron en su entorno ateniense. El «padre de la historia», como lo denominó Cicerón, inauguró la pasión por el análisis sistemático del pasado como registro de modelos de actuación capaces



de influir en el presente y en el futuro. La capacidad crítica de su sucesor Tucídides, autor de la *Historia de la guerra del Peloponeso*, que estableció un nuevo punto de convergencia con respecto a las exigencias metodológicas del historiador, pasó a ser una referencia indispensable en la posteridad. Jenofonte, el último miembro de la terna de historiadores clásicos, cierra la perspectiva sobre este siglo con sus agudos comentarios históricos en las *Helénicas* y sus relatos de acento épico acerca de los últimos años de la guerra del Peloponeso, cuando ya es palpable la decadencia política de Atenas.

El vocabulario cultural, político y científico de nuestra civilización es un fiel heredero de esta época dorada, lo que se constata en los muchos helenismos todavía presentes en las lenguas modernas que pueblan los más diversos ámbitos semánticos de la política, las artes, las ciencias y la religión. Los usos de muchas de estas palabras griegas, como la propia «democracia», atestiguan no sólo el enorme legado clásico, sino también la transformación de cada concepto a lo

largo de los siglos y la reflexión sobre la evolución de su significado con respecto a su valor original. Si la democracia antigua surgió en una *polis* muy distinta de nuestros actuales modelos de vida y de Estado, la antigua *paideia* griega —a la vez, educación integral y cultura de índole humanística y amplios horizontes— difiere también radicalmente de la educación moderna, centrada principalmente en la especialización.

Democracia y cultura, en fin, se amalgamaron inseparablemente, diseñando nuevos espacios intelectuales, multiplicando sus respectivos campos de acción y generando precedentes que alcanzaron una permanencia secular. De todos los sucesos de la historia de la Grecia clásica, la implantación del sistema democrático en Atenas es, sin duda alguna, el que más impacto ha tenido y el que mayor interés viene suscitando desde la Antigüedad hasta nuestros días.

El legado de la Grecia clásica forma aún parte de nuestro mundo cotidiano e intelectual y ha sido transformado y adaptado en cada época, en reinterpretaciones muy diversas, lo cual es prue-

LA ACRÓPOLIS DE ATENAS.

Ya en la época arcaica, la Acrópolis era el centro de la vida política ateniense, además de un refugio defensivo en caso de invasión. A partir del siglo VI a.C., comenzaron a construirse allí templos y a erigirse estatuas que celebraban los éxitos de la ciudad. Pero fue en el siglo V a.C., bajo el gobierno de Pericles, cuando la Acrópolis se convirtió en el orgullo de Atenas.

Las primeras codificaciones legales de Grecia: el Código de Gortina

En Gortina, una localidad del sur de la isla de Creta, se encontró a finales del siglo XIX una compilación legal que hasta el momento pasa por ser la más extensa que se conserva de la Grecia antigua. Su importancia como texto jurídico es incalculable, puesto que refleja la voluntad griega de regular los asuntos civiles, algo sin precedentes, y significa un punto de partida que marca la historia del derecho occidental.

El Código de Gortina es un texto incompleto tallado en una docena de tablillas de piedra. Se trata de un conjunto de leyes muy heterogéneo, escrito a partir de mediados del siglo V a.C., que recoge normas tanto contemporáneas a su redacción como de épocas más antiguas, incluso anteriores al ateniense Solón. Esta serie de leyes germinaron y se desarrollaron en una sociedad bastante avanzada que exigía preceptos relativamente complejos, adscritos al derecho civil. Así, en este documento epigráfico se encuentran

textos que regulan la propiedad y el derecho hereditario, así como otros que establecen un marco legal para el matrimonio, el divorcio, la ascendencia sobre los hijos y la adopción. En la imagen, un fragmento del Código de Gortina que corresponde a la columna XI y cuyo contenido se centra en la legislación relativa a la herencia (Museo del Louvre, París).



ba de su vigencia indiscutible. De la misma manera, la propia actitud crítica ante el pasado representa ya por sí misma una herencia griega. La búsqueda constante de la verdad (*aletheia*) fue un anhelo incesante para los griegos de la época clásica en lo que supone una de las mayores conquistas espirituales de la humanidad.

Solón y las reformas del siglo VI a.C.

Ya en la Antigüedad existía división de opiniones a la hora de atribuir la paternidad de la constitución democrática ateniense. Para unos fue Solón (h. 638-558 a.C.) el gran impulsor del sistema, pues se veía en él al creador de un entramado timocrático que, al basar la representación social y el ejercicio del poder en elementos materiales, contribuyó decisivamente a quebrantar el monopolio de la aristocracia de nacimiento. Así se preludiaba la apertura de la *polis* a todos los miembros de los sectores sociales que, por su situación económica y sus actividades, resultaban capaces de intervenir en la gestión de los asuntos públicos. Sus iniciativas legislativas contribuyeron en

gran manera a unificar una ciudadanía en crisis, fortaleciendo sus vínculos de identidad. A través de la plataforma constitucional consensuada que implantó el legendario estadista ateniense, se generó un eficaz organismo político abierto a corrientes reformistas y, al mismo tiempo, capaz de integrar a la aristocracia, el grupo social que seguía marcando la pauta en el sistema de responsabilidad colectiva.

De hecho, la historia del surgimiento de la democracia ateniense supone un largo camino jalonado de iniciativas políticas que trataron de solventar las profundas tensiones sociales del siglo VI a.C. De este modo, el origen del nuevo régimen político se remonta a las pioneras medidas constitucionales de Solón, mientras que los fundamentos de las ideas de libertad se fraguaron en época del tirano Pisístrato y sus hijos, y culminaron con las reformas de Clístenes.

En el proceso de formación de la *polis* clásica, el equilibrio social se vio a menudo alterado por convulsiones socioeconómicas, relacionadas con la redistribución de la tierra y las desigualdades entre los miembros de la misma comunidad. También incidió en este proceso el anhelo de participación política de nuevas clases enriquecidas por el comercio de ultramar, las cuales invirtieron sus ganancias en propiedades fundiarias. Para aliviar los conflictos sociales que se daban en la mayoría de las ciudades helenas, se pusieron en práctica una serie de medidas, desde la sustitución violenta de los Estados aristocráticos u oligárquicos por tiranías hasta el exilio masivo de sectores enteros de la sociedad, hecho que constituye un fenómeno tan significativo en el Mediterráneo antiguo como la colonización en busca de nuevos asentamientos.

En Atenas la agitación social presentaba un trasfondo triangular, cuyo primer vértice estaba protagonizado por la lucha por la tierra y por la representación de la ciudadanía en las magistraturas; el segundo vértice correspondía a la rivalidad entre las nuevas clases urbanas y las clases rurales, y el tercero, a los arraigados conflictos entre familias aristocráticas, los Eupátridas, que dominaban todas las instancias del poder político. Estas graves tensiones sociales llevaron, a principios del siglo VI a.C., a un primer intento de reforma con el nombramiento de Solón como legislador (*nomothetes*) y mediador (*diallaktes*) entre los diversos grupos enfrentados. La figura de Solón, que aunaba la sabiduría política y poética tradicional, pues era a la vez autor lírico y uno de los célebres Siete Sabios de Grecia, supuso un primer intento de atender las reclamaciones de las clases populares, preservando a la vez ciertos privilegios de las clases aristocráticas. Se trataba de evitar a toda costa la dañina *stasis*, la confron-



tación social y ciudadana que podía derivar en una sangrienta guerra civil.

La constitución timocrática de Solón implicaba importantes reformas socioeconómicas y constitucionales. En cuanto a las primeras, Solón dividió a los ciudadanos en cuatro estratos productivos según su propiedad y renta, y centró la reordenación de la justicia social en una cancelación de las deudas, la llamada *seisachtheia*. Ésta supuso un alivio económico inmediato para el sector de población más oprimido del Ática, al disminuir la presión judicial y abolir la esclavitud por deudas. En segundo lugar, reformó la estructura de las magistraturas del Estado, que debían rendir cuentas de su gestión a la Asamblea de los ciudadanos (*Ekklesia*), en la que predominaban las clases medias. En la práctica se otorgaba a todos los ciudadanos griegos el derecho a participar en la Asamblea y a formar parte del tribunal de la *Heliaia*. También se establecía el Consejo (*Boulé*), una agrupación más restringida y formada por cuatrocientos hombres, cien de cada clase censitaria. Por último, el Areópago, heredero del anti-

guo consejo real, era un colegio de nobles que constituía el bastión de la aristocracia ateniense y funcionaba como una suerte de tribunal constitucional. En definitiva, en la época de Solón, los Eupátridas seguían conservando las magistraturas más importantes y el Consejo, pero se dio acceso a la clase popular a la Asamblea y los tribunales.

Como fiel reflejo del ambiente de discordia imperante, el triángulo de conflictos sociales de Atenas no se resolvió completamente con las reformas puestas en marcha por Solón y desencadenó a lo largo del siglo VI a.C. una serie de agitaciones políticas entre familias y clases sociales que culminaron en un período de gobierno tiránico. Pisístrato (h. 607-527 a.C.), un aristócrata ateniense que había destacado en las guerras contra Mégara, consiguió a mediados del siglo imponerse en las luchas internas que agitaban la ciudad y logró erigirse temporalmente como tirano. Para ganarse al pueblo, potenció actividades culturales y benéficas y reformó el sistema de financiación del Estado. Pese a que su poder no llegó nunca a consolidarse del todo, logró traspasar su enorme in-

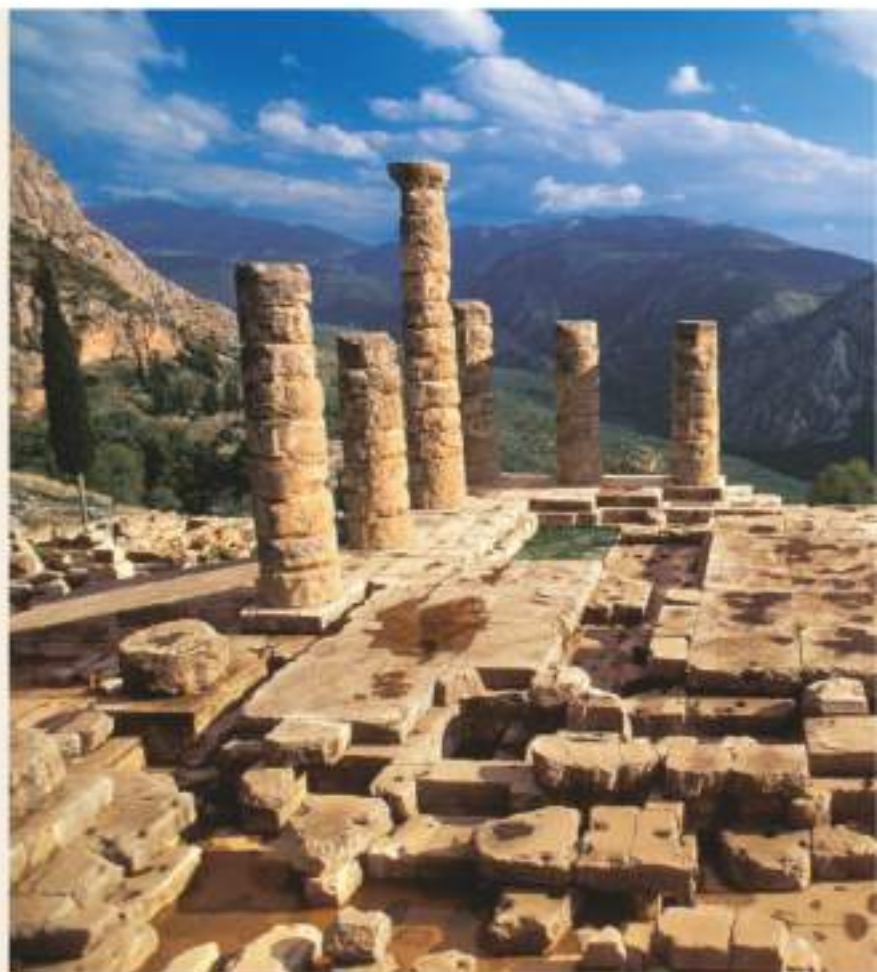
LA ESTOA DE ÁTALO.

Los órganos políticos atenienses, así como los lugares de discusión pública, estaban concentrados en una pequeña área de la ciudad, la cual incluía el ágora, los tribunales y las estoas. La estoa de Átalo, la única que se conserva, corresponde a una época posterior (siglo II a.C.).

El oráculo de Delfos, el gran santuario griego

Para los griegos, los santuarios de los oráculos eran canales de comunicación directa con los dioses. Los hombres podían hacerse escuchar y, a través de los guardianes sagrados de los templos, recibían contestación de las divinidades. El de Delfos fue el oráculo heleno más famoso y respetado.

El oráculo de Delfos ya gozaba de gran prestigio en el siglo VIII a.C. Un siglo después, con la construcción del templo de Apolo, la deidad a la que estaba consagrado el lugar, Delfos se transformó en el principal santuario panhelénico. Mensualmente, Apolo, por boca de su sacerdotisa, la Pitia, transmitía sus oráculos a quienes los solicitaban, tradicionalmente en versos hexamétricos. Muchas veces eran enigmáticos, como correspondía al carácter del dios. La importancia de estas consultas está atestiguada por los numerosos tesoros que albergaba el recinto, unos templos dedicados al culto por parte de las *poleis* más importantes. En las imágenes, vista del templo de Apolo y, a la izquierda, el *ómphalos* de Delfos, piedra que simbolizaba el ombligo del mundo (Museo Arqueológico, Delfos).



fluencia a sus dos hijos y herederos, Hipias e Hiparco. Sin embargo, el asesinato de uno de ellos, Hiparco, a manos de los «tiranicidas» Harmodio y Aristogitón en el año 514 a.C. convulsionó de nuevo el panorama político de Atenas. Sin embargo, Hipias llegó a gobernar hasta que fue expulsado por el clan Alcmeónida con la ayuda militar de Esparta en el año 510 a.C.

Por paradójico que pueda parecer, fue precisamente durante la tiranía de Pisístrato y sus hijos cuando se dio el segundo paso hacia la consecución definitiva de la democracia. De forma retrospectiva, este período se reveló como uno de los más propicios para el fortalecimiento de las ambiciones políticas del pueblo (*demos*).

El dilatado paréntesis de autoritarismo impuesto por la tiranía que, durante su fase final, consiguió apartar a numerosas familias relevantes de la ciudad y, con ello, alejarlas del centro de decisión político, contribuyó a debilitar sensiblemente a la aristocracia ateniense, acelerando su «despolitización», entendida ésta en su sentido literal: como el apartamiento de la *polis*.

Este proceso, además de provocar un vacío de poder, fomentó la implantación de nuevos baremos participativos que confirieron al *demos* un nuevo protagonismo, hasta entonces exclusivo de los notables locales (*eupatridai*).

Clístenes y los Alcmeónidas

Tras el tiranicidio se allanó en Atenas la vía hacia un sistema democrático. Clístenes (h. 570-507 a.C.), el siguiente hombre fuerte de la ciudad, había cimentado su prestigio a través de su destreza en el campo de batalla y de su enorme fortuna familiar, con ramificaciones fuera de su ciudad de origen. Ello nos recuerda que la génesis de la democracia dependió también de factores de política exterior, reflejados en los éxitos militares de Atenas contra potencias extranjeras, y de la incipiente expansión comercial que comenzaba en esta época merced al crecimiento de la flota.

Clístenes pertenecía a la noble familia de los Alcmeónidas, una de las que tradicionalmente habían regido la política ateniense. Era hijo de Megacles, quien estaba marcado por una «maldi-



ción» como consecuencia de su comportamiento en la revuelta de Cilón, un popular noble de origen megarense que intentó dar un golpe de Estado para instaurar la tiranía en Atenas. Megacles incurrió en una violación del derecho de asilo al dar muerte a los seguidores de Cilón, que se habían refugiado en el santuario de Atenea. Esta actuación se interpretó como un quebrantamiento de las leyes sagradas de asilo. El oráculo de Delfos maldijo por ello a la familia de Megacles, los Alcmeónidas, que tuvieron que pasar un período de tiempo en el exilio. La datación de estos episodios en el siglo VII a.C., tal y como defiende la mayor parte de los estudiosos, es errónea y corresponde a una época posterior.

De hecho, la revuelta de Cilón, típica *stasis* del siglo VI a.C., se puede situar cronológicamente en plena era pisistrática. El Alcmeónida Megacles, responsable de la matanza en el santuario de Atenea y acusado por ello de sacrilego, podría haber sido contemporáneo de Pisístrato. Heródoto y Tucídides, las fuentes más cercanas a los hechos, certifican que cuando la tiranía fue abolida en el

año 510 a.C. aún había supervivientes de la revuelta ciloniana. Todo el episodio parece desarrollarse según los parámetros de actuación de Pisístrato, que fracasó dos veces en su intento de apoderarse de Atenas. Heródoto ubicó el golpe de Estado de Cilón antes de la definitiva consolidación de la tiranía de Pisístrato; de este modo, seguramente tuvo lugar poco después de la primera expulsión del ambicioso noble, en el año 555 a.C. Parece ser que Cilón fue, pues, un émulo del posteriormente famoso tirano.

Sin duda, el tinte legendario en la transmisión de estos hechos se debía a una operación de propaganda mítica por parte del tirano contra los Alcmeónidas. Esta familia había apoyado a Solón y se había opuesto a Pisístrato, por lo que siempre tuvo cierta reputación de garante de las libertades atenienses, pese a tener buenas relaciones con tiranos de otras ciudades; prueba de ello es que el reformador ateniense Clístenes fue nieto del tirano de Sición.

De hecho, parece ser que inicialmente los Alcmeónidas intentaron compartir el poder con Pisístrato cuando éste se convirtió en el hombre fuerte de Atenas, pero luego pasaron a la oposición. Tras una larga pugna de diez años por el poder, la familia hubo de exiliarse definitivamente cuando Pisístrato, habiendo reunido grandes recursos y apoyos militares, los derrotó en el año 546 a.C. En la familia Alcmeónida destacó ya en el exilio el joven Clístenes.

Si algo habían aprendido los Alcmeónidas a lo largo de tantas disputas era que el apoyo del oráculo de Delfos era indispensable para triunfar en la política; por ello Clístenes favoreció al oráculo y financió sus obras de reconstrucción tras el incendio del año 548 a.C., lo que resultó en el célebre vaticinio que instaba a los espartanos a derrocar la tiranía de Pisístrato. Como cuenta Heródoto, «los atenienses obtuvieron de la Pitia, sobornada a fuerza de dinero, que siempre que vinieran los espartanos a consultar el oráculo, ya fuera privada, ya pública la consulta, les diera por respuesta que la voluntad de los dioses era que libertasen a Atenas». Religión y política estaban indisolublemente unidas en Grecia.

Como el clima hostil a la tiranía había aumentando sensiblemente en Atenas tras la muerte de Pisístrato, su hijo y sucesor Hipias intentó reconciliarse con las familias nobles rivales. Pero tras el magnicidio de Hiparco, la represión aumentó y merced a la gestión de Delfos se logró que los espartanos prestaran su apoyo para derrocar a Hipias. Sin embargo, no fue inmediato el retorno de los Alcmeónidas ni el ascenso al poder de Clís-



SACERDOTISAS DEL TEMPLO DE APOLO.

Las sacerdotisas de Delfos detentaban un gran poder, ya que por ellas pasaban muchas de las decisiones políticas más importantes. En la imagen, crátera del año 430 a.C. decorada con una procesión realizada en honor del oráculo de Delfos (Museo Arqueológico, Ferrara).



ATENEA, DIOSA CONSEJERA. En Atenas, esta divinidad estaba considerada como la protectora del Estado, de la Asamblea y de las asociaciones de clanes llamadas «fratrías». La escultura conocida como Atenea Mattei, en la imagen, es una copia romana de un original griego de mediados del siglo IV a.C. atribuido a Cefisodoto o Eufanor (Museo del Louvre, París).

tenes, quien debería de dar respuesta a los crecientes deseos reformistas de la población y para ello luchar primero contra la facción aristocrática más conservadora.

Tras la expulsión de la tiranía quedaron dos partidos en Atenas, tal y como afirma Heródoto: «Clístenes, de la familia de los Alcmeónidas, de quien se dice que supo sobornar a la Pitia, e Iságoras, hijo de Tisandro, de una casa verdaderamente ilustre [...] Ambos eran los caudillos de las dos facciones en la ciudad». Clístenes se ganó al pueblo (*demos*) con sus propuestas de reforma constitucional. Iságoras, por su parte, para oponerse a los intentos de Clístenes, respondió hábilmente con sus mismas armas: reclamó la intervención de Esparta mediante el recurso a la tradición religiosa. Supo así volver en contra del futuro reformador a su antiguo protector el rey de Esparta, Cleómenes, quien decretó el exilio de Clístenes so pretexto de que estaba mancillado (*enages*) por la maldición que recaía sobre los Alcmeónidas a raíz de la revuelta de Cílón, que había quedado sin purificar.

Al punto, los espartanos organizaron una violenta represión del partido de Clístenes en Atenas, exiliando a las setecientas familias que Iságoras les fue sugiriendo. Cuenta la leyenda que cuando el rey espartano Cleómenes quiso tomar la Acrópolis se paró a rezar ante el altar de Atenea. Entonces, su sacerdotisa exclamó con tono solemne: «Atrás, forastero espartano, atrás: no quieras entrar en este santuario, donde no es lícito que entren los dorios».

Los espartanos intentaron establecer en Atenas un régimen oligárquico, aboliendo la Asamblea y dando todo el poder a un Consejo de trescientos partidarios de Iságoras. Pero habían menospreciado el sentimiento prodemocrático, que era ya mayoritario en Atenas, y la población se rebeló hasta que se llegó a un acuerdo para que los espartanos abandonaran la ciudad. Los seguidores de Iságoras que habían permanecido en la Acrópolis fueron condenados a muerte. De esta manera, la oligarquía encarnada por Iságoras y apoyada por Esparta hubo de ceder finalmente. Los exiliados fueron llamados a Atenas y el pueblo ratificó al fin las reformas clístenicas.

Un nuevo sistema político

La mayor parte de los estudiosos ven en la actuación de Clístenes el paso decisivo hacia la democratización del sistema político ateniense, pues su reforma de las tribus o *phylai* supuso en la práctica un nuevo corte de las circunscripciones electorales. Ello propició que se debilitaran los vínculos entre la población rural ática y una parte de la aristocracia al distribuirse de nuevo la ciudadanía según parámetros racionales y abstractos, que les permitían librarse del «caciquismo» de la nobleza local. Al mismo tiempo, quedaba también reforzado el poder de los comisionados del *demos* mediante la creación de un nuevo cuerpo representativo.

Las célebres reformas constitucionales de Clístenes, que se desarrollaron en torno al año 507 a.C., contribuyeron a aliviar los conflictos sociales, tratando de poner fin a las rencillas entre los clanes tradicionales, que habían conducido a la tiranía, mediante una profunda transformación de la organización administrativa de la *polis*. Clístenes sustituyó las cuatro tribus o clanes patrimoniales por diez tribus distribuidas según el *demos*, una circunscripción territorial de nuevo cuño. El área de influencia de Atenas quedaba además subdividida en tres grandes regiones: la ciudad (*asty*), la costa (*paralia*) y el interior (*mesogeia*). Esta redistribución global de circunscripciones electorales tendía a cambiar el sentimiento de pertenencia en la *polis*, para que ésta pasara de una sociedad de clanes a un Estado de ciudadanos, minimizando

CLÍSTENES Y LA REFORMA DE LAS INSTITUCIONES

El objetivo primordial que buscaba Clístenes al ser nombrado arconte e iniciar las reformas democráticas en el año 507 a.C. era lograr la denominada «isonomía», la igualdad ante la ley de todos los ciudadanos, y eliminar en gran medida los privilegios de clase. Para ello, no sólo reformó las instituciones atenienses, las cuales habían quedado algo desfasadas bajo la tiranía de Pisístrato, sino que además alentó a los ciudadanos a la participación activa y reorganizó la administración del territorio ático para favorecer la integración de todos los ciudadanos y evitar la concentración del poder en unas pocas manos.

DESIGNACIONES POR SORTEO

Para constituir uno de los multitudinarios tribunales atenienses de una manera imparcial, que además dificultara los sobornos, se establecieron unos complejos sistemas de elección por sorteo. Para ello se utilizaba el *kleroterion*, un panel repleto de hendiduras en las que se introducían las *pinakia* de los candidatos a ocupar el cargo jurídico. Las *pinakia* eran unas fichas de bronce o madera en las que figuraba el nombre del ciudadano y el *demos* al que pertenecía, a modo de seña de identidad. Una vez colocadas las *pinakia* en las columnas, unas bolitas blancas o negras bajaban por un tubo situado a un lado del *kleroterion*. Según su color, los candidatos eran finalmente escogidos o rechazados. En la ilustración, *kleroterion* del siglo III a.C. (Museo del Ágora, Atenas).



TRIBUS. Clístenes dividió la ciudadanía de Atenas en diez tribus y procuró que su composición fuera lo más heterogénea posible. Las tribus tomaban su nombre de un fundador mítico.

EKKLESÍA O ASAMBLEA. Tenía los más amplios poderes: aprobación de leyes, nombramiento de cargos, etc. En ella podían participar todos los ciudadanos de Atenas.

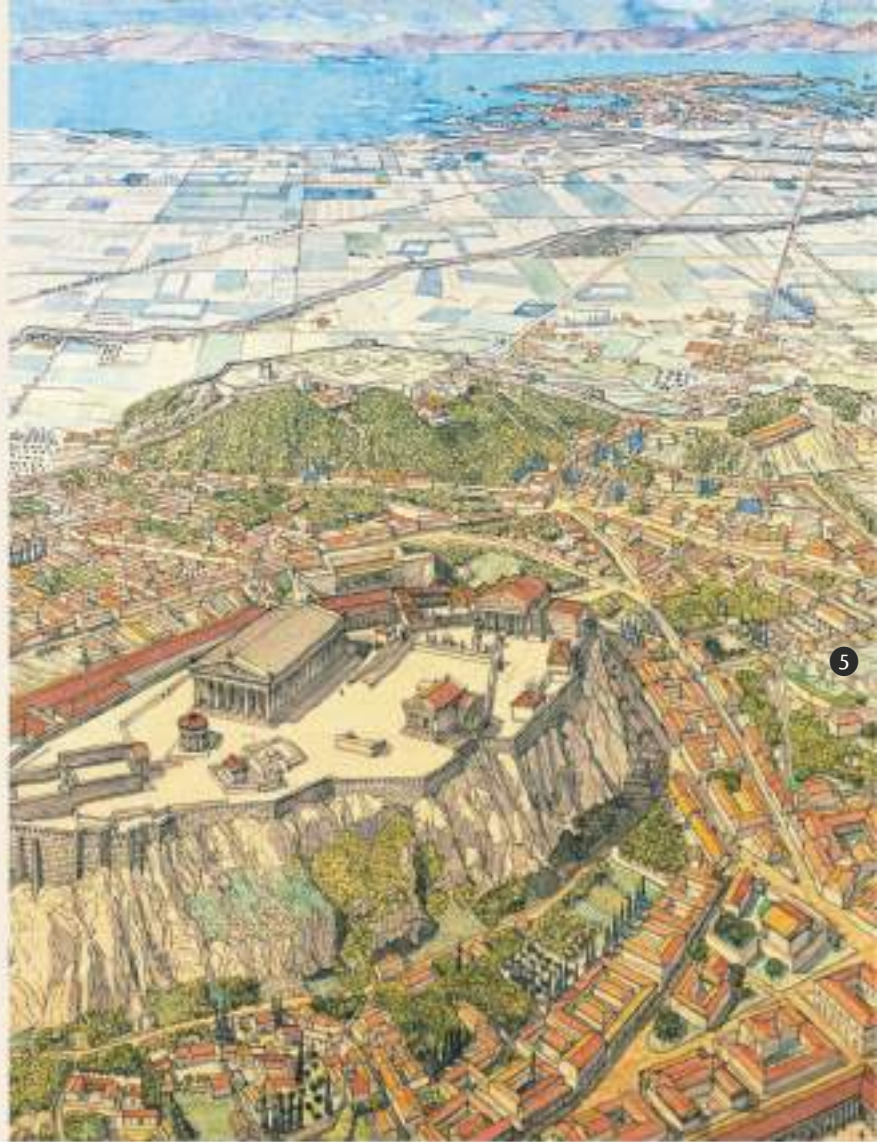
BOULÉ Y ARCONTADO. La Boulé pasó de 400 a 500 miembros (50 por cada tribu). Los arcontes eran elegidos por sorteo entre los candidatos de cada tribu que se presentaban al cargo.

HELIAIA Y AREÓPAGO. La Heliaia constaba de 6.000 jueces, elegidos por sorteo entre los miembros de la Asamblea, y amplió su poder frente al aristocrático Areópago, el cual se vio muy reducido.

ESTRATEGOS. El ejército ateniense estaba dirigido por diez estrategos o comandantes en jefe. Eran elegidos por la Asamblea y cada uno de ellos correspondía a una de las tribus atenienses.

Las sedes del poder en la Atenas clásica

Con la instauración de la democracia, los ciudadanos atenienses tuvieron acceso de forma masiva a las instituciones de gobierno. El porcentaje de la población que participaba activamente en la vida política y judicial era tan alto que la ciudad tuvo que dotarse de edificios amplios y racionalizar los espacios públicos. En la ilustración inferior, la roca de Ares, sede del Areópago, desde donde se vislumbraba la impresionante Acrópolis ateniense.



la influencia de los clanes familiares frente al poder del territorio.

La cara institucional de estas leyes fue la reforma de los órganos legislativos y la introducción de la elección por sorteo, que pretendía superar la política de las relaciones de parentesco. Se aumentó el número de miembros de la *Boulé* a quinientos, cincuenta por cada tribu, y se abrió paulatinamente a las clases más populares, aunque la aristocracia siguió conservando una clara preeminencia. A la Asamblea se le atribuía, además de la función legislativa, una función de control: por una parte, supervisaba el sistema legal mediante un recurso a las leyes que se considerasen injustas y, por otra, controlaba a los particulares mediante la recusación de magistrados o ciudadanos que hubieran abusado de su poder. La idea clave de la legislación de Clístenes era lograr la isonomía o igualdad de los ciudadanos ante la ley, que restaba influencia a los aristócratas y preparaba así el camino a un sistema más participativo. Este término se convertiría en adelante en un *leitmotiv* político.

Con una superficie comparable al actual Luxemburgo, a principios de la época clásica la comunidad ateniense se veía condicionada también por una notable dependencia económica. Su agricultura no podía abastecer a su creciente población —que florecía gracias a las manufacturas (*ergastria*) y al comercio— y dependía del exterior en cuanto a suministro de víveres. La Atenas clásica vivía de un sistema de trabajo esclavista y de un dominio marítimo y militar cada vez más tiránico sobre sus aliados. En apariencia, era el pueblo quien dirigía el timón del Estado en las multitudinarias asambleas, pero la aristocracia tenía mucho que decir en la política, y los oradores, con más o menos escrúpulos, manejaban a su antojo la dirección de los asuntos públicos. La ciudadanía de Atenas era, por otra parte, exclusiva de un grupo muy reducido de personas, los varones nacidos de padre ateniense (padre y madre, en época de Pericles), mientras que había numerosos esclavos, totalmente apartados de cualquier actividad política, y de extranjeros o «metecos» —muchos de ellos prósperos mercaderes— sin derechos ciudadanos,



❶ **PNYX.** Colina rocosa no muy lejana al Areópago donde, en torno a una plataforma semicircular con escalones a cada lado (la *berma*), se reunía la Asamblea ateniense. Era aquí donde se tomaban las decisiones de orden político que afectaban a toda la *polis*.

❷ **HELIAIA.** Lugar donde se emplazaba el tribunal popular y se dirimían cuestiones legales y financieras. Anualmente, 6.000 ciudadanos eran escogidos por sorteo para participar allí en la vida jurídica de la *polis* ateniense.

❸ **PRITANEO.** Sede gubernamental ateniense en la cual se reunían cincuenta representantes de la *Boulé* o Consejo de los 500, escogidos por cada una de las tribus. Los prítanos se alojaban en este edificio y eran mantenidos por la *polis*.

❹ **BOULÉ.** Sede del Consejo de los 500 establecido tras las reformas de Clístenes. Llegó a considerarse el verdadero órgano de gobierno de Atenas, ya que legislaba y decidía sobre los asuntos que afectaban a la ciudad más directamente.

❺ **AERÓPAGO.** Colina donde se reunían los miembros del aristocrático tribunal del mismo nombre. Su influencia fue fundamental antes del proceso de democratización desarrollado en Atenas, pero tras las reformas de Clístenes fue perdiendo poder paulatinamente.

❻ **STRATEGEION.** Edificio donde se reunían los estrategos atenienses, altos cargos militares elegidos anualmente por la Asamblea. Era, pues, la sede del poder militar. Durante los belicosos siglos V y IV a.C. su importancia fue cada vez mayor.

pero integrados en la sociedad. Las mujeres estaban privadas de derechos políticos. Se calcula así que de los aproximadamente 300.000 habitantes del Ática en época clásica, sólo unos 40.000 eran *politai*, ciudadanos de pleno derecho.

Pero la principal característica del sistema ateniense que instauró Clístenes era el derecho del ciudadano a participar sin intermediarios en los asuntos públicos promulgando leyes, ostentando cargos públicos y administrando justicia. Frente a las modernas democracias representativas, el ciudadano ateniense participaba directamente en sus tres instituciones básicas: la Asamblea, el Consejo y los tribunales de justicia. Con un número mínimo de 6.000 ciudadanos, necesario para su actuación (pero que podía llegar a 40.000), la Asamblea popular o *Ekklesia* era la máxima instancia legislativa, de decisión y apelación y de control político. Se reunía regularmente —unas cuarenta veces al año— o de forma excepcional, y todo ciudadano podía pedir la palabra en ella. Como sede de la soberanía ateniense, sus decisiones tenían fuerza de ley y eran inapelables. El Consejo o *Boulé*,

como ya se ha apuntado, estaba formado por un número más reducido de miembros: quinientos ciudadanos que representaban a las diez circunscripciones o tribus (*phylai*) del Ática, cada una con cincuenta miembros electos mensualmente. Su dirección era la llamada «pritanía», que vivía del erario público y cuyo presidente (*epistates*) se erigía en máximo magistrado de la *polis*. La *Boulé* preparaba la actividad legislativa y dictaminaba sobre las propuestas de ley que todo ciudadano tenía derecho a presentar. Por su parte, la *Heliaia*, compuesta por 6.000 jueces-jurados elegidos por sorteo anual entre los ciudadanos, tenía atribuciones judiciales y servía a la vez como tribunal de cuentas y como tribunal constitucional, responsable de que las acciones de gobierno se ajustaran al ordenamiento vigente. Como puede verse por las cifras aducidas, un mínimo de 12.500 ciudadanos se implicaban cotidianamente en la política a través de estos tres organismos, a los que había que sumar otros cargos públicos. Pero no todo funcionaba correctamente, como vieron ya los críticos contemporáneos.

El triunfo de la democracia: votaciones multitudinarias, oratoria política

La instauración de la democracia, la participación masiva de los ciudadanos y la pasión por las leyes condujeron al establecimiento de unas pautas que regularan todo proceso legal y jurídico que se desarrollara en Atenas.



Tanto las asambleas como los juicios celebrados en la ciudad ática convocaban a numerosos atenienses y ello constituía la máxima expresión de la participación ciudadana en la política de la *polis*. Para que las decisiones tomadas por la *Ekklesia* fueran vinculantes debían emitirse un mínimo de votos en favor de una propuesta; algo parecido sucedía con las sentencias de la *Heliaia*, donde un número mínimo de 201 jueces debían emitir su voto. Las votaciones se hacían tras escuchar las diversas propuestas: a mano alzada en la *Ekklesia*, mediante voto secreto en la *Heliaia*. Previamente, se habían desarrollado las intervenciones de los implicados, las cuales estaban reguladas por tiempos y pautas oratorias. En las asambleas, cualquier ciudadano de pleno derecho podía tomar la palabra y para ello debía prepararse a conciencia si quería convencer a su público. En el caso de los juicios, los implicados también estaban obligados a hablar. Por este motivo, existían profesionales

especializados en la redacción de los discursos: los *logógrafos*. No hay que olvidar que en el contexto de la Atenas participativa germinó la tipificación y la estructuración de las tres clases de discursos (deliberativo, judicial y epidíctico) que hizo Aristóteles en su *Retórica*. En la ilustración superior, estela del año 337 a.C. que recoge leyes contra la tiranía (Museo del Ágora, Atenas). A la izquierda, clepsidra, o reloj, del siglo V a.C. utilizada para limitar la duración de los discursos.



Según Aristóteles, tal y como pone de manifiesto en su *Constitución de los atenienses*, una de las innovaciones atribuidas a las reformas de Clístenes fue el ostracismo. El nombre de este procedimiento, que permitía la expulsión de ciudadanos potencialmente peligrosos para la estabilidad interna de la *polis*, deriva de los pedazos de cerámica (óstraca) en los que se escribían los nombres de los acusados. El ostracismo estaba concebido como un medio de protección de la democracia, que en sus comienzos aún estaba a merced de enemigos oligárquicos y de intentos de tiranía. Sin embargo, desde su probable introducción en torno al año 506 a.C., durante veinte años no hizo falta usarlo y se tardó casi una generación en ponerlo en práctica. El ostracismo conllevaba un exilio de hasta diez años, además de la confiscación de las propiedades del expulsado. No había defensa posible para los acusados: la orden de alejamiento era un decreto directo del pueblo ateniense. Muchas veces, de hecho, se usaba el ostracismo de forma preventiva para erradicar a los políticos que tendían a acaparar demasiado poder personal. Así ocurrió, por ejemplo, en el caso del exilio de Cimón, el estadista conservador y filoespartano de la época de entreguerras.

En cualquier caso, las reformas de Clístenes incrementaron la cohesión y la solidaridad dentro de la sociedad ateniense. Además facilitaron un acuerdo entre dos sectores sociales enfrentados, estableciendo un sólido marco constitucional en el que la definitiva capacidad de decisión radicaba en la Asamblea y el Consejo, cuya previa aprobación se exigía para que una propuesta de ley pudiera llegar a materializarse. Al lado de estos organismos existía la *Heliaia*, es decir, el conjunto de los tribunales de justicia que garantizaba el cumplimiento de las leyes. Y otro lugar relevante en el sistema lo ocupaban los magistrados, que ejercían su mandato durante un año de forma colegiada y debían rendir cuentas de su actuación posteriormente. Los representantes del Estado eran elegidos por sorteo o por la Asamblea. Las atribuciones del Areópago, el antiguo consejo de la aristocracia, fueron disminuidas y con ello se abrió la puerta para que cada vez más ciudadanos pudieran alcanzar cargos públicos.

La consolidación de la democracia

A fin de trazar un panorama de la consolidación de la democracia ateniense en los años siguientes, es preciso mirar más allá de las medidas adoptadas por Clístenes. En primer lugar, hay que añadir el impacto que tuvieron para la cohesión social y política de la ciudad las victorias sobre los persas en Maratón (año 490 a.C.) y Salamina (diez años después). El éxito militar y las nuevas instituciones



produjeron el salto cualitativo que permitió superar los inveterados conflictos socioeconómicos en el seno de Atenas. A menudo se ha subrayado cómo la expansión militar de Atenas a partir de inicios del siglo V a.C. constituye un paralelo con el desarrollo del modelo político democrático. Y es cierto que la milicia ciudadana tendrá mucho que ver con la expansión económica y política de la época posterior. De hecho, a la hora de analizar las causas que llevaron a Atenas a su período de esplendor hay que tener muy presente el mencionado contraste entre el avance de las libertades en territorio ático y la agresividad de su política exterior, cada vez más expansionista. Ambas políticas estaban estrechamente interrelacionadas, ya que una potenciaba la otra y la segunda sustentaba económicamente la primera, y constituían la base de la hegemonía ateniense, reforzada por la implicación de la población en las cuestiones políticas, así como en las campañas militares.

El servicio militar ciudadano y la figura del hoplita y del marino propiciaron la dinamización del sentimiento participativo en los asuntos del Estado.

Al igual que todos los ejércitos de las ciudades antiguas, también el dispositivo bélico ateniense reflejaba en esa época la división de clases sociales: la caballería estaba compuesta por los aristócratas; la infantería hoplítica, por las clases medias, básicamente propietarios de tierras, y la tripulación de la flota por los ciudadanos más pobres. La flota se convirtió así en el elemento que propició la integración militar y, en consecuencia, política, del grupo social más numeroso de Atenas, gracias a lo cual los pequeños campesinos y el proletariado urbano adquirieron relevancia pública.

Por otra parte, las principales figuras políticas de la época previa a Pericles representan bien la tensión dentro del sistema democrático entre conservadurismo, simbolizado por Cimón, y radicalismo, encarnado por Efialtes. Tras el fin del período de gobierno del estratega proespartano Cimón, expulsado a través del procedimiento del ostracismo, Efialtes promulgó una ley contraria a los privilegios de la aristocracia que dominaba el Areópago, instaurando definitivamente un gobierno efectivo del *demos*. En cuanto a la expan-

HOPLITAS Y SOCIEDAD.

El ejército, caracterizado por el auge de la infantería pesada y la cada vez mayor importancia de la flota, fue un factor fundamental en las transformaciones sociales y políticas vividas en Grecia durante el período clásico. En la ilustración, choque de hoplitas, detalle de una cerámica corintia del siglo V a.C. (Museo del Louvre, París).



LA RIQUEZA

ATENIENSE. La *polis* griega vivió un gran desarrollo en el siglo V a.C. e importaba los materiales más lujosos, que eran trabajados en los talleres de sus artesanos. En la imagen, pendientes de oro del siglo IV a.C. (Museo Arqueológico, Tarento).

sión del imperio comercial ateniense, Atenas obtuvo gracias a éste recursos humanos y materiales abundantes que contribuyeron a consolidar definitivamente el poder de la ciudad. Asimismo, en el plano internacional, el estadista ateniense Arístides impulsó en el año 477 a.C. la formación de una confederación marítima, la Liga ático-délica, para la defensa común ante posibles ataques persas. De este modo, con el fortalecimiento de la Liga ático-délica y una política expansionista de asentamientos o «cleruquías», la posición hegemónica de Atenas sobre un círculo creciente de aliados fue a la par militar y comercial.

En definitiva, el largo camino hacia la democracia quedó afianzado gracias a estos reformadores. Frente a los Pisistrátidas, los Alcmeónidas —y notablemente Clístenes— habían abierto la puerta a la consecución del ideal democrático. Es importante tener en cuenta, sin embargo, que desde la época más arcaica la poderosa familia de los Alcmeónidas aparece envuelta en un halo ciertamente ambivalente: por una parte se postulaba como adalid de las libertades atenienses, pero por otra también fue objeto de una leyenda negra, reflejada en los muchos exilios que sufrieron destacados miembros del clan. Un buen ejemplo de la vertiente más negativa que pesaba sobre dicha familia fue la maldición religiosa como consecuencia del asunto de Cilón, que, según la leyenda, tuvo que purificar el famoso adivino Epiménides, o la muy difundida acusación de haber sobornado a la sacerdotisa de Delfos para que ésta instase a los espartanos a derrocar a los Pisistrátidas. Incluso se llegó a decir que los Alcmeónidas quisieron favorecer a los persas —y al tirano Hipias, a la sazón exiliado en Persia— en la batalla de Maratón haciéndoles una señal mediante el reflejo del sol en un escudo en el momento oportuno. Sin embargo, Heródoto apela al sentido común para revisar esta versión de los hechos, calificándola de calumnia. Según el historiador, no tenía ninguna lógica que los Alcmeónidas hicieran grandes esfuerzos para expulsar a los Pisistrátidas de Atenas y acabar de este modo con su tiranía, para después intentar finiquitar esa libertad por la que habían luchado tan denodadamente y de la que, según el propio Heródoto, eran adalides superiores en importancia a los tiranicidas Harmodio y Aristogitón. La fama de la que gozaron los Alcmeónidas se debió indudablemente a su innegable ambición, la cual les valió tanto para que se los idealizara como para que se los demonizara.

De este modo, la suerte de los Alcmeónidas corre pareja con la de la propia democracia que impulsó notablemente uno de sus más ilustres miembros, Clístenes, como un sistema ambivalente entre el brillo de las libertades y de los lo-

gos culturales de la época de Pericles, y algunos abusos que a la larga llevaron a su decadencia durante la guerra del Peloponeso. Pero aún faltaba mucho para este declive y, en estos momentos iniciales, la democrática Atenas y la Grecia entera de las ciudades-estado tenían por delante la lucha por posicionarse —y aún por sobrevivir— en el mundo mediterráneo oriental, teniendo que habérselas con las potencias vecinas y, sobre todo, con la más formidable maquinaria política y militar del mundo antiguo: el gran imperio multiétnico de los persas.

El mito de la democracia

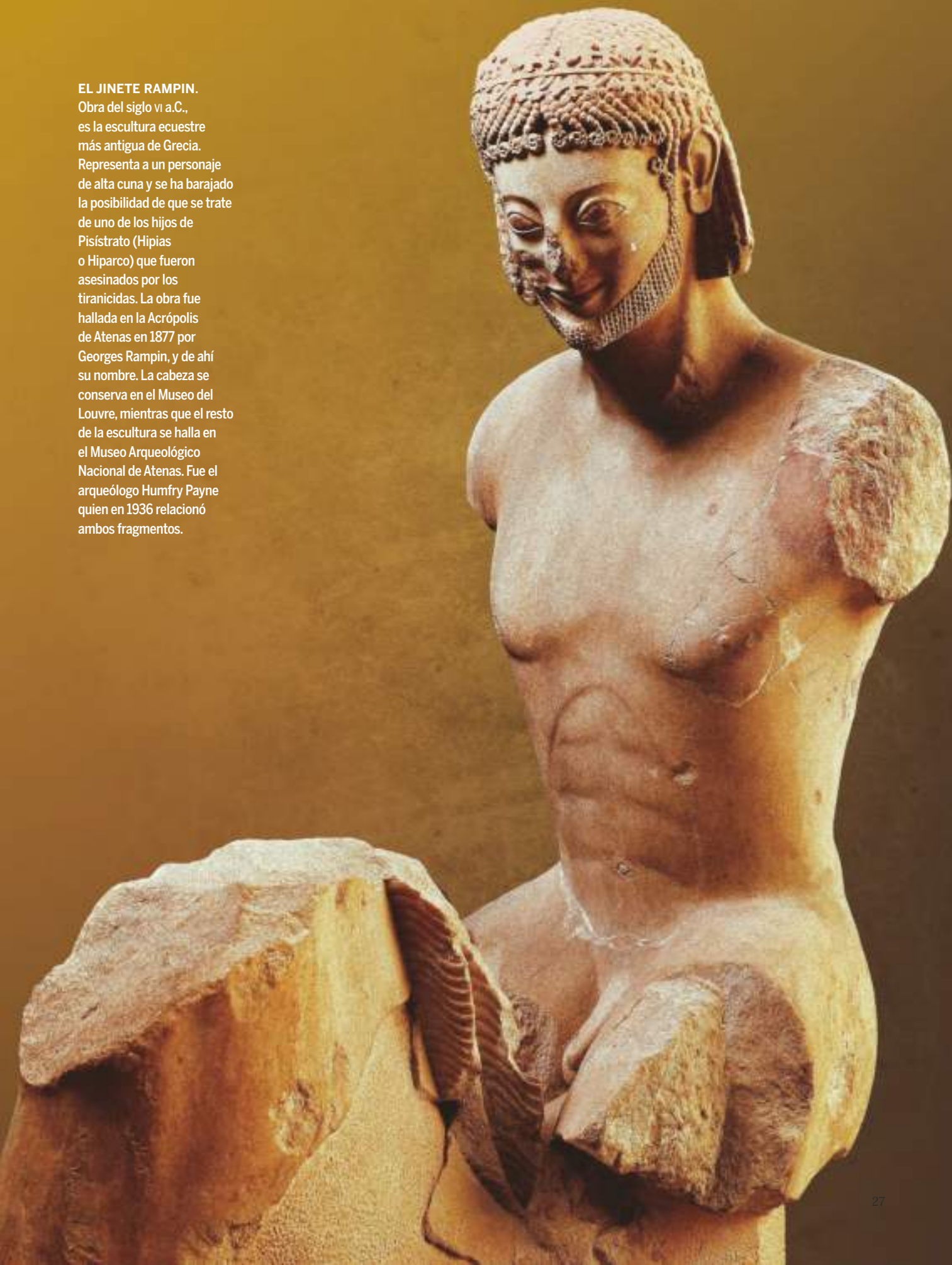
Junto con la consolidación del nuevo régimen político en Atenas, es preciso tratar también lo que bien se podría denominar «el mito democrático ateniense», el ensalzamiento de la individualidad al servicio de la *polis*. Para ello es necesario volver a hacer referencia al tiranicidio descrito anteriormente, puesto que los orígenes de este mito se remontan a los días de la tiranía. En el principio, todo fue una pelea por celos. El tirano Hiparco fue asesinado por Aristogitón y Harmodio. El otro Pisistrátida, su hermano Hipias, decidió entonces gobernar con mano férrea la ciudad, lo que le granjeó los odios de los ciudadanos, al haber cambiado lo que hasta entonces se consideraba como una autoridad tolerable por una opresión onerosa. La expulsión de la tiranía fue sentida como una liberación, y Harmodio y Aristogitón fueron considerados adalides de la libertad en la lucha contra la autocracia.

Pero la utilización del término «tiranía» como eslogan político en el curso del siglo V a.C. y su vinculación a los enemigos del sistema democrático ateniense conllevaron una desvirtuación de la genuina connotación histórica del concepto, que fue perdiendo su significado original y contribuyó a una mitificación del pasado. El ingente proceso de afirmación democrática reclamaba modelos personales y señas de identidad. En la medida en que las figuras históricas de Aristogitón y Harmodio, exponentes de la oposición aristocrática a los Pisistrátidas, fueron utilizadas primero como portavoces de la isonomía y luego como artífices del sistema democrático, se fueron transformando, paralelamente, en personalidades mitológicas. De este modo pudieron ser utilizados como símbolos de la *polis* y en virtud de tal función adquirieron un lugar de honor en la memoria histórica de Atenas.

En efecto, entre las creaciones estatuarias y pictóricas del siglo V a.C., destaca un singular episodio representado por una escultura tallada en piedra y un dibujo pintado con vivos colores sobre una suntuosa vasija: el asesinato de Hiparco por

EL JINETE RAMPIN.

Obra del siglo VI a.C., es la escultura ecuestre más antigua de Grecia. Representa a un personaje de alta cuna y se ha barajado la posibilidad de que se trate de uno de los hijos de Pisístrato (Hípias o Hiparco) que fueron asesinados por los tiranocidas. La obra fue hallada en la Acrópolis de Atenas en 1877 por Georges Rampin, y de ahí su nombre. La cabeza se conserva en el Museo del Louvre, mientras que el resto de la escultura se halla en el Museo Arqueológico Nacional de Atenas. Fue el arqueólogo Humfry Payne quien en 1936 relacionó ambos fragmentos.



Los motivos funerarios: la muerte de Sarpedón

Desde mediados del siglo VI a.C. Atenas dominó nuevas técnicas de decoración de la cerámica y se impuso como potencia exportadora del sector. La precisión del dibujo y la diversidad temática, que abarcaba la mitología y todos los ámbitos de la vida cotidiana, eran su sello distintivo. Los motivos funerarios y la muerte de los héroes constituían una de sus temáticas tradicionales.

«Y ha caído el hombre más bravo, Sarpedón, hijo de Zeus.» Así culmina Homero el pasaje de la *Ilíada* en el que narra la muerte de Sarpedón, mítico descendiente de Zeus que combatió junto a los troyanos y fue asesinado por Patroclo, compañero de armas de Aquiles. Este episodio inspiró al maestro Eufonio la decoración de una de sus cráteras más célebres, auténtica obra maestra de la cerámica de figuras rojas. El ceramista se sumaba así a otros muchos artistas que habían recurrido a los poemas homéricos como fuente inspiradora de sus obras. En la imagen, detalle de la decoración de la crátera de Eufonio, realizada hacia el año 515 a.C., donde Hipnos —personificación del sueño— y su hermano Tánatos —la muerte— retiran el cadáver de Sarpedón ante la atenta mirada de Hermes, dios de los viajeros (Palazzo Quirinale, Roma).



los tiranicidas Aristogitón y Harmodio. El trágico suceso acontecido en el año 514 a.C. aparece a primera vista relacionado con otras no menos patéticas escenas que formaban parte del repertorio tradicional de las producciones de cerámica, como la muerte de Sarpedón, hijo de Zeus en la *Ilíada*, por citar sólo un ejemplo muy afamado. Sin embargo, existe una diferencia abismal entre ambos motivos iconográficos. Mientras que la muerte de Sarpedón reproduce una imagen de reconocido carácter mitológico (¿quién hubiera podido asegurar cuándo vivió Sarpedón?), la copa de los tiranicidas atenienses presenta un evento histórico concreto, acontecido poco tiempo antes de la realización de la obra. Al fabricarse y difundirse esta pieza cerámica en Atenas aún vivía gente que podía recordar el episodio. Por primera vez se insertaba un evento real de gran relevancia histórica en un espacio hasta entonces reservado a las representaciones mitológicas.

Aparte de un determinado número de vasos pertenecientes a la misma serie, esta puesta en escena de la muerte de Hiparco no era la única que

circulaba en Atenas. Se dispone de otra muestra del mismo motivo mucho más monumental y de mayor relevancia política y cultural: el grupo escultórico dedicado en el año 510 a.C. a los tiranicidas, obra del artista Antenor, emplazado en el ágora de Atenas y que hoy día se conoce gracias a una copia tardía pero bastante fidedigna.

De la comparación de ambas producciones, la cerámica pintada y la monumental escultura, sobresale el paso de un episodio y unos personajes de indiscutible relevancia histórica a un espacio reservado tradicionalmente a la esfera del mito. De ello puede extraerse la conclusión de que el momento histórico narrado, o dicho de otra manera, llevado al telón público, ya ha traspasado la barrera que separa el mito de la historia. Aristogitón, Harmodio e Hiparco se equipararon y confundieron con Orestes, Ulises o Heracles. A través de las connotaciones que estas figuras y episodios sugerían, Atenas orquestó su propia visión del pasado. Aristogitón y Harmodio marcaron así el inicio del aprovechamiento de personajes históricos por la comunidad con marcados fines propa-



gandísticos. Fueron ellos quienes abrieron el camino por donde transitaron otros tantos, como Temístocles o Pericles, cuyas posteriores estatuas simbolizaron el ensalzamiento de la individualidad al servicio de la *polis*. Asistimos aquí al inicio del mito democrático ateniense.

El asesinato de Hiparco

Es casi imposible datar con exactitud la génesis de este proceso que comenzó de forma muy prosaica: un asesinato pasional. En el curso de una disputa surgida de una trama de relaciones amorosas, Aristogitón y Harmodio eliminaron a Hiparco. Hippias vengó la muerte de su hermano organizando una brutal represión que modificó sustancialmente la imagen moderada que su régimen tenía hasta el momento. Este cambio en la valoración del régimen tiránico facilitó que el asesinato de Hiparco pudiera ser interpretado como un acto eminentemente político, cosa que evidentemente no fue. Al reaccionar de forma represiva, el gobierno pisiestrático se desacreditó perdiendo poder y prestigio, convirtiéndose en

un paradigma de régimen violento. El motivo originario del tiranicidio, de cuño personal, fue a partir de ese momento reiteradamente reinterpretado: Aristogitón y Harmodio pasaron así a ser considerados campeones de la libertad y, al mismo tiempo, portadores de un mensaje político.

En consecuencia, se siguió abundando en un proceso de progresión heroica de los protagonistas del tiranicidio, a los que no se tardó en dedicar un monumento que pregonaba su gesta. Fue precisamente esta hazaña, más imaginable que visible a través de la composición escultórica, la que se celebraba en la obra, a fin de aumentar la cuota de identificación política colectiva. En el monumento conmemorativo se personificó la vocación antitiránica de Atenas y se fomentó con ello un sentimiento de afirmación democrática. Se sabe que el culto a los tiranicidas se efectuaba ante la tumba de los héroes. En el monumento emplazado en el ágora, sin embargo, se veneraba una idea: la defensa de la libertad ciudadana. Significativamente, quedaba prohibido erigir otras estatuas en las proximidades del grupo de los tiranicidas, lo que demuestra el mensaje político de esta obra.

A grandes rasgos pueden distinguirse tres fases de apropiación y reinterpretación del episodio de los tiranicidas en la Grecia clásica. La primera aparece aún impregnada de los rituales y del ideario de la aristocracia. Los nobles Aristogitón y Harmodio fueron festejados por sus iguales en los simposios organizados en su honor por haber eliminado a un representante de la odiada familia dirigente, que neutralizaba los deseos de otras familias aristocráticas de desempeñar un papel relevante en la dirección de la ciudad. La siguiente fase se manifestó a través de la veneración que empezó a inducir el recuerdo de una gesta que ya se identificaba como un acto de liberación, visible en el grupo escultórico dedicado a sus protagonistas. La tercera etapa fue ya de signo democrático. Los aristócratas liberadores pasaron a ser baluartes del sistema de la igualdad ciudadana. Al conmemorar su hazaña, se formalizó un acto de afirmación constitucional, de clara índole democrática.

Ideología antitiránica y mito democrático se entremezclaron y se confundieron en una simbiosis de ideas, imágenes y consignas. La fama negativa de la tiranía se contrapuso a la forma de gobierno colectivo, y suministró así un estereotipo del enemigo y una justificación del régimen democrático. La identificación de los atenienses con su constitución se hizo especialmente apremiante cuando la ciudad, cabeza de la Liga ática, sufrió una fuerte contestación por parte de sus enemigos más acérrimos.

LOS TIRANOS PISÍSTRATO, HIPÍAS E HIPARCO

H. 560 a.C.

Gobierno de Pisístrato. La toma de la Acrópolis da a Pisístrato el poder por primera vez. Tras un breve paréntesis, dirige Atenas durante cinco años.

556 a.C.

Destierro de Pisístrato. Sus aliados le obligan a abandonar Atenas. El tirano se enriquece con sus minas macedonias y tesalias.

546 a.C.

Tiranía de Pisístrato. Sus riquezas le permiten volver a Atenas a la cabeza de un ejército que instaura una tiranía que durará veinte años.

527 a.C.

Muerte de Pisístrato. El tirano había previsto que tras su muerte gobernaran sus hijos Hipias e Hiparco.

514 a.C.

Asesinato de Hiparco. Harmodio y Aristogitón matan a puñaladas al tirano Hiparco, lo que simboliza el primer paso hacia la democracia.

510 a.C.

Derrocamiento de Hipias. El tirano Hipias es derrocado y obligado a exiliarse lejos de Atenas. El rey persa Darío I lo acoge en su corte.



HARMODIO Y ARISTOGITÓN. Copia romana del conjunto escultórico ateniense realizado hacia el año 480 a.C. por Critios y Nesiotes. Pronto se olvidó la raíz pasional del crimen de los denominados tiranicidas, ya que los asesinos de Hiparco fueron convertidos en los primeros símbolos de la democracia ateniense (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles).

Antes de la guerra del Peloponeso, pero también durante su desarrollo, Atenas tuvo que reafirmarse como potencia hegemónica defendiendo su imperio naval y su sistema de gobierno, íntimamente ligados entre sí. No es casualidad que a partir de 424 a.C., y significativamente en la obra de Aristófanes, se multipliquen las alusiones a la tiranía como reflejo del temor que persistía en gran parte de la ciudadanía a un golpe de Estado oligárquico. Este estado de ánimo es comprensible si se analizan los factores que lo propiciaban: la larga e interminable guerra contra los peloponesios, con escasas perspectivas de éxito, y la casi permanente ausencia de la flota, baluarte de la democracia, debida a las múltiples operaciones que debía afrontar en escenarios bélicos cada vez más alejados.

Mito y propaganda

Los atenienses vivían, pues, en un extraño estado de ánimo que oscilaba entre el orgullo patriótico y la inquietud por los enemigos que amenazaban con destruir su ciudad. Para conjurar este peligro se apelaba a la solidaridad y a las obligaciones ciu-

dadanas. Mediante el proceso de mitificación de los tiranicidas se generó una plataforma propagandística que sirvió como modelo de apelación en defensa de la libertad. La historización del mito democrático ateniense refleja, así, las fases de un proceso de afirmación ideológica que, a pesar de su coherente escenificación, no consiguió hacer olvidar la profunda crisis que atravesaba el sistema político. Al recurrir al mito para embellecer un evento histórico, dignificándolo y transformándolo en una gesta heroica, se establecían nuevos parámetros de apropiación del pasado, configurado de forma selectiva para forjar inequívocas señas de identidad colectiva.

Era lógico que este acto heroico en el sentido de la propia interpretación de la ciudad hubiera sido glorificado en este monumento. El escultor Antenor creó una obra que, pese a no conservarse ya, ha alcanzado la inmortalidad. El responsable de este episodio fue el monarca persa Jerjes I quien, después de la captura de Atenas en el año 480 a.C., se llevó las esculturas como botín de guerra a su capital de Susa.

Pero pocos años más tarde, en 477 a.C., se encargó a Critios y Nesiotes realizar otro monumento como el que estaba en el ágora de Atenas. Es un hecho que para la realización de esta nueva obra se tuvo como modelo la antigua. El ciudadano podía identificarse como miembro de la *polis* mediante este acto histórico: el tirano que amenazaba la convivencia política moría de nuevo.

Mientras tanto, Harmodio y Aristogitón pasaban de ser modelos individuales a figuras de identificación política para todos los ciudadanos, que debían comprometerse por juramento a eliminar a cualquier tirano que amenazase la estabilidad de la *polis*. Este compromiso de la ciudadanía quedaba representado en forma de monumento, como encarnación de la lucha por la isonomía, la deseada igualdad. Se veneraba a los asesinos del tirano mediante un culto, pero su tumba era un monumento reservado exclusivamente a honrar la memoria de la libertad política. Es significativo que estuviera prohibido por ley colocar cualquier otro monumento junto a las estatuas de los tiranicidas. Y es que por primera vez en la historia griega nos encontramos con un monopolio de la representación política.

De este modo, pues, el mito y la ideología democrática están estrechamente relacionados con el derrocamiento de los tiranos de Atenas. También adquiere importancia en este contexto la instauración del ostracismo, así como el juramento que debían pronunciar los miembros del Consejo de exterminar a todo ciudadano que aspirara a la tiranía. Semejantes escenificaciones atestiguan una aversión ritualizada contra cualquier actitud,



real o presunta, de signo despótico que culminará en la obligación de cada ateniense de combatir a todo aquel que hiciera peligrar la democracia. Lo sorprendente del caso es que las manifestaciones antitiránicas no cesaron una vez desaparecido el peligro inmediato de un retorno de los Pisistrátidas a Atenas. Paradójicamente, será en plena fase democrática, en la segunda mitad del siglo V a.C., cuando las fórmulas de profesión antitiránicas adquieran nuevo vigor.

En un principio, el temor a la invasión persa aparecía ligado al retorno de Hipias, pues éste y sus partidarios militaban en el contingente de tropas persas que combatieron en Maratón contra los hoplitas atenienses. El miedo al Imperio aqueménida y a la restauración pisistrátida constituían, en la década de 490 a.C., dos fórmulas útiles, y además complementarias, que reflejaban un contexto político caracterizado por la aplastante hegemonía persa y el peligro que corría Atenas de caer otra vez en manos de Hipias. Pero la situación cambió radicalmente al ser repelido el ataque persa. Posteriormente, cuando se constituyó

un nuevo bloque de poder en el Egeo en torno a la Liga ático-délica capitaneada por Atenas, se creó una marcada dualidad con el otro polo de poder, congregado en la Liga del Peloponeso en torno a la oligárquica Esparta. Si a partir de entonces surgían conatos de resentimiento antitiránico en Atenas, ya no podían guardar relación con el trauma de un horizonte de amenazas persas o pisistrátidas. Su fuente de inspiración fue más bien la impugnación que sufrió el sistema democrático por parte de sus enemigos internos (es decir, el bando oligárquico ateniense) o externos (Esparta, Corinto, etc.).

Mediante la fijación negativa de la tiranía como contrapunto al sistema de gobierno colectivo, se generó una imagen del enemigo al que hay que combatir lográndose a la vez una legitimación del régimen democrático ateniense. Tal interpretación condujo a una visión de la tiranía como negación de la isonomía. Esta última, que era inicialmente una consigna ideológica de la aristocracia, se convirtió a partir de entonces en sinónimo de la democracia. 🌟

EL TIRANICIDIO. Grabado del siglo XIX, copia exacta de la ilustración del *stamnos* griego dedicado al tiranicidio de Hiparco por Harmodio y Aristogitón. La popularidad alcanzada por este tema quedó plasmada en múltiples obras de la época, como en esta cerámica de figuras rojas realizada hacia el año 470 a.C. por el denominado pintor de Copenhague.



Los tribunales y la política atenienses

Aunque muy diferente del de las democracias actuales, el sistema político, legislativo y judicial desarrollado por los atenienses es el origen de las formas de gobierno occidentales.

El sol se levanta en Atenas una fría mañana del año 422 a.C. Los miembros del tribunal, envueltos en una pelliza que ciñe los ligeros quitones, se dirigen a sus puestos con cierta pereza. No es agradable madrugar un día así, y menos para un asunto tan ingrato como el probable homicidio del joven Herodes. Hay algún atractivo, sin embargo: el gran Antifonte ha compuesto los discursos. Y

mientras los varios centenares de jueces, o *dikastai*, se acomodan ruidosamente, van comentando los detalles del asunto. Un joven desapareció tras una turbulenta noche de navegación entre Lesbos y Tracia en la que se bebió demasiado vino mezclado. Los parientes de Herodes, como acusación particular, han obtenido, mediante tortura, reveladoras confesiones de un esclavo que incriminan a un tal Euxi-



Un juez, un voto

Los jueces votaban la inocencia o la culpabilidad de un acusado mediante la introducción de conchas o piedras en una urna y, tiempo después, con unos discos cuyo eje podía estar agujereado o no según su voto. En la imagen, pieza de bronce del siglo IV a.C., hallada bajo el edificio de los tribunales y utilizada para votar.



Decisiones consensuadas

Las votaciones en Atenas eran multitudinarias, lo que permitía la participación masiva de los ciudadanos y la imposición del criterio mayoritario, un sistema que quería evitar los intentos de soborno. En las imágenes, la *bema*, el podio ubicado en la *Pnyx* ateniense, desde el que se contempla la Acrópolis, y un relieve dedicado a la asamblea de dioses, friso perteneciente al tesoro de los Sifnios, año 525 a.C. (Museo Arqueológico, Delfos).

teo. Le arrastran ante el tribunal y habla éste en primer lugar, tratando de acallar a duras penas a la multitud que le va a juzgar: «Ante todo os demostraré, caballeros, que he sido traído a juicio de manera totalmente ilegal y violenta...».

Los tribunales de justicia

Un caso como éste puede muy bien ilustrar cómo funcionaban las asambleas públicas de la Atenas en el siglo v a.C. En cuanto al tribunal de la *Heliaia* hay diversos aspectos que merecen destacarse. Recibía la propuesta de pena de las propias partes; con sus 500 miembros, estaba formado por un complejo sistema assembleario de jueces-jurados y, finalmente, sus decisiones eran inapelables. Además, la política y la judicatura estaban mezcladas y no existía una policía organizada, sino que, a menudo, ésta era suplida por la acusación particular. A un ateniense le sería muy difícil comprender la actual separa-

ción de poderes de las democracias modernas, postulada por Montesquieu en el siglo XVIII de nuestra era.

En la Atenas del siglo v a.C. la evolución jurisdiccional corría pareja a la política: ambas estaban en manos del pueblo. Los jueces eran ciudadanos normales que componían los tribunales de justicia (*dikasteria*). Los voluntarios que se presentan esa histórica mañana, que hemos evocado, al juicio contra Euxiteo sólo tendrían como requisito ser hombres mayores de 30 años e hijos de padre ateniense y madre libre (de padre y madre ateniense a partir del año 450-451 a.C.). La figura del *dikastés* es extraña a nuestro concepto de juez y se aproxima a la del jurado, sin serlo exactamente.

El número de jueces sobrepasaba la centena: 201, para demandas por sumas inferiores a mil dracmas; 401, para las superiores; múltiplos de 500 para asuntos de derecho público. El número impar te-

nía como fin evitar empates en las votaciones, pues de suceder esto el acusado era inmediatamente absuelto. Estos multitudinarios tribunales eran tumultuosos y a menudo el orador tenía que pedir silencio y calma al emprender una afirmación polémica. Los jueces votaban con un guijarro o una concha en una urna. En caso de condena, unas pocas penas venían fijadas por la ley, pero normalmente una parte —la acusación o *eisangelía*— proponía una pena, y el condenado proponía otra alternativa. Las penas de cárcel no eran largas y, en general, se preferían las multas, la muerte, el destierro, el embargo de propiedades o la privación de derechos.

El juicio de Sócrates

El más célebre de los juicios celebrado en Atenas fue el de Sócrates, que promovieron tres ciudadanos como acusación particular: Ánito, Melito y Licón. La acu-



Sentencias, apelaciones y penas

Los procesos judiciales estaban generalmente muy bien estructurados. Tras la elección de los jueces-jurados, cuyo número variaba según la importancia del caso, se establecían las vistas, que duraban un tiempo determinado de antemano y medido con clepsidras. Se presentaban los testimonios y se hacían los discursos a favor y en contra del acusado. Estos discursos eran tan importantes que muchas veces se encargaban a logógrafos especializados en este tipo de redacción. Una vez finalizada la vista, los jueces se retiraban a deliberar y votaban. Si finalmente la sentencia era condenatoria, las partes —tanto el demandante como el demandado— podían apelar y proponer penas alternativas a las inicialmente impuestas, que el jurado podía aprobar o no, como sucedió en el caso de Sócrates. Dichas sentencias acostumbraban ser ejecutadas inmediatamente. Las penas, por su parte, eran muy variables y dependían de la naturaleza del juicio. Podía tratarse de asuntos privados, en cuyo caso se imponían meras multas pecuniarias, o juicios con implicaciones institucionales. Estos últimos podían tener un marcado carácter político, puesto que se juzgaba la actuación de un ateniense al desempeñar un cargo público. En estos casos, las penas podían ser más importantes y llegar a condenarse al acusado al ostracismo, es decir, el exilio. Los extranjeros podían ser encarcelados y para las causas criminales podían imponerse castigos corporales. En los casos de homicidio, aunque fuese involuntario, la pena era recíproca, es decir, la muerte, ejecutada a manos de un familiar del fallecido. En la imagen, prisioneros y guardias, detalle de una cerámica del siglo V a.C. (Museo Antoine Vivenel, Compiègne).

sación, recogida por los discípulos de Sócrates, rezaba así: «Se acusa a Sócrates porque no honra a los dioses que la ciudad honra y porque introduce nuevas divinidades. Se le acusa también porque corrompe a los jóvenes». En el juicio de Sócrates se puso de manifiesto la compleja idiosincrasia del sistema judicial ateniense, en el que a menudo había de por medio motivaciones políticas, económicas o de otra índole. Sócrates, ciudadano ejemplar pero incómodo, se defendió brillantemente y con fina ironía: a la hora de elegir la pena, le dieron la consabida opción de proponer una alternativa a la muerte. Él argumentó que un filósofo costaba muy poco a la sociedad y sostuvo que debía ser mantenido de por vida a costa del erario público. Su condena no se hizo esperar y la cicuta se lo llevó en una escena relatada por Platón. Él mismo, en su *Apología de Sócrates*, hace figurar al maestro despidiéndose de los jueces y de la vida con unas palabras que se han hecho legendarias: «Ea, ya es hora de marcharnos, yo a morir y vosotros a vivir. Quién de nosotros se dirige a una situación mejor es algo oculto para todos, excepto para el dios».

La Ekklesía, asamblea política

En cuanto a la *Ekklesía*, la asamblea que ejercía el poder político, conocemos algunas descripciones vivaces que nos permiten recrear, con las debidas licencias y distancias, un día en el órgano legislativo de la Atenas democrática. Se puede imaginar la afluencia masiva a la Asamblea, situada en la rocosa colina llamada *Phnyx*, no lejos de la Acrópolis y del ágora. Allí se hallaba una plataforma de piedra semicircular, el llamado *bema* o «podio», con varios escalones tallados a cada lado. En torno a este lugar se reunía la Asamblea y desde la mencionada roca hablaban tanto los grandes políticos como los demagogos. Frente al podio se disponía un pequeño altar para los sacrificios de rigor. Convenía ofrendar un pequeño animal antes de la reunión para purificar de forma simbólica la Asamblea y entonar plegarias a los dioses por la ciudad, sus aliados y los presentes, para que deliberasen correctamente y se cuidasen de ser perjuros o prevaricadores.

Detrás del *bema* se colocaban los cincuenta *prytaneis* con su presidente, y al-



rededor se arremolinaban los miles de ciudadanos mayores de veinte años con derecho a asistir a la Asamblea. La llegada y asistencia de participantes era controlada por otros funcionarios, los *lexiarcas* y su guardia asistente, que cerraban al fin las entradas y, cuando se acallaban los numerosos corrillos, daban la señal para que la Asamblea comenzase.

Los proyectos de ley (*probouleumata*) que se trataban en la *Ekklesia* habían pasado antes por la aprobación de otra «cámara». Se hacía una lectura pública ante la multitud de la propuesta de ley que llegaba desde el Consejo, precedida del nombre y origen del ciudadano que la hacía y enmarcada en el mandato del prítano de turno. Seguidamente, el heraldo preguntaba quién deseaba tomar la palabra acerca del asunto propuesto; normalmente hablaría primero el promotor de la ley o medida, que subiría al podio entre los entusiastas aplausos de sus partidarios y

los silbidos de sus detractores. El presidente de los *prytaneis* le concedía el turno de palabra haciéndole entrega simbólica de una corona de mirto.

Los oradores políticos a menudo eran formados por sofistas y profesores de retórica, que empezaron a adquirir gran relevancia política y filosófica desde la llegada a Atenas del siciliano Gorgias. Otros grandes oradores, como Isócrates, fueron también políticos a la vez que maestros del bien hablar en público y de la persuasión de las masas. Enseñaban a aplacar al público, a ganarse su atención superando los aplausos o abucheos y a obtener un clímax de entusiasmo llegado el momento. Todo joven de buena familia debía ocuparse de la retórica, una herramienta indispensable para participar en la carrera pública. Cuando el que proponía o defendía la ley había concluido su discurso, se daba la palabra a otros ciudadanos con opiniones divergentes: po-

LA MUERTE DE SÓCRATES. Lienzo de Jacques-Louis David, realizado en 1787, que muestra al filósofo en el momento de tomar la cicuta; el personaje sentado de la izquierda es Platón (Metropolitan Museum of Art, Nueva York).

dían hablar en varios turnos con ciertas limitaciones si una misma persona quería volver a tomar un mismo tema. Seguidamente, el *demos* se retiraba a deliberar, aconsejado por los discursos de cada grupo político o cada orador.

La votación en la *Ekklesia*, si era de aprobación o rechazo de un *probouleuma*, se hacía a mano alzada. Si se trataba de elegir el nombre de una persona —como en los casos en que se eligió, por ejemplo, estratega a Pericles o se envió a Cimon, Temístocles o Aristides al exilio—, la votación se hacía inscribiendo el nombre del sujeto en cuestión en pedazos de vasija, los óstraca, de donde viene la expresión «ostracismo», el destierro polí-



POLÍTICA Y RELIGIÓN. En la Grecia clásica, los sacrificios en el altar eran un acto indispensable antes de tomar cualquier decisión política. En la imagen, cerámica griega de hacia el año 540 a.C. decorada con una escena de sacrificio (Museo del Louvre, París).

tico que se aplicaba en Atenas. Cada año se preguntaba a los miembros de la Asamblea si había algún ciudadano que representara un peligro para la estabilidad del Estado. Si se votaba y se contabilizaban un mínimo de 6.000 votos a favor, se expulsaba a esa persona de la ciudad durante diez años, aunque ésta no perdía derechos civiles ni propiedades.

Pasión por el litigio

Atenas se enorgullecía profundamente de su sistema democrático y judicial. Por un lado, su representatividad era admirada por otras *poleis*, que adoptaron su sistema político, y por otro, se reivindi-

caba la antigüedad de la tradición de sus juicios, como demuestra la tragedia *Las euménides*, de Esquilo, en la que el mítico Orestes se somete a un tribunal ateniense presidido por Atenea para juzgar su caso de parricidio.

El sistema político, tanto como el judicial, en todo caso, estaba en manos del pueblo, constituyendo así el primer sistema representativo de la historia de Occidente. De este modo, los jueces de aquel día imaginado del año 422 a.C. habrían de juzgar otros muchos casos además de la muerte de Herodes. Los atenienses eran muy aficionados a litigar, y con demasiada frecuencia abusaban de recursos, apelaciones y acusaciones.

Según avanza el día, vemos otra gran aglomeración de personas. Pero esta vez no es otro de los muchos juicios que se celebran hoy; se trata del esperado estreno de *Las avispa*, una comedia del genial Aristófanes. Los atenienses acuden al

teatro para reírse un rato de ellos mismos. El inspirado comediógrafo deleita a su audiencia con una burla acerca de la gran afición de los ciudadanos por litigar y, especialmente, de los caprichosos jueces y su animadversión por los ricos. En el teatro, los atenienses ríen con el chispeante argumento: el hijo de un fervoroso *dikastés* debe curarle de su locura enfermiza por juzgar y condenar, hasta que llegue a aborrecer los juicios. En otra comedia, las *Asambleístas*, las chanzas son a costa de la Asamblea política: imagina el cómico una curiosa utopía en la que son las mujeres las que gobiernan la ciudad. Quizá así, piensa el genial escritor, nos fuera mejor a todos. Acaba la jornada en Atenas entre risas y aplausos y, del tribunal y la Asamblea al teatro, de las conversaciones en el ágora a la alta política, las asambleas populares están presentes en cada momento de la vida cotidiana de los ciudadanos atenienses.



Itinerario de las leyes atenienses

Gracias a la aplicación de las reformas de Clístenes, al ciudadano ateniense de la época clásica se le permitía acceder a todos y cada uno de los estratos políticos y jurídicos, y también implicarse directamente en cualquier proceso democrático. Después de cumplir las edades obligatorias para cada caso, los ciudadanos podían optar a cualquier cargo de la administración, que normalmente se desempeñaban durante un año y que estaban abiertos, por lo tanto, a «cualquier persona que lo deseara» (*ho boulomenos*). Los ciudadanos también podían proponer, discutir, aprobar o rechazar normativas legales que debían ser acatadas por todos y cada uno de sus conciudadanos. Las leyes —desde su concepción original hasta que finalmente eran aprobadas y registradas— debían realizar un largo recorrido muy pautado, el cual era uno de los elementos más característicos de la democracia griega.

3 DEBATE EN LA ASAMBLEA. Tras la convocatoria de la Asamblea en la *Pnyx* y los rituales preceptivos, los ciudadanos que lo desearan tomaban la palabra para expresar su opinión sobre la nueva ley.

4 VOTACIÓN EN LA ASAMBLEA. Una vez que se daban por concluidos los debates, se procedía a la votación a mano alzada para la aprobación o rechazo de la propuesta.



1 PROPUESTA DE LEY. Todos los ciudadanos podían proponer una ley. Para presentarla se escribía en una tablilla que se colgaba en el ágora, en el monumento de los Héroes Epónimos.



2 EXAMEN DEL CONSEJO. Mensualmente, una comisión de la *Boulé* estudiaba todas las propuestas (*proboulema*) y las seleccionadas se convertían en proyectos que pasaban a la Asamblea.



5 REGISTRO OFICIAL. Si la ley o el decreto eran aprobados, se ponían por escrito en piedra o madera, se oficializaban y podían ser consultados por cualquier ciudadano.





CARIÁTIDES DEL ERECTEION. Los símbolos religiosos fueron uno de los rasgos de identidad cultural de la Hélade. A la derecha, ciudadanos en procesión en un fragmento de cerámica de Exequias (525 a.C., Museo Arqueológico Nacional, Atenas).



LA IDENTIDAD HELÉNICA



A pesar de las notables diferencias que existían entre los griegos, el mundo heleno poseía una serie de características comunes, como una religión compartida, una misma lengua, celebraciones y lugares que estaban considerados como panhelénicos, y concepciones políticas y sociales afines. Esta particular unidad cultural se vio claramente acentuada cuando los griegos tuvieron que enfrentarse a los que consideraban bárbaros.



Si Homero logró abarcar con su mirada épica las condiciones de vida de la Grecia arcaica, fue Heródoto de Halicarnaso el cronista que tres siglos más tarde atestiguó las condiciones en las que se desarrolló la Grecia clásica hasta alcanzar su madurez. Por vez primera la mirada de un historiador fue testigo de la complejidad del mundo griego de entre los siglos VI y V a.C. Este hombre de letras fue el auténtico narrador de las guerras médicas. Pero la historia, como se encarga de recordarnos la obra de Heródoto, es algo más que una enumeración fría o un catálogo; comprende también las inquietudes intelectuales, espirituales y artísticas de los hombres, las emocio-

nes que han hecho vibrar y ponerse en movimiento a los pueblos, las grandes obras de arte, las corrientes de pensamiento y el sentir religioso, en un género que trasciende necesariamente el mero registro historiográfico e incluye la antropología, la etnografía y la crónica de viajes tanto en lo general como en lo particular, con numerosas anécdotas, digresiones y costumbres. No en vano, la obra de Heródoto —la *Historíe*, en el sentido de «investigación», de donde viene nuestra palabra «historia»—, considerada también como lejano precedente de la antropología y del reportaje de viajes, se ocupa de recoger una suerte de memoria universal sobre los griegos y sus contactos con otros pueblos.



EL AURIGA DE DELFOS.

Los Juegos ocupaban un lugar destacado en la vida pública griega, pues posibilitaban el acercamiento entre las dispersas *poleis* y con ello la reafirmación de la identidad helena. Esta estatua de 1,80 m de altura, fue realizada en el año 474 a.C. por encargo de Polizalos, tirano de Gela, para conmemorar su victoria en la carrera de carros celebrada en el curso de los Juegos Píticos (Museo Arqueológico, Delfos)

La obra de Heródoto es tal vez, después de los poemas de Homero, la realización más grandiosa de la literatura griega y uno de los textos más difundidos en la Antigüedad. Ambos autores se centraron en la lucha entre pueblos orientales y occidentales. Mientras que en Homero no hay huella de una dualidad entre Oriente y Occidente, Heródoto, contemporáneo de la era de Pericles, representa ambos mundos, el de los persas y el de los griegos, como concepciones político-culturales claramente perfiladas, e incluso como categorías geopolíticas antagónicas. Partiendo de estas premisas, en las obras de los escritores de los siglos V y IV a.C. se difundió una imagen altamente chovinista que ensalzaba la civilización griega frente a la oriental, motejada como decadente. En este contexto, los pensadores griegos conciben el prototipo del bárbaro para designar a aquellos pueblos que no pertenecían al ámbito cultural helénico.

Heródoto y la identidad griega

La revuelta jonia es el comienzo a partir del cual Heródoto ofrece una visión universal y unificada de la historia, consciente de la relevancia trascendental de este episodio en apariencia local que habría de desembocar en el gran conflicto entre Oriente y Occidente. El comportamiento de los protagonistas de esta epopeya, los caudillos griegos y persas, dependió en gran medida de sus decisiones personales, pero también estuvo marcado por el carácter de su pueblo, por la tradición, las creencias y, siempre como trasfondo, la concepción de que la divinidad influye en el transcurrir de la historia. El pensamiento histórico de Heródoto se empareja con el de ciertos escritores de tragedias —representativos de la mentalidad del clasicismo griego— como Sófocles. En el marco de lo que se ha dado en llamar «democracia religiosa», las causas de los sucesos históricos se sitúan en la historia de Heródoto, como en la tragedia ateniense, en un doble plano, divino y humano. Por un lado, el hombre, con su *hybris* o soberbia, es responsable de su perdición, como en la tragedia; pero los dioses también sienten envidia (*phthonos*) de quienes se muestran demasiado felices o ufanos. Así, seguramente la tragedia *Los persas* de Esquilo influyó sobremanera en la narración e interpretación que presenta Heródoto de las guerras médicas.

En todo caso, gracias al mérito de esta obra histórica, a su trabajo de campo, al examen de fuentes, a la investigación personal y a las preguntas a los testigos oculares —que constituyen los fundamentos de la historiografía—, puede decirse que han llegado hasta hoy día noticias ciertamente fiables acerca del mundo del Egeo



y de las regiones que lo rodeaban. Estas informaciones nos permiten trazar un somero panorama de los diversos pueblos del Mediterráneo oriental y de las relaciones internacionales de los griegos en este contexto. Si se comparan las costumbres e instituciones griegas con las de los pueblos vecinos se podrán ver las características constituyentes de la civilización del clasicismo helénico con más claridad.

Cabe preguntarse qué diferenciaba a los griegos de sus vecinos, si había características específicas de identidad helénica y si éstas remitían a unas raíces comunes. Las respuestas a estas cuestiones no son en absoluto sencillas, a causa de la enorme variedad de la idiosincrasia griega. En lo esencial existía una misma lengua y religión, conceptos políticos muy similares y el sentimiento de pertenecer a una cultura común.

La difusión y apropiación de los poemas homéricos como legado común por parte de todas las clases sociales y de las distintas ciudades desempeñó un papel fundamental en la formación de una conciencia unitaria griega.



De cara al exterior esta conciencia se manifestaba de forma evidente en los grandes centros de culto panhelénico (sobre todo en Delfos, Nemea, Corinto y Olimpia) con sus festividades y competiciones, como los Juegos Píticos y los Olímpicos. Sólo a aquellos que podían ser considerados griegos se les permitía participar en esas competiciones cuatrienales. Además, esta comparación con los pueblos exteriores cumplía la tarea de identificar a los pueblos pertenecientes al círculo cultural helénico mediante conceptos clave que constituían la identidad colectiva. Ideas como *agon* (competición) y *paideia* (educación) determinaban el modo de obrar de los nobles; por su parte, los otros estratos sociales actuaban mediante la imitación de estos modelos aristocráticos mientras establecían contactos de ciudad en ciudad. Con todo, la pertenencia a la *polis* constituía un sentimiento de comunidad que se veía reforzado también en el plano político. Por primera vez, en el transcurso de las guerras médicas se habría de desarrollar el uso de esta contraposición entre griegos y no griegos.

En la política era una suerte de «buen orden» o armonía cívica lo que diferenciaba las ciudades griegas de las extranjeras. Eran ciertas nociones básicas de la política antigua, como las del equilibrio y buena medida (*isonomía* y *eunomía*), las que constituían un signo inequívoco de helenismo. Acaso el origen de estos postulados se encuentre en la célebre escuela de Pitágoras en la Magna Grecia, que concibió una teoría que giraba en torno a la ordenación de las series numéricas y cuyo elemento primordial era la armonía plasmada en los intervalos de una relación matemática o de una composición musical. Trasladado a la esfera de la política, este concepto valoraba y fomentaba aquellas constituciones que garantizaban la máxima cuota de estabilidad. Cabe recordar que los pitagóricos se implicaron en la política de la Magna Grecia, concretamente en la de la ciudad de Crotona, al menos desde el año 530 a.C. hasta h. 450 a.C.

Con gran peso en la identidad griega, desde la Magna Grecia al ámbito del Egeo, este ideario reposaba en los postulados del justo medio (*mesotes*), la equidad (*isonomía* y *dikaioyne*) y la mo-

LA IDIOSINCRASIA GRIEGA.

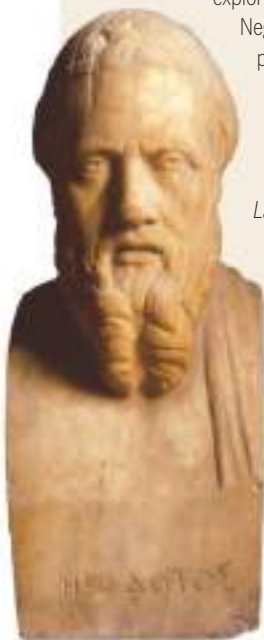
Los rasgos culturales, religiosos y lingüísticos comunes permitían a los griegos reconocerse como tales. En toda la Hélade se compartían costumbres y aficiones así como formas de vestir, de arreglarse o de estar. En la imagen superior, un relieve fechado hacia el año 510 a.C., hallado en el denominado cementerio del Cerámico de Atenas, que muestra una competición entre animales de compañía, un perro y un gato (Museo Arqueológico Nacional, Atenas).

Heródoto, el conocimiento geográfico y la percepción griega del mundo

La comprensión del mundo de Heródoto, así como su descripción de los hechos que acaban dando su carácter único y genuino a cada pueblo, estuvieron moldeados por sus numerosos viajes. Éstos permitieron que el historiador conociera de primera mano los territorios y sociedades que describía detalladamente en sus textos. Su actitud curiosa y abierta al observar las costumbres y el pasado de otros pueblos influyó en muchos de sus compatriotas, que ya conocieron la obra de Heródoto en vida de éste.

Muchos detalles de la biografía de Heródoto nos son desconocidos, pero se sabe con seguridad que recorrió buena parte de Asia Menor, conoció muchos pueblos griegos, se desplazó hasta el corazón de Babilonia, fue miembro de la expedición que fundó Turios, en el sur de la península itálica, se adentró en Egipto, viajó por el norte de África y muy probablemente exploró el territorio escita al norte del Ponto Euxino, el actual Mar Negro.

Esta voluntad viajera, poco habitual entre sus contemporáneos, acreditó a Heródoto para recoger por escrito la visión griega del mundo. En la ilustración central, «el mundo según Heródoto», una recreación del mapamundi realizada a partir de los textos del historiador (grabado alemán de mediados del siglo XIX perteneciente a *Das Land und Volk der alten Griechen*, de Wilhelm Wagner). El busto de Heródoto adjunto es una copia romana realizada a partir de un original griego del siglo IV a.C. (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles).



deración ética (*sophrosyne*). Una visualización muy instructiva de lo que implicaban estas señales de identidad helénica queda plasmada a través del urbanismo de las zonas residenciales de algunas *poleis* de orientación democrática, como es el caso de Priene, Mileto, Turios o Atenas (la zona del Pireo), planificadas y edificadas según los esquemas de Hipódamo de Mileto. Salta a la vista que estos barrios residenciales se caracterizaban por la uniformidad de las viviendas, de tamaños iguales en su mayoría, hecho que resalta la idea de la buena medida, es decir, el espíritu igualitario y cívico de sus moradores. Las proporciones armónicas de una arquitectura pensada en torno a las necesidades de sus habitantes acreditan la vigencia de un microcosmos urbanístico planificado de acuerdo a los parámetros ideológicos del sistema democrático, como un espejo de la idea de la igualdad en la clásica dinámica pitagórica de microcosmos frente a macrocosmos.

Platón se hizo eco de estos conceptos e ideas y los elevó a una dimensión cosmológica, considerando que las medidas de cada casa dentro de

una ciudad pueden ser interpretadas como una aportación a la armonía del universo. Acerca de la valoración de esta clase de modelos arquitectónicos ya existía división de opiniones en el mundo ilustrado griego. Jenofonte y Demóstenes apreciaban las ideas hipodámicas (que se reflejaban en un planteamiento urbanístico en cuadrícula), mientras que Aristóteles mantenía ciertas reservas frente a ellas. En cualquier caso, la simetría de las calles y la utilización equilibrada de los espacios públicos de las ciudades griegas se oponían frontalmente con la identidad de otros pueblos vecinos y constituían un elemento diferenciador.

Los griegos y sus vecinos

Pero analicemos con más detalle los diversos pueblos que rodeaban a las *poleis* griegas en la cuenca del Mediterráneo oriental y la disposición de las circunstancias históricas que llevaron al enfrentamiento entre griegos y persas en las guerras médicas, un hecho histórico definitorio para la configuración de la identidad helénica y, por ende, del mundo occidental.



❶ **ASIA.** Para Heródoto, el continente asiático es sobre todo el gran territorio donde se despliega el Imperio persa. Todo gira en torno a los dominios de Darío I. En los confines orientales se llega hasta la India, país con gran abundancia de oro y pueblos muy heterogéneos en cuanto a costumbres y lenguas. Más al este, el desierto. Al sur, el mar Eritreo, y conforme se asciende al norte se encuentran persas, medos, saspiros y colcos. Al oeste de Persia se halla Asiria y, a continuación, Arabia, el territorio de donde provienen los más preciados productos aromáticos. En la zona noroeste de Asia se encuentran Fenicia, Siria y Egipto, país que Heródoto separa del continente africano.

❷ **LIBIA.** Para el historiador, Libia es lo que para nosotros sería África, al menos en su mitad septentrional. Heródoto considera que el continente africano es una gran península separada de Europa por las columnas de Heracles (símbolo del estrecho de Gibraltar) y de Asia por el territorio de Egipto y por las aguas del golfo arábigo. Todo el extremo sudoeste del continente africano correspondería a Etiopía, país donde había —según las propias palabras del historiador— «oro en abundancia, enormes elefantes, todo tipo de árboles silvestres entre los que se encuentra el ébano, y unos hombres de una altura, un aspecto y una longevidad excepcionales».

❸ **EUROPA.** Según Heródoto, Europa era el conjunto de tierras que quedaban al norte del Mediterráneo y de los territorios griegos. Grecia era considerada como un mundo aparte por el historiador, quien reconoce ignorar lo que podía haber en los confines de Europa, que en su zona más septentrional iría desde un punto desconocido en el noroeste, ya fuera tierra o agua, hasta más allá de los Urales. Europa, pues, sería más grande que Asia y Libia juntas. De este modo, Heródoto asume la división tripartita del mundo imperante en el siglo V a.C., si bien otorga nuevas proporciones a cada una de sus partes.

Los griegos habían entrado en contacto con los bárbaros, es decir, con pueblos de habla no griega —lo que se acredita a través de los lazos navales con los fenicios y otros pueblos orientales— y a continuación con los habitantes del norte de la península balcánica. Las tribus de los ilirios, en la costa dalmata, pero principalmente los tracios, un pueblo cuyo hábitat se extendía desde la cuenca del Danubio hasta el mar Mediterráneo, disputaron a los griegos algunos territorios, obligándolos así a distinguir y marcar con claridad sus zonas de asentamiento.

Originalmente, las migraciones tracias habían ocupado regiones noroccidentales de Asia Menor y se habían establecido en las regiones de Bitinia, Misia y Frigia. Al oeste, Tracia limitaba con Macedonia y al este con el Mar Negro. Los habitantes de esta vasta región se podían clasificar en muy diversas tribus, cuyo liderazgo estaba en manos de unos reyes que basaban sus prerrogativas en sus recursos, entre los que destacaban metales como el oro y la plata. La agricultura extensiva y el pastoreo de diferentes especies, sobre todo la cría de

caballos, desempeñaba un papel muy importante como base de la economía de Tracia.

Desde el punto de vista griego, los tracios habían sido siempre considerados un pueblo bárbaro y guerrero. Pero a partir de mediados del siglo VIII a.C. dio comienzo la colonización griega en una parte de la costa de Tracia, que pasó a ser una de las áreas de influencia helénica. De esta manera, la península calcídica, el Quersoneso y la costa occidental del Mar Negro se encontraban bajo un fuerte influjo griego. La explotación de las ricas reservas metalíferas de los montes del Pangeo tracio había demostrado ser un factor importante en la política económica griega. Así, por ejemplo, miembros de la aristocracia ateniense como Milciades el Viejo y el tirano Pisístrato habían podido ejercer una influencia decisiva en su *polis* gracias a la ayuda indispensable de los rendimientos económicos de sus posesiones en Tracia.

En segundo lugar estaba Egipto: pocos países han estimulado tanto la imaginación de los griegos como la fértil tierra del Nilo.

OLIMPIA Y EL PANHELENISMO (págs. 44-45).

Uno de los centros panhelénicos más importantes de Grecia era Olimpia, donde se realizaban los Juegos Olímpicos, certamen deportivo cuatrienal al que acudían griegos desde todos los rincones de la Hélade. Los vencedores conseguían la admiración de toda Grecia. En la imagen, ruinas de Olimpia, en las cercanías del gimnasio y la palestra.





Los pensadores jonios y el nacimiento de la filosofía griega

Según afirmó Diógenes Laercio en su particular crónica de la filosofía antigua, escrita en el siglo III d.C., los orígenes de la filosofía se hallan en dos escuelas: la jonia y la itálica, llamada esta segunda así porque Pitágoras, que era su máximo representante, se instaló en la Magna Grecia. En cuanto a la filosofía jonia, Diógenes establece una línea de maestros y discípulos que comienza en Tales de Mileto y culmina en Platón.

A principios del siglo VI a.C. los habitantes de las poblaciones jonias de la costa de Asia Menor mezclaron el pensamiento helénico con las florecientes ideas orientales que lo enriquecieron. El epicentro de esa efervescencia cultural y científica fue Mileto, donde los filósofos comenzaron a observar la naturaleza y a buscar explicaciones racionales al mundo que les rodeaba, dejando a un lado las influencias divinas. A partir de ahí, Diógenes Laercio establece la siguiente cadena de maestros y discípulos: Tales de Mileto enseñó a Anaximandro, también de Mileto; Anaximandro instruyó a Anaxágoras

de Clazomenas y éste a Arquelaos, quien trasladó la filosofía jonia a Atenas, donde su discípulo más aventajado fue Sócrates, el famoso maestro de Platón. En la ilustración, fragmento de un relieve decorado con la figura de Anaximandro, realizado durante el período helenístico o quizá ya romano (Museo Nazionale Romano, Roma).



Aunque Egipto se encontraba desde hacía mucho tiempo sumido en una crisis política, la admiración de los griegos por la arquitectura monumental de los egipcios, con sus templos y pirámides, su tecnología, su ciencia, su medicina y su religión no había cesado jamás. Sin envidia alguna, los griegos atribuían a la cultura egipcia un ímpetu innegable para su civilización. Egipto fue la meta de todos los viajes educativos de los griegos y de todos los grandes sabios desde la época mítica y arcaica hasta la clásica (como es el caso de Homero, Licurgo, Solón, Tales y Pitágoras, pero seguramente también de Platón); los griegos rindieron tributo al país del Nilo mediante viajes de aprendizaje. Los contactos entre estas dos excepcionales culturas habían existido, pues, desde siempre, y las influencias egipcias se habían dejado sentir no sólo en la sabiduría arcaica de los griegos, sino también, y acaso más claramente, en el arte griego.

Los griegos habían construido una puerta de entrada directa a Egipto mediante el establecimiento de un puerto comercial, Naukratis, en el delta

del Nilo ya en el siglo VI a.C. Sobre esto nos informa por experiencia propia el mejor testigo de los intercambios entre griegos y bárbaros, el historiador Heródoto: «Como sincero amigo de los griegos, el faraón Amasis no se contentó con favorecer particularmente a algunos individuos de esta nación, sino que concedió la ciudad de Naukratis a todos los que quisieran habitar en Egipto para que fijasen allí su morada, y a los que no desearan asentarse allí les señaló otro lugar para levantar altares y templos a sus dioses, de los cuales sin duda el más famoso, grande y frecuentado es el que llaman Helenion. Las ciudades que, cada cual por su lado, contribuyeron a la construcción de este monumento fueron, entre las jonias, Quíos, Teos, Focea y Clazomenas; entre las dorias, Rodas, Cnido, Halicarnaso y Fasélide, y entre las eolias, sólo Mitilene. Estas ciudades, a las cuales pertenece el Helenion, son las que nombran los dirigentes de aquel emporio comercial».

La élite de Corinto y Polícrates de Samos estuvieron también involucrados políticamente en los asuntos de Egipto; de hecho, el último miembro de la dinastía de tiranos de Corinto llevaba el nombre egipcio de Psamético. Como se ve, el misterioso país del Nilo se abrió paso poco a poco en los conflictos de las potencias del Egeo y Oriente. Así, con la campaña del persa Cambises II, el país cayó bajo dominio aqueménida en los años 525-522 a.C. y, finalmente, perdió su independencia. A partir del siglo VI a.C. Egipto comenzó un período ininterrumpido de dominación extranjera, primero por los persas, luego por los macedonios y, al fin, por los romanos.

Jonia, Frigia y Lidia

Un número considerable de ciudades griegas estaba situado en las costas de Asia Menor y en las islas de sus inmediaciones; ejemplos de ello son las famosas Éfeso, Mileto, Esmirna, Samos, Focea, Colofón y Priene, entre otras muchas. Jonia se convirtió, gracias a su favorable posición geográfica, a sus excelentes puertos y a la fertilidad de sus suelos cultivables, en una de las áreas urbanas más dinámicas del mundo helénico. Esta franja de tierra bendecida por la naturaleza sirvió, además, como puente entre Oriente y Occidente. Por su mediación se logró que el tráfico monetario desarrollado por los lidios de Asia Menor a través del comercio jónico pasara a Europa y que, por tanto, se potenciara el intercambio comercial entre Oriente y Occidente, con especiales beneficios para la propia Jonia.

Las ciudades jonias se caracterizaron por una cultura cosmopolita, que recibía influencias externas e innovaciones de todo tipo, y por una amplitud de miras que convirtió esta región en la van-



guardia de la ciencia, la filosofía y las artes griegas. A las condiciones económicas favorables se añadía así un esplendor cultural sin precedentes. La historia intelectual griega es inimaginable sin la influencia jónica, pues en esta región vivieron y desarrollaron su actividad los más famosos filósofos, científicos, académicos y navegantes de Grecia. Los filósofos jonios Anaximandro, Anaxímenes y Tales, Heráclito, Jenófanes o Pitágoras son considerados pilares de la sabiduría occidental. Los navegantes y exploradores Escílax y Coleo, o el historiador Hecateo fueron la quintaesencia del espíritu investigador y audaz del pueblo jonio. El propio Heródoto, narrador de excepción del conflicto greco-persa, fue parte de este mundo de altas miras intelectuales.

Con todo, rodeada de lidios, carios y de otros pueblos, la situación política de Asia Menor jonia fue siempre precaria. Pero aunque a menudo se encontraban bajo dominio extranjero (desde el siglo VI a.C., mientras estuvieron sometidos a la soberanía lidia y después persa), los griegos de Asia siempre pudieron mantener intacta su identidad

helénica y sentirse parte integrante del mundo griego. Esta identidad se mantuvo imperturbable, de hecho, a lo largo de los siglos hasta que, a comienzos del siglo XX de nuestra era, el surgimiento de la moderna nación turca bajo la égida de Mustafa Kemal Atatürk terminó con la secular presencia de los griegos en Asia Menor, aunque en la actualidad todavía siguen quedando minorías de habla griega en la región del Ponto.

Pero los jonios siempre tuvieron conciencia de la vulnerabilidad de su situación. Los restos más antiguos de esta idea subyacente se remontan hasta la época de Tales de Mileto (siglo VI a.C.), quien dio a sus compatriotas amenazados el siguiente consejo, tal y como recoge Heródoto: que se estableciese para todos los jonios «una junta suprema en Teos, por encontrarse esta ciudad situada en medio de Jonia, sin perjuicio de que las otras tuviesen lo mismo que antes sus leyes particulares, como si fuese cada una un pueblo o distrito separado». La integración de sus fuerzas debía ayudar a superar la vulnerabilidad que sufrían las *poleis* jonias por separado debido a una posi-

TEMPLO DE ATENEA POLIAS EN PRIENE.

Construido en torno al año 340 a.C. por Piteo, el templo de Atenea Polias ya fue considerado en su tiempo como uno de los principales modelos de templo jónico. Priene fue una de las ciudades jónicas que se adhirieron a la Liga ático-délica.



JOYA LIDIA. Collar de oro perteneciente al tesoro de Cresos, último monarca de Lidia que reinó entre los años 560 y 546 a.C. (Museo Arqueológico, Usak). Sus territorios se hallaban situados en la parte occidental de la península de Anatolia y limitaban con las posesiones jonias, siendo por tanto uno de los poderosos vecinos de los griegos.

ción geográfica tan expuesta. Sin embargo, esta política no fue de gran ayuda frente a la abrumadora potencia persa.

Ya durante los siglos VIII y VII a.C. Asia Menor había sido escenario de la pugna entre las diferentes naciones y pueblos que se disputaban la tierra y el poder. Después del hundimiento del Imperio hitita, las tribus de los frigios se expandieron por la Anatolia central. Los frigios constituían, junto a los asirios, con los que mantuvieron relaciones de amistad, una fuerza significativa en el equilibrio de poderes de la región. Desde el siglo VIII a.C. se concibió un Estado frigio con capital en Gordion, cuyos fastuosos túmulos sepulcrales aún atestiguan el poder de sus gobernantes. El corazón de Frigia abarcaba los territorios en torno al río Sangario así como las áreas en el curso superior del Meandro y las tierras del arco del Halys, que formaba una frontera estratégica de gran importancia. También Hattusa, la antigua capital de los hititas, estaba situada en el área de influencia de los frigios, a lo que se añadían nuevas adquisiciones territoriales en Capadocia. Midas ha quedado en la leyenda como el gobernante más poderoso de los frigios. Su riqueza era mítica y pasó a la posteridad como sinónimo de poderío y esplendor real. Midas mantuvo contactos fluidos con las ciudades jónicas de la costa occidental de Asia Menor, y Heródoto menciona los exvotos que envió al oráculo de Delfos. Pero ya a comienzos del siglo VII a.C. comenzó el declive del reino frigio, a raíz de las migraciones de los cimerios, que invadieron el Asia Menor desde el Cáucaso.

Un comienzo igual de fulgurante y una decadencia similar a la del mundo frigio se puede constatar en el caso de los lidios, cuya área de asentamiento se situaba al sudoeste del Asia Menor. Contamos con diversas fuentes de estudio para el período que abarca el siglo VII a.C. y en relación con el rey Giges. Los dominios de Giges se extendían desde el corazón de Lidia hasta los asentamientos jonios en la costa de Asia Menor, algunas de cuyas ciudades principales, como Mileto, Colofón y Esmirna, llegaron a estar bajo su influencia directa. Lidia también mantuvo relaciones con los asirios y los egipcios, a los que, por otra parte, en nada aprovechó la violenta invasión de los cimerios para recobrar su independencia. Después de una dura derrota ante este pueblo en la que Giges encontró la muerte (en el año 652 a.C.) parecía que el destino del reino de Lidia sería intercambiable con el de Frigia. La capital, Sardes, fue arrasada hasta su fortaleza central. Pero la inesperada desaparición de los cimerios aseguró la regeneración del gobierno lidio.

Los griegos, un pueblo rodeado de potencias

Durante el florecimiento de las *poleis* griegas, en las costas de la mitad oriental del Mediterráneo vivían pueblos de culturas muy diferentes, desde el incipiente reino de Macedonia o el gran Imperio persa, hasta la milenaria civilización egipcia.

Las metrópolis griegas, cuando iniciaron la colonización del Egeo, trabaron contacto con los otros pueblos del este del Mediterráneo. Al norte tenían el cúmulo de tribus ilirias, el reino de Macedonia y la región de Tracia, con la que entraron en contacto al establecer diversas colonias a lo largo de su costa. Al sudoeste, en el territorio libio, la multitud de pequeñas tribus africanas no impidieron la fundación de Cirene y otras colonias dorias importantes. Al sudeste se encontraba Egipto, la civilización más admirada por los griegos y con la que mantenían una relación fluida, y también los fenicios, con quienes establecieron relaciones comerciales. Por el este asomaba el gran Imperio persa, que dominaría parte del territorio tracio, el norte de África y Asia Menor, poniendo bajo su órbita de influencia las poblaciones frigias, lidias, jonias y dorias.

Bajo el reinado de Aliates, que necesitó afianzar su poder frente a sus enemigos, externos e internos, con varias campañas sangrientas, el país alcanzó política y económicamente su momento culminante. Los cimerios fueron superados, así como los medos, que tuvieron que firmar con Aliates la paz en el año 585 a.C., en la que el río Halys se fijó como límite de la esfera de influencia lidia y del reino medo.

Con el reinado de Cresos, hijo de Aliates, Lidia logró su mayor expansión. La ciudad jonia de Mileto cayó bajo influencia lidia y a la vez se establecieron relaciones diplomáticas con los países vecinos más importantes. Gracias a Heródoto conocemos los regalos generosos de Cresos al oráculo de Delfos.

Sin embargo, la política de expansión de Cresos marcaba ya el punto de inflexión del poder de Lidia en el Asia Menor. Como Cresos, después de la derrota del príncipe medo Astiages por el rey persa, no se sentía ya obligado por el acuerdo de paz establecido con los medos, trató de aprovechar el vacío de poder más allá del Halys y ex-



pandir su esfera de influencia. Pero pese a lo que le vaticinó a Creso el oráculo de Delfos, que «al cruzar el Halys destruiría un gran imperio», la profecía se refería a su propio poderío y, en el año 546 a.C., fue derrotado por el monarca persa Ciro II el Grande, con lo que el dominio persa se extendió hasta la costa occidental de Asia Menor. Como heredero y gobernante de la dinastía de los lidios, el rey persa se constituyó en el nuevo vecino de los griegos. Ciro es el rey que se menciona en el Antiguo Testamento como el soberano que puso fin a la cautividad del pueblo judío en Babilonia. Pero ningún otro suceso habría de alterar tanto la situación política del Próximo Oriente y la región del Egeo como la expansión hacia el oeste del Imperio persa.

El Imperio persa

Es sabido que los griegos presenciaron no sin admiración los logros de la monarquía aqueménida, pero también el miedo y el respeto se unieron a esta sensación a la vista del rápido ascenso de los persas a la categoría de gran potencia. Heródoto

coloca el conflicto entre el lidio Creso y Ciro II en el comienzo de su obra histórica, mediante uno de sus *logoi*, que supone un preludio dramático para la presentación de las guerras médicas, en las que centrará su trabajo, en el que los gobernantes del Estado oriental multiétnico aparecen como actores principales del conflicto.

En el Imperio persa, el poder tenía una gran significación religiosa y estaba profundamente asentado en las creencias de sus súbditos. El monarca se encargaba de los sacrificios, que garantizaban la asistencia y el bienestar del reino, además de ejercer otras funciones sacerdotales. En la corte real se aunaban el ritual, la tradición religiosa y el simbolismo en un marcado ceremonial cortesano. Un ejército de sirvientes de palacio controlaba el acceso al monarca, que era visto rara vez en público, y que recibía en audiencia formal con la ceremonia respetuosa de la *proskynesis* (reverencia).

En su palacio se desarrollaba un ritual cortesano rico en representaciones, que encontraba algunas de sus expresiones más notables en las cacerías suntuosas y en el uso de un gineceo.

TRACIA: TESOROS, MITOS Y GUERREROS

A l tratarse de un pueblo sin tradición escrita, se desconoce buena parte de la historia y muchas de las costumbres de Tracia. Su territorio ya estaba habitado en la Edad de Bronce y, aunque su composición étnica era muy heterogénea, los tracios estaban unidos por una lengua común y por una rica tradición oral de leyendas sobre sus héroes y mitos, en ocasiones bastante influidos por la cultura griega. Sobre las tribus tracias la información es relativamente escasa y proviene sobre todo de textos griegos, como los de Heródoto, Jenofonte e incluso Homero, y de las excavaciones arqueológicas, muy fructíferas durante los siglos XX y XXI, como demuestran los descubrimientos de los tesoros de Rogozen, Letnitsa, Lukovit o Panagiuriste, o el hallazgo de la importante necrópolis de Kazanlak.

ORFEO Y LOS TRACIOS



Según la tradición, Orfeo tenía un origen tracio. Por ello, se le rindió un culto fervoroso en Tracia, donde se desarrollaron los misterios órficos, los cuales destacaban las virtudes de Orfeo como mago capaz de descender al Hades. En la imagen, Orfeo entre los tracios, decoración de una cerámica del siglo V a.C. (Altes Museum-Antikensammlung, Berlín).

Esta bandeja de plata dorada ceremonial (*phiale*), de origen tracio, fue encontrada de forma casual por un agricultor en 1985 en la localidad de Rogozen, en el norte de Bulgaria (Museo Histórico Regional, Vratsa).



La obra, que data del siglo IV a.C., está ricamente ornamentada tanto en el fondo como en el dorso, en el que se aprecia una roseta rodeada de motivos florales. La bandeja estaba destinada a realizar libaciones religiosas.



Los personajes representados son Heracles y la sacerdotisa Auge, lo que testimonia la influencia helena entre los tracios. Ello se ve subrayado, además, por el uso de caracteres griegos para indicar el propietario de la bandeja.

La iconografía se ajusta perfectamente a la de la mitología griega. A un lado se observan las armas abandonadas de Heracles y en el centro de la bandeja, sobre el muslo derecho, la piel del león del semidiós.

HALLAZGOS ARQUEOLÓGICOS TRACIOS

Son numerosos los tesoros de origen tracio hallados en época moderna compuestos por objetos de oro, plata y bronce, de los cuales pueden deducirse muchas de las costumbres y ritos de este pueblo indoeuropeo.



CASCO Y CORAZA TRACIOS. Los tracios, que ya habrían participado en la legendaria guerra de Troya, son recordados por su espíritu guerrero y, de hecho, en la Antigüedad fueron reclutados en muchas ocasiones como mercenarios por las potencias vecinas.



PIE DE UN RITÓN. Tracia contaba con numerosas minas, muy codiciadas por sus vecinos, y también con maestros artesanos —entre los que destacaban los orfebres— cuyo estilo respondía a una peculiar síntesis entre las tradiciones locales y las culturas griega y persa.



DARÍO I, REY DE REYES.

Relieve aqueménida de Persépolis, realizado alrededor del año 500 a.C., y dedicado al Rey de Reyes persa, que aparece hieráticamente sentado en su trono en el curso de una audiencia real. El culto al todopoderoso monarca es un elemento más del contraste entre el sistema político persa y la democracia griega.

El poder político aqueménida estaba fundamentado sobre los éxitos militares, pero también sobre el reconocimiento de la primacía del monarca tanto entre las principales casas nobiliarias de Persia como entre los numerosos pueblos sometidos a su hegemonía. Estos súbditos no se mantenían oprimidos y bajo la estricta dependencia del poder central, sino que gozaban de un cierto grado de autonomía. La construcción del poder imperial se caracterizaba además por una acumulación de atribuciones que se concentraban en la figura del rey.

En la persona del monarca aqueménida se aunaban diversas funciones políticas y representativas, como el liderazgo de persas, medos y babilonios, la supremacía sobre Egipto o el gobierno de Asia Menor. El Gran Rey era, como su título oficial proclamaba, «rey de reyes», y nadie llegó a ostentar una categoría similar. Un relieve de la Apadana del palacio real de Persépolis, que ilustra el poder aqueménida como pocas otras imágenes, muestra a Darío I en noble actitud, sentado inmóvil y rígidamente, como un ídolo hierático

sobre un trono adornado, en postura de recibir la llamada *proskynesis*.

La organización territorial y la estructuración política del enorme Estado multiétnico, que se extendía desde el mar Egeo hasta el valle del Indo, era un imperativo necesario que se lograba a través de un gobierno descentralizado en una serie de unidades administrativas regionales, denominadas «satrapías». Al igual que en la corte del Rey de Reyes, las satrapías ostentaban la más alta representación del imperio en el territorio, y con frecuencia la corte aristocrática del sátrapa tenía también su propio ritual cortesano.

Es natural que, debido a la enorme dimensión del Imperio persa, a largo plazo se produjeran algunas tensiones por las tendencias centrífugas hacia la secesión de diversas satrapías, favorecidas, a menudo, por la ambición de algún sátrapa particular. Por otra parte, además del mando militar supremo de los contingentes de soldados imperiales, el poder de la monarquía se veía bastante reforzado por la gestión del gran aparato administrativo, con la cancellería real en la cúspide de la legión de funcionarios imperiales, y se nutría de los ingresos regulares de tributos provenientes de las satrapías, que eran almacenados en las residencias reales.

La estructura del gobierno persa se caracterizaba especialmente por un cierto feudalismo *avant la lettre*. En el núcleo de la densa red de interdependencias políticas, administrativas y militares se hallaba la figura del soberano, cuyo imperio se mantenía unido por los lazos personales de adhesión de los habitantes de cada uno de los territorios sometidos. Las relaciones de lealtad de los sátrapas respecto del rey eran, así, más importantes que las leyes. Los cálculos políticos creados por las obligaciones mutuas se fundamentaban en precisos rituales prescritos de antemano, tales como dar la mano, postrarse de rodillas, prestar juramento o compartir la comida. De tal manera, en la coronación real, el más alto vasallo del imperio era el primero en postrarse ante el nuevo gobernante para demostrar su lealtad, dando con ello una promesa tranquilizadora de reconocimiento del poder real.

Este imperio inabarcable y de difícil equilibrio había ido conquistando uno tras otro, como cuenta magistralmente Heródoto, a todos y cada uno de los pueblos de la cuenca del Mediterráneo oriental. El milenarismo Egipto había sido sometido. También Frigia y Lidia, ricos reinos de la península de Anatolia.

Más allá, como refiere el *lógos* escita de Heródoto, los pueblos del norte habían sido neutralizados. Ahora quedaba dar el salto del Helesponto y someter a los griegos de Europa. Se iba a pro-



ducir, por tanto, un choque inevitable entre dos visiones del mundo: la libertad de las ciudades-estado griegas, con la democrática Atenas y la oligárquica Esparta a la cabeza, frente a la monarquía absoluta del Rey de Reyes.

Grecia frente al despotismo oriental

Los textos literarios griegos más notables del siglo V a.C. que hacen referencia al conflicto heleno-persa nos permiten rastrear el nacimiento de una identidad política propiamente griega y, por ende, el surgimiento del pensamiento político occidental. Este proceso está ejemplificado en la obra de dos autores, Heródoto y Esquilo, que suponen respectivamente la cumbre de la historiografía y del teatro clásicos y que contribuyen a sentar las bases de la identidad griega en general y ateniense en particular frente a la imagen de los persas. Así se desprende, en primer lugar, de pasajes como el llamado «discurso de las tres constituciones» de Heródoto, en el que se debate en relación con la elección del rey Darío acerca del mejor sistema de gobierno. El

intercambio de argumentos muestra cómo se desarrollaban las ideas políticas en la corte del Gran Rey, en cuyas manos quedaba toda decisión. En el régimen autocrático de Darío, el péndulo político se movía entre las esperanzas de los súbditos en la persona del gobernante y el miedo a sus prerrogativas absolutas e inapelables. Esta característica oscilación y este temor insuperable se manifiestan claramente en el intento de los llamados a elegir a un nuevo rey de desafiar la inmunidad del nuevo monarca y sus privilegios tradicionales. En el pasaje citado, el noble de origen persa Otanes se postula como representante de la igualdad aristocrática contra el despotismo, una posición que se corresponde con el rechazo de la tiranía por parte de la aristocracia griega.

Por primera vez en la literatura griega nos encontramos con una discusión teórica acerca de las constituciones de varios tipos de Estado encuadrada, no por casualidad, en un contexto persa. Otanes presenta la tiranía como una depravación de la monarquía, mientras que Darío hace otro tanto con la oligarquía y la democracia, que resul-

GRIEGOS Y PERSAS.

Un hoplita abate con su lanza a un soldado del ejército persa en esta ánfora realizada entre los años 480 y 470 a.C. (Metropolitan Museum of Art, Nueva York). Las guerras médicas que enfrentaron a griegos y persas han sido interpretadas como un combate entre la democracia occidental y el despotismo oriental.



La percepción griega de los «bárbaros», la democracia frente a la tiranía

La palabra griega «bárbaro», literalmente «extranjero», tuvo en un principio connotaciones peyorativas, ya que designaba, mediante la imitación del balbuceo, a aquel que no hablaba griego. Este sentido y su uso despectivo deja patente que, a pesar de las diferencias entre las *poleis*, los griegos estaban unidos por una verdadera conciencia panhelénica, que los diferenciaba de otros pueblos, y consideraban que su civilización era muy superior a la de sus vecinos.

Heródoto llama a veces a los persas los «bárbaros de Asia». El historiador los respetaba, pero al mismo tiempo execraba de la tiranía como forma de gobierno. Afín a muchas de las ideas de Pericles y Sófocles, Heródoto también era un admirador del sistema democrático ateniense y del grado de libertad que concedía a los individuos. Así como los persas no entendían que un griego poderoso acatara las leyes del mismo modo que el resto de sus conciudadanos, los atenienses tampoco deseaban un sistema de gobierno que ya habían sufrido en el pasado. En la imagen, relieve de la diosa tracia Bendis (400-375 a.C., Museo Británico, Londres), que fue venerada asimismo por los atenienses, lo que pone de manifiesto la comunión cultural alcanzada entre los distintos Estados griegos.

tan de la degeneración de una autocracia sin freno, por lo que él apoya el establecimiento de una monarquía legítima. Sus argumentos a favor de alcanzar el gobierno de los «mejores» en beneficio del Estado analizan los medios que confieren mayor eficiencia para regir una colectividad humana. En Heródoto, la controversia por la cuestión planteada por Darío se decide a través de preguntas clave que definen también la diferencia del pensamiento helénico frente al persa: «¿Cómo alcanzó la libertad el Imperio persa? ¿Quién se la dio? ¿El pueblo, la oligarquía o la monarquía? Estoy convencido de que llegamos a la libertad a través de un hombre, y a él debemos aferrarnos».

No son necesariamente los mejores argumentos, pero la referencia al ejemplo histórico es decisiva en este pasaje. Se alude claramente a la monarquía ideal de Ciro II, que sentó las bases de la libertad de los persas frente a sus pueblos vecinos. Por lo tanto, y según esta argumentación ad hóminem, los persas deben asegurar su existencia continuada a través del gobierno de un monarca, en este caso concreto de Darío. La libertad no es entendida aquí como un valor individual, como ocurre en el ámbito helénico, sino como un logro colectivo en beneficio de todo el pueblo persa en aras de la cual es cabal sacrificar pequeñas parcelas de independencia personales. La liberación de la dependencia de los persas respecto de los pueblos vecinos hizo merecedor a Ciro el Grande de la consideración de fundador del imperio y, a la vez y de forma inseparable, de su forma monárquica de gobierno.

El aspecto carismático de la monarquía aqueménida apenas inquietaba a Heródoto. En cambio, la mirada del historiador se centraba en los efectos tangibles para los griegos, tales como la expansión militar y territorial de los persas. A pesar de ello, los extraordinarios logros bélicos de los Aqueménidas, que habían creado el mayor imperio hasta entonces conocido, eran muy apreciados por los griegos, que admiraron también al fundador de semejante reino. En efecto, el gran monarca persa fue modelo de gobernantes también en el mundo griego, sobre todo a partir de la obra *Ciropedia*, de Jenofonte. Del mismo modo, estos éxitos persas eran a menudo señalados en el mundo griego como ventajas inherentes a la forma monárquica de gobierno.

Sin embargo, los griegos tenían conciencia de que el poder del Rey de Reyes era similar al de un tirano, por su omnipotencia y arbitrariedad y, por tanto, rechazaban mayoritariamente la importación a Grecia de un modelo tan desprestigiado en la tradición helénica y, sobre todo, ateniense; el recuerdo de Pisístrato y los Pisistrátidas, así como del tiranicidio como momento fundacional de la



democracia ateniense, aún seguiría vivo por mucho tiempo en la memoria colectiva. Por lo tanto, el veredicto griego sobre la monarquía persa provocaba división de opiniones. Además del reconocimiento de sus indudables aspectos positivos, se puede percibir también un claro rechazo del poder real, considerado pernicioso por los ciudadanos de la *polis*.

Un buen ejemplo de ello lo tenemos de nuevo en Heródoto, que recoge una anécdota deliciosa sobre la llegada al trono de Darío: «Los seis grandes de la liga continuaban en sus conferencias dirigidas a la mejor elección del monarca [...]; finalmente, en lo tocante al punto principal de la elección, acordaron tomar el medio de montar a los seis candidatos a caballo en los arrabales de Susa, y nombrar rey a aquel cuyo caballo relinchase el primero al alba [...]. Apenas empezó a salir el sol al siguiente día, cuando los seis grandes de Persia pretendientes de la corona, según lo pactado, se dejaron ver en sus respectivos corceles paseando de un lado a otro de los arrabales. Y apenas llegaron a aquel paraje donde una ye-

gua había estado atada la noche anterior [por un criado de Darío], el caballo de Darío se lanzó al galope y empezó a relinchar. Al mismo tiempo todos vieron como un rayo de sol hizo su aparición por el cielo en calma y oyeron retumbar un trueno. Estos prodigios que sucedieron a Darío fueron su puente para obtener la corona, de modo que los otros competidores, bajando del caballo a toda prisa e hincándose de hinojos allí mismo, le reconocieron como su rey».

Este espectáculo, que para los griegos era pura barbarie, servía para dar una apreciación peyorativa de la monarquía persa. En Heródoto se puede ver, por un lado, que el gobierno persa se rige por un sistema despótico mientras que la forma de gobierno de los griegos se caracteriza frente a los demás, de forma continua, por ser un sistema basado en la libre participación de los ciudadanos en el gobierno de su ciudad. En un diálogo entre el rey persa Jerjes y el espartano Demarato, Heródoto presenta un contraste entre la libertad griega y el despotismo oriental en un pasaje clásico. Esta apreciación se complementa

COMBATE ENTRE GRIEGOS Y BÁRBAROS.

Detalle de la decoración de una vaina escita realizada en oro en el siglo VI a.C.; la pieza fue hallada en territorio de la actual Ucrania, al norte del Mar Negro (Museo del Hermitage, San Petersburgo).

Esquilo y el tratamiento de los persas en el arte dramático griego

Escrita y escenificada en el año 472 a.C., siete años después del final de la segunda guerra médica, la obra de Esquilo *Los persas* es la única tragedia griega clásica conservada que no aborda una temática mitológica ni legendaria, sino que trata hechos contemporáneos a sus espectadores originales. Se sabe que se representaron otras obras sobre los persas, pero ninguna de ellas ha llegado hasta nuestros días.

Esquilo desempeñó un papel activo en las guerras médicas; entre otras cosas, fue hoplita en Maratón y Salamina, y perdió a un hermano en el campo de batalla. El dramaturgo, como muchos de sus compatriotas, que vivieron el intento de invasión aqueménida, veía en los persas algo más que a un enemigo; se trataba de un pueblo que amenazaba con imponer un sistema de gobierno considerado injusto. Eso es precisamente lo que Esquilo plasmó en la tragedia *Los persas*: la contraposición entre la democracia, una forma de gobernar justa, que daba voz a los ciudadanos, y la tiranía, personificada en Jerjes, concluyendo que fue la inícia acumulación de poder la causa de la caída del rey persa. Sin embargo, y a pesar de la marcada dualidad entre griegos y persas en esta tragedia, Esquilo presenta un retrato heroico del enemigo, al que no le resta la grandeza

que los pueblos helenos supieron reconocer en un imperio que estuvo cerca de conquistar su territorio. En la ilustración, máscara griega de bronce; en el teatro clásico, las máscaras transformaban a los actores en personajes (Museo Arqueológico, El Pireo).



con una escena que aparece en la tragedia *Los persas*, escrita por Esquilo y dedicada precisamente a celebrar el triunfo de los griegos sobre los temidos invasores orientales.

La tragedia, representada en el año 472 a.C., fue financiada por un joven aristócrata que, con el tiempo, se convertiría en uno de los principales protagonistas de la democracia ateniense: Pericles. En esta tragedia, una de las más antiguas que se conservan, abundan las alusiones al carácter institucional, por supuesto autocrático, de la monarquía persa, que es presentada al público griego como una especie de tiranía cuyo máximo exponente, Jerjes, responsable de la expedición persa a Grecia, es venerado a través de fórmulas de sumisión (*proskynesis*) como muestra de la inmensa autoridad que detentan los monarcas persas frente a sus súbditos.

El ilimitado poder del Gran Rey queda reflejado en su potestad de actuar sin dar cuenta de sus decisiones a nadie y en su exención de cualquier responsabilidad en caso de fracasar. Por

eso, Atosa, esposa de Darío y madre de Jerjes, puede decir: «Pues ya sabéis que cuando a mi hijo le va bien se convierte en un hombre admirable, pero cuando le va mal... no tiene que rendir cuentas ante la ciudad y, salvándose, reina de todas maneras sobre esta tierra».

En líneas generales, en *Los persas* de Esquilo se observan paradigmas análogos a los que empleó una generación más tarde el historiador Heródoto al evocar en su *Historia* una imagen similar de estas dos esferas paralelas pero contrapuestas: el despótico mundo oriental simbolizado por la monarquía aqueménida y, en su periferia, el mundo libre de la *polis* griega, representando su más explícita contestación.

Una de las escenas trascendentales de *Los persas* evoca el sueño de Atosa, madre del gobernante responsable de la dramática toma de Atenas durante las guerras médicas y de la no menos trascendental derrota persa frente a los griegos en la bahía de Salamina. En este sueño aparecen dos figuras femeninas unidas al carro real del monarca persa. Mientras que una de ellas se resigna, aceptando el papel que le ha deparado su destino y sigue tirando del vehículo, la otra mujer, que delata su origen griego por el atuendo que viste, se niega a tal menester e incluso consigue volcar el carro, provocando de esta manera la aparatosa caída del Rey de Reyes.

A través de una gráfica imagen, Esquilo plasma una situación política contemporánea de gran repercusión política y social. Convencidos de la superioridad de su sistema constitucional de marcado talante participativo, los Estados griegos que se negaban a aceptar la supremacía persa presentaron una decidida oposición a las ambiciones del Gran Rey. La pregunta de la soberana persa Atosa «¿Quién reina sobre ellos [los atenienses] y quién manda sobre su ejército?» recibe por respuesta: «¡No son siervos ni súbditos de nadie!». De la implícita comparación que el dramaturgo griego establece entre el sistema democrático y el gobierno monárquico, este último sale perdiendo. Los ciudadanos libres de Atenas, que cierran filas tras las leyes de su ciudad, constituyen, según la visión de los afectados, el más vivo contraste frente a los súbditos del Gran Rey persa, obligados a seguir ciegamente sus mandatos *volentes aut nolentes*. Esta clase de valoraciones y enfoques rebosan claramente de orgullo cívico ateniense, tal y como lo expresa uno de sus miembros que, ya en Maratón, había contribuido al fracaso del primer intento de invasión persa.

Esquilo también se sirve de otra técnica literaria para enfatizar el papel preponderante de la ciudadanía ateniense. Mientras que en el bando persa, el de los perdedores, aparecen protago-



nistas dotados de nombres propios e individualidades inconfundibles, ningún personaje griego (por ejemplo, Leónidas o Temístocles, que por sus méritos bien hubieran merecido ser celebrados en el espacio más emblemático de la *polis*, el teatro) es resaltado o nombrado explícitamente. Sin embargo, sí que hay referencias implícitas, que aluden al papel de Temístocles, en la argumentación de Esquilo, que eran inmediatamente captadas por el público. Se citan los beneficios de las minas de Laurión que, a iniciativa de Temístocles, fueron dedicados a la construcción de la flota ateniense. También se menciona el ardid ideado por Temístocles para provocar el ataque de la flota persa en Salamina. La visita del agente de Temístocles en el campamento persa se eleva a la categoría de intervención vengativa de los dioses: «Señora, el primer iniciador de todos los infortunios que luego se siguieron, aunque de donde vino nadie lo sepa, era algún genio de ira, algún maligno espíritu como los que inducen a los hombres a su perdición». Mediante el deliberado anonimato de los actores helenos, vencido-

res de la contienda, se idealiza una isonomía que sólo puede darse en un marco constitucional consensuado y cohesionado socialmente. Al mismo tiempo se subrayan las prerrogativas de la *polis* sobre el individuo y se acentúa la preeminencia de la cosa pública, es decir, la razón de Estado, sobre los intereses particulares. Sobre estas bases ideológicas e identitarias operó directamente el conflicto greco-persa.

En este contexto es importante recordar que Esquilo, apasionado defensor del sistema democrático, así como los atenienses en general, hacía no tantos años que habían sufrido la férrea tiranía ejercida por Pisístrato y por sus hijos Hipias e Hiparco; de este modo, no es de extrañar que los ciudadanos de la *polis* ática rechazaran una forma de gobierno que, según su experiencia propia, palidecía ante la democracia instaurada por Clístenes. De hecho, esta liberación ateniense sería, como se ha dicho anteriormente, el germen de la primera de las guerras médicas, alentada por los propios persas, que habían acogido en su territorio a Hipias. ■

ATENAS, CAPITAL DEL ARTE.

Tras su enfrentamiento con la monarquía aqueménida, Atenas se convirtió en la gran capital artística de la Hélade. En la imagen, uno de los monumentales relieves del friso oeste del Partenón, símbolo de la grandeza de la civilización griega y del virtuosismo de sus artistas. La obra fue realizada hacia el año 440 a.C. (Museo Británico, Londres).



La Acrópolis y el Partenón

Si se tuviera que escoger una sola imagen que transmitiera la grandeza de Atenas y de la Grecia clásica, ésta sin duda sería la vista de la Acrópolis y el Partenón sobre la capital ática.

Sobre los orígenes del Partenón, o templo de las vírgenes, se cuentan diversas historias míticas. Hay que tener por cierto que tuvo una relación fundacional con el culto a la diosa Atenea, a la sazón patrona de la ciudad, como recoge el mito de su patronazgo. Se dice que dos divinidades lucharon por este título: Poseidón, dios de los mares, y Atenea, sabia consejera de Zeus, que nació

armada de su cabeza. Cada dios ofrecía sus dones a la ciudad para que los ciudadanos le eligieran como divinidad tutelar: Poseidón, dios poco amable e irascible, como el propio Ponto, hizo brotar de un golpe de tridente una fuente de agua salada en la Acrópolis. Atenea, por su parte, golpeó el suelo con su lanza hoplítica y un hermoso olivo creció espontáneamente en el mismo lugar. Los



Ictino y Calícrates

El Partenón, el monumento más grandioso de la Atenas de Pericles, es obra de los arquitectos Ictino y Calícrates, dirigidos por el escultor ateniense Fidias. Fue creado para albergar la gigantesca estatua criselefantina de Atenea. Arriba, el templo de Atenea Niké, diseñado también por Calícrates.



El símbolo de Atenas

La magnificencia de los edificios y las estatuas erigidos en la Acrópolis de la *polis* ática mostraba al mundo la supremacía de Atenas y recordaba a los atenienses su victoria sobre un enemigo tan poderoso como los persas. En las imágenes, una vista parcial de la Acrópolis presidida por el Partenón en la actualidad, y una reconstrucción realizada por Peter Connolly del aspecto que pudo haber tenido en el siglo V a.C.

atenienses eligieron a la diosa de la sabiduría y de la astucia, cuyo animal consagrado, el mochuelo, se convirtió junto al olivo en símbolo de la ciudad. Una enorme estatua de Atenea, hecha de marfil y oro, honraría en su magno templo la elección como diosa tutelar de la ciudad. También los dos frontones del Partenón se dedicarían a la diosa: uno a la historia de su nacimiento, ya armada y adulta, de la cabeza de Zeus, y el otro precisamente al mito del certamen con Poseidón por el dominio de la ciudad.

En lo alto de la Acrópolis, la antiquísima ciudadela que había sido el núcleo de Atenas desde tiempos micénicos y arcaicos, se pensó en edificar muy pronto un templo en honor de la diosa virgen, guardado por sacerdotisas consagradas a su culto. El primer autor que usa la denominación de «Partenón» para hablar del edificio es el orador Demóstenes, en el siglo IV a.C., pues para los atenienses

anteriores a él el lugar era conocido como *hekatompèdon*, es decir, «de cien pies», haciendo alusión a sus dimensiones, o simplemente como *ho naos*, es decir, «el templo» por antonomasia. Pero antes del célebre Partenón de Ictino y Calícrates, que es el edificio que conocemos hoy como quintaesencia simbólica de la Atenas de Pericles, existió un primer templo dedicado a Atenea en el lugar preeminente de la Acrópolis. Tanto las fuentes, así es el caso de Heródoto, como la arqueología hablan de la existencia de un primer proyecto para la construcción de un templo en honor a la diosa griega. Se han encontrado restos de los tambores de su columnata en la muralla del perímetro de la Acrópolis, al norte del Erecteion. Al parecer, este primer Partenón no había sido concluido aún cuando los persas conquistaron Atenas y arrasaron todos los edificios de la Acrópolis en el año 480 a.C. Inmediatamente después de la victoria

griega en las guerras médicas, en la década de 460 a.C., se planeó un programa detallado de embellecimiento de la ciudad, bajo la égida de Cimón, que incluía la reconstrucción de los monumentos de la Acrópolis y, por supuesto, dedicar un gran templo a la diosa de la ciudad.

Orgullo de una ciudad

La guerra entre griegos y persas, que acabó gloriosamente con la victoria de los primeros en el año 479 a.C., habría de dejar a través del Partenón su impronta más indeleble en la historia del arte, de la arquitectura y de la estética. La independencia griega, fieramente defendida frente a la gran potencia extranjera y lograda mediante la astucia —virtud divina que Atenea habría concedido tanto a Ulises como a los atenienses— después de la evacuación de la ciudad, había conllevado la destrucción de gran parte del patrimonio monumental de Ate-

Estructura del Partenón

La inusual riqueza de medios a disposición de los gobernantes atenienses cuando acometieron la construcción del Partenón llevó a levantar un templo de grandes dimensiones que pudiera acoger la colosal estatua de Atenea Parthenos. Así se concibió un edificio periptero de orden dórico que medía 69,5 m de longitud y 30,88 m de anchura. La obligada armonía visual que todo templo griego debía ofrecer se basa en el Partenón en un magistral trabajo arquitectónico y matemático, en el que no sólo se guardaron las proporciones, sino que se hicieron correcciones ópticas (como la curvatura del estilóbato y del entablamento, además de la disposición de las columnas inclinadas ligeramente hacia dentro y distribuidas a distancias no regulares), con el fin de conferir al conjunto una apariencia más equilibrada.



UN TEMPLO PINTADO. Como era habitual en las estatuas y edificios de la Grecia clásica, el Partenón estaba llamativamente pintado. Se cree que los colores utilizados fueron el azul, el rojo, el marrón y el amarillo dorado.

1 PRONAOS. El pórtico o vestíbulo de entrada al templo iba precedido de seis columnas dóricas, algo más pequeñas que las de la hilera octástila de la fachada.

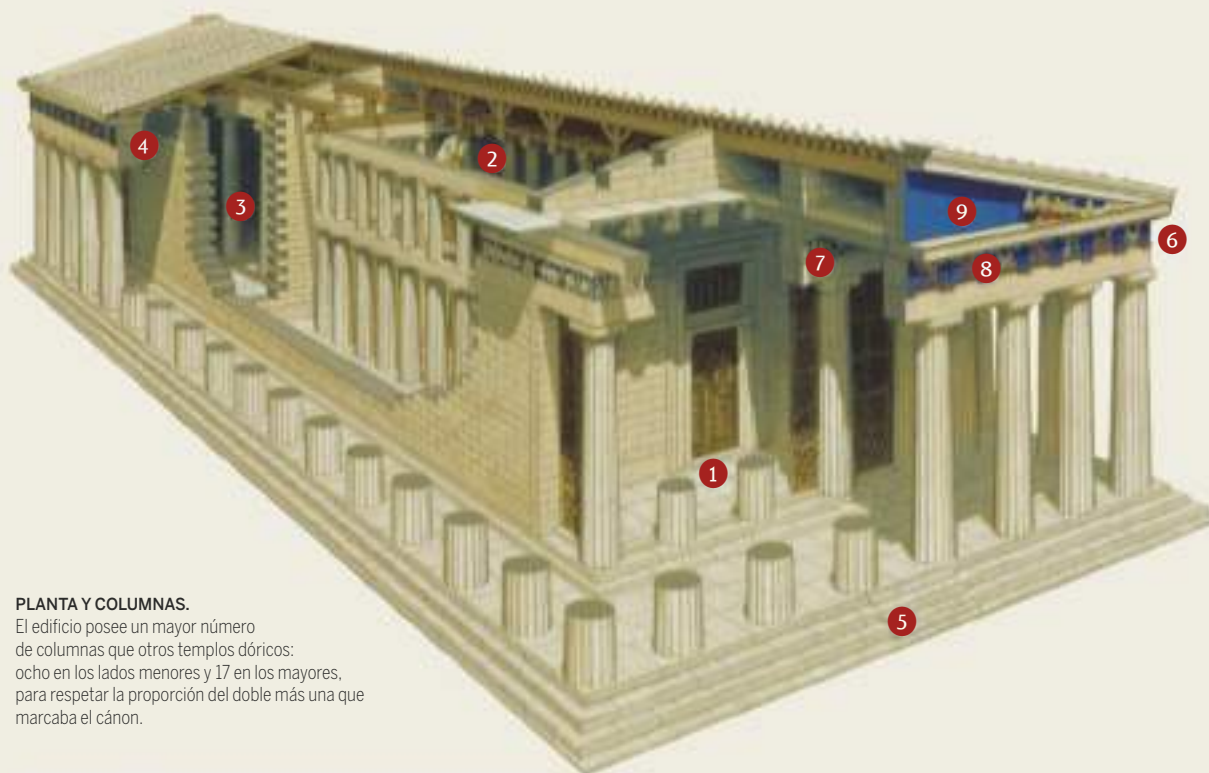
2 CELLA O NAOS. Era un espacio muy amplio para acoger la estatua de Atenea Parthenos, subdividido en tres naves, separadas por una columnata en forma de U.

3 PARTENÓN O SALA DE LAS VÍRGENES. Tras el naos, estaba el Partenón propiamente dicho, con cuatro columnas jónicas; era un espacio reservado a las sacerdotisas del culto.

4 OPISTÓDOMOS. Análoga al pronaos, era la sala posterior a la que estaba destinada a las sacerdotisas. En ella se custodiaba el tesoro público de Atenas.

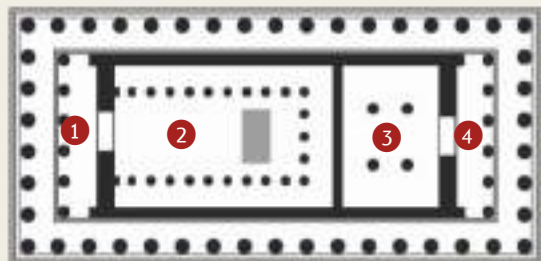
5 CREPIDOMA. La plataforma de tres escalones, cuya parte superior es el estilóbato, se construyó ligeramente convexa para dar al templo una mejor línea visual.

6 ENTABLAMENTO. Formado por el arquitrabe y el conjunto constituido por los triglifos y las metopas, estaba construido levemente combado para una mayor armonía visual.



PLANTA Y COLUMNAS.

El edificio posee un mayor número de columnas que otros templos dóricos: ocho en los lados menores y 17 en los mayores, para respetar la proporción del doble más una que marcaba el cánón.



7 FRISO. En segundo plano, rodeando el naos, había un friso cuya temática no era mítica, pero sí plenamente ateniense. Se trataba de la gran procesión con que culminaban las Grandes Panateneas, fiesta en la que participaba toda la polis.

8 METOPAS. Ensambladas entre dos triglifos, cada una de las metopas presentaba en alto relieve pasajes de cuatro grandes luchas míticas: la amazonomaquia, la gigantomaquia, la centauromaquia y la legendaria guerra de Troya.

9 FRONTONES. El frontón oriental representaba el nacimiento de Atenea de la cabeza de Zeus, bajo la presencia de otros dioses, y el occidental, la lucha entre Atenea y Poseidón por el Ática, episodio contemplado por diversos héroes áticos.



Fidias, el escultor de la Grecia clásica

Fidias ya era valorado como el mejor escultor de Atenas cuando Pericles le encargó la supervisión del proyecto de la Acrópolis. Fue el espaldarazo definitivo que le permitió llegar a ser considerado uno de los mejores escultores que jamás haya existido. Sus dos obras maestras, hoy perdidas, fueron la Atenea Parthenos que presidía el interior del Partenón, y el Zeus de Olimpia, estatua ya celebrada en la Antigüedad como una de las siete maravillas del mundo. En las imágenes, un fragmento de los frisos del Partenón que representa a Ártemis y un retrato romántico del escultor ateniense realizado por Jean-Auguste Ingres.



nas y requería, por patriotismo, una reconstrucción que devolviera el brillo a la ciudad. Pero, así como los persas habían regresado después de la primera campaña, persistían las dudas sobre nuevas incursiones. Atenas se erigió en cabeza de una liga de ciudades griegas con ideario democrático, que formaban una alianza militar para un posible regreso de los persas, contribuyendo a un tesoro común guardado en la isla de Delos.

Durante los años de gobierno de Cimón se produjo alguna pequeña escaramuza, pero en general se mantuvo el statu quo. Después de la muerte de Cimón, en el año 449 a.C., la obra quedó paralizada, pues su sucesor Efiálfes, que falleció poco después, no se decidió a afrontar ese magno proyecto.

La historia de la construcción del templo representa un tira y afloja entre el partido más radicalmente demócrata y el partido conservador, que sólo se resol-

vería con la entrada en escena de un líder carismático como Pericles. Para los atenienses, la reconstrucción del templo destruido por los persas era una obligación moral y, a partir de la Paz de Calias (año 449 a.C.), el camino había quedado libre. Otra fecha clave para entender la fácil financiación y la velocidad de las obras es el año 454 a.C., cuando Atenas recibió en custodia el tesoro de la Liga ático-délica; cada vez quedaba más claro que la Liga no era ya un instrumento contra la amenaza persa, que había quedado relativamente neutralizada, sino una herramienta de consolidación de la hegemonía ateniense. El imperialismo de Atenas y la entrada de fondos de las nuevas adquisiciones territoriales y mineras y de las contribuciones dinerarias de las ciudades aliadas, que se convirtieron en tributarias en la práctica, facilitaron la construcción del templo más grande y más costoso de la época clásica. Así, no

es posible comprender el Partenón sin hacer alusión a lo que representaba el Imperio ateniense, sus enormes beneficios, su ideario y su potente programa propagandístico.

Las decisiones de Pericles

Pericles, elegido estratega por los atenienses en varias ocasiones, encabezó no sólo el programa político de la ciudad, sino también su glorificación artística como «escuela de Grecia», en la afortunada expresión que puso en sus labios el historiador Tucídides. Como todo imperio en expansión, la gran capital necesitaba un edificio simbólico y, así, las obras comenzaron por iniciativa del propio Pericles, que supervisó la construcción del templo por los arquitectos Ictino —responsable también del templo de Apolo en Basas— y Calícrates, que más tarde se ocuparía del templete de Atenea Niké en la Acrópolis, así como la

Atenea Parthenos, una escultura monumental de envergadura mítica



La obra escultórica de Fidias en el Partenón alcanzó su punto culminante con una creación monumental: la Atenea Parthenos («virgen»). La escultura no ha sobrevivido hasta nuestros días; sin embargo, se conservan algunas reproducciones de menores dimensiones. La colosal Atenea Parthenos, destinada a ocupar un lugar central en el interior del Partenón, era una escultura criselefantina cuyo núcleo estaba construido con madera revestida con placas de bronce, recubiertas con láminas de oro y marfil. Se utilizó más de una tonelada de oro para su ornamentación y su coste total, 700 talentos, era equivalente al coste de construcción de una flota de 300 naves. La estatua, que medía algo más de 11 m de altura, representaba a la diosa Atenea de pie, vestida con un peplo, ceñido a la cintura con un par de serpientes, y tocada con un casco ático. Su cabeza estaba ligeramente inclinada hacia adelante y los mechones del cabello le caían sobre el pecho, cubierto con una égida hecha de marfil y decorada con la cabeza central de Medusa. En la mano izquierda portaba un escudo de 4 m ornamentado con escenas de batallas mitológicas, que conmemoraban las victorias griegas sobre los persas. En la mano derecha sostenía una «pequeña» Niké alada que medía 1,85 m. Atenea también iba armada con una lanza y a sus pies yacía una serpiente, mientras que en el pedestal se representaba el nacimiento de Pandora. La Atenea Parthenos exhibía así la riqueza y el poder de la ciudad de Atenas, y simbolizaba la ingente cantidad de recursos que la *polis* era capaz de movilizar contra cualquier enemigo. En las imágenes, a la derecha, copia contemporánea de la estatua de Fidias, en mármol y de 1 m de altura (Museo Arqueológico Nacional, Atenas), y a la izquierda, recreación de Peter Connolly.

comisión de la decoración escultórica al célebre artista Fidias. La construcción se inició en el año 447 a.C. y finalizó en el año 438 a.C., aunque las obras de decoración continuaron por lo menos hasta el año 433 a.C.

El programa decorativo del templo era también identitario y político en plena época de expansión del imperialismo ateniense. Así, además de los mitos alusivos a Atenea en los frontones, hay que mencionar el gran friso de las Panateneas, una exaltación de la vida cívica. Otros motivos míticos, como la lucha de las amazonas, hacían referencia al triunfo griego frente a los persas. En todo caso, el tiempo total de construcción fue inusualmente breve, debido en parte al entusiasmo colectivo que supo desatar Pericles y, también, a la abundancia de medios que procuró la situación económica de Atenas como líder de la alianza militar.

Pero el programa de construcciones de Pericles iba más allá del Partenón. De este modo, se construyeron los grandes Propileos, una entrada monumental al conjunto cívico-religioso de la Acrópolis, al que los historiadores antiguos atribuyeron también un gran simbolismo político y que costó casi tanto como el propio Partenón; se edificó un nuevo Odeón, un edificio dedicado a espectáculos musicales y artísticos, que también podía servir para congregarse asambleas; se levantaron dos templos más pequeños, ya después de la muerte de Pericles, uno dedicado a Atenea (el llamado Erecteion, con las célebres cariátides) y otro en honor de Atenea Niké.

Viajeros de la Antigüedad

Podemos hacernos una idea bastante certera de cómo fue el templo, en el marco del conjunto monumental de la Acrópolis, gracias a dos escritores griegos que lo describieron en el siglo II de nuestra era: Pausanias y Plutarco. El primero, autor de una guía de viaje por las distintas regiones de Grecia ya en época romana, habla del «templo que llaman el Partenón» describiendo las esculturas dedicadas a Atenea en su decoración externa. Sin embargo, centra toda su admiración en la enorme estatua de la diosa realizada por Fidias en el interior del templo, la célebre Atenea criselefantina. La impresionante estatua mostraba a la



diosa vestida con un largo peplo y armada con lanza, casco y escudo de profusa decoración, sosteniendo además a Niké, la diosa alada de la victoria.

Las armas hoplíticas de la diosa tenían grifos y una gorgona, la célebre Medusa, en la pechera. Junto al escudo había una gran serpiente esculpida, que el escritor griego identifica con Erictonio. Éste era el ancestro de los reyes de Atenas —el primer rey habría sido Erecteo—, y era un ser monstruoso nacido de una manera extraña pero relacionada con la diosa Atenea. Al parecer, Hefesto, dios cojo de la fragua y de los artesanos, había intentado unirse con la diosa virgen que, en un descuido, dejó que se acercara demasiado. La diosa pudo escapar de él, pero Hefesto eyaculó en su muslo. Atenea se limpió asqueada, y la semilla del dios cayó a tierra en la Acrópolis, naciendo espontáneamente de ella un héroe-serpiente, Erictonio. La base de la

estatua estaba también decorada con otro mito alusivo a la diosa, que contaba el poeta Hesíodo: la creación por parte de los dioses de Pandora, la primera mujer, a la que Atenea había dado la astucia y las mañas del telar. Como cuenta el mito, Pandora había sido enviada a los hombres, por medio de Epimeteo, para castigar el engaño de Prometeo y el progreso de la humanidad.

Alabanzas y críticas

En la *Vida de Pericles* de Plutarco, que forma parte de su magna colección de *Vidas paralelas* de grandes prohombres de la Antigüedad grecorromana, se describe vivazmente la época de la construcción del Partenón y el ambiente que rodeó la gran creación artística de la Atenas clásica. Multitud de artesanos llegaron a la ciudad y la convirtieron en un hervidero de actividad creadora: carpinteros, escultores, herreros, pintores, grabadores...

EL ERECTEION. Vista del templo jónico construido por el arquitecto Filocles y dedicado a Atenea, Poseidón y Erecteo, con la famosa tribuna de las Cariatides orientada al sur.

Además, también se multiplicaron el número de comerciantes de la más diversa índole, que proporcionaban materiales, comida, alojamiento, ropas, entretenimiento, etc. a aquel ejército de trabajadores. Plutarco describe la febril actividad que implicó a toda Atenas, que durante más de una década estuvo inmersa en este programa de construcciones públicas. Admirado, el escritor griego de época romana refiere que la velocidad de construcción fue asombrosa y nunca superada en su tiempo.

También recoge algunas de las críticas que suscitó el magno proyecto, que al parecer fue muy controvertido desde el principio, ya que los costos aumentaban de forma imparable y hubo acusa-

El friso de las Grandes Panateneas: un trabajo escultórico monumental

El conjunto escultórico en mármol que ocupaba el friso interior del Partenón fue uno de los proyectos escultóricos más laboriosos de todos los llevados a cabo en la Acrópolis. Aunque no se puede asegurar con certeza, la elaboración de este friso probablemente se hizo bajo las órdenes de Fidias. En el proyecto, iniciado en torno al año 443 a.C., participaron un número indeterminado de escultores, pero se estima que fueron una decena. Los bloques de mármol de 5 cm de espesor que se utilizaron en la obra se extrajeron del famoso monte Pentélico, al norte de Atenas. La temática del friso era la procesión religiosa de las Grandes Panateneas, símbolo de la ciudad. La ejecución del trabajo finalizó en el año 438 a.C. La mayor parte de la obra, que originalmente poseía 160 m de longitud, se conserva hoy en día, aunque repartida entre varios museos de todo el mundo. En las imágenes, fragmento del friso de las Panateneas (Museo del Louvre, París) y recreación de los trabajos de construcción del Partenón, realizada por el arquitecto y artista neoclásico Kart Friedrich Schinkel.



ciones de corrupción para arquitectos y promotores de la obra. Entre otros escándalos, a los que era especialmente sensible el círculo de intelectuales en torno a Pericles, se cuenta que algunos atenienses reconocieron en las esculturas de la Amazonomachia algunos retratos reales entre los luchadores griegos: un soldado se parecía demasiado al propio Fidias, otro al general Pericles, etc. Parece que la historia se saldó con una pena de cárcel para el famoso escultor. Los opositores al proyecto censuraban la enorme cantidad de fondos que se habían gastado en la construcción y, por otro lado, el expolio de los aliados tributarios de la ciudad. Las ciudades aliadas no veían con buenos ojos que su dinero y el tesoro de la Liga ático-délica se emplearan para el embellecimiento y la gloria de Atenas. El monumento, sin embargo, pronto se convirtió en el símbolo de todo un período histórico y perduró de forma extraordi-

naria en el imaginario colectivo. Cuando la época de la *polis* pasó a la historia, siguió representando la gloria de la Atenas clásica, la época de Pericles.

Tras el fin del clasicismo

Hoy día, pese a la destrucción que ha sufrido a lo largo de los siglos, la vista del Partenón sigue siendo sobrecogedora. El gran templo de la diosa patrona de Atenas fue testigo de la época helenística, con la pérdida de importancia de las *poleis*, y vio cómo el caudillo Demetrio Poliorcetes lo convertía en su sala de banquetes privada.

Con el tiempo fue admirado por los romanos que, como Cicerón o el filheleno Adriano, mitificaron el templo de Atenea como símbolo de la gloria de una cultura. En la Antigüedad tardía y la temprana Edad Media, el templo se convirtió en una iglesia cristiana dedicada a Nuestra Señora de Atenas. Cuando, en

el siglo XII, el cruzado Bonifacio de Montferrato tomó Atenas, la ciudad no era ya más que un villorrio, y el entonces arzobispo de Atenas, Miguel Coniates, aunque consciente del tremendo abismo que separaba la ciudad de la gloriosa época de Pericles, aún pronunciaba homilías en las que recordaba a los grandes hombres de la época clásica.

La iglesia de la Acrópolis pasó a manos de los católicos con la conquista latina, cuando se estableció el ducado de Atenas, y años más tarde la Gran Compañía Catalana se enseñoreó de la ciudad. El Partenón pasó entonces a manos de los clérigos catalanes. El rey Pedro el Ceremonioso, asombrado por la magnificencia del templo, dijo que era «el más precioso tesoro que existe en el mundo y que en vano se esforzarían en imitar todos los soberanos cristianos». En 1456 el sultán otomano Mehmed II arrebató Atenas a los latinos y el Partenón fue trans-



formado en mezquita. Como es sabido, dos siglos más tarde, en un asedio de la ciudad por parte de los venecianos, una bomba cayó sobre el templo, que había sido convertido en polvorín por los otomanos. El golpe final a su deterioro fue asestado por el conde de Elgin, el embajador británico en el Imperio otomano, quien entre los años 1801 y 1806 hizo retirar gran parte de los mármoles del friso que decoraban el templo para llevárselos a Londres, donde actualmente se exhiben en el Museo Británico. Pese a todo, el vetusto templo de Atenea se ha ido recuperando gradualmente de las ruinas y sigue conservando hoy en día toda su fascinación original.

CABALLO DE SELENE. Esta cabeza de caballo, realizada por Fidias entre los años 442 y 438 a.C., estaba ubicada originalmente en el frontón este del Partenón y formaba parte del carruaje de la diosa Selene (Museo Británico, Londres).





**GUERRERO
ESPARTANO.** Este busto del año 470 a.C. suele asociarse a la figura del monarca espartano Leónidas (Museo Arqueológico, Esparta). En la página siguiente, arquero persa, cerámica datada entre los años 520 y 500 a.C. (Museo Británico, Londres).



LAS GUERRAS MÉDICAS



A comienzos del siglo V a.C., el Imperio persa estaba en pleno esplendor y sus ejércitos parecían invencibles. Siguiendo con su afán conquistador, el aqueménida Darío I puso sus ojos en Grecia, cuya posesión le concedería un dominio absoluto sobre el Egeo. Sin embargo, las *poleis* helenas se aliaron entre sí y consiguieron rechazar a su poderoso enemigo en todas y cada una de las guerras en las que se enfrentaron.



El general ateniense Histieo, nombrado tirano de Mileto por Darío I, y Aristágoras, pariente de Histieo que le sucedió en el cargo cuando aquel fue designado consejero del rey persa, habían establecido un estrecho contacto entre la aristocracia de las ciudades jónicas de Asia Menor y los dirigentes del Imperio aqueménida. Sin embargo, las fricciones entre Aristágoras y el mandatario persa Megabates finalmente derivaron en un enfrentamiento que condujo a la revuelta de los jonios contra el Imperio persa. Éste fue el primero de una larga serie de conflictos greco-persas que, más allá de las guerras médicas, sólo habría de culminar con la célebre expedición

de Alejandro Magno a Asia. La descripción de los hechos, que nos ha llegado en gran medida gracias a las crónicas de Heródoto, tiene como protagonistas a personajes de incuestionable importancia histórica, como los persas Darío, Jerjes o Mardonio, o los griegos Milcíades el Joven, Temístocles o Leónidas. Todos ellos son fácilmente asimilables a los héroes de la epopeya homérica, como Áyax, Aquiles o Héctor. La narración que Heródoto hace de la guerra, fiel y colorida, está adornada por un frecuente uso de discursos de aliento épico pronunciados por estos personajes, mientras que las batallas son descritas vivamente, desde el punto de vista de los soldados.

LAS GRANDES BATALLAS DE LAS GUERRAS MÉDICAS

494 a.C.

Lade. Batalla naval librada no lejos de Mileto en la que la flota persa de Darío I sofocó finalmente la rebelión jonia.

490 a.C.

Maratón. Gran victoria de las tropas atenienses; los persas constataron entonces que sus planes de expansión no iban a resultar fáciles.

480 a.C.

Termópilas. Heroica derrota espartana que permitió detener durante días el ejército persa, muy superior en número.

480 a.C.

Salamina. Sorprendente derrota naval de la poderosa flota persa ante el contingente griego de Temístocles.

479 a.C.

Platea y Mícale. Derrota doble del ejército persa, en Grecia y Asia Menor, que puso fin a la segunda guerra médica.

467 a.C.

Eurimedonte. Victoria naval griega con la que finalizó el último conflicto greco-persa y que obligó a la retirada aqueménida.

Hay que suponer que el levantamiento jonio y la primera campaña persa en Occidente fueron vistos con cierta despreocupación desde el centro de poder imperial. Pero esta serie de sucesos relativamente insignificantes en la periferia del vasto Imperio aqueménida, derivados de las disputas personales entre Megabates y Aristágoras, desembocó, en efecto, en un explosivo conflicto entre los jonios del Asia Menor y la monarquía persa que a la postre habría de alcanzar dimensiones muy importantes. Seguramente existieron otras razones decisivas para la revuelta de los griegos jonios contra el dominio aqueménida. Entre ellas hay que contar la creciente competencia de los emporios de Fenicia, como Tiro, Sidón y Bérto, que también estaban bajo dominio persa, así como los efectos de la política expansionista persa en Tracia, que afectó gravemente el comercio de las ciudades jonias. Sería poco apropiado pensar que un levantamiento ético o incluso prodemocrático de los jonios fue la causa de la rebelión. Por otra parte, la actitud vacilante y pasiva que en gran medida mostraron las ciudades griegas que no estaban involucradas en la rebelión demuestra a su vez la inexistencia de un frente unificado griego contra la superpotencia oriental.

La primera campaña persa

En el año 499 a.C. se propagó desde Mileto el movimiento rebelde contra los persas en Asia Menor. Las perspectivas de éxito de los sublevados sólo podían mantenerse con una ayuda efectiva de las ciudades griegas de la península balcánica. Pero Esparta, que ostentaba la supremacía reconocida de la Liga del Peloponeso, no mostraba intenciones de prestar asistencia militar; además, estaba comprometida por un inminente conflicto con Argos y también se veía amenazada por la insurgencia de los ilotas. Por tales motivos, el potencial militar espartano no podía permitirse el lujo de fragmentarse con un desplazamiento de tropas al extranjero con el fin de afrontar una empresa de dudosos resultados. Tampoco cabía esperar asistencia en este sentido de ciudades como Argos, Corinto, Beocia o de las islas del mar Egeo, implicadas a su vez en diversos conflictos regionales. Sólo Atenas y Eretria, en Eubea, accedieron a la petición de ayuda, enviando barcos y tropas a Jonia. Sin embargo, sobre este contingente, pese a algunos éxitos iniciales, como la destrucción de Sardes, se cernía de forma inevitable la amenaza de la derrota, ya que a la larga fue incapaz de frenar la imparable acometida persa. Cuando Mileto fue tomada por las tropas persas en el año 494 a.C. se quebró el centro de la revuelta y el movimiento de resistencia llegó así a su fin. La revuelta jonia,

Los campos de batalla de la guerra greco-persa

Las guerras médicas empezaron con la rebelión de las ciudades jonias contra las satrapías —sofocadas por el Imperio aqueménida—, se avivaron con las ansias expansionistas de Darío y Jerjes y finalizaron con la definitiva retirada persa del mar Egeo.

Entre los enfrentamientos que mantuvieron griegos y persas se encuentran algunas de las batallas más famosas de la Antigüedad. Quizá la más importante, por lo que significó para ambos bandos, fue la batalla de Salamina, ciudad situada no lejos de Atenas. Cerca de Atenas también se libró la batalla de Maratón. Un poco más al norte, en Beocia, se desarrolló en Platea la batalla que puso fin a la segunda guerra médica en territorio heleno. La batalla de las Termópilas, librada en suelo tesalio, se halla envuelta en un halo de heroísmo, dada la tenaz resistencia de los espartanos. Pero no todas las batallas se desarrollaron en territorio griego. En Asia Menor las revueltas jonias que encendieron la mecha de la guerra provocaron los enfrentamientos de Lade o Sardes, y también allí tuvo lugar la batalla de Mícale, librada el mismo día que la de Platea y con el mismo resultado: victoria griega.

la ayuda griega y la derrota final causaron un tremendo impacto en la capital griega. Ello se puede seguir, en su repercusión literaria, a través de la tragedia de Frínico *La conquista de Mileto*. En su estreno, la ciudadanía ateniense fue presa de una emoción tan grande que se prohibió representar la obra en lo sucesivo. Al autor, según cuentan las fuentes, le costó una multa por haber recordado sucesos tan tristes como la pérdida de esta ciudad ante los persas.

Inmediatamente después de la represión de la revuelta jónica, el Imperio persa dirigió su atención hacia los griegos de Europa que habían prestado ayuda a los rebeldes. El Rey de Reyes no podía tolerar semejante desafío y, siguiendo la tradición expansiva de los Aqueménidas, inmiscorrió con los sediciosos, dirigió al punto una expedición de castigo contra las regiones limítrofes de sus dominios en Europa, como Tracia. Ya en el año 525 a.C. Cambises II había sometido al yugo persa el legendario Egipto y, acumulando nuevas conquistas, Darío se anexionó en el año 512 a.C. los países de la desembocadura del Da-



nubio, a los que poco después seguiría Macedonia. A través de la ayuda que concedieron Atenas y Eretria a los jonios, dichas ciudades se habían comprometido políticamente a ojos de los persas. Su asistencia militar en la revuelta jonia presentaba así la justificación perfecta para una intervención persa en suelo griego. Tal vez el castigo previsto para Atenas y Eretria fuera sólo una excusa para emprender el camino hacia la conquista de la Hélade, con el objetivo final de construir una supremacía aqueménida en el continente europeo. El intento contó con el apoyo de muchos griegos, no hay que olvidarlo, representantes de corrientes tiránicas. Entre ellos destacaba el propio Hippias, hijo de Pisistrato y desterrado de Atenas con la caída de la tiranía. Éste se había refugiado en los dominios persas y se aprestaba a apoyar al ejército persa invasor, anhelando restaurar la tiranía en su ciudad.

Intimidadas por el formidable potencial bélico persa, algunas ciudades griegas se plegaron al dominio aqueménida y se pusieron pronto de su parte. No así los atenienses y los espartanos, que

mostraron una encendida oposición desde el principio. En efecto, rechazaron drásticamente el ultimátum que les había lanzado el Rey de Reyes al ejecutar a sus embajadores, una clara violación de las convenciones diplomáticas que dinamitaba todos los puentes para un posible acuerdo. Sin embargo, la flota persa bajo el mando conjunto de Datis y Artabernes no logró en la primera expedición un avance decisivo. Al final, un contingente de hoplitas atenienses, bajo la dirección de Milcíades, fue capaz de rechazar a un destacamento persa en el choque que se produjo en la llanura de Maratón, situada en la península de Ática. La batalla, según las crónicas, se libró el 12 de septiembre del año 490 a.C.

La batalla de Maratón

La planicie de Maratón fue un lugar escogido por ambos contendientes. Por un lado, la llanura debía proporcionar un espacio suficiente para la maniobrabilidad del contingente persa frente a un ejército ateniense de 9.000 hombres y unos



CASCO DE MILCÍADES

EL JOVEN. Según la tradición, el propio general ofreció su casco —que lleva su nombre inscrito— al templo de Zeus en Olimpia tras la victoria ateniense en la batalla de Maratón (Museo Arqueológico, Olimpia).



ESTELA DE ARISTIÓN.

En este relieve, realizado entre los años 510 y 500 a.C., obra de Aristocles, se puede apreciar a un hoplita griego con sus vestiduras ligeras y cómodas, tal y como debieron de ir equipados los guerreros que lucharon contra los persas en las guerras médicas. El nombre de Aristión figura inscrito en la base de la obra (Museo Arqueológico Nacional, Atenas).

mil soldados auxiliares. Pero Milcíades sabía que la irregularidad del terreno podía favorecer las posiciones griegas desde el norte y desbaratar la posibilidad de intervención de la caballería persa y de la infantería ligera aqueménida. Los atenienses querían decidir la batalla en el duro combate cuerpo a cuerpo de la infantería pesada, el ámbito en el que más destacaban sus fuertes unidades de hoplitas. El campo de batalla elegido se encontraba encerrado, además, entre dos ríos, a poca distancia pero a resguardo del lugar donde había fondeado la flota persa. Los atenienses acudieron al campo con un ejército de hoplitas fuertemente pertrechados con sus armaduras, lanzas y largos escudos. Una selección de los guerreros más notables, dispuestos en formación de falange, se encargarían de hacer frente al ejército del rey persa, que se hallaba bajo el mando de Datis y Artabanes. Cuentan las fuentes que Hipias, el derrocado tirano ateniense, acompañaba a las tropas persas en calidad de guía y consejero.

En el combate, el ideal de ciudadanía y libertad de los hoplitas atenienses se demostró a través del compañerismo de unos hombres que dependían de la resistencia del vecino para cubrir su flanco, apretando las filas marcialmente. La falange tenía varias líneas de profundidad, lo que permitía la rápida sustitución de los caídos, mientras que los hombres de la retaguardia presionaban para que no decayera el ímpetu guerrero de la unidad. Los persas, por su lado, disponían de una caballería más poderosa, por lo que el plan de batalla de Milcíades estaba centrado en neutralizar estas fuerzas ecuestres mediante el uso de la falange como contingente de choque. Con toda seguridad, los persas no contaron con la aplastante superioridad numérica que las fuentes les atribuyen (sólo en infantería, se dice que era un ejército de unos 200.000 hombres), pero sí hay que suponer que al menos estaban igualados con las tropas griegas; es decir, unos 10.000 o 12.000 soldados, lo que no dejaba de ser un considerable ejército que debía ser transportado por vía marítima, lo cual limitaba adicionalmente su potencial cuantitativo.

La confrontación se dirimió en el choque de la infantería pesada: el centro de las tropas atenienses se retiró de manera sorprendente hacia atrás. Los persas pensaron que se trataba de una desbandada y cobraron coraje, cargando de forma precipitada hacia la parte central de las filas atenienses, que arrastraron tras de sí a las fuerzas persas. En ese preciso momento los persas se dieron cuenta de la estratagema, basada en la velocidad de desplazamiento de la falange griega. Ambos flancos griegos rodearon al punto a los persas por el este y el oeste, con un hábil

Maratón: el triunfo de la táctica griega

La batalla de Maratón, librada en el año 490 a.C., supuso el fin de la primera guerra médica, y en ella el ejército ateniense venció, casi en solitario, a las fuerzas persas, gracias en buena parte al dinamismo y la motivación de sus tropas.

Las fuerzas atenienses, con Calímaco y Milcíades al frente, fueron al encuentro del enemigo acompañadas por una falange procedente de Platea. La flota persa había desembarcado en la playa de Maratón, seguramente a instancias del antiguo tirano ateniense Hipias, ahora su aliado, que recomendó el lugar por ser llano y favorable para el despliegue de las fuerzas aqueménidas.

❶ **Avance ateniense.** Ante el riesgo de que los persas embarcaran de nuevo, los atenienses no esperaron los refuerzos espartanos y, con sus flancos reforzados, abandonaron su posición elevada para avanzar hacia el enemigo, el cual respondió rápidamente. ❷ **Pinza griega.** El cuerpo central de la falange ateniense retrocedió, lo cual hizo avanzar al ejército persa, que cayó en la trampa táctica y se dejó rodear por los flancos, que avanzaron como una exhalación. Una vez rodeados los persas, la victoria griega fue aplastante.

movimiento envolvente. La rapidez de esta actuación atestigua la inigualable maniobrabilidad de la falange como unidad de choque, cuya profesionalidad refiere Heródoto en su vibrante narración de la batalla. Las cifras de bajas persas, unos 7.000 hombres, dan fe de la inapelable derrota que sufrió el ejército de Darío, mientras que, según la tradición griega, sólo 192 atenienses cayeron en esta batalla, lo que es a todas luces una exageración.

Esta victoria se convirtió pronto en un mito que fundamentó el carácter invencible de los griegos en defensa de su libertad; la famosa carrera de Filípides es buena muestra de ello. En efecto, según la leyenda, Milcíades decidió enviar a su soldado más veloz, Filípides, para anunciar la victoria sobre los enemigos, pues sabía que la flota persa todavía amenazaba Atenas. De este modo, Filípides habría recorrido el camino que la separa de Maratón, unos 42 km, como una exhalación. Extenuado por el esfuerzo, al llegar a la ciudad gritó *Nenikékamen!* («¡Hemos vencido!») y cayó muerto.



EL MENSAJERO DE MARATÓN. Estela funeraria procedente del Teseion ateniense y realizada a mediados del siglo V a.C.; comúnmente está asociada a la célebre carrera de Filípides (Museo Arqueológico Nacional, Atenas).

Con el recuerdo de esta gran epopeya, la ciudadanía ateniense celebraba la conservación de sus libertades, su supremacía en Grecia y, a la par, reforzaba su identidad política y cultural.

Un buen ejemplo de lo que Maratón significó para Atenas lo proporciona el famoso epitafio de la tumba de Esquilo, quien a pesar de ser el poeta dramático más celebrado de su época, admirado por doquier y vencedor de todos los concursos literarios, sólo quiso ser recordado por haber luchado en Maratón y mandó grabar en su tumba únicamente estas escuetas palabras: «Esta tumba esconde el polvo de Esquilo, / hijo de Euforio, orgullo de la fértil Gela. / De su valor Maratón fue testigo, / y los medos de larga cabellera, que lo conocieron bien».

Sin embargo, y aunque al principio fue honrado sobremanera por este triunfo, el destino de Milcíades, el estratega de Maratón, resulta un perfecto ejemplo de ciertos problemas de demagogia y excesos en el sistema de control político ateniense. Milcíades ya había demostrado su gran intrepidez al unirse a la revuelta jonia de 499 a.C.

y había tenido que afrontar acusaciones de tiranía en la Asamblea de Atenas, por lo que incluso fue condenado a prisión. Sin embargo, desde su elección como uno de los diez generales que habrían de enfrentarse a los persas en Maratón, el aprecio popular por este líder creció enormemente y se le atribuyó la elaboración de las tácticas que permitieron derrotar a los temibles enemigos. La estrella de Milcíades habría de decaer cuando dirigió una expedición ateniense de setenta naves contra las islas griegas que habían apoyado a los persas. La expedición fracasó y Milcíades resultó herido, lo que hizo que sus rivales políticos de la poderosa familia de los Alcmeónidas le acusaran de traición y se le condenara a muerte. La pena se conmutó por una enorme multa. Acabó en la cárcel, donde murió, probablemente a resultas de sus graves heridas. Su hijo Cimón, que sería una figura importante en la Atenas de la Pentecontecia, entró en política pagando la deuda de su padre. A raíz de la acusación contra Milcíades, el pueblo ateniense optó por utilizar contra el poder de las familias nobles una institución de la demo-



cracia que había introducido Clístenes, pero que no se había utilizado hasta entonces: el ostracismo. La carrera política en Atenas se convertía así en un camino plagado de dificultades. Tras el vacío dejado por la muerte de Milcíades, Temístocles se perfilaba como el nuevo líder democrático, gracias al apoyo que le otorgaban las clases populares. Frente a él, sin embargo, destacaba su gran rival, Arístides, apodado «el Justo», un político conservador que se había distinguido también en la batalla de Maratón, y que fue elegido arconte el año siguiente (489-488 a.C.).

Maratón, en todo caso, supone un punto de inflexión en la historia del clasicismo griego, y en concreto de la gloria de Atenas. Su relación con los tres poetas trágicos —símbolo del brillo literario ateniense— puede ser ejemplificada de la siguiente manera: Maratón une las tres generaciones del Siglo de Oro de Atenas, pues en esta batalla combatió Esquilo, mientras Sófocles (nacido en 496 a.C.) era aún un niño, que quedaría deslumbrado por el mito de este triunfo, y Eurípides, el tercer dramaturgo, que representa el

declive de Atenas, nació precisamente el año de Maratón. Esta batalla, más allá de su repercusión cultural, significó el comienzo y la afirmación del poderío militar de Atenas, pues la presencia de los espartanos en ella fue nula.

En los años posteriores al triunfo de Milcíades y, sobre todo, de la clase política de la Atenas democrática en la llanura de Maratón, la ciudad quedó presa bajo el hechizo de Temístocles. Éste era el nuevo hombre fuerte que movía los hilos de la política ateniense con firmeza y también el defensor de una estrategia marítima ante la segunda gran ofensiva terrestre que ya preparaban los persas como venganza ante el revés sufrido, que seguramente el Gran Rey consideraba una pequeña escaramuza.

La segunda campaña persa

A diferencia de la primera ofensiva emprendida bajo el reinado de Darío, que comisionó las expediciones a Mardonio (quien marchó sobre Tracia en el año 492 a.C.) y a Datis (que sufrió la derrota de Maratón), la operación militar que preparaba



a continuación el nuevo rey, Jerjes, tenía un carácter mucho más masivo. La primera campaña había consistido en una típica expedición de castigo de los persas en la periferia de su imperio, para sofocar posibles focos de oposición. Pero Jerjes había entendido que debía vérselas con algo más que unos lejanos rebeldes que amenazaban sus fronteras occidentales. En el año 483 a.C. el rey persa realizó amplios preparativos para una nueva campaña militar. Heródoto proporciona una descripción detallada de la disposición de las tropas y de su armamento, tras la que subyace una visión de las estructuras de poder del Imperio persa, que bajo Jerjes se encontraba en su momento de máximo esplendor. El ejército de tierra reflejaba el carácter multiétnico de la monarquía aqueménida, pues estaba formado por contingentes de pueblos diversos, desde Media hasta Armenia y más allá. Además de las unidades procedentes de las naciones iraníes, también las extensas satrapías orientales y las del Asia Menor, incluidas las ciudades griegas bajo soberanía persa, iban a participar en la campaña lide-

rada personalmente por Jerjes. La flota persa, que tenía que operar paralelamente con las fuerzas terrestres, estaba compuesta principalmente por los jonios del Asia Menor y por los barcos de las ciudades fenicias y chipriotas que estaban bajo el dominio persa.

Si son correctas las noticias que proporciona el historiador Éforo, en el sentido de que Jerjes había llevado a cabo una alianza con Cartago, la ciudad más poderosa del Mediterráneo occidental, aquí tendríamos una prueba del enorme alcance de la segunda guerra médica, tal vez el primer conflicto internacional del mundo antiguo. Esta alianza fue diseñada sin duda para impedir una asistencia militar eficaz de las poderosas ciudades griegas de la Magna Grecia y de Sicilia, como Siracusa y otras potencias occidentales, a las ciudades de su madre patria, las metrópolis jónicas o dóricas de la Grecia continental. Como es obvio, la actividad diplomática del Imperio persa era de muy largo alcance y podría cosechar grandes éxitos, especialmente entre los pueblos y ciudades de la península de los Balcanes. De hecho, esta

ATENAS TRIUNFAL.

El éxito militar ateniense logrado en Maratón tuvo una gran importancia para la ciudad ática, que a partir de aquel momento utilizó su victoria sobre los persas para respaldar sus intenciones de imponer su hegemonía sobre sus vecinos griegos; en cambio, para los persas tan sólo supuso una expedición fallida. En la imagen, relieve dedicado a la batalla de Maratón procedente de un sarcófago de la Roma imperial (Museo Cívico Romano, Brescia).

Symmachiai y *poleis*, las alianzas militares en la Antigüedad



En vista del potencial limitado que tenían algunas *poleis*, a partir del siglo VI a.C. empezaron a establecerse *symmachiai*, es decir, alianzas de carácter militar en las que el compromiso era tanto defensivo (ayudar a un aliado que era atacado) como ofensivo (organizar el ataque a un enemigo común). A lo largo del siglo V a.C. y aun más tarde, la *symmachía* fue un tipo de asociación muy habitual entre los pueblos helenos.

Las ligas o confederaciones griegas fueron concebidas en teoría como *symmachía* en pie de igualdad, aunque en la práctica muchas veces existía una *polis* que imponía su criterio a sus asociados. La *symmachía* que quizá tuvo mayor fortuna en su planteamiento y en la consecución de sus objetivos fue la Liga Helénica, establecida en el año 481 a.C. para combatir al invasor persa durante la segunda guerra médica. Sin embargo, las alianzas más famosas del siglo V a.C. fueron la Liga ático-délica (o Liga de Delos) y la Liga del Peloponeso, aunque éstas ya se constituyeron para que una *polis*, Atenas y Esparta respectivamente, ejerciera su liderazgo. Un régimen parecido se seguía en la antigua Liga Beocia, que capitaneó Tebas. No serían éstas las únicas confederaciones militares de la Antigüedad. Durante el siglo siguiente se crearon otras, como la Etolia, la Arcadia o la de Corinto. En la imagen, una estela funeraria ateniense realizada hacia el año 400 a.C. y decorada con la *dexiosis*, un apretón de manos que simbolizaba un pacto de hospitalidad y mutua protección (Museo Arqueológico Nacional, Atenas).

política de captación había logrado que Macedonia, Tesalia, Beocia, Argos y muchas islas Cícladas se mantuvieran neutrales durante el conflicto y que no presentaran resistencia al paso del ejército persa por sus territorios o que incluso prestaran apoyo explícito a las tropas de Jerjes.

Sin embargo, una treintena de ciudades del centro y sur de Grecia, encabezadas por Esparta, Atenas, Mégara, Egina, Corinto y algunas otras, se unieron en una alianza militar (*symmachía*) en el año 481 a.C. ante el peligro de la invasión persa. Esta iniciativa conjunta fue posible gracias al establecimiento de unos acuerdos en las respectivas áreas de influencia de las diversas *poleis* frente a la amenaza exterior inminente. Se puso fin a las seculares disputas entre las más poderosas ciudades de la Grecia continental y después de que se promulgase una paz general, los aliados acordaron dejar la dirección militar de las operaciones tanto por mar como por tierra en manos del ejército espartano.

La batalla de las Termópilas

En el paso de las Termópilas se produjo uno de los episodios heroicos que fundamentaron la autoridad moral de los espartanos de ahí en adelante. Los legendarios trescientos espartiatas bajo el mando del rey Leónidas plantaron cara al todopoderoso ejército persa. Fueron exterminados, pero su sacrificio logró detener a Jerjes por un tiempo, mientras que la flota griega era capaz de causar pérdidas notables a las embarcaciones persas en la batalla de Artemisio, librada en el extremo norte de Eubea durante el verano del año 480 a.C. El paso de las Termópilas y el cabo Artemisio fueron dos episodios bélicos de diversa índole pero que influyeron en un mismo sentido en el ánimo griego y lograron reforzar su moral y su voluntad de resistencia.

Pese a todo, el potencial bélico griego se mostraba del todo insuficiente para detener la arrolladora maquinaria persa. El avance irresistible del ejército de Jerjes hacia el corazón de Grecia hacía presagiar desastres sin solución, pues el gran número de tropas congregado no podía ser igualado fácilmente. Atenas estaba ya al alcance de la avanzadilla persa y no había un momento que perder. La estrategia de la dirección bélica de los griegos debía cambiar radicalmente. El hombre fuerte de Atenas, Temístocles, hacía años que temía una invasión de tal magnitud, la cual se había visto retrasada por la muerte de Darío en el año 486 a. C. y la revuelta contra los persas en Egipto. Como era más que probable que el ejército persa se dirigiera contra Atenas y resultase casi imposible vencerlo por tierra, Temístocles maduró un proyecto alternativo.



Así, su plan estratégico había consistido en movilizar una gran flota para resistir el segundo ataque aqueménida, que no tardaría en llegar. Pese a ciertas incertidumbres iniciales, la confianza se depositó en la flota, que había sido construida gracias a un famoso oráculo que recibió la ciudad, según refiere Heródoto.

La estrategia de Temístocles

El oráculo de Delfos participó activamente en las guerras médicas y aunque se mostró en un principio favorable a los persas (ciertas profecías acusaron a Mileto de causar todos los males y llegaron a recomendar a los cnidios, argivos y cretenses que no combatieran contra los persas), luego legitimó políticamente la causa griega y, en concreto, la estrategia naval de Temístocles. En el caso de Atenas, el oráculo se mostró al principio ambiguo, pero luego profetizó que los atenienses vencerían tras los reveses iniciales que llevarían a los persas a tomar el interior de la ciudad («cuando haya sido capturado todo lo que alberga el guardián de Cécrope y el interior del sagrado Cite-

rón») y que Zeus, en el momento oportuno, daría a la ciudad de Atenas «un muro de madera para no ser destruidos y bendecir a vuestros hijos».

La oscura expresión «muro de madera» (*teichos xylonon*) creó una gran polémica en Atenas en torno a su interpretación. Algunos pensaron que el oráculo les indicaba que debían construir un muro de madera en la Acrópolis contra los persas; otros, como Temístocles, defendían que había que confiar en los barcos atenienses —como verdadera muralla de madera— y evacuar rápidamente la ciudad. Una vez que el arrollador ejército persa hubo superado las Termópilas y a los trescientos espartiatas de Leónidas, prevaleció claramente la segunda opinión. El oráculo seguía «no esperéis tranquilos a la caballería y la infantería, que viene por tierra, sino retiraos» y así se reforzó la tesis defendida por el partido de Temístocles, que había centrado todas sus esperanzas en la marina ateniense. Religión y política seguían, pues, unidas simbólicamente en los oráculos que justificaron el comportamiento de la cúpula militar ateniense bajo la égida de Temístocles.

RECEPCIÓN DE DARÍO.

El rey persa —cuyo nombre está inscrito en la pieza— recibe a un mensajero en este fragmento de una cratera realizada por el denominado pintor de Darío, cuya actividad se desarrolló en el siglo VI a.C. en el ámbito de la Magna Grecia (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles).

GUERRERO CAÍDO

(págs. 76-77). Estatua perteneciente al templo de Atenea Afaya en Egina, construido en el curso de las guerras médicas, en torno al año 480 a.C. (Staatliche Antikensammlungen Glyptothek, Múnich).





Los hoplitas espartanos y la batalla de las Termópilas

El espíritu guerrero que siempre demostró poseer el pueblo de Esparta acaso alcanzó en la defensa del paso de las Termópilas su máxima expresión. A pesar de la derrota y la muerte aseguradas, espartanos, tespios y tebanos no se plantearon abandonar en ningún momento su posición.

Con el propósito de llegar a la Grecia central por tierra y hacer caer a Atenas y sus aliados, el rey Jerjes reunió un nutrido ejército multiétnico que atravesó Tracia y Macedonia. Para detenerlos, se congregó un destacamento de hoplitas capitaneado por el rey espartano Leónidas, que se propuso hacerles frente en las Termópilas, un desfiladero de Tesalia. Tras resistir tres días sin apenas bajas, los persas encontraron un estrecho paso alternativo gracias a la traición de un pastor llamado Efiltes que les permitía atacar a los griegos por la retaguardia. Enterados de ello, muchos optaron por la retirada, pero

no así los espartanos, los tespios y los tebanos, que permanecieron en sus puestos asumiendo las terribles consecuencias de su decisión. En la imagen, un hoplita entre dos guerreros extranjeros, cerámica griega del siglo VI a.C. (Museo Británico, Londres).



1 LAS FUERZAS DE LEÓNIDAS.

Según la tradición, el contingente de Leónidas estaba formado por 300 hoplitas espartanos, 1.000 ilotas, 400 tespios y 400 tebanos.

2 EL EJÉRCITO DE JERJES.

El ejército persa, formado por decenas de miles de hombres, tuvo grandes dificultades para superar a las fuerzas enemigas, que eran muy inferiores.

3 SOLDADOS FOCIDIOS.

Un millar de focidios guardaban la ruta alternativa que tomaron los persas. Se retiraron a sus posiciones ante el paso enemigo y no fueron obstáculo para su avance.

En efecto, Temístocles había defendido la expansión del poder naval ateniense y el uso de los grandes ingresos producidos por las minas de plata de Laurión para construir una nueva flota de doscientos trirremes, mientras que su rival Arístides proponía, de forma populista, repartir las ganancias entre los ciudadanos. Finalmente, la opinión de Temístocles prevaleció por diversas razones (entre ellas, un conflicto naval con Egina) y la oposición de Arístides fue vencida. El rival de Temístocles acabó exiliado en una votación por ostracismo en el año 483 a.C. Cuenta la anécdota que uno de los votantes analfabetos, que no le conocía, se acercó a Arístides y le pidió que escribiera en el trozo de cerámica el nombre del acusado: «Arístides». Al preguntarle si le había ofendido de alguna manera ese tal Arístides, el hombre respondió: «No, y ni siquiera le conozco, pero estoy harto de que todo el mundo le llame el Justo». Entonces Arístides escribió sin decir nada su propio nombre en el óstrakon y marchó al exilio. Pero pronto regresó gracias a una amnistía y ayudó lealmente a Temístocles en Salamina. Arístides aún vivió para

ver el ostracismo de su viejo rival, pero murió antes de la aparición en escena de Pericles.

En cuanto a la guerra, el curso de los dramáticos acontecimientos es bien conocido. El abandono de la ciudad propuesto por Temístocles fue una decisión durísima, pues su importancia para los griegos como asiento de los dioses, los ancestros y los fallecidos y como centro simbólico de la identidad propia era insustituible. Los atenienses, dando un paso sin precedentes en la historia del mundo antiguo, abandonaron entonces su hogar por razones de estrategia militar y lo dejaron a merced del enemigo, que lo devastó completamente. Monumentos y riquezas fueron arrasados por los invasores; un ejemplo de ello es la famosa estatua de los tiranocidas, Harmodio y Aristogitón, que se había convertido en símbolo de la democracia ateniense. La estatua fue llevada a la corte imperial persa de Susa y sólo más de cien años después sería recuperada por los griegos, en la expedición de Alejandro.

Los ciudadanos de Atenas evacuaron así la ciudad; mujeres, ancianos y niños fueron enviados a la isla de Salamina y se entregó la polis al saqueo



de los persas para luego intentar reducirlos en otro elemento: el mar. Es evidente que, detrás de esta actitud, se escondía un plan premeditado, así como una enorme determinación, sacrificio y confianza en la victoria. A diferencia de los habitantes de Teos y Focea, que habían abandonado su ciudad para siempre ante la presión de la superioridad persa, fundando otros asentamientos, los atenienses, y con ellos muchos griegos, habían decidido apostar todo a una carta. Por otro lado, sólo el contexto de la democratización de la *polis* de Atenas había hecho posible semejante movilización y concienciación de la población entera. Además de los esfuerzos de todas las clases sociales para hacer frente a una complicadísima tarea, lo que ha pasado a la historia sigue siendo la gran visión de futuro del político más perspicaz de la época, Temístocles.

En el plano político, tras las medidas adoptadas por Clístenes y el impacto de la victoria de Maratón como antecedentes indispensables, se puede decir que el acontecimiento que fomentó de manera más persistente el progreso de la democracia

en Atenas fue la construcción de una flota, la mayor de Grecia (unas doscientas embarcaciones), a instancias de este previsora general, el gran Temístocles. La armada constituirá no sólo el «muro de madera» de Salamina, sino la propia columna vertebral de la democracia ateniense, sirviendo como arma preventiva ante la amenaza persa. Guiado providencialmente por Temístocles, el *demos* de Atenas presentó batalla a los persas después de desalojar su ciudad, subir a sus naves y dirigirse a la isla de Salamina y a Trecén, donde formaron temporalmente una nueva *polis*, fuera de su tradicional ámbito espacial.

Lo espectacular de la situación queda subrayado por el siguiente episodio. En el transcurso de los preparativos que anteceden al choque naval entre griegos y persas, el general corintio Adimanto llamó a Temístocles «apátrida» (*ápolis*) por abandonar su ciudad y quiso privarle de voz y voto en el consejo de guerra que precedió a la batalla de Salamina. A esto el aludido respondió que los atenienses tenían una *polis* y un territorio mayor que el de los corintios, pues disponían de doscientas

LEÓNIDAS. A pesar de su derrota, la magnitud de la gesta conseguida por Leónidas y sus hombres, al retener durante tres días el avance de unas fuerzas extraordinariamente superiores, les colocó entre los más grandes héroes militares de la historia. En la imagen, el lienzo *Leónidas en las Termópilas* realizado por Jacques-Louis David en 1813 (Museo del Louvre, París).



LA VICTORIA

EN EL MAR. Para los griegos en general, y los atenienses en particular, la batalla de Salamina significó un hito histórico que llegó a equipararse con cualquiera de las hazañas de los héroes mitológicos, como demuestra este sello griego con una representación de un trireme que conmemoraba la victoria sobre los persas en dicha batalla (Museo Británico, Londres).

naves perfectamente equipadas. Semejante actitud sólo es comprensible si tenemos en cuenta la enorme confianza que depositaron los atenienses en la efectividad de su flota, su último recurso, al tiempo que denota una descomunal flexibilidad y capacidad de adaptación a la nueva situación creada por la amenaza persa. Pero también hay que tener en cuenta la cohesión que había alcanzado la sociedad ateniense desde las reformas de Clístenes y de forma especial desde la victoria de Maratón y la política naval de Temístocles, que se traducía ahora en una férrea unidad de acción y confianza en el futuro.

La voluntad del *demos* de Atenas de abandonar la ciudad comportaba un alejamiento de aquellos lugares que simbolizaban los más inconfundibles signos de identidad ciudadana. Esta situación, sin embargo, hubiera podido prolongarse definitivamente si el plan de Temístocles hubiera fracasado. En este sentido, el traslado de la *polis* de Ática a Salamina implicaba la vigencia de un extraordinario potencial reflexivo por parte de una ciudadanía que se mostró capaz de arriesgarlo todo por conservar su autonomía. El *demos* de Atenas, dirigido por políticos de denotada ascendencia popular, participaba así de lleno en las batallas de la ciudad, consolidando definitivamente el sistema de participación masiva del pueblo ateniense en el gobierno de la *polis*.

De Salamina a la victoria

El 29 de septiembre del año 480 a.C., según refiere la tradición, tuvo lugar una gran batalla naval en el golfo Sarónico, frente a El Pireo, puerto de Atenas, y la isla de Salamina, la cual dio nombre al combate decisivo de la guerra. Unos trescientos triremes griegos, bajo el mando de Euribíades y Temístocles, de los cuales la inmensa mayoría provenía de Atenas, se enfrentaron a unas seiscientas galeras persas comandadas por el propio Jerjes. Los atenienses contaban con la ayuda de corintios, eginetas y megarenses, mientras que la flota persa incluía a jonios, fenicios y chipriotas.

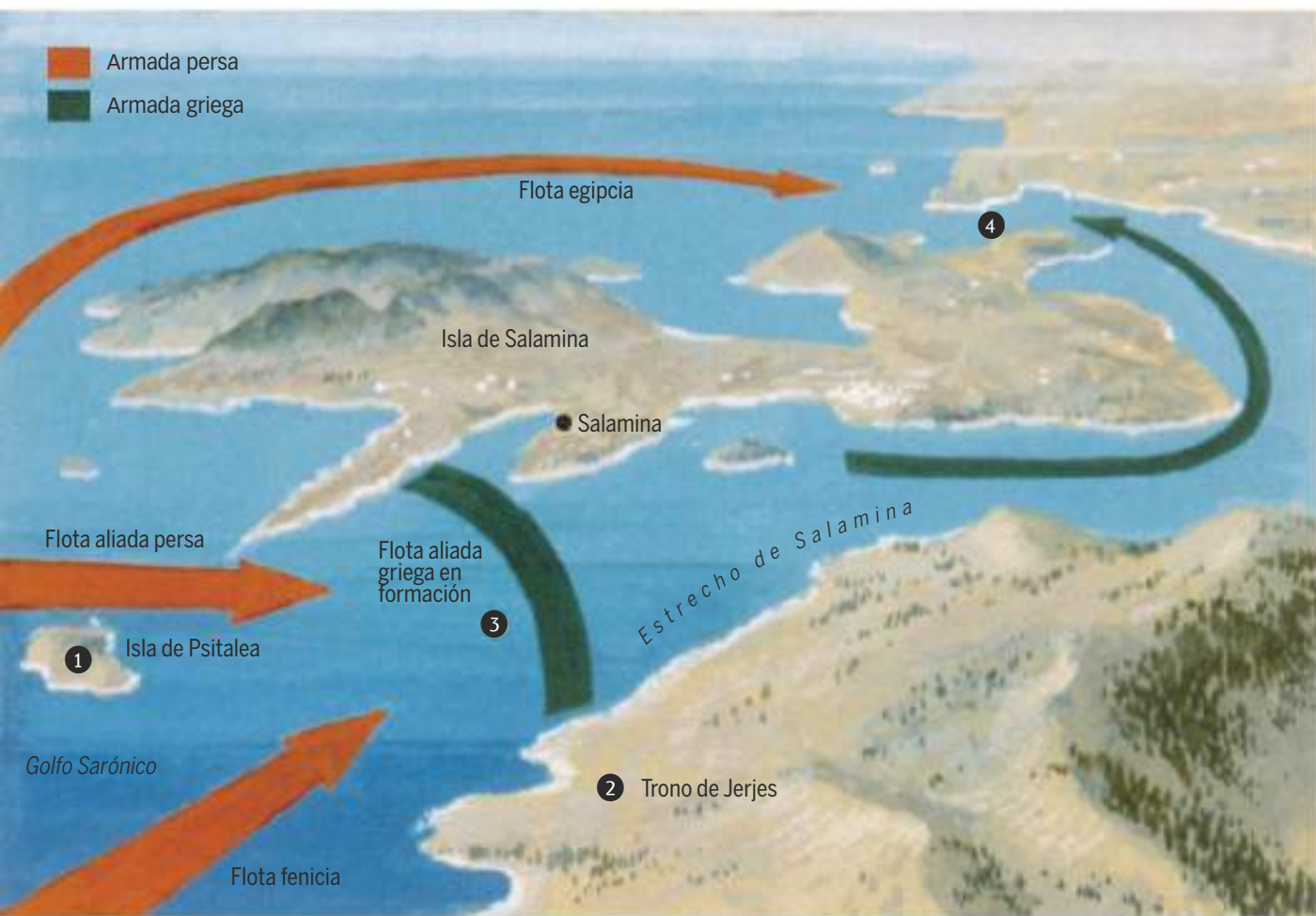
Mientras las tropas persas saqueaban a placer la Acrópolis y Atenas entera, masacrando a sus escasos defensores, la estrategia de Temístocles había logrado atraer a la gran armada persa a un escenario de combate reducido, en un estrecho golfo donde la ventaja numérica de los barcos de Jerjes no sería determinante. Además, el tipo de nave de los griegos, el trireme, permitía una mejor maniobrabilidad en el estrecho mar en torno a Salamina. Según refiere Heródoto, las pesadas galeras persas emprendieron el ataque a los barcos griegos en el golfo, justo en el lugar deseado: Jerjes creía que su derrota anterior en Eubea se había debido a su au-

Salamina, una sabia estrategia naval

Fue una de las batallas más importantes del mundo antiguo y supuso el principio del fin de las guerras médicas. Con su victoria, Temístocles obtuvo un enorme prestigio.

La flota griega, con Temístocles a la cabeza, sacó una ventaja considerable gracias a dos importantes factores: por un lado, la arrogancia del monarca persa Jerjes, que pensaba que la batalla sería un mero trámite, y, por otro, la geografía del terreno, que favorecía la maniobrabilidad de los triremes griegos y penalizaba los pesados barcos persas. **1 Bloqueo persa.** Días antes de la batalla, las naves persas y egipcias cercaron el estrecho y ocuparon la isla de Psitalea. **2 Tiro de Jerjes.** El monarca persa estableció su base en la costa oriental; en la última fase de la contienda, atenienses y eginetas acabarían con la resistencia en ese punto. **3 Entrada en el estrecho.** Las naves de los persas y sus aliados entraron por el canal y perdieron su formación. En ese momento recibieron el ataque griego. **4 Victoria estratégica.** La flota helena aprovechó la subida de la marea para realizar la última acometida al enemigo.

sencia, pero el rey persa no contaba con la pericia marinera de los atenienses ni con el conocimiento del terreno que tenían. Los griegos dieron a entender que, por miedo a la flota persa, estaban considerando retirarse, y los persas cayeron en la trampa. Jerjes bloqueó los estrechos que daban acceso al paso de Salamina, disponiendo sus barcos en tres líneas y cerrando los dos canales para que los griegos no pudieran escapar. Pretendía, sin duda, una declaración de rendición por parte de la flota ateniense. Los griegos formaron sus barcos en línea de combate en el canal oriental y la mañana del día 29 las naves persas comenzaron la ofensiva global enviando un gran número de barcos al estrecho canal. La escasa maniobrabilidad de los persas en seguida dio frutos para los griegos, que pudieron tomar ventaja por la tarde, cuando comenzó a subir la marea, dando impulso por occidente a sus barcos y desbaratando a los de los persas. El enfrentamiento naval duró unas ocho horas y acabó con más de la mitad de las naves persas. En cambio, parece que sólo fueron hundidos cuarenta barcos griegos. La derrota persa fue



en todo caso estrepitosa: los Aqueménidas se retiraron tumultuosamente y Jerjes tuvo que huir a toda prisa de su puesto de observación.

De esta manera, pues, la batalla definitiva, como bien había intuido Temístocles con el recurso al oráculo, había tenido lugar en el mar. Con este golpe, la fuerza expedicionaria persa había perdido su indispensable base logística, por lo que se vio obligada a retirarse.

Cuando en la primavera siguiente los hoplitas griegos, bajo el liderazgo de Esparta, vencieron en la llanura de Platea al ejército persa mandado por Mardonio, la amenaza inmediata sobre Grecia quedó definitivamente abortada. Acto seguido, los griegos tomaron la iniciativa y, con la victoria naval de Mícale (que tuvo lugar en otoño de 479 a.C.), aniquilaron el poder marítimo persa en el mar Egeo, que a partir de entonces se convirtió en un mar interior griego. La brillante victoria griega sobre el Imperio aqueménida fue posible gracias a la cooperación de las dos *poleis* más poderosas de aquel tiempo, de sus aportaciones terrestres y marítimas y de la combinación de estrategias dispares.

La acción de Esparta se había basado en su ejército terrestre —altamente capacitado y guiado por expertos comandantes—, el cual se caracterizaba por una disciplina férrea y por el poder de combate inigualable de sus miembros. Por su parte, Atenas contribuyó con una agilidad mental y una capacidad de improvisación estratégica sin precedentes, que se manifestó en el uso de su flota para derrotar al enemigo. Pero, además, la experiencia de las guerras médicas cambió la faz de la estructura política de las *poleis* griegas. El descubrimiento de la libertad recuperada, la propagación de las tendencias democráticas y la formación de nuevos poderes hegemónicos son, acaso, los factores que definen esta época marcada por la dura prueba a la que se sometió el mundo de las *poleis*.

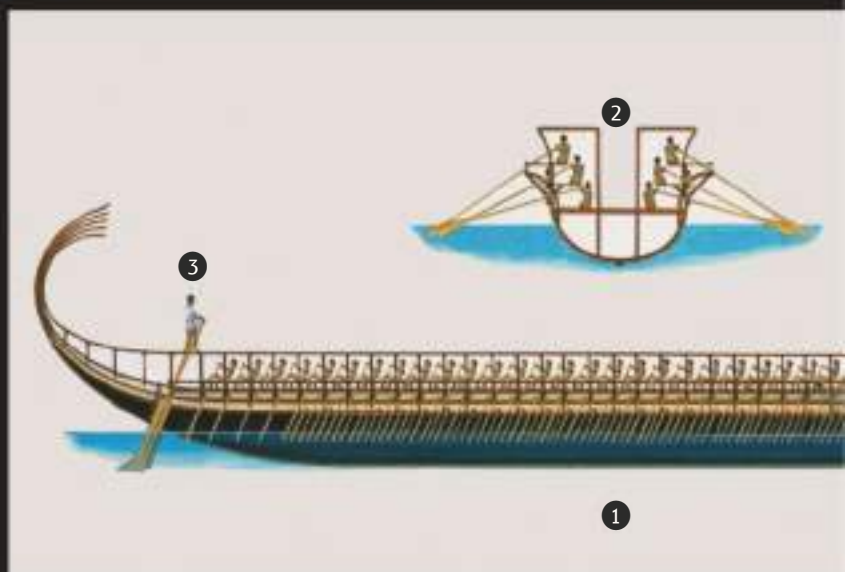
El decisivo papel de Temístocles en esta contienda fue pronto reconocido por los historiadores, como demuestra el favorable retrato que esbozó del estadista la prosa de Heródoto y también las numerosas obras de arte que se le dedicaron, como evidencia una reveladora imagen del estadista ateniense realizada en el siglo V a.C.

EL TRIRREME GRIEGO, UN ARMA DECISIVA

Mucho de lo que los griegos consiguieron en el ámbito militar y colonizador entre los siglos VI y IV a.C. se debió a la creación y utilización del trirreme, una embarcación muy superior a sus contemporáneas en cuanto a capacidad bélica se refiere. Sus prestaciones de velocidad, potencia, maniobrabilidad y resistencia hicieron que su reinado marítimo se prolongase durante mucho tiempo, sin necesidad de incorporar grandes cambios en la forma y estructura de las naves. Aunque a veces su invención se atribuya a otros pueblos, parece ser que fueron los corintios los primeros en navegar con este tipo de embarcación sobre las aguas del Egeo en el siglo VII a.C. La tripulación del trirreme estaba formada en su mayor parte por remeros, lo que permitía alcanzar una velocidad desconocida en la época, aunque también podía transportar un pequeño grupo de hoplitas y arqueros si se preveían abordajes y desembarcos. En cambio, si había que transportar un contingente de tropas numeroso, se utilizaban otros barcos de mayor capacidad. En la imagen, relieve griego realizado hacia el año 400 a.C. y decorado con un trirreme que se conserva en el Museo de la Acrópolis de Atenas.

DISEÑO DE UN TRIRREME

Hasta llegar a la concepción definitiva del trirreme hubo que recorrer un camino previo. Era necesario lograr una embarcación rápida y fácilmente gobernable, por lo que se empezaron a diseñar navíos bélicos que se diferenciaban de los de transporte y carga. Se buscó un casco más estilizado para conseguir mayor control y rapidez, al que se le añadió un espolón para acometer las naves enemigas. Los numerosos remeros evitaban tener que depender del viento durante una batalla. Más tarde, a las dos líneas de remeros existentes se le añadió una tercera hilera superpuesta, que permitió alcanzar mayor velocidad (unos 9 km/h de media), sin que las dimensiones del casco aumentaran significativamente y disminuyera el manejo de la embarcación.



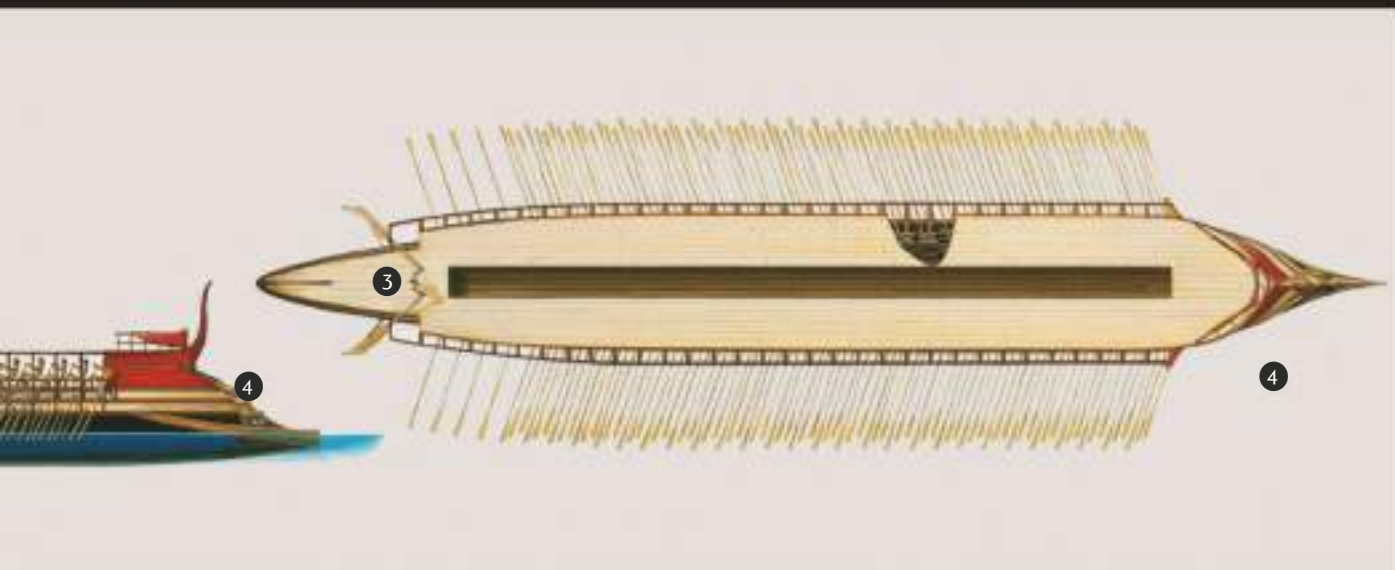


❶ **LA NAVE.** El trireme tenía unas medidas de hasta 40 metros de eslora y una anchura máxima de 5 metros. Su tripulación era de unos 200 hombres, 170 de los cuales eran remeros.

❷ **LOS REMEROS.** El nombre del barco deriva de los tres niveles de remeros (tranitas, zigitas y talamitas) que iban en su interior. Cada hilera llevaba un tipo de remo diferente.

❸ **LOS TIMONES.** Acomodados en la popa de la embarcación, los timoneles manejaban dos timones, uno por babor y otro por estribor. Estos timones eran dos grandes remos situados en el exterior de la nave.

❹ **LA PROA.** Uno de los elementos más característicos del trireme era su proa coronada con espolón de bronce, el cual servía para embestir y hundir los barcos enemigos. Los griegos comprobaron en numerosas ocasiones la efectividad de este método.



Temístocles, el primer gran líder de la democracia ateniense

Destacado luchador al frente de la tribu leóntida en Maratón, la carrera de Temístocles fue desarrollándose poco a poco hasta lograr la gloria en Salamina, donde la estrategia fue fundamental para vencer a fuerzas muy superiores. Además de sus victorias militares, su gran contribución a Atenas fue la construcción de una flota en la que la *polis* basó por completo su hegemonía posterior.

Sin duda, Temístocles fue mejor militar que político. A sus hábiles decisiones estratégicas y sus proezas en el campo de batalla hay que contraponer la condena al ostracismo que le impusieron sus conciudadanos (en el año 471 a.C.), que no tuvieron en cuenta sus méritos sino su soberbia y su ostentación de poder.

Temístocles comenzó su carrera siendo un político populista que le ganó la baza a su gran rival conservador, Aristides. Ya había abogado en el año 493 a.C. por la potenciación y la fortificación de El Pireo, pero tras la victoria de Maratón se reafirmó en la idea de que había que prever el peligro latente que todavía significaba el Imperio persa. Por ello, convenció a los atenienses de la necesidad de convertirse en una potencia naval, la cual no sólo acabó derrotando de nuevo a los persas, sino que dominó el Mediterráneo oriental durante casi un siglo. En la imagen, busto de Temístocles realizado en el siglo V a.C. y que identifica al estratega ateniense mediante una inscripción (Museo Arqueológico Ostiense, Roma).



Se trata de un busto que evidencia la psicología del «libertador de Grecia»: una faz ancha, casi musculosa, pelo corto, barba, frente masiva y unos ojos poderosos, que tienden su expresiva mirada hacia delante. También se podría leer en esta imagen una expresión cruda, campesina. Temístocles se muestra aquí como un hombre del pueblo. Como político, en efecto, Temístocles se apoyó en las clases populares y entró en conflicto con la nobleza en los años posteriores a Maratón, cuando se convirtió en el principal líder de Atenas. Después de la guerra, sin embargo, despertó la suspicacia de Esparta y, a la postre, de sus propios conciudadanos, que lo enviaron al exilio en Argos. Sus peripecias posteriores son cuando menos sorprendentes, si tenemos en cuenta el largo enfrentamiento que mantuvo con los persas. Como consecuencia de las presiones espartanas, tuvo que abandonar Argos y huir nuevamente a diversas ciudades griegas, para acabar desembarcando en Asia Menor, donde acabó siendo súbdito del rey persa Artajerjes, hijo de su enemigo Jerjes. Parece ser que al monarca aqueménida le

complacía tener a su servicio a un antiguo enemigo de su padre, que ahora se encargaba de asesorarle sobre diversos aspectos de las relaciones greco-persas. Incluso se le concedió el cargo de gobernador de Magnesia, una ciudad cercana a Éfeso, que según algunas fuentes sería la localidad donde finalmente habría fallecido.

Pero volvamos al busto. Su aspecto llamativo era suficiente para que sus contemporáneos lo reconocieran y aquí podemos ya captar la emancipación del individuo en la democracia ateniense frente a la sociedad tradicional dominada por parámetros aristocráticos y, a la vez, las tendencias que distinguen la fuerte personalidad característica de las asociaciones de ciudadanos libres. La oportunidad de ser immortalizado en un retrato, además, comunicaba a la mayoría que aquel hombre había prestado un servicio de enorme importancia para la *polis* y debía prevalecer como ejemplo sobresaliente y digno de imitación.

Pero este retrato podía representar también un arma política de doble filo, pues no sólo contribuía a aumentar visualmente el prestigio de la ciudad, reflejado en las esculturas de los prohombres y ciudadanos leales, sino que encerraba un riesgo latente: que, al ser exaltados estos personajes mediante tales monumentos, se creara una herramienta propagandística y personalista en contra de los valores que simbolizaban la igualdad ciudadana ante la ley. Lo que implicó simbólicamente el busto de Temístocles, como una glorificación del pueblo ateniense en su hegemonía política, podría llevar más adelante a generar problemas en la identidad de la *polis* democrática y la comprensión de su propia misión. El individuo, que se ha destacado mediante su actuación política interior y exterior, deja tras de sí al ciudadano.

Otro ejemplo de esta evolución conceptual es el retrato de Pericles. Su busto, erigido en el año 429 a.C. en la Acrópolis de Atenas, muestra claramente los idealizados rasgos de un estadista que es honrado como representante oficial de la *polis*. Lejos del realismo del retrato de Temístocles, el hombre del pueblo que, unido a sus conciudadanos, fue capaz de triunfar sobre las adversidades y los peligros, la efigie de Pericles ha pasado a representar la gloria de Atenas, la idealización de su gobierno hegemónico e imperialista sobre gran parte de Grecia.

Atenas y la politización del mar

La condición indispensable para el ejercicio de cualquier actividad política en todos los Estados griegos fue desde siempre el servicio militar. Así, la introducción de la falange de hoplitas conllevó la ascensión de las capas medias de propietarios de tierras, que lograron, gracias a la creciente im-



portancia de la infantería pesada, abrirse paso a costa de los nobles que combatían a caballo. A los ciudadanos atenienses más pobres no les quedó otra alternativa para servir a la *polis* que la flota, dada su enorme demanda de tripulaciones, infantería ligera y remeros. De ahí surgió la integración militar, y por ende política, del grupo social más numeroso de Atenas, hasta entonces recluido en los márgenes del espectro constitucional. La flota se convirtió, por así decir, en el cuerpo social de la democracia. Los pequeños campesinos y, sobre todo, el proletariado urbano adquirieron a partir de entonces una nueva relevancia política que derivó en la democratización del sistema político de Atenas. Esa percepción avivó la oposición contemporánea condensada en el panfleto antidemocrático de Pseudo-Jenofonte titulado *La Constitución de Atenas*, en el que se lee: «Primero he de decir que aquí parece justo que los pobres y el pueblo tengan más preponderancia que los nobles y los ricos por la razón siguiente, que el pueblo es quien rema en las naves y con ello han posibilitado que la ciu-

dad tenga su posición de poder. Pero los pilotos y los que dan órdenes a los remeros, los comandantes, los oficiales navales y los constructores de barcos, todos estos son en realidad los que han dado el poder a la ciudad mucho más que los hoplitas, los nobles y los buenos».

El mantenimiento de la escuadra requería inmensos recursos. A los costes de construcción de las embarcaciones se añadían los sueldos de las tripulaciones. En un principio eran los ciudadanos pudientes quienes costeaban la mayor parte de los gastos; más tarde fueron los aliados de Atenas quienes se hicieron cargo de ello, pues al finalizar las guerras médicas numerosos Estados griegos buscaron y encontraron la protección de la flota ateniense ante la persistente amenaza persa.

A pesar de los innegables progresos técnicos, la navegación había desempeñado durante los siglos VII y VI a.C. un papel relativamente menor como medio político o símbolo de la pujanza de un Estado. El poder político y económico se lograba principalmente a través de la anexión de ciudades, la conquista de nuevas tierras o la ex-

TEMPLO DE APOLO EN CORINTO.

La ciudad, que formaba parte de la alianza de *poleis* contra los persas, recibió triunfalmente al general Pausanias tras la batalla de Platea; no en vano, fue el militar espartano quien llevó a las tropas griegas a la victoria.



EL TRIUNFO DE LA

MARINA. Tras la derrota persa, Atenas se convirtió en la potencia marítima hegemónica en el Mediterráneo. En la imagen, un fragmento del denominado Vaso François, encontrado en la localidad italiana de Chiusi (Museo Arqueológico, Florencia). Aunque en él se representa un episodio mitológico, el desembarco de los atenienses en el Ática después de haber sido salvados por Teseo del Minotauro, la imagen es una muestra fiel de la larga tradición naval ateniense.

plotación del potencial de producción agrícola y ganadera de una región. Así fue, por ejemplo, como actuó el Imperio persa y así ampliaron las *poleis* griegas (Esparta, Siracusa, etc.) sus posesiones territoriales y fundamentaron su prosperidad. La idea de cómo obtener el control político, los derechos de propiedad de bienes muebles e inmuebles, o la acumulación de recursos económicos, estaba relacionada, en definitiva, con la adquisición de tierras y territorios, que incluían todo tipo de posesiones e incluso personas. La caballería y la infantería fueron los instrumentos tradicionales para adquirir tales recursos de poder, es decir, ciudades, tierras de cultivo y pastoreo y los habitantes de éstas junto con sus posesiones. Los derechos sin restricciones para disponer de dichos bienes formaban un concepto de soberanía política que tenía como sinónimo la riqueza y la prosperidad. La adquisición del poder y el propio poder político se basaba, pues, en la tierra y sus ingresos, mientras que el mar se mantuvo en gran medida al margen de estos procesos de gestación y acumulación de poderío.

Teniendo en cuenta estas nociones hay que preguntarse ahora sobre la naturaleza y las consecuencias de la dominación ateniense del mar en esta época, de la que el historiador Tucídides proporciona importantes materiales para la reflexión. En su obra encontramos por primera vez la idea de que el poder de una comunidad se puede lograr a través de la utilización de los recursos marinos. Ciertamente, Tucídides no había inventado nada nuevo, como él mismo bien señalaba, sino que se limitaba a sacar las conclusiones que se derivaban de la consideración de los términos específicos de la potencia marítima de Atenas. Por supuesto que existieron mucho antes que Atenas otros pueblos —como los fenicios o los etruscos— que poseían barcos para operar en el comercio marítimo y en la piratería o para, en el caso de guerra, usarlos como elemento de ataque o defensa por mar. Sin embargo, se puede constatar la diferencia entre el uso que hicieron de sus flotas estos pueblos y el que hizo Atenas en el siglo V a.C., pues la *polis* del Ática disponía de una armada poderosa que se mantuvo constantemente



a su servicio y que cumplía la función principal de servir de plataforma económica, institución social y arma política a la par.

La composición, organización y utilización de las fuerzas navales de Atenas, por una parte, refleja la constitución interna de la propia ciudad. Por otra, la marinería de la flota actuó de manera especialmente decisiva en el proceso político de toma de decisiones en la ciudad. Sin flota no habría habido democracia en la Atenas de Pericles y la influencia del Estado democrático habría sido impensable sin el factor de influencia de las tripulaciones como pilares básicos del cuerpo social de la *polis*. A través de la puesta en escena de estos novedosos elementos, la ciudad del Ática había prolongado su campo de acción política hacia el mar. Este cambio de proyección de los recursos marítimos de un Estado no sólo supone una sorpresa innovadora —dado que a partir de ese momento el mar se convirtió en un teatro de operaciones de la política ateniense—, sino que también propició que la ciudad se embarcara en un foco de actividades hasta entonces inusuales, pero

ciertamente inconmensurables: la expansión de la *polis* de Atenas hacia un nuevo elemento conllevó la politización del mar. Cuando la *polis* ateniense perdió el control de la flota al final de la guerra del Peloponeso, su orientación política y social cambió radicalmente. Es preciso recordar a este respecto que, en el curso de este último conflicto, las fuerzas de infantería espartanas ganaron la guerra contra la potencia naval de Atenas también en el mar, así como más adelante los marineros romanos vencieron a los expertos navegantes cartagineses en su propio elemento. Después, Atenas se vio obligada a buscar una nueva serie de medidas para reorientar su radio de acción y también su manera de obrar en la política. Como herencia de la consolidación del poder ateniense en el mar, sin embargo, quedó para la posteridad el fenómeno de la politización del mar. Ya en la Antigüedad fueron los Estados que lograron el dominio del medio marino los que pudieron ser llamados con toda justicia grandes potencias (Cartago, el Egipto ptolemaico, Roma), mucho más que sus competidores de tierra firme. 🌟



EXPANSIÓN

COMERCIAL. Tras las guerras médicas, Atenas logró un gran desarrollo de su economía a raíz de sus relaciones con el resto de las *poleis* griegas. En la imagen, brazalete de oro del siglo IV a.C. hallado en Roccagloriosa (Soprintendenza Archeologica, Roccagloriosa).

**TEMPLO DE HERA
EN ACRAGAS.** Esta
ciudad siciliana, la actual
Agrigento, fue una de las
más ricas *poleis* fundadas
por los griegos en tierras
occidentales. En la página
siguiente, tetrádracma
de plata ilustrada con la
cabeza de un león; procede
de Rhegion, *polis* de la
Magna Grecia, y data
del año 390 a.C.





LA POLIS EN LA ÉPOCA CLÁSICA



Tras el fin de las guerras médicas y la victoria sobre los persas, en el espíritu griego se asentó la confianza en sus propios sistemas de gobierno, así como en el modo de impartir justicia y administrar los bienes comunes. La época de esplendor de las *poleis* se debe a una mayor implicación de los griegos en las instituciones políticas y al consiguiente estrechamiento del vínculo entre gobierno y ciudadanía.



Es evidente que la actual civilización mediterránea responde a la configuración, basada sobre antiguos cimientos, de zonas urbanas dotadas de sistemas políticos autónomos que se remontan, en último término, a la Grecia clásica. En Grecia la *polis* era la forma central de la vida, pero su desarrollo histórico fue el resultado de un sistema en constante evolución política y económica, desde sus inicios en el siglo VIII a.C. al cambio de modelo en el siglo III a.C., y constituye un barómetro para evaluar el estado general de Grecia. El desarrollo de las mentalidades y dinámicas urbanas, en relación con las ideas políticas, las manifestaciones culturales, los con-

ceptos de orden social y las formas de culto, determinaron la composición de la *polis*. Las transformaciones de la comunidad urbana griega en el siglo V a.C., por último, desvelan matices interesantes para nuestra comprensión de la política, la sociedad y la religión en el mundo clásico.

Las convulsiones y luchas internas por el poder en las ciudades griegas, a menudo a merced de las ambiciones de la aristocracia, marcaron el período arcaico. En el período clásico, sin embargo, y gracias principalmente al impulso y ejemplo de Atenas, se produjo una expansión espectacular y sin precedentes de la participación ciudadana en los asuntos de Estado.

HITOS CULTURALES DE LA ATENAS CLÁSICA

534 a.C.

Teatro. Pisístrato formaliza las representaciones teatrales. Se instauran los concursos de tragedias.

458 a.C.

Esquilo y la *Orestíada*. Estreno de esta trilogía formada por *Agamenón*, *Las Coéforas* y *Las Euménides*, que es la única que se conserva íntegra.

447-438 a.C.

Arquitectura. Pericles lleva a cabo la construcción del Partenón en la Acrópolis como símbolo ateniense de la victoria sobre los persas.

442 a.C.

Sófocles y *Antígona*. Esta tragedia ejemplifica a la perfección los avances formales del lenguaje teatral logrados por el dramaturgo ático.

407 a.C.

Filosofía. Platón se convierte en discípulo de Sócrates. Esta relación marcará de modo determinante el desarrollo de la filosofía occidental.

396 a.C.

Historiografía. Muere Tucídides. Su *Historia de la guerra del Peloponeso* es una crónica fundamental del conflicto y una obra historiográfica clave.

De ello resultó la democratización de la vida en la *polis* como expresión más visible. En comparación con las épocas anteriores de la historia griega, para el estudio del desarrollo de la *polis* en el siglo V a.C. se dispone de materiales muy variados a través de los cuales se puede observar en detalle el funcionamiento y la repercusión histórica de la democracia ateniense, que constituye sin duda el sistema político más significativo de la realidad estatal griega en la era clásica. No se trata sólo de restos arqueológicos sino, sobre todo, de los testimonios literarios de un selecto grupo de escritores (Esquilo, Sófocles, Eurípides, Aristófanes), filósofos (Protágoras, Sócrates, Isócrates, Platón, Aristóteles), científicos (Pitágoras, Hipócrates, Hipódamo) e historiadores (Heródoto, Tucídides, Jenofonte, Plutarco) que ofrecen un panorama representativo para esbozar las líneas maestras del desarrollo de la *polis* en la época clásica.

Polis y democracia

Las fuentes de la literatura griega permiten observar una estrecha relación entre el proceso de implantación del régimen democrático en Atenas y los avatares de la política exterior. Las pioneras reformas de Clístenes, aparte de constituir una novedad constitucional, conllevaron ante todo la progresiva derrota ideológica del modelo representado por Esparta, baluarte de los círculos oligárquicos en torno a Iságoras. Tras ello se obtuvieron una cadena de éxitos frente a potencias foráneas que culminaron en la trascendental victoria sobre el Imperio aqueménida, la cual supo patrimonializar especialmente Atenas. En efecto, las victorias de Maratón y Salamina, de las que pronto se apropió Atenas, aseguraron la prevalencia de un gobierno de participación ciudadana, concebido como quintaesencia de las libertades griegas frente al absolutismo persa. Tras las guerras médicas, la era de Cimón y Pericles convirtió la democracia ateniense en el sistema político más dinámico que hasta entonces se hubiera visto en el mundo griego.

En esta época, después de la derrota persa, se fue configurando en Grecia una alianza bajo la égida de Atenas que tomó como modelo el tipo de gobierno democrático y que reunió a numerosas ciudades en torno a la gran capital del Ática. En la Liga ático-délica se concretó la vocación marítima, el afán de dominio y la concienciación democrática de Atenas. Igualmente caracteriza el modo específico de ejercer su hegemonía la conjunción entre la política interna y la proyección de Atenas hacia el exterior. La primera potencia hegemónica de Grecia impuso por la fuerza su modelo de gobierno en otras *poleis*, creando así dependencias que consolidaron su vasta zona de

dominio. Debido a esta circunstancia, el patrón político de Atenas se convirtió en esta época en un artículo de exportación. Se vislumbraba, por primera vez en la historia griega, la dislocación de una plataforma constitucional, que hasta entonces era inseparable de la *polis* que la había puesto en funcionamiento. Así, a la par, aumentaba su disponibilidad y las posibilidades de operar con ella. La democracia, que en principio era un proyecto y una realización ateniense, pudo ser utilizada a partir de ese momento como modelo de gobierno por cualquier otra *polis*. Este hecho incrementaba su validez general y el carácter paradigmático del sistema ateniense.

En paralelo a la confección de una ideología antitiránica, surgida al calor de la implantación de la democracia en Atenas, se generó una teoría política de la participación del pueblo en el gobierno que no tardó en manifestarse a través de construcciones ideológicas y míticas. Estos complejos procesos de reflexión acerca del pasado y de concienciación identitaria sólo fueron posibles merced a la intensa actividad intelectual que





caracterizó la era de Pericles en los más diversos ámbitos, desde el teatro y las artes plásticas hasta la filosofía o la historiografía. En este aspecto, también influyó de manera fundamental el progresivo desligamiento de la constitución democrática con respecto a la ciudad que la generó, lo que potenció su carácter transferible dentro del espectro político griego.

Tras el rechazo de las invasiones persas en los años 490 y 480-479 a.C. se crearon las condiciones que facilitaron el desarrollo del sistema político griego en general y, en particular, de la democracia, que vivió entonces su momento de máximo esplendor. La *polis*, comunidad política autónoma que no sólo funcionaba como sistema de ordenamiento cultural, económico y social, sino también como modelo de vida, se afianzó llegando a su época de madurez. La causa principal de este proceso de consolidación es, a todas luces, la ausencia de una amenaza externa, a raíz del auge de la talasocracia ateniense. Pero veamos seguidamente cómo se configuraron las *poleis* griegas a lo largo del siglo V a.C. en una evolución histórica de má-

xima relevancia para comprender la época de la hegemonía ateniense, el imperialismo que ejerció la ciudad, los excesos en los que acabó incurriendo y el subsiguiente conflicto con Esparta.

Polis e identidad ciudadana

Si definimos la *polis* como una parte central de la realidad estatal y urbana de la Grecia clásica, estaremos abordando las nociones principales que permiten comprender la complejidad de este concepto. *Polis* significa una comunidad independiente y autodeterminada, que pretende ser una unión de ciudadanos y, a la par, una ciudad como centro político, ritual y económico. Los conceptos de libertad interior e independencia exterior también son fundamentales para la comprensión de la ciudad griega de la época clásica. Cualquier forma de gobierno monárquico o teocrático era ajena a ella, pues la *polis* dependía de un proceso conjunto de toma de decisiones que, en principio, proporcionaba acceso a todos los ciudadanos a las instituciones (Asamblea, Consejo, magistraturas, tribunales, etc.).

RIQUEZA Y CULTURA.

En el siglo V a.C. las *poleis* griegas, y Atenas en particular, consiguieron un gran desarrollo económico que posibilitó enormes avances culturales. En la imagen, detalle de una escena de *symposium* procedente de Paestum, *polis* griega del sur de Italia; fresco realizado hacia el año 470 a.C. (Museo Arqueológico, Paestum).

Mitos fundacionales de las *poleis* griegas: un elemento integrador

En el proceso de creación de una identidad patriótica de cualquier *polis* fue fundamental establecer un pasado común que todo ciudadano identificara como propio. Para ello se recurrió casi siempre al establecimiento de un origen mítico.



Los griegos no concebían que existiese una diferencia sustancial entre los episodios mitológicos y los hechos históricos. En realidad, historia y mito se integraban procediendo de una misma raíz que crecía desarrollando un pasado coherente en todo punto, incluida la presentación cronológica de los hechos. En la mayoría de los casos se establecía una genealogía que fundía mito e historia para explicar el origen de la propia *polis*. Veamos tres ejemplos. ❶ **Atenas y Erecteo**. El mítico rey fundador de Atenas fue Erecteo (también conocido como Erictonio o confundido con Cécrope). Según la tradición, Hefesto intentó violar a Atenea pero no lo consiguió. Del semen caído en la tierra nació Erecteo, cuyo cuerpo en su mitad superior era humano y tenía una cola de serpiente en su mitad inferior. Los atenienses lo divinizaron y le dedicaron un templo en la Acrópolis: el Erecteion. ❷ **Esparta y Lacedemón**. Hijo de Zeus y de una de las pléyades, Lacedemón fue el primer monarca de Esparta, *polis* que nació con el nombre de la mujer del rey. Asimismo, su nombre sirvió para bautizar la región del Peloponeso donde se fundó la ciudad. ❸ **Tebas y Cadmo**. El héroe mitológico Cadmo, siguiendo los consejos del oráculo de Delfos, al que había acudido en busca de su hermana Europa, siguió a una vaca durante tres días, la cual al final se detuvo en Beocia y murió. Allí fundó la ciudad de Cadmea, más tarde llamada Tebas. Cadmo también está relacionado con Esparta, puesto que mató a un dragón acuático protegido por el dios Ares, de cuyos dientes nacieron los *spartai*. En la imagen, relieve del siglo V a.C. dedicado a Afrodita y Ares, dios de la guerra venerado por los espartanos (Museo Arqueológico, Venecia).

El ágora era lugar de reunión, centro y, al mismo tiempo, el espacio más emblemático de la *polis*. Estas condiciones estructurales no son en modo alguno resultado de los análisis posteriores, sino que las propias partes implicadas en los procesos políticos de la ciudad antigua eran conscientes de ellas. Los escritores antiguos han transmitido numerosos testimonios. Heródoto, por ejemplo, recoge una noticia en la que refleja el punto de vista persa. No sólo los griegos, también los persas, consideraban el ágora como el espacio público por antonomasia, el centro de gravedad específico de la ciudad griega. El hecho de que hubiera comunidades en Grecia que carecían de dichos atributos causaba extrañeza ya a algunos escritores griegos. Así, en la segunda mitad del siglo II d.C., Pausanias realizó una caracterización de la ciudad de Panope (o Panopeos) del siguiente modo: «De Queronea hay veinte estadios hasta Panope, una ciudad focense, si uno puede llamar ciudad a un lugar así, que no tiene edificios oficiales ni gimnasio, teatro o ágora, y ni siquiera aguas que desemboken en un pozo, sino donde se vive en barracas, como las cabañas en las montañas escarpadas. Y, sin embargo, ellos también guardan las fronteras de su país contra los vecinos y también envían representantes a la Asamblea focense».

El retrato de las condiciones de vida de esta ciudad recuerda que en el mundo griego, ya desde los tiempos homéricos y hasta la época romana, existían lugares caracterizados por ser todo lo contrario a una *polis* y que, sin embargo, tenían también algunas características políticas, como señala Pausanias. A riesgo de generalizar, puede decirse que en la Grecia clásica existieron unos trescientos Estados soberanos que se podrían asociar con la idea de la *polis*. A estas entidades políticas se aludía casi siempre mediante la referencia a sus miembros, como puede verse en las antiguas monedas: los atenienses, los espartanos, los siracusanos, los masaliotas, los emporitanos, etc. Por lo general, pensamos en Atenas, Siracusa, Corinto, Esparta o Mileto cuando nos queremos referir a los típicos ciudadanos de una *polis* griega, pero debemos reconocer que estos ejemplos tienen más que ver con lo excepcional que con la norma. Sin embargo, son precisamente estas comunidades, debido a su larga tradición literaria en sus fuentes, las que nos son más conocidas.

Cabe preguntarse ahora de dónde procede la orgullosa identidad y conciencia de sí mismos que tenían los ciudadanos de las *poleis* griegas de la época clásica. Para ilustrarlo se puede tomar como ejemplo el caso de Mainake, una presunta *polis* griega en los extremos del mundo antiguo. Tradicionalmente se han identificado las ruinas



situadas en las inmediaciones de Toscanos, en la actual provincia de Málaga, con la antigua colonia griega de Mainake. Pero las excavaciones realizadas in situ han arrojado resultados que no permiten confirmar la identidad griega del lugar, sino que más bien apuntan a un asentamiento fenicio. Según mostraron los hallazgos arqueológicos, en la primera mitad del siglo VI a.C. la mayor parte del emplazamiento fue abandonado. Durante casi medio milenio el lugar permaneció deshabitado y sólo en época del emperador César Augusto (siglo I a.C.) se restauró un buen número de los monumentales edificios rectangulares. Así, el arcaico asentamiento prosperó de nuevo bajo el dominio romano. Desde entonces hay atestiguada una continuidad de la ocupación, que duró hasta la Antigüedad tardía, cuando el emplazamiento fue definitivamente abandonado y cayó presa del olvido.

Este asentamiento aparece en algunos escritores griegos tardíos con la atribución común de la colonia griega de Mainake. Sin embargo, ante la evidencia más temprana en las fuentes literarias

hay que mostrarse cauteloso. Ya Hecateo de Mileto (finales del siglo VI a.C.) señala que Mainake era un asentamiento celta, mientras que Heródoto (siglo V a.C.) no parece conocer la ciudad. Esto por sí sólo ya debería ser una seria objeción a la afiliación griega, y supuestamente focense, del lugar. Debido a que es sobre todo a Heródoto a quien debemos el conocimiento de la colonización focense en el Mediterráneo occidental, el hecho de que no dé ninguna noticia de una supuesta ciudad focense de Mainake habla por sí mismo. Desde el poema compuesto en el siglo II a.C. por el Pseudo-Esquimnos, que recoge algunas observaciones de Éforo sobre la geografía de Occidente, se estableció por primera vez una relación entre la ciudad de Mainake y su metrópolis de Massalia. Pero este intento de filiación se puede entender como un ejemplo de una tendencia que trataba de buscar orígenes prestigiosos a lugares célebres (y Mainake sería, por entonces, la ciudad griega más occidental) para enmarcarlos en la cultura griega. En este sentido, el propio Aristóteles había llamado a Roma «polis helénica».

GINNASIOS Y POLEIS.

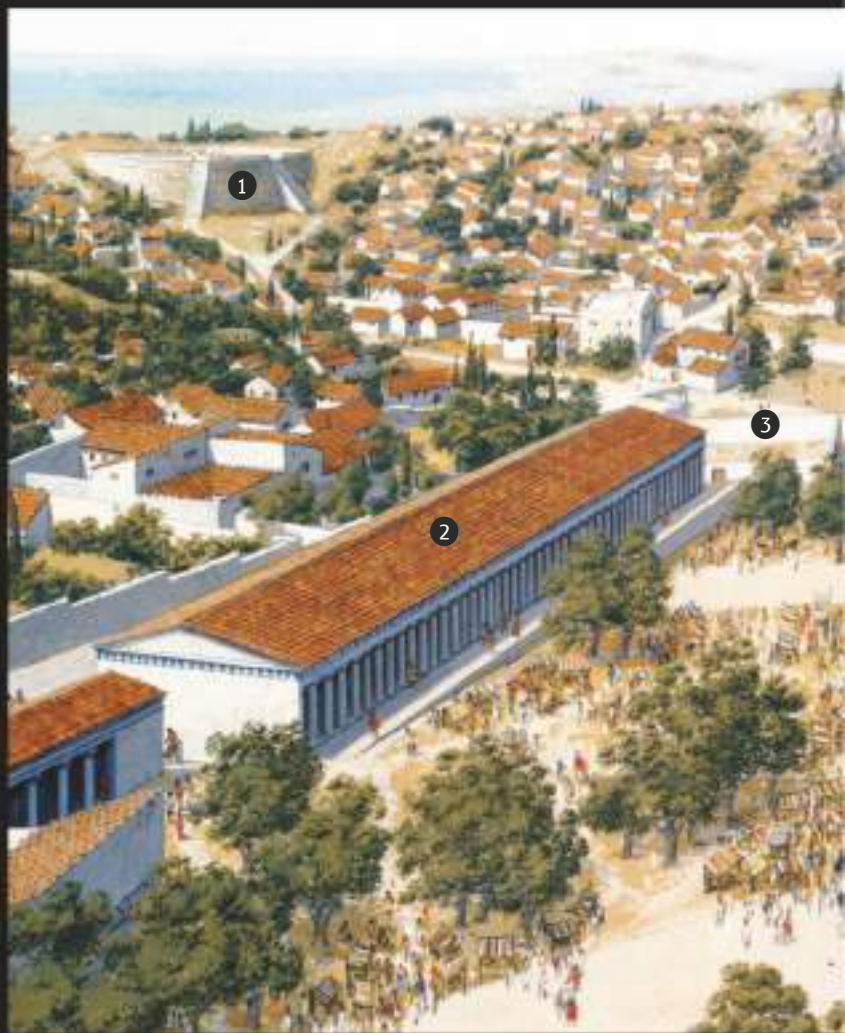
Tal y como atestiguan las fuentes, los gimnasios eran uno de los establecimientos indispensables de toda localidad que deseara alcanzar el estatus de *polis*. En la imagen, decoración de un *kylix* realizado hacia el año 480 a.C. y dedicado al entrenamiento de los atletas desnudos bajo la supervisión de sus maestros (Antikensammlung Museumslandschaft, Kassel).

EL ÁGORA: ESCENARIO DE LA VIDA DEMOCRÁTICA

Si la Acrópolis era el símbolo solemne para la *polis* clásica, el ágora era el lugar donde ocurría la vida política y pública de sus habitantes. El ágora de Atenas en concreto era un gran espacio abierto que empezó a albergar sus diferentes funciones a mediados del siglo VI a.C. A lo largo de ese siglo y del siguiente todas las grandes instituciones atenienses se irían ubicando en este emplazamiento. Allí se reunía el Consejo de ciudadanos instituido por Solón y renovado más tarde por Clístenes; allí se impartía justicia en los tribunales y allí es donde se comunicaban a los atenienses las leyes y las decisiones más importantes. Era el lugar en el que se tramitaban las gestiones administrativas y en el que se guardaban los documentos públicos, pero también donde hacían negocios los comerciantes y donde se desarrollaba la vida social. En la época clásica, en un extremo del ágora se reunía anualmente la Asamblea, en una sesión en que se podía llegar a decidir si a un ciudadano se le condenaba al ostracismo.



ÓSTRACON DE TEMÍSTOCLES. En piezas de cerámica tan sencillas como la de la imagen superior se inscribía el nombre del ciudadano al que la *polis* deseaba enviar al exilio (Museo del Ágora, Atenas).



1 PNYX. Colina que servía de lugar de reunión de la Asamblea (*Ekklesia*), desde la reforma de Clístenes. Tenía capacidad para albergar hasta 24.000 atenienses.

5 ESTRATEGION. Este sencillo edificio cuadrangular estaba destinado a albergar las reuniones de los diez estrategos militares elegidos por la Asamblea.

9 TEMPLO DE HEFESTO. La explanada del ágora se extendía a los pies de la colina de Kolonos Agoraios, en cuya cima se levantaba el templo de Hefesto.

2 ESTOA SUR. Este gran pórtico con una hilera doble de columnas dóricas servía para albergar los recintos administrativos de la magistratura.

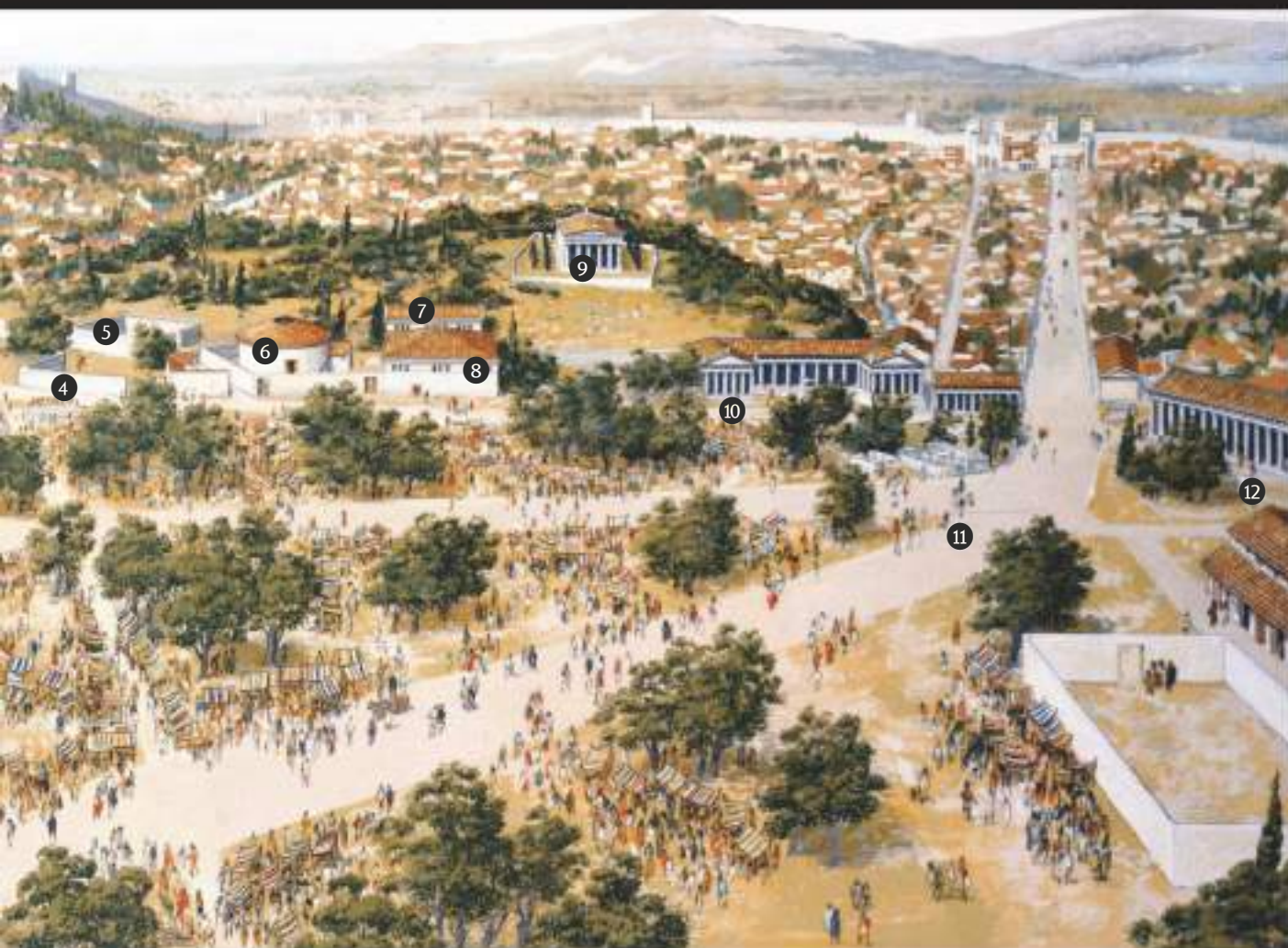
6 THOLOS O PRYTANEION. La construcción circular estaba destinada a acoger a los 50 pritanos que presidían la *Boulé* durante el ejercicio de su cargo.

10 ESTOA DE ZEUS. Este pórtico con fachada de mármol consagrado a Zeus Eleuterio («salvador») fue construido entre los años 430 y 409 a.C.

3 HELIAIA. Este edificio albergaba los tribunales donde los 6.000 heliastas, es decir, jueces atenienses elegidos anualmente, impartían justicia.

7 BOULEUTERION. Enfrente del *Metroón* y algo más pequeño, se construyó a finales del siglo V a.C. este nuevo edificio para acoger la *Boulé*.

11 VÍA PANATENAICA. Una ancha calle atravesaba el ágora desde la puerta de Dipilon hasta la Acrópolis. Por ella avanzaba la procesión de las Grandes Panateneas.



4 MONUMENTO DE LOS HÉROES EPÓNIMOS. Presidido por diez estatuas de bronce, simbolizaba las diez tribus en las que Clístenes dividió Atenas.

8 METROÓN (ANTIGUO BOULEUTERION). Edificio de planta cuadrada donde se reunían los miembros de la *Boulé* tras las reformas de Solón.

12 ESTOA POIKILE. Construido en la primera mitad del siglo V a.C., este pórtico debía su nombre («estoa pintada») a sus pinturas dedicadas a la gloria de Atenas.

TEMPLO DE HEFESTO

También conocido como Hefestion o Teseion, esta joya arquitectónica, extraordinariamente bien conservada, estaba dedicada a Hefesto, dios de la forja y la metalurgia, y a Atenea Ergané, diosa de la cerámica. La devoción a estos dioses se debía a que el templo estaba rodeado de pequeños talleres y comercios de herreros y artesanos. Fue construido entre los años 449 y 440 a.C. en la parte noroccidental del ágora, y es de planta rectangular. Debe su actual buen estado a que entre los siglos VII y XIX se utilizó como iglesia cristiana.



El urbanismo de las *poleis* en la Grecia antigua

El progresivo crecimiento de los asentamientos urbanos en la antigua Grecia hizo que inevitablemente se pasara de una distribución de los espacios irregular, propia de la era arcaica, a seguir en la época clásica un plan urbanístico ordenado a partir de los lugares públicos.

Las concentraciones urbanas y la prosperidad de muchas de las ciudades griegas conllevaron a lo largo del siglo V a.C. una planificación urbanística de las grandes *poleis*. Partiendo de conceptos que ya se habían aplicado con éxito en Egipto y Babilonia, la ordenación regular de las calles y la construcción de casas con un estilo uniforme no se hizo esperar. Se tomaban como punto de partida los espacios de la vida pública, que eran el corazón de las *poleis*, y los trazados regulares se adaptaban perfectamente a los accidentes del terreno. Buenos ejemplos de ello eran ciudades como Olinto, Mileto o Atenas. En este contexto es importante recordar a Hipódamo de Mileto (498-408 a.C.), el primer urbanista cuyo nombre se conoce y del que proviene el adjetivo «hipodámico» (el trazado urbano organizado mediante calles de ángulo recto que dan lugar a manzanas rectangulares). Fue un teórico famoso e influyente que trabajó en la red urbana de Rodas y la colonia de Turios. También fue contratado por Atenas para la urbanización del puerto de El Pireo.



Hay una indicación crucial de Estrabón, en su *Geografía*, acerca de que la ciudad en ruinas de Mainake presentaba todas las características típicas de una *polis* griega. Las fuentes de Estrabón, Posidonio y Artemidoro estuvieron probablemente en el lugar y registraron sus impresiones, es decir, un campo de ruinas que destacaba por la regularidad, por lo que pensaron que esto podría deberse a un origen helénico. Así fue como, según evidenció el arqueólogo H. G. Niemeyer, nació la idea de una Mainake griega. La identidad de este «pueblo fantasma» es, por lo tanto, el resultado de una creación en las fuentes literarias que bien puede entenderse como una *interpretatio graeca*, es decir, una apropiación de este lugar por el modelo político e ideológico de corte helenizante.

Orden y equilibrio

Para nuestro interés en el estudio del concepto y desarrollo de la *polis*, el ejemplo de Mainake proporciona una idea muy instructiva de cómo se identificaba una ciudad griega en relación con el equilibrio urbanístico y con un espacio ordenado

y simétrico. Cuando un ciudadano griego pensaba en una *polis* tenía en mente sobre todo un sistema de vías y calles dispuestas de manera regular y edificios representativos para las instituciones que conformaban un conglomerado reconocible que denotaba la sofisticación propia del urbanismo griego. Las ciudades o, como en el caso de Mainake, sus restos debían mostrar de esta manera urbanidad, armonía y monumentalidad como creaciones supremas del espíritu griego frente al hábitat de otros pueblos. La historia del asentamiento de Mainake ofrece buena prueba de ello. Pero indiscutiblemente la *polis* griega era mucho más que el sistema físico y urbanístico de la ciudad. Más importante todavía para el concepto de *polis* era su organización interna, que la distinguía claramente de otras formas de asentamiento propias de la Antigüedad.

A fin de dar cuenta de la mentalidad de los habitantes de la ciudad antigua, primero hay que delimitar lo que se está interpretando. La población de una ciudad antigua no constaba sólo de ciudadanos, sino que también incluía otros gru-



EL SANTUARIO DE HERMES EN DELOS. Toda *polis* debía contar con edificios al servicio de la comunidad y por los que fuera reconocida por las demás ciudades. En la imagen central, una vista aérea de la isla sagrada que permite apreciar la planificación de su urbanismo; arriba, una sección de su templo de Hermes.

pos, como los extranjeros y los esclavos. Entre la ciudadanía, lógicamente, también figuraban las mujeres y los niños, a pesar de que éstos quedaban excluidos del ejercicio de los derechos políticos. La composición de los diferentes estratos de los ciudadanos, así pues, no formaba en absoluto un bloque monolítico. Las diferencias en el estatus social y económico, en el nivel educativo y de asociación política, han de estar siempre presentes para entender las necesidades y actitudes específicas de cada grupo poblacional. Un miembro de la clase alta urbana tenía expectativas totalmente diferentes respecto de su *polis* de las que podía albergar un jornalero; un esclavo era percibido de modo distinto a una aristócrata; asimismo, un residente extranjero en la ciudad por motivo de negocios perseguía otros intereses que un ciudadano de escasos recursos.

Pero pese a todo lo que les dividía y distanciaba, los habitantes de la *polis* tenían importantes puntos de referencia y preocupaciones comunes. La *polis* representaba a la vez el espacio vital de sus habitantes y el destino común. Estas cons-

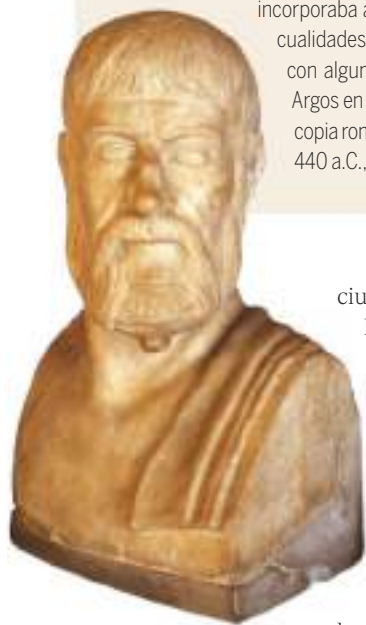
tantes ejercieron sobre la conciencia de los habitantes de la ciudad una influencia determinante, condicionando sus percepciones y sentimientos, su conducta y mentalidad.

A menudo, las ciudades aristocráticamente gobernadas tenían que defenderse frente a las reivindicaciones de soberanía de ciertos personajes ambiciosos. El tira y afloja entre las facciones de la *polis* se refleja en una literatura muy politizada que aboga por la expulsión de los tiranos y el logro de la igualdad política (isonomía). En Esparta, en cambio, el principio de unidad igualitaria pudo lograrse, como señala Tirteo, quien reflejó el estado de ánimo de la *polis* en transformación de comienzos de la época clásica: «Es todo un orgullo en la ciudad y la comunidad cuando un guerrero se mantiene firmemente en el frente de la batalla, inmóvil, y no conoce la cobarde huida. Pero si uno cae en la vanguardia, su padre, la ciudad y los compañeros en la gloria, todos ellos lloran al hombre, tanto los ancianos como los niños, y la ciudad entera está de luto por su pérdida». La falange hoplítica representa la voluntad de los

Píndaro y la poesía lírica en la Grecia clásica

Dentro de un período de enorme riqueza y de un desarrollo cultural sin precedentes, surge la figura de Píndaro, que está considerado el más distinguido representante de la lírica coral griega. De origen tebano, su vida estuvo ligada a diversas cortes. Su trayectoria, que le llevó a lugares tan diversos como Atenas, Siracusa, Cirene o Corinto, le hizo ganar admiradores en toda Grecia, a pesar de que algunos de estos territorios estaban enfrentados entre sí.

Nacido hacia el año 520 a.C., Píndaro fue cimentando su prestigio a lo largo de la primera mitad del siglo v a.C. Escribía en dialecto dórico, como exigían los cánones literarios de la época, y llegó a dominarlo con tal maestría que desarrolló una poesía refinada cuyas cotas de excelencia no fueron alcanzadas por ninguno de sus contemporáneos. Su estilo trabado, cargado de metáforas, y su elaboradísimo lenguaje lo convierten en un poeta quizá poco accesible, pero enormemente sugestivo. La parte más importante de su producción poética son los epinicios, odas dedicadas a vencedores de las pruebas atléticas de alguno de los cuatro grandes juegos que se celebraban en Grecia (los Olímpicos, los Píticos, los Nemeos y los Ístmicos). La victoria en estos certámenes estaba revestida de una solemnidad casi sagrada, que Píndaro incorporaba a su poesía, a la que añadía las perfecciones y cualidades del atleta, figura a la que acaba relacionando con algunos episodios mitológicos. Píndaro falleció en Argos en el año 438 a.C. En la imagen, busto de Píndaro, copia romana de un original griego realizado hacia el año 440 a.C., hoy perdido (Museos Capitolinos, Roma).



ciudadanos con respecto a su *polis*. Aquí es celebrada una ciudad entera, que consistía en una suma de miembros iguales y que estaba orgullosa de las proezas militares de los ciudadanos. Los versos de Tirteo proporcionan un vivo ejemplo de la conciencia de un grupo social, que se veía a sí mismo como una comunidad de destino.

Además de esta visión interna del grupo, hubo voces que evocaron el fenómeno de la *polis* desde un punto de vista más global. Con base en los círculos aristocráticos, el poeta Píndaro no sólo cantó la gloria de los hombres famosos por sus victorias en los juegos, sino también elogió a muchas de las ciudades griegas más poderosas: «Salve, Siracusa, que esta canción te llegue a través del Ponto gris como los productos fenicios». Otros versos, en cambio, que este poeta originario de Tebas compuso en honor de Atenas atrajeron las iras de sus conciudadanos: «¡Oh Atenas brillante, coronada de violetas, gloriosa, baluarte de la Hélade, ciudad bendecida por los dioses». Como los tebanos eran enemigos acérrimos

de los atenienses en el momento en que se compuso el poema, se impuso a Píndaro de Tebas una sanción, que por otra parte pagaron los atenienses, probablemente en agradecimiento, a cambio del elogio del poeta.

La participación política

Las cuestiones que giran en torno a la participación en el proceso político y a todo lo que aseguraba el sustento político y económico de la *polis* suponían una preocupación de enorme importancia para los ciudadanos. Sólo la ciudad podría crear las condiciones para satisfacer ambas esferas de la vida social de los hombres en la Grecia de este tiempo y, además, únicamente este marco político conseguía otorgar a sus habitantes una identidad diferenciada. Las murallas de la *polis* proporcionaban seguridad; los templos y santuarios ofrecían protección no sólo religiosa, sino también política a los solicitantes de asilo. La separación de la *polis*, en forma de destierro o de ostracismo, se consideraba el castigo más grave que podía ser infligido a un ciudadano griego.

Heródoto también reflejó literariamente esta sensación a través de un conocido episodio de política-ficción: la visita del legislador y poeta Solón de Atenas a la corte del rey de Lidia, Creso. La escena supone una narración novelesca pero contiene cierta intención didáctica, que relaciona la cuestión de la máxima felicidad del pueblo —griego, por supuesto— con sus vínculos locales. Preguntado por Creso acerca de si había conocido a un hombre que fuera el más feliz de todos, Solón, maestro de sapiencia proverbial, respondió: «Sí, señor, he conocido a un hombre totalmente feliz, a Tello el ateniense». Y el diálogo prosigue del siguiente modo: «Admirado el rey, le preguntó de nuevo. —¿Y por qué motivo crees que Tello fue el más dichoso de todos? —Por dos razones, señor, respondió Solón; la primera, porque vio prosperar a sus hijos, floreciendo su patria, todos hombres de bien, y crecer a sus nietos con las más halagüeñas perspectivas; y la segunda, porque, tras disfrutar en el mundo de una felicidad envidiable, tuvo la muerte más gloriosa, cuando en la batalla de Eleusis, entre los atenienses y sus vecinos, luchando por los suyos y poniendo en fuga a los enemigos, murió en el campo del honor empuñando armas victoriosas y mereciendo que la patria le honrase con una sepultura pública allí donde había caído».

El comportamiento patriótico, que expresa Solón en esta historia, sirve a Heródoto para procurar un contraste entre la libertad de la *polis* ateniense, basada en la adhesión libre de voluntades ciudadanas, y el despotismo de corte oriental de la Lidia de Creso. Esta idea experimentará un au-



mento exponencial en los discursos de Pericles que compuso Tucídides en su *Historia de la guerra del Peloponeso*, que son buena muestra de este orgullo cívico, estilizado como el sello distintivo de la constitución democrática de la *polis* ateniense: «Disfrutamos de un régimen político que no imita las leyes de los vecinos; más que imitadores de otros, en efecto, nosotros mismos servimos de modelo para algunos. En cuanto al nombre, puesto que la administración se ejerce en favor de la mayoría, y no de unos pocos, a este régimen se lo ha llamado democracia; con respecto a las leyes, todos gozan de iguales derechos en la defensa de sus intereses particulares; en lo relativo a los honores, cualquiera que se distinga en algún aspecto puede acceder a los cargos públicos [...]. Tenemos por norma respetar la libertad, tanto en los asuntos públicos como en las rivalidades diarias de unos con otros, sin enojarnos con nuestro vecino [...]. Para abreviar, diré que nuestra ciudad, tomada en su conjunto, es una escuela para toda Grecia, y que, individualmente, un mismo hombre de los nuestros se basta para enfrentar las más di-

versas situaciones, y lo hace con gracia y con la mayor destreza [...]. No somos motivo de admiración sólo para nuestros contemporáneos, sino que lo seremos también para la posteridad. No necesitamos ni a un Homero que haga nuestro elogio, ni a ningún otro que venga a darnos gusto con sus versos, y cuyas ficciones resulten luego desbaratadas por la verdad de los hechos. Por todos los mares y por todas las tierras se ha abierto camino nuestro coraje, dejando aquí y allá, para bien o para mal, recuerdos imborrables».

La ilustración ateniense

Los años que median entre la revuelta jonia y el final de la guerra del Peloponeso, que se caracterizaron por los conflictos internos y externos en el mundo griego y en su marco del Mediterráneo oriental, son cruciales para entender el desarrollo político de Occidente en el período que se ha dado en llamar «clásico». Las consecuencias de las guerras médicas dieron lugar a una dinámica expansionista de Atenas, la potencia hegemónica, en toda la región del Egeo, y de su rival Esparta.

GUERRA Y

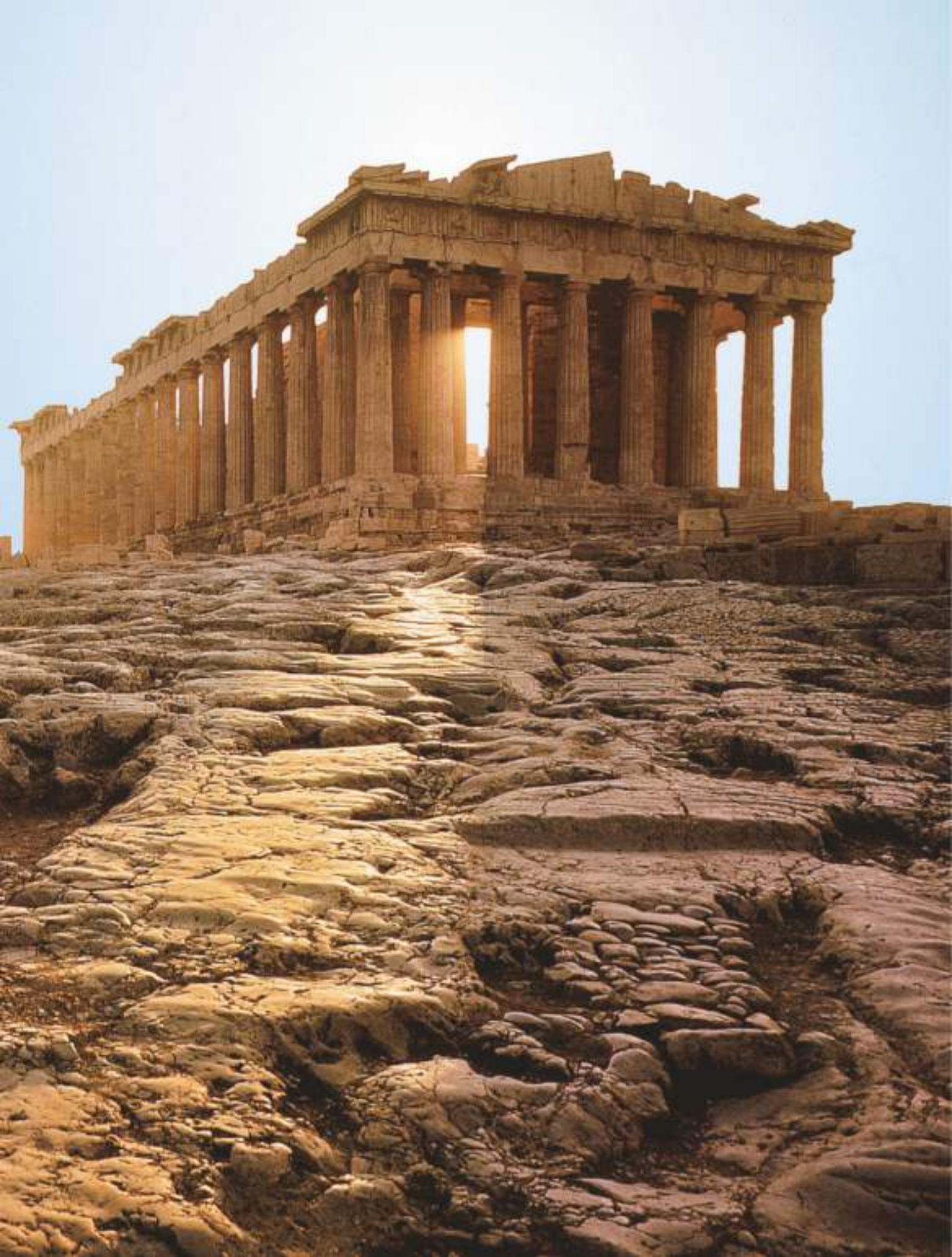
PATRIOTISMO. Para los griegos, la victoria sobre los persas fue una nueva fuente de orgullo cívico.

En la imagen, combate entre un hoplita y un jinete persa en una cerámica griega del siglo v a.C. (Museo Nacional de Polonia, Varsovia).

EL SÍMBOLO DE LA ILUSTRACIÓN ATENIENSE (págs. 100-101).

El Partenón de Atenas condensa todos los logros técnicos y estéticos de los griegos en el siglo v a.C., al tiempo que se erigió como referencia ineludible de todas las nuevas construcciones.







IRIS, MENSAJERA DE LOS DIOSES.

Perteneciente al friso occidental del Partenón y realizada hacia el año 440 a.C., esta escultura está considerada como una de las más asombrosas del recinto, dado su sentido del volumen y del movimiento. La obra ilustra el esplendor cultural alcanzado por Atenas (Museo Británico, Londres).

De hecho, los espartanos trataban de poner trabas a tal expansión. El efecto más claro fue la popularización del modelo de gobierno democrático ateniense y, a la par, la polarización de las diversas ciudades en torno a las dos grandes potencias que ya se encaminaban a la lucha por la supremacía en Grecia. Todos estos fenómenos son rasgos distintivos del siglo V a.C., que a menudo se ha denominado el siglo de Atenas o la época clásica (un término que es análogo al calificativo de «arcaico» en la historia de la arqueología y el arte) como un modo para identificar este período caracterizado por un enorme desarrollo cultural y unas cotas sin precedentes de perfección en las artes, las ciencias y, en general, la vida intelectual.

La causa principal del esplendor de Atenas, además de sus numerosos recursos materiales y las diversas obras de arte y magníficas construcciones públicas que entonces se emprendieron, se debe sobre todo a la enorme estatura intelectual de las figuras creativas que vivieron y trabajaron durante esta era en la ciudad. Esto se ve confirmado por el hecho de que la mayoría de la producción literaria que se conserva de este período procede de Atenas. A ojos del historiador moderno, la contrapartida de esta sobreafluencia de testimonios sobre la gloria de Atenas en este siglo es clara: vemos a los griegos de la época clásica casi exclusivamente a través del testimonio de los atenienses.

El período clásico llegó a su punto culminante sobre todo porque se produjo un avance cultural sin precedentes en el arte, la ciencia, la medicina, la literatura y la filosofía; de ahí que, según una metáfora tradicional en los estudios clásicos, este período ha sido denominado «la ilustración ateniense». Los logros alcanzados en la arquitectura y la escultura se condensan en la magna creación de la Acrópolis de Atenas, un monumento que estableció en su época nuevos estándares técnicos y artísticos. Pero las representaciones artísticas de grandes dimensiones no se limitaron de manera exclusiva a la esfera religiosa, sino que fueron ampliadas con célebres grupos escultóricos que honraban a los personajes más sobresalientes de la historia ateniense y rememoraban sus logros para la democracia. Los tiranicidas Harmodio y Aristogitón, los generales Milcíades y Temístocles, el inigualable Pericles y muchos otros fueron retratados en estatuas que adornaron los espacios públicos. Allí era donde las élites políticas encontraron nuevas formas y posibilidades de expresión a través de las imágenes de caracteres fácilmente identificables que a la vez representaban al tipo ideal de ciudadano. En la poesía trágica destacaron los poetas Esquilo, Sófocles y Eurípi-

Festivales en honor del dios Dioniso

Los cantos que antiguamente se es-
cificaban en honor del dios Dioniso
durante su festividad fueron evolucionando hasta transformarse en verdaderas representaciones teatrales que se convirtieron en una de las mayores expresiones de la cultura griega.

Las fiestas en honor a Dioniso comenzaron siendo ocasiones especiales en las que un coro de campesinos disfrazados recitaba ditirambos, composiciones líricas en las que se relataban viajes y aventuras del dios del vino. A este coro les daba réplica una persona: el corifeo. Más tarde, a esta sencilla representación se le añadió otro actor, con lo que el espectáculo adquirió relieve y complejidad. La culminación de este proceso se produjo cuando el tirano ateniense Pisístrato oficializó en el año 534 a.C. un festival en el que participaban autores de trilogías trágicas, acompañadas de una obra satírica, que se representaban ante un público sentado en unas gradas frente al templo de Dioniso. En la imagen, cerámica griega realizada por Triptólemo hacia el año 480 a.C. y dedicada a las procesiones en honor a Dioniso, divinidad que aparece en el círculo central (Museo del Louvre, París).

des, que trataban en sus obras temas de actualidad revestidos de una forma artística adecuada, es decir, utilizando los recursos narrativos del mito y de las grandes sagas de la antigua poesía épica. Cada uno representó un estilo diferente en la educación política y moral de la ciudadanía ateniense, pero todos tenían en común el gran repertorio de temas de la mitología y de la antigua épica homérica, que trataban en detalle o a modo de paradigma según la ocasión o el tema político al que hacían referencia. Como decía Esquilo, sus tragedias eran «rebanadas en el festín de Homero». Cabe señalar como el resultado más notable del período clásico la puesta en escena de las obras trágicas que se compusieron a lo largo del siglo V a.C. en esta ciudad con motivo de los festivales públicos de las Grandes Dionisias. La comedia, aunque en menor medida, también reflejaba el pulso cotidiano de la ciudad, pero su vigor es incomparable con el carácter de obra eterna que simboliza la tragedia, quizá sólo pareja, en cuanto a repercusión histórico-cultural para la posteridad, a la gran columna del Partenón.



En cuanto a la historia política encontraremos en la obra histórica del ateniense Tucídides una continuación digna de la *Historia* de Heródoto, que termina con la expulsión de los persas de Grecia y la victoria naval de Mícale del año 479 a.C. Tucídides, el cronista de la guerra del Peloponeso (431-404 a.C.), fue un testigo de excepción del auge y declive de Atenas y de la descomposición de sus instituciones democráticas.

Respecto a la filosofía y la retórica, este período vio nacer a los grandes oradores, a los maestros profesionales de retórica para la educación de los jóvenes ciudadanos, que debían estar versados en hablar bien ante la Asamblea o ante los tribunales para ser capaces de persuadir por la palabra, un instrumento esencial en un sistema político participativo. El discurso político, que no excluye la crítica de la democracia, también era el dominio de los filósofos y oradores, como el propio Platón o Isócrates, como resultado de la libertad de expresión (*parrhesia*) y la reflexión conjunta sobre la política con los demás ciudadanos. La sofística se configuró como el gran vivero in-

telectual de la democracia ateniense tras el conflicto de las guerras médicas.

Tras todo este panorama cultural subyace la formación y la perfección de las instituciones democráticas en el gobierno de Atenas, uno de los eventos clave en la historia del mundo antiguo. La democracia de la época clásica formó la plataforma perfecta para el desarrollo político, cultural, social y económico de la ciudad y sirvió como una justificación ideológica de la dominación política ateniense sobre otras ciudades griegas.

Política y religión en Atenas

A los hombres de nuestro tiempo, rodeados por una variedad de formas de aculturación en gran medida intercambiables, nos resulta difícil entender lo que constituye un fenómeno único de la antigua *polis* y de sus habitantes; para los atenienses, la ciudad no sólo proveía de las instalaciones necesarias para la vida en sociedad, sino que también proporcionaba un destino común para sus miembros. La vida de los ciudadanos en la Atenas clásica estaba comprometida por sus conciudadanos

Los Juegos Píticos, el festival consagrado a Apolo en Delfos

En la antigua Grecia, cuatro eran los certámenes deportivos que se celebraban con regularidad: los Olímpicos (en Olimpia), los Píticos (en Delfos), los Nemeos (en Nemea) y los Ístmicos (en Corinto). Además de su carácter competitivo, estos festivales tenían un significado religioso, por lo que los Juegos de la sagrada Delfos, implantados por el propio Apolo, tenían una especial relevancia.

Para los griegos, los Juegos Píticos tenían un origen mitológico. Apolo mató al monstruo Pitón que guardaba el santuario de Delfos y se hizo cargo del oráculo. En honor a este hecho, Apolo instauró una celebración que acabaría derivando en los famosos juegos. Su creación

real se remonta al siglo VI a.C. y el formato que se hizo famoso —de periodicidad cuatrienal— se fijó en el año 590 a.C. El conjunto de los actos incluía una serie de ceremonias religiosas, que daban paso a diversos concursos poéticos, musicales y de danza. A continuación, en dos o tres días se concentraban las competiciones atléticas (carreras, saltos y lanzamientos de disco y jabalina) y de lucha y las diferentes disciplinas de carreras de caballos.

Una de las condiciones de las pruebas atléticas era que los competidores debían participar desnudos. A los vencedores se les concedía una

corona de laurel, árbol consagrado al dios Apolo. En la imagen, la diosa de la victoria Niké, obra realizada en el año 510 a.C. que procede de la acrótera del antiguo templo de Apolo en Delfos (Museo Arqueológico, Delfos).



y por la propia ciudad, como se puede ver en el siguiente pasaje de Jenofonte, en el que Sócrates describe las obligaciones del ciudadano ateniense: «Veo que estás llamado a ofrecer muchos sacrificios costosos, sin lo cual, a mi entender, ni los dioses ni los hombres te habrán de tolerar. A continuación, estás obligado a dar la bienvenida a numerosos extranjeros como huéspedes, y a entretenerlos generosamente; además, debes deleitar a tus conciudadanos y obrar con todo tipo de bondad, o de lo contrario te quedarás sin partidarios. Por otra parte, me parece que en la actualidad el Estado te impone varias contribuciones importantes, como la cría de caballos, la formación de coros, el cuidado de los gimnasios, o de las magistraturas, como la consular. En el caso de que se declare la guerra se te requieren, lo sé bien, aún más obligaciones en forma de soldadas para la trierarquía e impuestos extraordinarios y tan onerosos que encontrarás dificultad en hacerles frente. Pero si te descuidas en relación con cualquiera de estas cargas serás tratado por los buenos ciudadanos de Atenas de forma no menos estricta que si te hubieran atrapado robando su propiedad».

En todo caso, para los *politai*, la ciudad y su vida ciudadana tenían una importancia primordial, en tanto que centro y escenario del *modus vivendi* de su población, que condicionaba sin remisión el destino de cada individuo. El éxito político de la *polis* significaba la prosperidad económica, social y personal, mientras que el fracaso, en el caso más extremo, como por ejemplo cuando la ciudad era conquistada, podía derivar con mucha frecuencia en la esclavitud de los ciudadanos.

La anterior cita de Jenofonte hace referencia a la obligación de ofrecer sacrificios. De hecho, muchas divinidades estaban consagradas tanto a la existencia como al bienestar de la comunidad política, y la *polis* se concebía como residencia de los dioses, que la protegían con su patronazgo, y a la par como centro de la vida religiosa en torno a sus templos y a las numerosas festividades reguladas políticamente. Los actos de culto ritual en las sociedades del mundo antiguo —y no menos en las posteriores— siempre han desempeñado un importante papel en el proceso de construcción y cohesión de las comunidades políticas. La coherencia de la comunidad civil y la comunidad religiosa constituía para el hombre de la Antigüedad una condición natural de su identidad política.

El frecuente recurso a los oráculos —que por ejemplo tuvieron gran repercusión en las guerras médicas— era una antigua evidencia de la simbiosis entre religión y política en la Grecia clásica: la propia Atenas mandaba periódicamente una embajada sagrada (*theoría*) al oráculo para consultar asuntos de interés público y mantenía



una representación permanente y un templo con dones para Apolo en su santuario profético de Delfos. El santuario de Apolo en Delfos no sólo fue determinante para la mentalidad griega como centro panhelénico de la cultura, sino que también determinó el desarrollo de la política y la sociedad en toda la Hélade. Reyes de Asia Menor, como Creso o Midas, enviaron embajadas y costosos dones al oráculo, y la influencia sobre el santuario fue disputada por varias *poleis* en diversos conflictos bélicos, desde la llamada «primera guerra sagrada» (librada en torno al año 595 a.C.), cuando una liga religiosa de las ciudades más poderosas de la Grecia arcaica, la Anfictiónía, sustrajo el santuario de Delfos del control de la vecina ciudad focense de Crisa. Desde entonces, esta especie de organismo internacional controló el funcionamiento del templo, designando a sus encargados y organizando sus juegos cada cuatro años.

Pese a sus tendencias proespartanas, el oráculo estaba muy influido por la potencia hegemónica de turno, sobre todo Atenas desde las gue-

rras médicas hasta la guerra del Peloponeso. Delfos se mantuvo en la cúspide de su fama y poder entre los siglos VI y IV a.C. y gran parte de la actividad oracular, más allá de la esfera privada, se refería a las distintas acciones —políticas, comerciales o militares— que se fueran a emprender en las diversas *poleis* griegas. Delfos era la máxima instancia en cuestiones religiosas, pero también, muchas veces, se le consultaba a la hora de tomar decisiones de especial trascendencia política. Ello se constata desde la época de las colonizaciones, cuando las diversas *poleis* griegas consultaban el oráculo antes de emprender la fundación de ciudades fuera de Grecia. El santuario también ratificaba los hechos consumados de la política, como los cambios de régimen de gobierno; prueba de ello es el conocido final de la tiranía ateniense. Delfos participó activamente en los dos grandes conflictos que agitaron la Grecia clásica, tomando partido por uno u otro bando. La cima de su poder político y simbólico corresponde a su papel en las guerras médicas. Entonces se mostró en principio favorable a los persas, para luego legiti-

LA VÍA SACRA DE

DELPHOS. El edificio situado al fondo de la imagen corresponde al denominado tesoro de los Atenienses, un templo dedicado a Apolo por los ciudadanos de Atenas, los cuales mantenían una representación permanente en Delfos.

Sacrificios públicos en la Grecia clásica

En Grecia, los sacrificios podían tener carácter privado o público. El objetivo de la ceremonia era realizar una petición a una divinidad o bien aplacar su cólera. En concreto, los sacrificios públicos se celebraban regularmente en fechas determinadas y sus características variaban según la *polis* y el dios que era ofrendado.

El sacrificio público era una larga ceremonia ritual en la que participaban todos los ciudadanos libres de la *polis*, estableciéndose de este modo un fuerte vínculo de comunidad. La ceremonia comenzaba con una larga procesión encabezada por los sacerdotes y los participantes en el rito, quienes portaban los instrumentos necesarios para consumar el acto y conducían a las víctimas. Estas últimas siempre eran animales domésticos (aves, cabras, cerdos, bueyes, etc.) que debían responder a las normas de pureza exigidas por el culto. Una vez que se llegaba al altar se realizaban las plegarias correspondientes y se llevaba a cabo el sacrificio. Generalmente, se quemaban los huesos y las partes no comestibles, que eran dejadas en el altar en honor a la deidad; el resto de la carne y las vísceras se asaban y se distribuían entre los asistentes a la ceremonia. En la imagen, bueyes llevados al sacrificio; relieve del friso norte del Partenón, realizado entre los años 442 y 438 a.C. (Museo de la Acrópolis, Atenas).



mar políticamente la causa griega y, en concreto, justificar la estrategia naval de Atenas. Los diversos oráculos en contra de los atenienses, hasta que al fin se les vaticinó la victoria en Salamina, así lo prueban. Esta evidente parcialidad se acentuó en el otro gran conflicto del mundo griego, la guerra del Peloponeso, en la que Delfos apoyó abiertamente a los espartanos.

Las celebraciones públicas

En lo que a la conjunción entre religión y política se refiere, la *polis* tenía ciertas expectativas depositadas en los ciudadanos: la defensa de la patria con las armas si es necesario, la adoración pública de los dioses protectores del bienestar de la comunidad y (por supuesto, sólo los ricos hacendados) la disposición a asumir las cargas financieras para el colectivo, lo que en particular incluía sufragar los gastos de las festividades religiosas. La observancia de estas normas se consideraba un deber cívico natural.

El individuo y la comunidad experimentaban en unidad los rituales relacionados con ese pacto

social, tales como procesiones, sacrificios públicos, festividades religiosas y festivales de teatro, que representaban elementos constitutivos de la existencia política de la ciudad. Para los habitantes de la *polis* las celebraciones religiosas constituían un aspecto fundamental para la formación de su mentalidad colectiva de ciudadanos. En este contexto hay que destacar la importancia de las celebraciones rituales, que se llevaban a cabo generalmente en ocasiones de culto religioso colectivo en las que participaba toda la población sin ningún tipo de excepción.

Las grandes fiestas de Atenas estaban dedicadas a dioses como Atenea —patrona de la ciudad y divinidad tutelar de la Acrópolis— y a Dioniso —dios del teatro, que se consideraba un elemento básico para la educación política y moral de la ciudadanía— a través de celebraciones públicas como la procesión de las Panateneas o las Grandes Dionisias. El entusiasmo de la ciudadanía por estas fiestas era tan grande que la ciudad quedaba totalmente paralizada y olvidaba cualquier otro asunto. Tanto era así que el orador Demóstenes



se quejaba en un discurso de que sus conciudadanos no pensarán en la guerra contra Filipo II de Macedonia durante las celebraciones religiosas. No en vano Aristóteles, en su *Constitución de Atenas*, designa como la magistratura más importante de Atenas la que se ocupa de la organización y realización de las festividades religiosas. Aristófanes no perdió la oportunidad de reflejar en su comedia *Las Nubes* el ambiente festivo de Atenas durante los festivales sagrados: «Visitemos el rico territorio de Palas y la amable tierra de Cécrope, patria de tan notables varones, donde se celebra el culto de los santos misterios, se ve el santuario místico de las sagradas iniciaciones, las ofrendas a los que habitan el Olimpo, los elevados templos y las estatuas de los dioses, las procesiones religiosas, los sacrificios a las divinidades coronadas y los festivales de todas las estaciones y cuando con la primavera regresan las festividades de Baco, las competiciones de los sonoros coros y la grave melodía de las flautas». Ningún otro evento podría evocar mejor la interacción social dentro de la ciudad entre comunidad política y comuni-

dad religiosa que la celebración de un festival. Estos actos públicos unificaban espiritualmente a los habitantes de la *polis* en un solo cuerpo social y hacían olvidar las preocupaciones cotidianas para otorgar la conciencia de que la población constituía una unidad y compartía un destino.

La *polis* siempre cuidó esta noción de unidad en el ámbito de la educación moral de sus habitantes. En este papel aparece el Sócrates platónico, quien afirma que la educación es una de sus tareas más importantes como ciudadano. En la obra *Fedro*, confiesa: «Estoy ansioso por aprender, pero los campos y los árboles no me van a enseñar nada: sólo la gente de la ciudad lo hará». Los ciudadanos se cuidaban de la educación de sus conciudadanos y si bien estas palabras de Sócrates parecen ser acuñadas para definir el ambiente espiritual de la Atenas clásica, puesto que la ciudad experimentó en ese momento un desarrollo cultural sin precedentes, bien se podrían utilizar también para hablar de la *polis* griega en general. El énfasis en la educación en valores no solo de los jóvenes, sino de toda la población en su conjunto, era característico de la mentalidad unida de la comunidad política. En el caso concreto de Atenas, esta pasión por el aprendizaje y la enseñanza creó un ambiente en el que florecieron sobre todo la filosofía, la oratoria y la poesía, lo que evoca esta declaración solemne de Sócrates. Lo que él denomina la «gente de la ciudad» es entendido como una fuente de experiencia y conocimiento, como expresión del intercambio social, de la enriquecedora variedad de la condición humana, como objeto de aprendizaje continuo, frente al contraste de la vida en el campo, donde a duras penas se puede desarrollar una interacción cultural de esta índole. Este dualismo entre campo y ciudad ha devenido un viejo tópico de la literatura y atestigua la viva cuestión de la educación en sociedad que se discutía en la época clásica.

La sofística

No se puede obtener un panorama cabal de la Atenas clásica sin reseñar, siquiera brevemente, el fenómeno literario, político y social de la sofística. Dos son las razones para ello: en primer lugar es necesario subrayar su indiscutible importancia para el desarrollo de la teoría política clásica, la primera de la que tenemos constancia en las letras griegas; en segundo lugar, la sofística es una referencia ineludible por la fuerte influencia que llegaron a ejercer algunos de sus más emblemáticos representantes en el ámbito intelectual de la Atenas de la segunda mitad del siglo V a.C., fragua de ideas, de conceptos y de modelos políticos y constitucionales.

SACERDOTISAS Y DIOSSES.

El culto de las principales divinidades griegas estaba en muchos casos a cargo de sacerdotisas, lo que les proporcionaba numerosos privilegios y les otorgaba una libertad de la que no gozaban el resto de las mujeres griegas. En la imagen, columna de 11 m de altura del siglo IV a.C. dedicada a las ménades, las seguidoras del culto del dios Dioniso (Museo Arqueológico, Delfos).

Las grandes fiestas en honor de Atenea

A mediados del siglo VI a.C., a las celebraciones en las que Atenas rendía tributo a Atenea, la diosa protectora de la ciudad, se añadieron una serie de competiciones atléticas, poéticas y artísticas que pronto se hicieron famosas en toda Grecia.

Las Panateneas se celebraban anualmente, pero Pisístrato y los aristócratas atenienses promovieron que cada cuatro años se hicieran unos festejos más fastuosos, inspirados en los prestigiosos Juegos Olímpicos. A partir de entonces se distinguió entre las Pequeñas y las Grandes Panateneas. El punto culminante de las fiestas era la ofrenda del peplo que se hacía en la Acrópolis, en el altar de Atenea Polias. Esta ceremonia tenía lugar tras una procesión por toda la ciudad en la que unas jóvenes vírgenes (las canéforas) portaban un peplo o manto sagrado, que se había ido tejiendo a lo largo de todo el año para ofrecérselo a Atenea. En las ilustraciones, dibujo que recrea la procesión de las ofrendas, a su entrada en la Acrópolis, y cerámica panatenaica del siglo V a.C. decorada con atletas (Ashmolean Museum, Oxford).



Huelga resaltar que, dada la extrema diversidad de la doctrina sofística, su repercusión en el posterior pensamiento filosófico y político, así como la inmensa bibliografía que existe sobre el tema —frente a las poquísimas fuentes originales que poseemos—, sólo nos centraremos en algunos aspectos que guardan relación con el panorama histórico y cultural de la Atenas clásica. Podemos resumir el interés del historiador frente a la sofística en una pregunta clave: ¿qué nuevas ideas aportan los sofistas al debate político que gira en torno al Estado, su carácter, sus instituciones y su constitución?

Además del teatro, sobre todo la tragedia, y junto a él, como foco de posturas alternativas, se desarrolló una novedosa pedagogía filosófica, flanqueada por un frenético ímpetu dialéctico, fruto de la Atenas democrática. Con ello queremos designar toda una corriente de actividades intelectuales que, desde la mitad del siglo V a.C., dominó la discusión pública en la capital cultural griega. Sus representantes, venidos desde diversas ciudades del mundo griego pero sobre todo de la Mag-

na Grecia, eran pedagogos, científicos, filósofos y teóricos de la política.

Los llamados sofistas, o «maestros de la sabiduría», eran expertos en la expresión oral y en el uso de la palabra escrita. Su principal actividad pedagógica consistía en dar soluciones a una infinidad de cuestiones éticas, religiosas, literarias, científicas y políticas. Sus posicionamientos podían entrar en una considerable oposición, a pesar de que los solemos incluir bajo la misma etiqueta. El que mayor renombre logró adquirir fue Protágoras de Abdera, miembro del círculo de intelectuales formado alrededor de la figura de Pericles. Anaxágoras de Clazomenas, Hipias de Élida y Gorgias de Leontinos también merecen ser citados en este contexto.

Los sofistas impartían sus enseñanzas a los jóvenes de las casas aristocráticas, con la intención de educar a las futuras élites políticas. Componían discursos y tratados e interpretaban los mitos a través de explicaciones racionales, como hizo Protágoras con el mito de Prometeo o Pródico con el de Heracles. Esta actividad les llevó a



❶ **NIKÉ ÁPTERA.** Templo de orden jónico erigido en un saliente de la Acrópolis en honor a Atenea Victoriosa, para conmemorar la derrota que los griegos infligieron a los persas en la batalla de Salamina.

❷ **PROPILEOS.** Proyectados por Mnesicles, constituían el majestuoso y complejo pórtico de entrada al recinto de la Acrópolis. Se empezaron a construir en el año 437 a.C. y tardaron cinco años en finalizarse.

❸ **ATENEA PROMACHOS.** Estatua de bronce de 9 m de alto que presidía el recinto y representaba a la diosa Atenea preparada para la batalla. Fue esculpida por Fidias tras la victoria helena de Maratón.

❹ **SANTUARIO DE ÁRTEMIS BRAURONIA.** Levantado en el año 430 a.C., el edificio honraba a la diosa cazadora, que también era considerada protectora de las mujeres embarazadas y de los recién nacidos. Su planta trapezoidal era algo atípico para la época.

❺ **PARTENÓN.** Uno de los más brillantes templos de orden dórico, dedicado a Atenea la doncella (*parthenos*). Construido en mármol, los arquitectos Ictino y Calícrates, responsables del edificio, iniciaron las obras en el año 447 a.C. y las finalizaron en 438 a.C.

❻ **ERECTEION.** Templo de orden jónico que se empezó a construir en el año 421 a.C. y se concluyó en 406 a.C. Estaba consagrado a la diosa Atenea, a Poseidón y al mítico rey de Atenas, Erecteo. Uno de sus tres pórticos es la famosa tribuna de las Cariátides.

disertar acerca de la naturaleza de los dioses, el sentido de la religión, los orígenes de la cultura, el dominio de las pasiones, la finalidad del Estado y el método más adecuado de hacer política y triunfar en el ágora.

A pesar de algunas grandes diferencias doctrinales que se manifestaban en el mismo seno de los sofistas, puede decirse que en su conjunto perseguían un mismo fin: influir en el debate público y poner en tela de juicio las relaciones sociales, la política y la religión. Algunos de ellos querían sentar las bases de la democracia y del pensamiento político en la razón, valiéndose de esquemas interpretativos más allá del mito y de la tradición religiosa.

Mientras que para el viejo Esquilo, exponente de la ética tradicional, la continuidad de un determinado sistema político era imposible sin la aprobación de los dioses, garantes de la moral pública y de la virtud individual y colectiva, para Protágoras eran ante todo los pactos, estrictamente humanos, basados en la igualdad y en el *lógos* de las personas que los estipulaban, los mecanismos que

configuraban en esencia la convivencia humana, es decir, el Estado. Según esta visión antropocéntrica de la política, los ciudadanos están llamados a entenderse y por eso pueden concluir acuerdos racionales y prácticos. El dicho de Protágoras que mejor caracteriza su pensamiento y que se convierte en el lema de toda la escuela sofística hace precisamente hincapié en esta idea: «El hombre es la medida de todas las cosas».

Como consecuencia de esta inversión de las constantes antropológicas, que sustrae el peso normativo a los dioses y a la tradición del mito como factores que arbitraban el destino, se desarrolló un relativismo radical que lo cuestionaba todo, o casi todo, y que no se detenía ante el prestigio de las autoridades reconocidas. Su resultado fue la negación de los valores absolutos. Para los sofistas, la verdad se manifestaba a través de múltiples facetas y fórmulas que podían ser diferentes para cada individuo, cada pueblo y cada situación. Por otra parte, creían en la racionalidad de la política y en la idea del progreso; apostaban por la concordia ciudadana como factor político

Los sofistas, sus enseñanzas y las polémicas suscitadas por su labor

El conjunto de los sofistas era muy heterogéneo. Sin embargo, su método educativo, más práctico que teórico, tenía unas líneas generales novedosas para la Atenas clásica: defendía el antropocentrismo, la racionalidad política y el relativismo moral. Esto, además del origen extranjero de la mayoría de ellos, provocó cierto rechazo, sobre todo entre los sectores más tradicionales.

El origen de estas polémicas reside en el hecho de que se trataba de educadores profesionales; es decir, los sofistas cobraban por su trabajo y hacían accesible la educación a todo aquel que pudiera pagarla. A las familias nobles no les satisfacía tal propuesta, ya que consideraban la educación un privilegio de clase. Por otra parte, los sofistas eran innovadores y restaban importancia a la intervención divina en la vida de los hombres, lo que fue criticado por autores como Esquilo, Sófocles o el mismo Aristófanes en *Las nubes*. Finalmente, el sistema filosófico relativista y retórico que propugnaron fue duramente criticado por Sócrates y su discípulo Platón en diálogos como *Protágoras*, *Gorgias* o *Eutidemo*. En la imagen, escultura romana del siglo III a.C. procedente de Éfeso dedicada a la figura de un sofista de quien se desconoce la identidad (Museo Arqueológico, Esmirna).



primordial y estaban convencidos de que todas estas metas se podían alcanzar mediante el arte de la persuasión que ellos mismos se prestaban a enseñar.

No causa pues extrañeza que el método y el ideario sofístico provocaran un contundente rechazo, no sólo por parte de Sócrates, su enemigo declarado, sino también por parte de los depositarios de otras fórmulas de la moral y de la política tradicional en la polis. Se achacaba a los sofistas superficialidad, relativismo, inmoralidad y afán de lucro. También se les echaba en cara que sólo eran capaces de criticar y ponerlo todo en duda, sin presentar alternativas positivas con una mínima coherencia.

Pese a la impugnación que experimentaron las ideas sofísticas y el desprestigio del que fueron objeto algunos de sus más destacados representantes, como Gorgias o Calicles, cuyos argumentos en favor de la voluntad del más fuerte conocemos a través del *Gorgias* platónico, su incidencia en los ambientes políticos e intelectuales de la época fue muy considerable. Tucídides

es una buena muestra de ello, tanto en su pensamiento como en la retórica que reflejan los discursos de su obra. En efecto, las enseñanzas de los sofistas harán mella en el insigne historiador, tanto en su psicología como en la composición retórica. Tucídides propugnaba que los estadistas bajo cuya responsabilidad recaía la dirección de la política debían actuar de acuerdo con las normas de la naturaleza humana, y dejarse guiar por la razón, liberándose asimismo de las pasiones y del error. Este pensamiento ilustrado de corte sofístico, sin duda profundamente arraigado en el círculo de Pericles y que también compartía Tucídides, estaba en competencia con el pensamiento tradicional de amplias capas de la sociedad ateniense, el cual puede ser rastreado a través de las tragedias de Esquilo y especialmente de las de Sófocles.

Literatura y polis

Aunque brevemente, vale la pena abordar el panorama cultural general en el siglo V a.C. para dejar constancia de cómo la literatura occidental vivió uno de sus períodos más brillantes al abrigo que ofrecían muchas poleis griegas, pero sobre todo Atenas. La genialidad trascendió géneros de escritura muy distanciados entre sí, lo cual confirma la Grecia clásica como un terreno abonado para la expresión artística del más alto nivel. En primer lugar destaca la invención genuinamente ateniense de todo un género, que aún hoy está muy vigente: el teatro.

No deja de ser asombrosa la acumulación de talento que se produjo en la capital ática durante poco más de un siglo y el carácter universal de las obras allí creadas. Las tragedias atenienses de Esquilo, Sófocles y Eurípides no tardaron en escenificarse en numerosas poleis, algunas de ellas tan «remotas» como Sicilia o Macedonia, lo que demuestra la universalidad de este teatro ya desde sus inicios. Ante la admiración que despierta semejante acumulación de excelencia artística en tan poco tiempo, sólo cabe lamentarse de la escasez de obras teatrales que se han conservado de estos grandes dramaturgos, menos del diez por ciento de toda su producción.

En cuanto a la lírica, el tebano Píndaro fue el máximo exponente poético de la literatura griega clásica. Si bien hubo otros representantes destacados del género, como Simónides o Baquílides, fue Píndaro quien mostró una habilidad única para el uso abigarrado y musical del dialecto dórico, que aún se puede disfrutar en la actualidad. En este sentido, el poeta está unido a los dramaturgos atenienses en la demostración de la madurez estética en el uso del lenguaje que se alcanzó en aquella época.



Pero no todos los hitos literarios griegos se limitan a la poesía o el teatro. También eclosionó en el siglo V a.C. un género de «no ficción», la historiografía, que tiene en sus dos máximos representantes, Heródoto y Tucídides, a dos maestros que no se limitaron a desarrollar una disciplina, sino que además sentaron la bases de la ciencia histórica. Originario de Halicarnaso, en Asia Menor, Heródoto es el «padre de la Historia», como lo bautizó Cicerón. Incansable viajero, mediante la lectura de su obra conocemos pueblos de la Antigüedad a través de sus ojos, pero sobre todo Heródoto fue el gran historiador de las guerras médicas. Sus plásticos relatos de las grandes batallas de griegos y persas fueron contruidos a partir de testimonios directos de protagonistas de la contienda.

Por su parte, el ateniense Tucídides es el gran cronista de la guerra del Peloponeso. Su labor narrativa e histórica fue más allá de la de Heródoto, ya que se preocupó especialmente por recoger de manera imparcial los acontecimientos (a pesar de que llegó a ser estratega ateniense

durante el conflicto) y de analizarlos lo más ajustadamente posible. Por ello, no es de extrañar que en Tucídides desaparezcan las influencias divinas sobre los actos humanos.

Las dos obras de estos dos autores, los nueve libros de la *Historia*, de Heródoto, y la *Historia de la guerra del Peloponeso*, de Tucídides, poseen un valor incalculable por diversas razones. Antes que nada, son fuentes de hechos históricos cercanos en el tiempo a ellos, muchos detalles de los cuales se hubieran perdido irremediablemente si no los hubieran plasmado en sus respectivas crónicas. Asimismo, son obras muy valoradas desde el punto de vista literario, ya que se preocupan por ofrecer una lectura diáfana, con un lenguaje elaborado y de gran belleza formal. Y finalmente, son obras cuya influencia posterior es evidente en historiadores de la talla de Tito Livio, Tácito, César o Salustio.

En ningún otro período de la historia de Grecia se puede constatar semejante concentración de escritos y autores de una calidad indiscutible. Si exceptuamos a los antiguos poetas Homero y He-

HERACLES. Los sofistas fueron innovadores y restaron importancia a la intervención divina, por eso dieron nuevas lecturas a distintos mitos, como el de Heracles. Así, en fábulas como *La encrucijada de Heracles* de Pródico, el héroe divino se enfrenta a un dilema terrenal como la disyuntiva entre el vicio y la virtud. En la imagen, Heracles se enfrenta a Gerión, monstruo de tres cuerpos; ánfora del siglo VI a.C. (Biblioteca Nacional, París).



síodo, y a los filósofos Platón y Aristóteles (hijos intelectuales, por cierto, de una figura destacada del siglo v a.C.: Sócrates), las letras griegas tienen a sus más notables representantes en esta época de esplendor de la *polis*.

Hacia la razón de Estado

El tema que más polémica suscitaba en el contexto cultural de la *polis* era, sin duda, el tratamiento que merecían los dioses y la definición de la función de la religión con respecto al individuo y al Estado. Un tratado confeccionado por Protágoras sobre la naturaleza de los dioses comienza con unas reflexiones que, por su contundencia, constituyen una especie de manifiesto agnóstico. Los dioses, centro de la mitología, de la épica, de la poesía, de la tragedia, del culto público y privado y de la moral tradicional, son aquí cuestionados con una naturalidad que resulta sorprendente: «De los dioses no quiero saber si existen o no existen, ni siquiera qué forma tienen. Pues muchas cosas impiden conocerlos, la oscuridad de la cuestión y la brevedad de la vida humana».

No era la primera vez que se expresaban opiniones de este tipo en voz alta provocando con ello una gran controversia. Ya en el pensamiento de algunos filósofos presocráticos, como Jenófanes o Demócrito, existían valoraciones semejantes. Sin embargo, el texto que de manera más clara y contundente proclama la relatividad de los dioses es un poema de dudosa autoría (normalmente atribuido a Critias de Atenas, pero otras veces a Eurípides) que pertenece al ámbito intelectual sofístico, el llamado «fragmento de Sísifo». El hilo argumentativo de este texto aúna diferentes corrientes del pensamiento sofístico en una visión sintética que pretende explicar los principios y la finalidad de la religión, la naturaleza de los dioses y las relaciones entre lo humano y lo divino a través de una teología política, dialéctica y racional. El descubrimiento de la religión, la función de los dioses y su utilización como estrategia de poder, se presenta en este contexto como una exigencia derivada de la necesidad imperativa de estabilizar cualquier sistema político. La religión ocupa en este contexto un papel legitimador, convirtiéndose, tras su consciente



utilización, en una especie de argucia para fortalecer la razón del Estado.

Según estos razonamientos, antropología, religión y política se entremezclan y conllevan la relativización del sistema de valores tradicionales. La religión griega, de la que es parte integral el mito desde sus orígenes, plasmado en la épica y en la tragedia, se tambalea al abandonar el área trascendental que le habían asignado Homero y Hesíodo y entrar en el ámbito de la historia como mero factor psicológico al servicio de la cohesión social y de la finalidad del Estado. También hay que tener en cuenta la fuerte dosis de elitismo que subyace tras este paradigma sofístico, antítesis de un sistema religioso popular. Este último se dirige a la masa de la población, necesitada del temor que imponen los dioses como guardianes del comportamiento útil al Estado. A su lado se propugna la existencia de un sistema religioso libre de amenazas y adecuado a las necesidades de los intelectuales.

No es de extrañar que semejantes planteamientos suscitaran una acerba polémica. A pesar de las críticas, la repercusión histórica de estas ideas fue

enorme, abarcando desde la Antigüedad hasta nuestros días. El historiador Polibio de Megalópolis (siglo II a.C.) se hizo eco de este debate constatando que la religión popular no sólo era una de las bases de la constitución romana, sino al mismo tiempo una de las claves de su éxito. De forma parecida se pronunciaron Cicerón y otros muchos más, como Maquiavelo, quien siglos después, en plena época del Renacimiento, retomó estas ideas al aconsejar a los príncipes de su entorno que se atuviesen a la religión del pueblo, independientemente de su propio parecer. Federico II de Prusia propagó la religión como asignatura escolar con la esperanza de que los que participaran de sus enseñanzas se abstuvieran de cometer delitos. No podemos terminar este apartado sin mencionar el famoso lema marxista que califica a la religión de «opio del pueblo», punto final de una tradición secular cuyas raíces se remontan al pensamiento sofístico. En la sofística, base ideológica de la democracia ateniense, se estableció por primera vez en el mundo occidental una nítida separación entre los ámbitos de la religión y la política. ■

LA RELACIÓN CON LA DIVINIDAD. El papel de la religión en el ámbito público fue uno de los temas más polémicos de cuantos trataron los sofistas, que cuestionaron abiertamente la existencia de los dioses y su indiscutida imbatibilidad mostrada en el arte griego. En la imagen, escena de la batalla entre dioses y gigantes del friso del tesoro de los Sifnios, realizado en el año 525 a.C. (Museo Arqueológico, Delfos).



Teatro, democracia y sociedad

Una de las mayores aportaciones culturales y artísticas de la Grecia clásica es sin duda el teatro, que en la Atenas del siglo V a.C. llegó a una excelencia y profundidad nunca alcanzadas.

En el caso de Atenas, el teatro, vinculado en principio con los festivales religiosos de Dionisio, era un elemento educativo de primer orden para los ciudadanos de la época clásica. En el teatro se representaban tragedias, obras dramáticas que trataban de temas y leyendas heroicos; comedias, que criticaban humorísticamente a los personajes políticos de la vida cotidiana, y dramas satíricos. La tragedia ateniense y sus tres máximos representantes —Esquilo, Sófocles y Eurípides— marcaron el desarrollo cultural ateniense del siglo V a.C., desde la generación que fundó el poder de Atenas, la democracia y los padres del siglo de oro, hasta la decadencia de la democracia a finales del siglo. En las obras clave de la época queda atestiguada la educación sentimental de los atenienses, que presencian la actuación de sus héroes trágicos como quintaesencia del ser humano viviendo en comunidad y de sus anhelos y conflictos. La vida de Atenas en democracia debe ser leída y entendida con el trasfondo del teatro y de los dilemas morales y políticos que se presentaban ante el ciudadano en escena: la caída de los grandes héroes como Edipo, la lucha por la justicia del *Prometeo encadenado*, la búsqueda de concordia tras el conflicto en la *Orestíada*, la exaltación de la democracia en *Los persas*, la lucha de la pasión y la razón en *Medea* o *Hipólito*. La tragedia fue la verdadera escuela de la democracia. Tal vez sea *Antígona* la obra que simbolice como ninguna otra el conflicto por excelencia y la manera de abordarlo: el individuo frente al colectivo, la juventud frente a la vejez, lo público frente a lo privado, los hombres frente a las mujeres, la ley y la moral.

ESCENA DE TRAGEDIA. Un grupo de ciudadanos provistos con sus máscaras forman el coro de un drama satírico, el género menor que acompañaba la representación de tragedias y comedias (Museo San Martino, Nápoles).



Actores y coros

Las normas de la puesta en escena del teatro griego seguían patrones estrictos. En un principio, las tragedias corrían a cargo únicamente de dos actores con diálogo y uno de soporte. Los personajes que interpretaban se definían por su vestuario (un quitón o túnica y un himatión o manto) y por unas máscaras ligeras hechas con tiras de lino. En tiempos de Esquilo, a los actores les acompañaba un coro formado por doce coreutas. Más tarde, Sófocles aplicó una serie de innovaciones, que detallaba en su escrito teórico *Sobre el coro*, hoy perdido. Estas novedades consistían, entre otras cosas, en la incorporación de un tercer actor con diálogo y la ampliación del coro a quince miembros. En la imagen, terracota del siglo III a.C., dedicada a una actriz anónima, hallada en la Magna Grecia (Museo Arqueológico, Tarento).

Pero también la comedia antigua fue fundamental para la democracia. La crítica de costumbres y de personajes políticos tras la máscara de la subversión humorística reflejaba el estado de ánimo de la comunidad. La comedia de Aristófanes —que se produce durante la guerra del Peloponeso— no puede evitar ser totalmente política, criticar el mal gobierno de los estrategos y gobernantes ambiciosos y sin escrúpulos, como Cleón o Alcibíades, burlarse de los educadores del pueblo, como Sócrates, ridiculizar las ansias de pleitear del ciudadano medio (como muestra *Las avispas*) y, en fin, reflejar en el espejo cómico las preocupaciones diarias de la comunidad ciudadana. En definitiva, se puede decir que el teatro en Atenas tenía un papel fundamentalmente pedagógico en la formación del espíritu ciudadano y su influencia era tan importante como la de los festivales religiosos en la cohesión de la *polis* ateniense. Moralmente, el teatro, financiado por el Estado, servía para incitar a los ciudadanos a reflexionar sobre los problemas graves de la convivencia, las situaciones en los límites de la condición humana y los conflictos con las leyes naturales o ciudadanas. Políticamente, estas actividades culturales fomentaban la unidad y la identidad de la *polis* a través de la educación de los ciudadanos.

El prisma teatral

Lo característico del teatro griego es el aprendizaje a través de la experiencia de ver a otros hombres en acción dramática. La esencia de la democracia en la *polis*, tal y como se afirma en el *Fedro* de Platón, es que a ser ciudadano se aprende al ver a otros ciudadanos y convivir con ellos en la ciudad, en el ágora, en los tribunales, en las asambleas. Pero la situación de la ciudad puede cambiar y hacer surgir en los hombres el deseo de una tranquilidad lejana del bullicio ciudadano, una añoranza del campo o del pe-



queño pueblo. Un ejemplo impresionante de esto lo proporciona precisamente una comedia de Aristófanes. En plena guerra del Peloponeso, en el año 425 a.C., el comediógrafo escribió su obra *Acarnienses*, en la que el protagonista, Diceópolis, que no proviene de la gran ciudad sino de una aldea ática pero que vive en ella por necesidad durante la guerra, pronuncia las siguientes palabras: «Yo soy el primero en llegar a la Asamblea; tomo asiento y, como estoy tan solo, suspiro, bostezo, me desperezo, suelto ventosidades, me aburro, me depilo, cuento hasta mil; y sueño con los campos, enamorado de la paz; detesto la ciudad y pienso en aquellas gentes de mi pueblo que nunca supieron lo que es decir “compra carbón, vinagre, aceite”, que hasta ignoraban el verbo “comprar”, y que para todo se bastaban a sí mismos sin tener que romperse la cabeza con tantos golpes de “compra, compra, compra”. Esta vez vengo, pues,

firmemente decidido a gritar, a interrumpir, a invectivar a todo orador que nos hable de otra cosa que no sea la paz».

Aquí no hay justificación filosófica para el deseo de la vida en el campo. Por el contrario, se exponen las desventajas de la vida en la ciudad con una inocencia conmovedora. El autor de estos versos, que a su vez era una persona profundamente implicada en la vida política y cultural de la ciudad, ofrece una percepción de la vida rural totalmente condicionada por la perspectiva urbana. Pero la oposición entre lo urbano y lo rural resulta aquí tan chocante porque se achaca a la vida urbana las culpas de haber producido una prolongada e intolerable guerra.

Valores y temores

Los antiguos escritores que nos sirven como fuentes y testigos de la vida en la *polis* clásica siempre han retratado el ajetreo y el bullicio de los habitantes de

la ciudad en sus diferentes actividades profesionales, sus placeres y sus pasatiempos. Ya el viejo poeta Hesíodo abogó por una necesidad de trabajo físico en la vida, en un examen crítico de los valores aristocráticos y un elogio del trabajo manual y el comercio, que tan baja estima producía en los autores del período arcaico. Lo característico del mundo de la *polis*, sobre todo de la época clásica, es que el beneficio era considerado como aceptable en la sociedad.

Ya en el período arcaico, destrozado por conflictos sociales y económicos en torno a la distribución del suelo, la paz interior y el beneficio del comercio fueron objeto de deseo en muchas ciudades griegas. Y así dice el poeta arcaico Alceo de Mitilene que «la riqueza distingue al hombre y ningún pobre hombre será noble o recibirá honores». La lucha por la distribución de la tierra y de los poderes políticos creó a menudo facciones



Un acto crucial en la vida de la *polis*

En Atenas, cuna del género dramático, las festividades en las que se celebraban los certámenes teatrales se consideraban extremadamente importantes, ya fueran las Grandes Dionisias o las Leneas. Las tragedias y las comedias se presentaban en concursos que duraban días enteros y la victoria en una de estas competiciones conllevaba un gran prestigio. A estos espectáculos no sólo asistía toda la ciudadanía ateniense, sino que también acudían gentes de todos los rincones de Grecia para presenciar las célebres representaciones trágicas, especialmente en las fiestas en honor a Dioniso. Las obras presentadas en el teatro eran sufragadas por un patrocinador acaudalado, que de este modo se ganaba el favor del pueblo. Una de las pruebas que subrayan la fama de las obras es que éstas eran recordadas por el público mucho tiempo después y numerosas citas y alusiones dramáticas pasaban a formar parte del acervo popular. En las imágenes, vista del teatro de Epidauro, construido en el siglo IV a.C. y ampliado en el período helenístico, y una reconstrucción de la *polis* de Corinto, con el teatro situado a la derecha.



irreconciliables dentro de la ciudadanía y una tendencia a la radicalización de la política, generando en algunas ocasiones importantes conflictos civiles (*staseis*) en el marco de la ciudad, en un fenómeno que comenzó en la época arcaica pero que siguió ocurriendo tanto en la época clásica como en la helenística.

Sirva como ejemplo paradigmático de ello la lucha interna entre oligarcas y demócratas que estalló en Epidamno en el año 435 a.C. La interferencia sucesiva de potencias como Córcira, Corinto y Atenas en la lucha interna de facciones en esta *polis* derivó en un conflicto de grandes dimensiones que terminó por implicar a la mitad de Grecia, tal y como señala Tucídides. En efecto, estas luchas internas de poder, las temidas *staseis*, eran vistas como el mayor de los peligros que podrían sobrevenir a la comunidad política de la *polis*. De hecho, las estrecheces y la pobreza de recursos de

las zonas de asentamiento de las *poleis* griegas en el mundo clásico favorecían esta clase de conflictos frecuentes en el seno de la sociedad, tanto por el reparto del suelo y sus productos como por la participación institucional en el gobierno. No era raro que tales pugnas se desarrollaran a partir de diferencias relativamente menores y, al final, causaran verdaderas guerras entre distintas ciudades. Eso mismo ocurrió con el origen del conflicto más largo, sangriento y que más consecuencias tuvo en la época clásica: la guerra del Peloponeso. Ningún otro acontecimiento afectó de forma tan duradera el estado de ánimo del tejido interno y externo del mundo de la *polis*. En él se hicieron particularmente visibles los peligros que amenazaban con hacer entrar en crisis el entramado político de la Grecia clásica.

Para hacer frente a esta situación de emergencia en el modelo de la *polis* no

fueron pocos los intelectuales griegos que propusieron sus soluciones ideales, que siempre implicaban una reforma del sistema de la *polis*.

La propuesta de Aristófanes

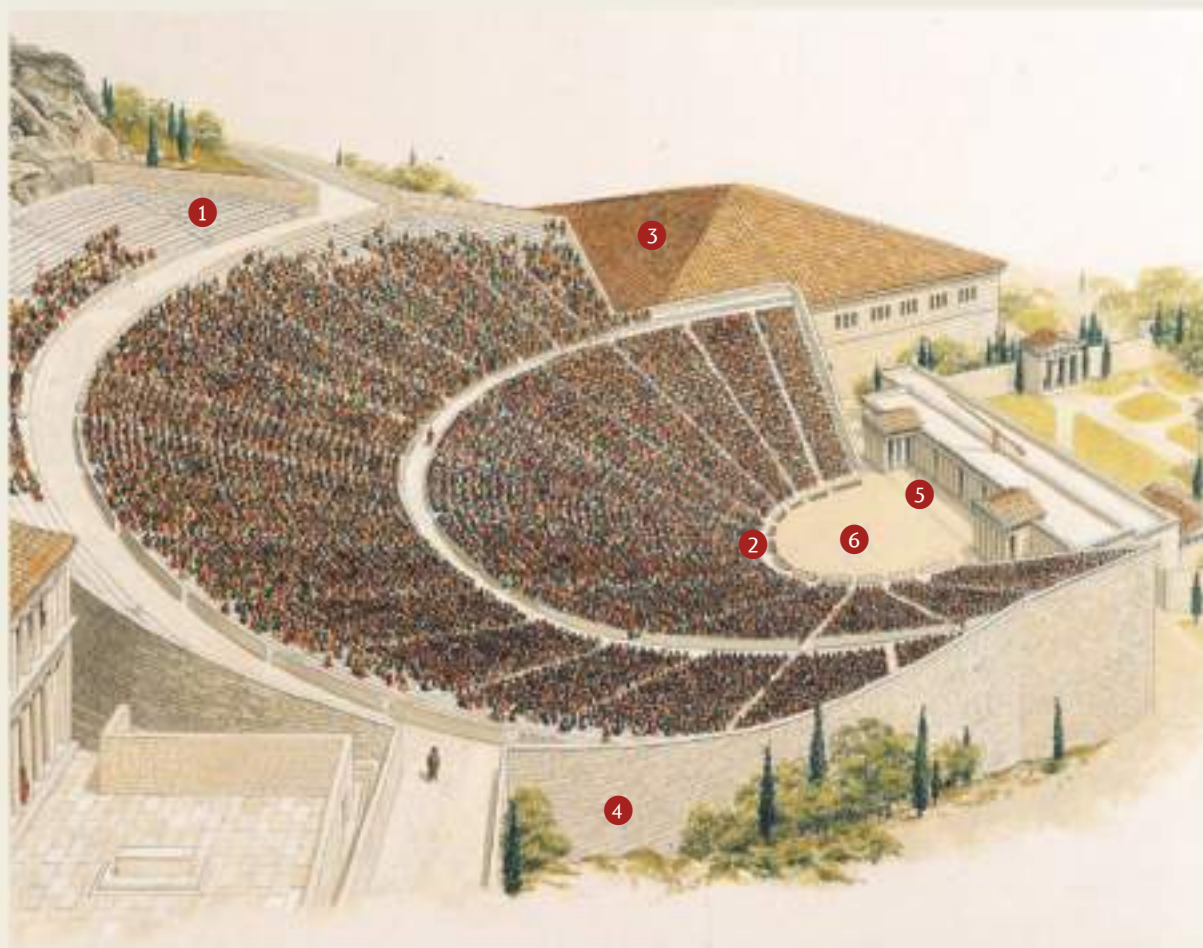
Una de las aproximaciones más heterodoxas y humorísticas sobre este tema, llegó de la mano de la comedia ateniense. Aristófanes, ácido observador de la realidad ateniense y muy crítico con algunas actitudes de sus compatriotas, hizo de la paz uno de los temas fundamentales de sus obras; no en vano era contemporáneo de la guerra del Peloponeso que habían entablado Esparta y Atenas y sus respectivas Ligas. En cuatro de sus once comedias conservadas se encuentran referencias directas a aquel enfrentamiento en sus diferentes etapas, y estas menciones siempre abogan por la urgencia en encontrar una solución pacífica al conflicto. Las dos primeras obras, *Acarnien-*

La estructura arquitectónica

Antes de que el teatro se representara en el clásico edificio de planta semicircular que hoy se conoce, tuvo escenarios más primitivos. En sus inicios, los cantos en honor del dios Dioniso se hacían simplemente en espacios abiertos. Al ir creciendo la popularidad de estas celebraciones, se fueron construyendo unas gradas de madera con el fin de acomodar al cada vez más elevado número de espectadores. No fue hasta mediados del siglo V y, sobre todo, en el siglo IV a.C., cuando se generalizaron las construcciones de piedra que aprovechaban los desniveles del terreno para ofrecer una buena visibilidad y una excelente acústica a los más de 10.000 asistentes al espectáculo. Buena muestra de estas construcciones son los teatros de Atenas, Delfos, Dodona o Epidauro.



COMO UNO DE LOS EDIFICIOS CENTRALES DE LAS POLEIS, los teatros contaban con elaboradas decoraciones. En la imagen, detalle del teatro ateniense de Dioniso protagonizado por Sileno, mítico compañero del dios patrón del teatro.



1 EL GRADERÍO. De forma semicircular y construido en pendiente descendente, el conjunto de gradas destinadas a acoger al público ocupaba las tres cuartas partes de todo el recinto teatral.

4 EL EDIFICIO DEL TEATRO. Los teatros fueron evolucionando a lo largo de los siglos VI-IV a.C. Lo que en un inicio eran estructuras de madera básicas, acabaron siendo grandes espacios de piedra adaptados al terreno en el que se construían.

2 LA PROEDRIA. La primera fila del graderío estaba reservada a las personalidades más importantes de la polis; en su centro estaba el asiento del sacerdote de Dioniso, dios protector del teatro occidental.

5 LA ESCENA. El espacio más importante del teatro y lugar donde se movían los actores y se desarrollaba la acción estaba algo más elevado que la *orchestra*; justo detrás, en la *paraskenia*, se colocaba el telón que servía de decorado.

3 EL ODEÓN. Casi anexo al teatro, se trataba de un edificio parcial o totalmente cubierto, destinado a acoger las competiciones líricas y de canto. Algunos podían albergar hasta 5.000 personas.

6 LA ORCHESTRA. Era el espacio central del teatro, donde se situaban los doce o quince miembros que formaban el coro y el corifeo, que tenían la misión de conducir y explicar la acción al público. Su actuación iba acompañada de música y danza.



ses y *Caballeros*, pertenecen a los primeros años del conflicto y en ellas se critica la actitud de los gobernantes atenienses que preferían continuar la lucha engañando al pueblo y haciéndolo sufrir de una manera innecesaria.

Posteriormente, en el año 421 a.C., el comediógrafo escribió *La paz*, obra de elocuente título, para celebrar la esperada firma de la Paz de Nicias, acuerdo que debía poner fin a las hostilidades entre Esparta y Atenas durante un período de quince años. Lamentablemente para los antibelicistas y para el futuro de Atenas, el pacto se rompió mucho antes.

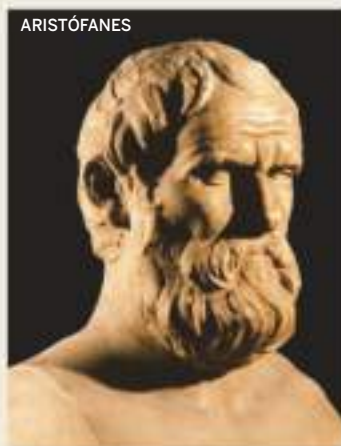
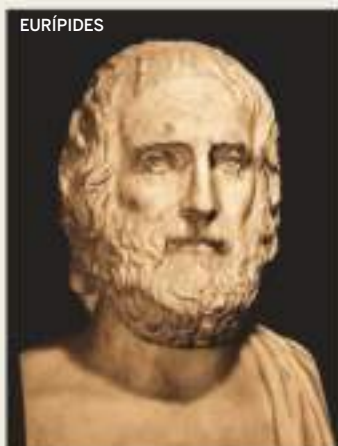
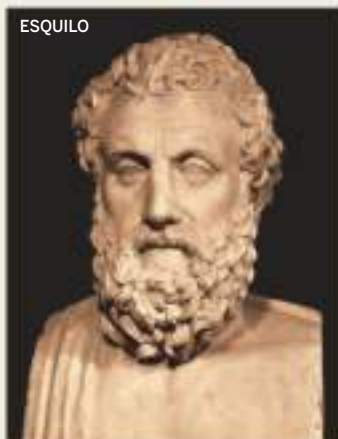
Sin embargo, es en *Lisístrata*, escrita en el año 411 a.C., en pleno recrudecimiento de la guerra del Peloponeso, donde el arte y el humor de Aristófanes alcanzan cotas magistrales al postular una solución poco usual para este momento crítico del mundo de las *poleis* griegas. Según el gran dramaturgo son las muje-

res las que deben tomar el poder del Estado y acabar con la plaga masculina que supone la guerra, poniendo fin al prolongado conflicto que está asolando todas las ciudades de Grecia. En esta emblemática obra no sólo se proponen reformas del sistema político, sino que también se debaten temas de interés general para el futuro de la democracia ateniense: la relación entre los sexos, la delimitación de las fronteras de la tolerancia, la vulnerabilidad del individuo frente a la prepotencia del colectivo, el poder de la cultura para combatir la barbarie, etc. Al concebir la comedia *Lisístrata*, su audaz autor asumía un reto muy arriesgado. Atenas acababa de perder su flota tras una expedición naval a Siracusa que había derivado en una catástrofe sin precedentes. Los muertos y desaparecidos se contaban por miles. La ciudadanía ateniense estaba por aquellas fechas sumida en la consternación por el nuevo giro que ha-

LAS MÁSCARAS. Copia romana de un relieve griego del siglo IV a.C. dedicado al dramaturgo Menandro (Museos Vaticanos, Roma).

bía tomado un conflicto que ya duraba casi una generación y que parecía inabarcable. En medio de una situación confusa, plagada de conflictos internos y ante unas perspectivas de futuro más que dudosas, Aristófanes se atrevió a presentar a su público una peculiar manera de obtener la anhelada paz.

El poeta, haciendo uso de las licencias literarias de la comedia, llevó la libertad de expresión (*parrhesia*) hasta el límite. La propuesta consistía en exhortar a que las mujeres de Atenas, a través de una huelga sexual, se hicieran cargo de la administración de la ciudad, desplazando así a los hombres que se habían mostrado totalmente incapaces de poner fin a una guerra que tantos muertos y desastres seguía causando.



Los grandes dramaturgos griegos

Todo el teatro griego clásico se fundamenta en los cuatro pilares

que representan sus mayores autores: Esquilo, Sófocles, Eurípides y Aristófanes, los únicos dramaturgos de la época dorada ateniense de quienes se conservan obras íntegras, gracias sobre todo a la labor de conservación que se emprendió siglos más tarde, durante el Imperio bizantino. Los tres primeros personifican el desarrollo de la tragedia a lo largo de todo un siglo. Esquilo es el autor que propulsó el género, sentando las bases temáticas y estructurales que vertebran la tragedia. Si bien sus obras son estáticas en comparación con las tragedias posteriores, el innovador y violento teatro de Esquilo es fundamental para entender la evolución de todo el género dramático. Sófocles, por su parte, representa la culminación del arte teatral, así como la elaboración y el refinamiento de un nuevo lenguaje escénico, que le permitió establecer un diálogo con el público. A pesar de ser contemporáneo de Sófocles, Eurípides se considera el tercer grado en la evolución de la tragedia, ya que su teatro es mucho más moderno. El dramaturgo apartó a los dioses del centro de la escena y examinó con gran agudeza los intensos conflictos que atormentan a los hombres. El caso de Aristófanes es muy diferente a los anteriores, ya que el género que cultiva, la comedia, parte de otros parámetros. Mientras que la tragedia toma casi siempre como referente la mitología, la comedia ática parte de hechos, personas y contextos contemporáneos al autor para criticar a través del humor los vicios y defectos de su sociedad. Y en ese terreno, Aristófanes no tenía rival.

Para reformar las estructuras políticas vigentes, *Lisístrata*, la protagonista de la obra, diseña una imagen política de Atenas totalmente utópica, evocando de esta manera una sugerente e innovadora propuesta constitucional: «Primero, como se hace con el vellón en la pila, habría que sacar la grasa de la ciudad, varearla sobre una cama hasta echar fuera a los malos ciudadanos y quitar las cerdas, y a esos que se juntan y se apelmazan en torno a los cargos públicos, cardarles y separarlos unos de otros, quitándoles también [...] las cabezas; a continuación habría que cardar la buena voluntad recíproca en una cestilla, mezclando unas y otras; y también a los metecos y, si hay algún extranjero que sea vuestro amigo o si alguno debe algo al tesoro, meterlos también juntos en la cesta; y hay que reconocer que las ciudades que son colonias de ésta, por Zeus, semejan como copos de lana, cada uno en su sitio; así, luego, cogiendo los copos de todos ellos, habría que traerlos y amontonarlos, formar una gran bola y luego con ella tejer un manto para el pueblo».

La *Lisístrata* de Aristófanes finaliza con un gran banquete en el que los contendientes, atenienses y espartanos, se dan la mano, saldan sus diferencias y firman la anhelada paz. Pero lo que sucede en la obra de teatro muy poco tiene que ver con lo que está ocurriendo fuera de escena. Es simplemente un sueño utópico. La realidad de la guerra sigue escribiendo el sangriento guión de una vida cotidiana impregnada de miserias y de dolor que no tardará en devenir en previsible tragedia. No hay reconciliación posible. Atenas, agotada y al límite de sus posibilidades, perdió la guerra. Esparta, la vencedora, sacó poquísimo provecho a un desenlace con el que se inició la agonía del mundo de la *polis*. Al final perdieron todos. Atenas perdió su imperio marítimo, y Esparta, su recién lograda hegemonía. Lo que sí sobrevivió al margen de todas las crisis es el sistema de la *polis*. Tanto la democrática Atenas como la oligárquica Esparta habrían de continuar hasta que otro modelo posterior, el que encarnaba la monarquía macedonia de Filipo II, acabara de una vez para siempre con el mundo de las *poleis* griegas y, con él, con toda una brillante época, la de la Grecia clásica.

Cuatro clásicos del teatro griego

Los cuatro mayores autores teatrales de la Atenas del siglo V a.C. suponen no sólo un hito de la historia de la literatura, sino que además plasman mejor que nadie el espíritu ateniense. Sus obras son representativas de la mentalidad griega clásica.



PROMETEO ENCADENADO. En esta tragedia, uno de los dramas más antiguos que se conocen, Esquilo ya perfila las pautas canónicas de la tragedia, en la que las divinidades y el coro griego desempeñan un papel determinante en el desarrollo de los acontecimientos.



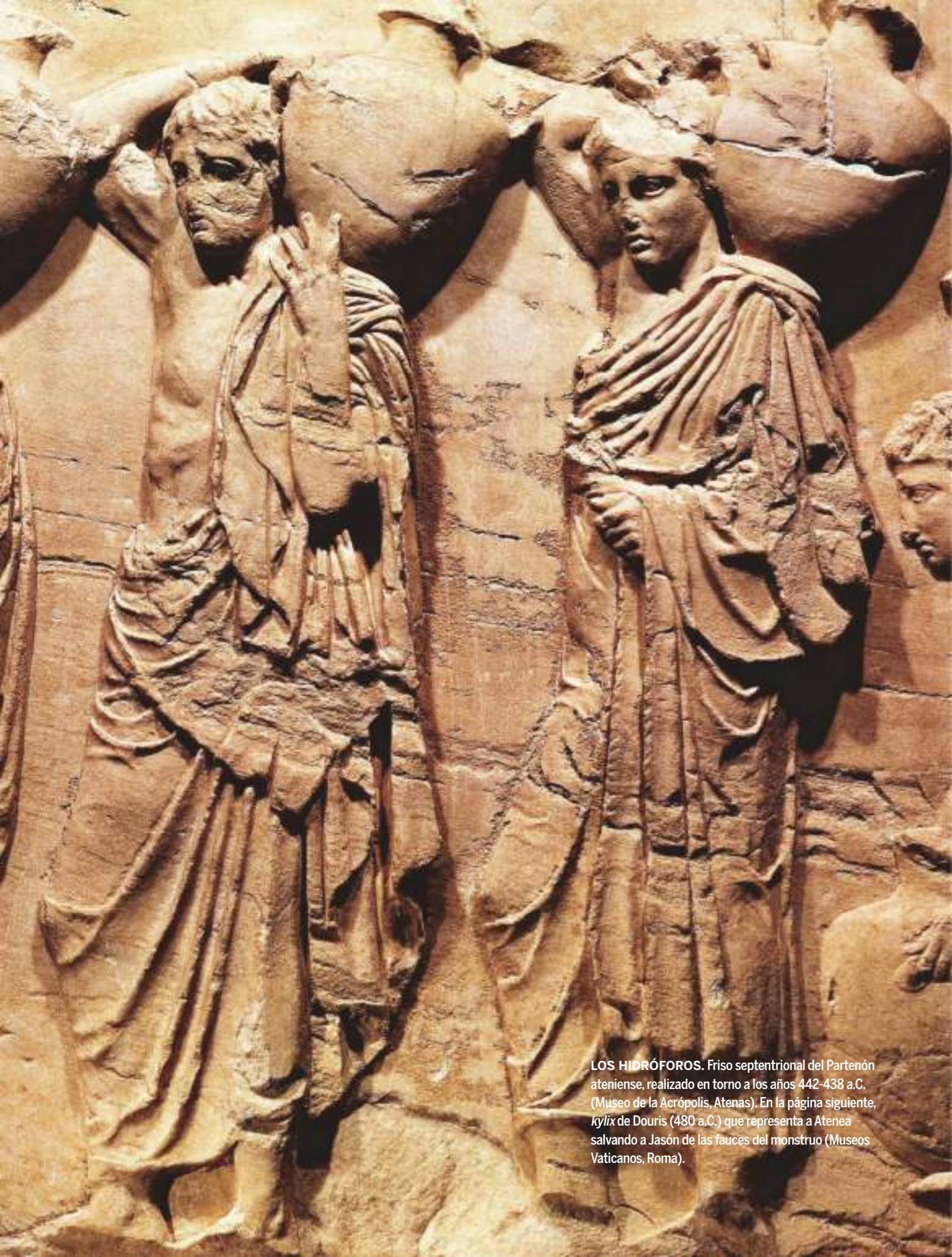
MEDEA. En esta obra del año 431 a.C. se condensan algunas de las características fundamentales del teatro de Eurípides: una modernización de los mitos clásicos, un especial interés por ahondar en el alma humana y una figura femenina admirable por su fortaleza y decisión.



LISÍSTRATA. Comedia de Aristófanes en la que las mujeres privan a los hombres de relaciones sexuales con el fin de detener la guerra. Supone un apasionado alegato por la paz en el conflicto que aún mantenían Atenas y Esparta en el momento de su estreno (año 411 a.C.).



EDIPO REY. Considerada por muchos expertos como la mejor obra teatral jamás escrita, la tragedia cumbre de Sófocles es el máximo exponente del concepto de ironía trágica, que marca al protagonista y establece una estrecha complicidad entre el autor y el espectador.



LOS HIDRÓFOROS. Friso septentrional del Partenón ateniense, realizado en torno a los años 442-438 a.C. (Museo de la Acrópolis, Atenas). En la página siguiente, *kylix* de Douris (480 a.C.) que representa a Atenea salvando a Jasón de las fauces del monstruo (Museos Vaticanos, Roma).



LA HEGEMONÍA ATENIENSE



Factores diversos, como las victorias militares, un sistema político único, unos hábiles dirigentes y una flota poderosa, encumbraron a Atenas como la gran potencia económica y militar de la época clásica, un período que también se conoce como el «siglo de Pericles», el gran estadista de la *polis* ática. Sin embargo, el costoso modelo ateniense albergaba una serie de imperfecciones que con el tiempo contribuirían a su colapso.



La denominada Pentecontecia —un término que se remonta a Tucídides— corresponde a los cincuenta años que median entre las guerras médicas y el estallido de la guerra del Peloponeso, es decir, desde 479 a.C. hasta 431 a.C. Después de la exitosa defensa del mundo griego ante el peligro persa, fueron Esparta y Atenas, unidas en la primera Liga Helénica global de la historia, las que capitalizaron el triunfo. Aunque la lucha defensiva contra Jerjes se llevó a cabo significativamente gracias a la colaboración de ambas ciudades, después del éxito en esta tarea las dos *poleis* se separaron. Atenas, gracias a los planes

de Temístocles de construir una poderosa flota, se transformó en la primera potencia naval del Mediterráneo oriental.

La *polis* se hizo cargo de la protección de sus aliados jonios de Asia Menor y edificó con este objetivo una hegemonía marítima —a instancias de Aristides y Cimón— que se habría de convertir en un poderoso instrumento político y militar. Se concertó entonces una fuerte alianza con las islas y ciudades costeras del mar Egeo por tiempo indefinido y de forma individual, de tal manera que Atenas se reservaba la preponderancia, y prohibía terminantemente que sus socios se aliaran entre sí.

FECHAS
CLAVE DE LA
PENTECONTECIA
GRIEGA**479 a.C.****Batallas de Mícale y Platea.**

Tras estos dos enfrentamientos, los pueblos griegos obtienen la victoria definitiva sobre los persas.

477 a.C.**Creación de la Liga ático-délica.**

Atenas lidera de manera imperialista una confederación de *poleis* mediante la cual domina el Egeo.

461-429 a.C.**Pericles al frente de Atenas.**

El momento de máximo esplendor de la *polis* ática coincide con el gobierno casi ininterrumpido de Pericles.

454 a.C.**Traslado del tesoro de la Liga ático-délica.**

El tesoro es trasladado a Atenas y su gestión dota a la *polis* ática de un mayor poder económico.

445 a.C.**Paz de los Treinta Años.**

Pacto de no agresión entre Atenas y Esparta tras verse involucradas en diversos conflictos aislados.

431 a.C.**Estalla la guerra del Peloponeso.**

Esparta invade el Ática para evitar que Atenas aumente más su poder.

La Liga Helénica, que originalmente había estado dirigida por Esparta para conjurar el peligro persa, sufrió así un cambio de su carácter y un desplazamiento de la hegemonía que se llevó a cabo en favor de Atenas. Como consecuencia, desde ese momento surgieron dos centros de poder en Grecia. Esparta siguió ejerciendo el dominio indiscutible de la Liga del Peloponeso, y Atenas, por su parte, pasó a controlar una nueva Liga helénica, que se conocería también como Confederación de Delos, o Liga ático-délica, convertida convenientemente en un instrumento útil para sus propios fines.

La fundación de la Liga ático-délica en el año 477 a.C. fue un factor determinante de la democracia ateniense al vincular la política exterior a la reforma del tejido social interno. Atenas extendía así su patronazgo hacia las ciudades griegas del Asia Menor e islas adyacentes. Con ese fin se amplía, bajo la influencia de Aristides primero y luego de Cimón, un aristócrata filoespartano de halo mítico, el campo de acción de la flota hasta convertirla en el instrumento más eficaz de la hegemonía ateniense. La federación que lideró Atenas se constituyó mediante la estipulación de pactos bilaterales sin limitación temporal con todas aquellas ciudades, ubicadas en su mayoría en torno al Egeo, que necesitaban protección contra el Imperio persa. Con ello Atenas logró un afianzamiento sin precedentes, ya que como potencia hegemónica designó a los máximos cargos ejecutivos de la Liga ático-délica de entre los estrategos atenienses.

A partir de los años setenta, la utilización de la flota se convirtió en la prioridad de la política ateniense. Por una parte garantizaba la protección de sus aliados, los Estados miembros de la Liga ático-délica; por otra, servía para mantener intactas las vías de comunicación en el Egeo, a la vez que aseguraba el aprovisionamiento de la ciudad con cereales procedentes de las colonias de la zona del Mar Negro, permitiendo, además, intervenir militarmente allí donde se considerase oportuno. El poder marítimo de Atenas, simbolizado por la flota, no sólo fue el factor vital de su política exterior, volcada totalmente hacia la expansión ultramarina, sino que incidió igualmente en el desarrollo interno de la ciudad, al proporcionar a sus tripulaciones ciudadanas una decisiva participación en la dirección del Estado.

La ruptura entre Esparta y Atenas

De la configuración política de Grecia después de las guerras médicas se derivaron dos consecuencias. En primer lugar, en la dimensión marítima, el extraordinario crecimiento comercial y económico de Atenas, a través de una política de expan-

Grecia vencedora y dividida

El sentimiento panhelénico desarrollado por las *poleis* ante la amenaza persa, y a pesar de la derrota del ejército de Jerjes, no evitó la polarización del mundo griego en torno a dos estilos de gobierno totalmente dispares: el de Atenas y el de Esparta.

La creación de dos confederaciones que orbitaban alrededor de las dos *poleis* más poderosas (Esparta dominaba la región del Peloponeso y Atenas la zona del Egeo) dio paso a una serie de tensiones que iban a estallar en el período clásico, marcado sobre todo por la hegemonía de Atenas. Las diferencias entre Atenas y Esparta desembocaron inevitablemente en un conflicto bélico, la guerra del Peloponeso, que duraría casi treinta años (431-404 a.C.) y que acabaría provocando la lenta pero implacable decadencia ateniense. La victoria conjunta ante los persas no consiguió mantener unidas a las diversas *poleis*, separadas por sus intereses particulares. En la imagen, conjunto de esculturas del templo de Atenea Afaya en Egina, una de las *poleis* que se alinearon del lado ateniense (Staatliche Antikensammlungen Glyptothek, Múnich).

sión e intervención —ejemplificada en las expediciones de Cimón al norte de Grecia o a Chipre y Egipto en torno al año 460 a.C.—, que a menudo estaba teñida de rasgos agresivos, provocó conflictos con otras potencias orientadas al tráfico marítimo. Pero Esparta, en segundo lugar, encarnaba a su vez el poder tradicional sobre la tierra, mediante el desarrollo de su dominio militar gracias a la indiscutible superioridad de su falange de hoplitas, ejerciendo, frente a Atenas, una política exterior mucho más cautelosa. Estas diferentes orientaciones pusieron de relieve poco a poco el inicio de una oposición irreconciliable entre Esparta y Atenas, en paralelo con la polarización de los pueblos dorios en torno a la primera y de los pueblos jónicos alrededor de la segunda, amén de los diferentes modelos políticos y culturales que cada cual encarnaba en sus respectivas áreas de influencia.

Una consecuencia directa de la ampliación del campo de acción de la marina ateniense fue el estallido de nuevos conflictos con otras potencias navales —siendo Corinto el ejemplo más desta-



cado, pero también Egina o Mégara—, poco dispuestas a ceder sus propias parcelas de control y zonas de influencia. Como los rivales de Atenas eran miembros de la Liga del Peloponeso, no tardó en perfilarse una marcada rivalidad entre Esparta y Atenas, que acabó dominando la política griega, caracterizada, a partir de la segunda mitad del siglo v a.C., por una incipiente agresividad y predisposición a la beligerancia.

En los años 479-478 a.C. la construcción a iniciativa de Temístocles de los Muros Largos en Atenas causó la primera de las crisis que habían de venir, pues Esparta entendió este acto como un preparativo bélico y una muestra de desconfianza de la *polis* ática hacia ella. Pero, en otro orden de cosas, la nueva muralla que rodeaba la ciudad, incluyendo el distrito portuario de El Pireo, significó un cambio de los patrones anteriores de comportamiento en Atenas. Este movimiento implicaba un alejamiento de las tácticas de combate tradicionales, que habían determinado hasta entonces la guerra en suelo griego. Esto únicamente lo podría hacer Atenas porque había adquirido a través de

la expansión de su flota un excelente medio de abastecimiento de su población.

Poco después, sin embargo, estalló una nueva crisis de confianza entre las dos potencias que dominaban el mundo griego. En el sitio de Itome, en el año 462 a.C., se produjo una primera ruptura de los lazos de amistad que habían persistido desde el final de las guerras médicas. Contingentes atenienses bajo el mando del líder aristocrático y proespartano Cimón llegaron al lugar para ayudar a los hoplitas espartanos —que sitiaban a los ilotas rebeldes en la fortaleza de montaña de Itome— en cumplimiento del acuerdo de alianza existente entre Atenas y Esparta. De repente, los espartanos tuvieron miedo de que los atenienses se entendieran con los mesenios y los aniquilaran durante el asedio. Con tal pretexto los espartanos se negaron a recibir la ayuda de las tropas que ya venían en su auxilio y los atenienses fueron enviados amargamente de vuelta a casa. Este incidente significó un gran descalabro político para Cimón, que tuvo que ceder terreno a sus mayores opositores —Efialtes y, posteriormente, Peri-

Las principales cleruquías atenienses

La política exterior de Atenas distaba mucho de seguir la vía democrática que defendía para su propia *polis*. Desde las victorias sobre los persas, la postura ateniense podría calificarse de imperialista. Una de sus muestras de poder, además de las luchas armadas, fue su método de colonización: las cleruquías.

La Liga ático-délica, que en principio se constituyó para defenderse del enemigo exterior, pronto se convirtió en un instrumento ateniense para controlar a las *poleis* aliadas. Cuando algunos de sus socios quisieron abandonar la coalición, Atenas estableció en esos territorios las cleruquías, esto es, colonias estrechamente vinculadas a la *polis* y dominadas por los clerucos, ciudadanos atenienses pobres que recibían tierras a cambio de ser hoplitas preparados para asistir a Atenas ante cualquier contingencia. En la imagen de la izquierda, tetradracma ateniense con la efigie de la diosa Atenea, protectora de la ciudad, acuñada entre 420 y 404 a.C. (Badisches Landesmuseum, Baden).



cles—, partidarios de una política abiertamente antiespartana e inclinados a llegar a un consenso con el Imperio persa.

A partir de entonces, la sospecha y la hostilidad cundieron entre Atenas y Esparta, lo que también afectó a las políticas internas del resto de las ciudades griegas. Los atenienses favorecieron en todas partes la democracia; los espartanos, por su parte, las tendencias aristocráticas. La oposición en sus constituciones aumentó el enfrentamiento entre ambas potencias y también continuó en otras *poleis* que se enfrentaron como facciones antagónicas. Atenas sacó conclusiones del desaire espartano en Itome y se apartó de la alianza con Esparta. Al mismo tiempo, cerró con Argos, enemiga tradicional de los Lacedemonios, un acuerdo de amistad, y también se asoció con Mégara, que a su vez estaba en guerra con Corinto. Este paso fue considerado un gesto hostil por los corintios, que vieron su comercio amenazado por la abrumadora potencia de Atenas e interpretaron la entente entre los atenienses y megarenses como una alianza contra Corinto.

Al tomar partido Atenas a favor de Argos y Mégara, la situación política cambió radicalmente en el Peloponeso. Algunos miembros de la Liga del Peloponeso, liderada por Esparta y Corinto, consideraban que la nueva coalición constituía una amenaza y decidieron estrechar sus vínculos mutuos en el período inmediatamente posterior. La posición de hegemonía de Atenas, que en un principio se basaba en un concepto defensivo, también había cambiado con el tiempo. Por un lado, empezó a desplegar una política de dominio militar al ir sometiendo por las armas algunos territorios considerados estratégicos (Beocia, Lócrida, la isla de Egina, diversas poblaciones costeras del Peloponeso). Por otro lado, a través de la asignación de tierras en lugares de ultramar (cleruquías) y mediante el establecimiento de tributos, Atenas había cosechado los frutos de su supremacía marítima y de esta manera podía proporcionar apetitosas parcelas de cultivo a numerosos ciudadanos necesitados de ello y desarrollarse al mismo tiempo como el centro financiero más importante de todo el Egeo.



1 COSTA TRACIA. Diversas ciudades tracias de la Liga ático-délica mostraron una clara voluntad de defección. Tasos, por ejemplo, fue sometida, despojada de su ejército y obligada a pagar fuertes indemnizaciones. En Potidea, así como en Eión y otras zonas, se establecieron cleruquías.

2 QUERSONESO TRACIO. La conquista del Quersoneso tracio por parte de Milcíades y su posterior imposición de una tiranía, y más tarde de una cleruquía, facilitó a Atenas el dominio del Helesponto.

3 SAMOS. Tras la derrota persa, la isla de Samos pasó a formar parte de la Liga ático-délica. Se rebeló contra Atenas en 441 a.C. y poco después fue sometida, aunque no fue una cleruquía hasta el siglo IV a.C.

4 NAXOS. Fue uno de los primeros aliados de la Liga ático-délica en rebelarse contra Atenas. La isla fue asediada y su ejército derrotado en 468 a.C. Los primeros clerucos llegaron a Naxos en el año 443 a.C.

5 EUBEA. En Calcis, capital de la isla de Eubea, ya había clerucos atenienses desde finales del siglo VI a.C. Tras las guerras médicas, las cleruquías desaparecieron hasta que la isla se rebeló en el año 446 a.C. y se volvieron a instaurar en Calcis y Eretria.

6 IMBROS, LEMNOS Y ESCIROS. Estas tres islas eran vitales para Atenas, puesto que marcaban la ruta de abastecimiento en el Egeo. Por ello Atenas las convirtió en cleruquías y quiso mantenerlas a toda costa a pesar de su derrota en la guerra del Peloponeso.

La capital ática cada vez se comportaba con menos disimulo como soberana de sus aliados. Nada ejemplifica tan claramente la naturaleza coercitiva de su alianza como los desesperados intentos por parte de algunos de sus Estados miembros para alejarse de ella, tentativas que fueron reprimidas violentamente, teniendo que soportar las ciudades rebeldes un órgano jurisdiccional penal. Aduciendo su expuesta situación geográfica ante una posible invasión persa, en el año 454 a.C. el tesoro de la confederación, que hasta entonces había estado custodiado en la sagrada isla de Delos, se trasladó a la propia Atenas.

Con ello, las contribuciones de cada una de las ciudades de la alianza, que estaban previstas inicialmente en concepto de pagos colectivos para su mantenimiento, asumían el carácter de tributos que se hacían efectivos a la potencia hegemónica. Estas grandes sumas de dinero fueron a confluir en el Ática, donde se utilizaron principalmente para financiar la costosa ampliación de las reformas democráticas, que tenían una gran necesidad de dinero en metálico para

sufragar salarios e indemnizaciones y crearon un agujero económico en el tesoro de la Liga de forma permanente. Del mismo modo, se gastaron grandes sumas de los tributos aliados para el embellecimiento de la ciudad de Atenas.

La proyección de Atenas

En el año 449 a.C. el ateniense Calias negoció un tratado de paz con el Imperio aqueménida en virtud del cual los persas reconocían la hegemonía ateniense en el mar Egeo y, a cambio, Atenas renunciaba a cualquier intervención en Egipto, Chipre y el Levante. Este acuerdo se correspondía con los deseos del estadista Pericles, que trató de consolidar el statu quo posterior a las guerras médicas y de asentar el poder y el prestigio de su ciudad sobre el dominio naval en el Egeo y también en el mar Jónico. En el plano de la política interna, Pericles se aseguró de que Atenas fuera embellecida por un número significativo de edificios representativos y religiosos, que convirtieron la antigua *polis* de los Pisistrátidas, destruida por Jerjes, en la primera ciudad

Los esclavos en la sociedad griega del período clásico

A excepción de los *ilotas*, que eran esclavos de propiedad estatal existentes en algunas *poleis*, especialmente en Esparta, el estatus de los esclavos era más o menos uniforme en toda Grecia. Se trataba de posesiones humanas que obedecían a sus amos. Sus trabajos eran por lo general manuales y en muchas ocasiones se les trataba con extrema dureza, aunque se intentaba limitar los excesos para evitar posibles rebeliones.



Aristóteles en su *Política* se ocupa de la esclavitud, reflejando una visión generalizada. Se trataba de una relación entre amo y sirviente que se consideraba «justa» e incluso «conveniente»; a pesar de que a los esclavos se les reconocía un rango superior al de los animales domésticos, confiriéndoles alma, su cuerpo tenía predominancia sobre ella puesto que era el «instrumento» del que se servía para cumplir órdenes. Sorprende esta visión hoy en día, pero por entonces no existía otra. Los esclavos se obtenían sobre todo tras las batallas y conquistas de otros territorios. Aunque los griegos esclavizaban fundamentalmente a gentes de pueblos considerados bárbaros, no era raro que tras una batalla se esclavizara a otros griegos. Sin embargo, estos últimos podían ser liberados tras el pago de un rescate. Sus tareas podían ser muy variadas. Las mujeres solían desempeñar labores domésticas. Los hombres podían trabajar el campo, contribuir a la fabricación de manufacturas (telas, cerámica, etc.), regentar pequeños negocios o estar destinados en las minas. Las habilidades especiales y artísticas también eran muy bien valoradas por los propietarios ricos. En un momento dado, podían ser reclutados para formar parte del ejército. Aunque económicamente eran básicos para el mantenimiento de la *polis*, jurídicamente no tenían derechos, ni contaban con posesiones. Tampoco se consideraba que pudieran tener poder de decisión ni potestad para establecer una familia. Los hijos de los esclavos pertenecían al amo. Podían ser liberados por sus señores, pero eso no ocurría a menudo. En la imagen, cerámica de figuras rojas del siglo V a.C. decorada con un esclavo trabajando en una mina.

de Grecia. La personalidad de Pericles en este contexto es de especial interés. Tucídides trató de una manera analítica el gobierno de Pericles antes de la derrota final de Atenas en la guerra del Peloponeso, que había sido en parte causa de su política, intentando, al menos, hacer justicia a este hombre excepcional con todas sus contradicciones. En cuanto a su relación con Atenas, Tucídides decía que «aquello [el gobierno de los atenienses] recibía el nombre de democracia, pero en realidad era el gobierno del primer hombre», y también que «Pericles fue capaz de mantener al pueblo en la libertad y no se dejó seducir por él». El historiador ateniense elogió a Pericles de manera especial, resaltando por un lado sus servicios a la *polis* ateniense, pero también poniendo de relieve la parte más oscura de su política. En Pericles se puede ejemplificar la ambivalencia de la democracia ateniense.

Como miembro destacado de la influyente familia de los Alcmeónidas, que cada vez se volvía más poderosa gracias a la implementación de sus ideas políticas, Pericles es un claro ejemplo de cómo un individuo elegido magistrado podía rebasar el marco nivelador de la *polis*. También es conocida la enorme influencia pública que tuvo el círculo de Pericles, que se comparó con la corte de un tirano. Con su muerte, a comienzos de la guerra del Peloponeso (en el año 429 a.C.), se inició la crisis del mundo de su *polis*, después de que él hubiera llegado a los límites de su capacidad política. Pericles se puede considerar como un ejemplo de cómo las aspiraciones individuales adquirirían cada vez más peso frente a la ideología igualitaria que imperaba en Atenas desde la época de Clístenes, la isonomía.

A pesar del innegable esplendor de la Atenas de Pericles, que se convirtió en el centro de la política, la cultura y la economía en Grecia, el panorama de los efectos más sombríos de este mundo no puede obviarse. Ante todo hay que citar las penalidades que sufrieron los aliados, que pagaron el precio del desarrollo democrático y de los logros culturales de Atenas. Sobre sus hombros descansaba gran parte de la carga, pero otra parte igualmente onerosa recaía sobre la cantidad relativamente grande de esclavos de la ciudad, que se habían convertido también en una característica indispensable de la democracia ateniense. Ellos hacían posible gracias a su arduo trabajo, a veces en condiciones infrahumanas, como en las minas de Laurión, la prosperidad económica de Atenas.

La democracia ateniense, en definitiva, llegó a convertirse en un sistema constitucional sin parangón en la Grecia del siglo V a.C. Antes de establecerse y reafirmarse en la época del apo-



geo de la Liga ático-délica (décadas de los años sesenta y cincuenta) existía una forma de gobierno colectivo compartido, protagonizado por los grupos económicos y sociales pudientes que —en colaboración o en competencia— lograron ejercer una influencia decisiva en los designios de la *polis*. Fue a partir de la era de Temístocles cuando Atenas se proyectó decididamente hacia el mar e implantó así con este radical cambio de orientación un nuevo sistema de participación ciudadana basado en el factor flota y todo lo que de ello deriva. Según la doctrina de Pericles, democracia y poderío naval eran sinónimos de lo que Atenas corría el peligro de perder si renunciaba a desempeñar su función hegemónica en Grecia.

Cimón y Pericles

Veamos ahora a los principales actores políticos de la Pentecontecia: los estrategos Cimón y Pericles, dos estadistas de distinta orientación política —aristocrática y democrática respectivamente— cuya acción enmarca el período de expansión del poder ateniense hasta su máximo nivel. En

cuanto a Cimón, su madre era la princesa Hege-sípila, hija del rey Óloro de Tracia, y estaba emparentado con Tucídides. Pertenecía a la familia aristocrática de los Filaidas y era hijo del gran Milcíades, héroe de Maratón. Heredó una elevada deuda de su padre, a partir de una fallida expedición militar a Paros, que pudo ser saldada gracias al matrimonio de su hermana Elpínice con el rico Calias. Cimón era el prototipo de hombre hecho a sí mismo, sin una educación exquisita, pero de buena apariencia y con una personalidad arrolladora. Esto le sirvió para desarrollar una carrera política fulgurante, usando un tipo de populismo que mezclaba lo mítico con las acciones de liberalidad pública y privada.

En la situación política posterior a las guerras médicas, Atenas estaba dominada en precario equilibrio por el partido aristocrático y el democrático, a la cabeza de los cuales estaban respectivamente Arístides y Temístocles (y posteriormente el propio Cimón y Efialtes). Pero Cimón, aprovechando las ausencias y los errores de sus competidores, pronto se hizo con el liderazgo de

TRACIOS Y

ATENIENSES. Ambos pueblos mantuvieron constantes, y a menudo conflictivas, relaciones. En la imagen, ritón de oro tracio, datado entre los siglos VI y III a.C. e ilustrado con una representación de la diosa Atenea (Museo Arqueológico, Sofía).

La poderosa familia ateniense de los Filaidas

Hasta el advenimiento de la democracia, la historia de Atenas está jalonada por una serie de familias aristocráticas que detentaban el poder. Una de las más ricas, poderosas y antiguas era la de los Filaidas, cuyo legendario origen se remonta hasta Fileo, hijo de Áyax y monarca de Élide, un reino situado en el Peloponeso occidental. Algunos de los miembros de los Filaidas fueron determinantes para la Atenas clásica.

Con la expansión de Atenas, la familia fue ampliando su patrimonio llegando a tener diversas posesiones en el Ática y el Egeo. Entre los

Filaidas, que fueron actores principales durante el esplendor de Atenas destaca Milcíades el Viejo, quien, según Heródoto, fue el responsable de la conquista de la isla de Lemnos y de imponer en el Quersoneso tracio la tiranía filaida. Otro de sus miembros más destacados fue Milcíades el Joven, cuya fama se debe sobre todo a que fue uno de los estrategos responsables de la victoria de Maratón sobre los persas. Por último, Cimón, hijo de Milcíades el Joven, fue uno de los principales artífices de la Atenas dorada. No sólo invirtió mucho dinero y promovió reformas beneficiosas para la *polis*, sino que también fue un destacado militar, al que Plutarco dedicó una de sus *Vidas paralelas*. En la imagen, busto de Milcíades el Joven realizado en el siglo IV a.C., que se conserva en el Museo Nacional de Ravena.



los aristócratas y fue elegido estratego en el año 476 a.C. Desde ese mismo momento ejerció el mando de los aliados de Atenas. Participó en éxitos resonantes, como la toma de Bizancio y de Eión, su primera gran acción, que proporcionó a Atenas el control de las riquezas mineras de Tracia y a él, grandes bienes.

Con una mezcla de persuasión, bonhomía, dulzura de carácter y buena suerte, Cimón supo hacerse con el afecto del pueblo y el poder en la ciudad. Sus enemigos le tachaban de mujeriego, demagogo y bebedor. Hubo incluso rumores de incesto entre él y su hermana Elpínice, sin duda fomentados por sus oponentes políticos. Como se ha visto, la ruptura entre Esparta y Atenas se produjo a raíz de los sucesos de Itome, cuando un ejército de hoplitas atenienses bajo el mando de Cimón acudió a la llamada de Esparta, acechada por una rebelión de los ilotas, en la que sufrió la humillación de tener que regresar sin haber cumplido su objetivo. La repercusión inmediata de este agravio fue enorme: se condenó a Cimón al ostracismo durante diez años y su po-

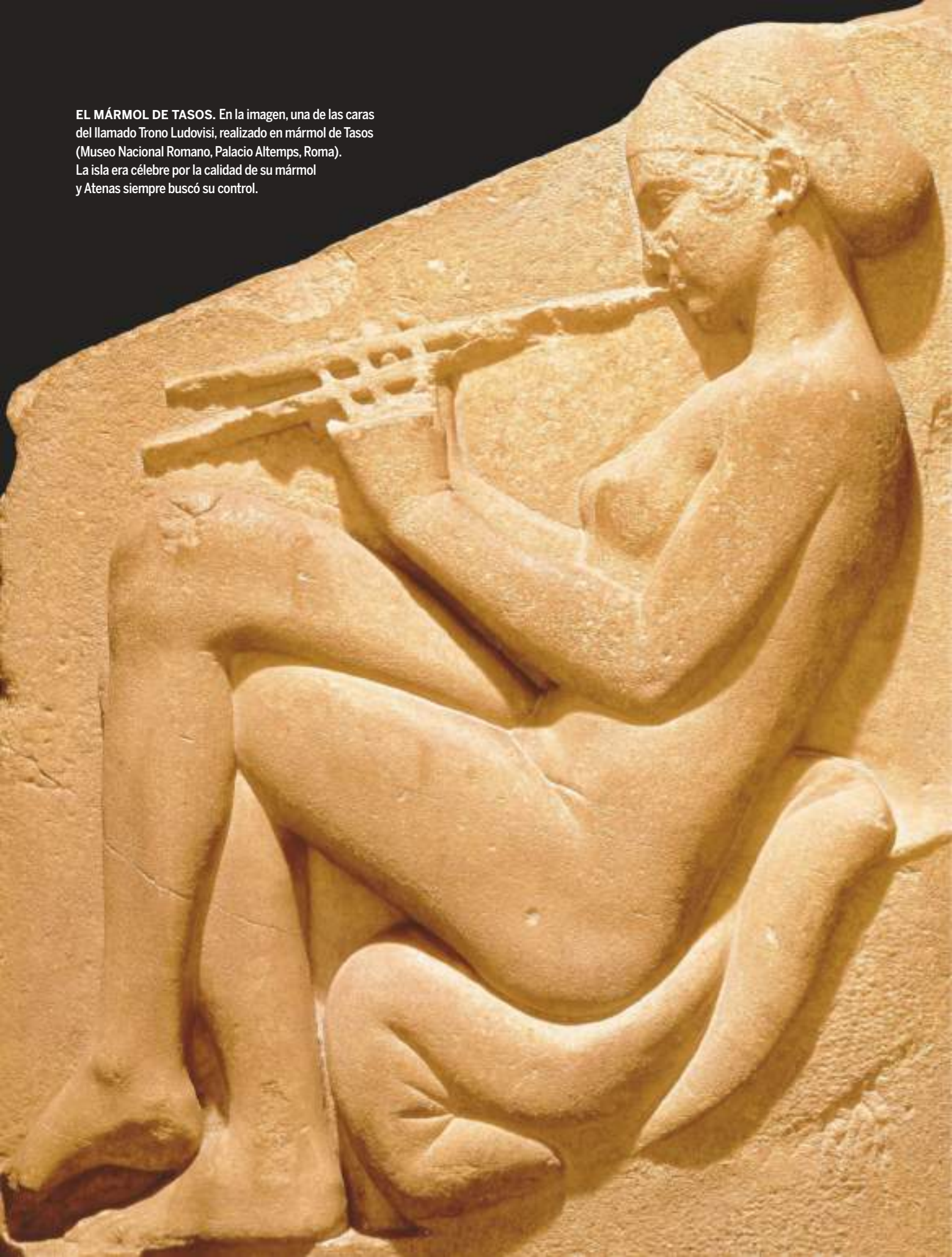
lítica quedó desacreditada. Esta caída en desgracia de Cimón, exponente de equilibrio entre una política antipersa y a la par proespartana, propició al mismo tiempo el advenimiento a la escena pública del radical Efialtes, partidario de reformas democráticas, decididamente orientadas a cortar la aún persistente influencia de los círculos aristocráticos en la dirección del Estado.

Aprovechando el ostracismo de Cimón y la ausencia del ejército hoplítico, representante de las clases altas y medias de la sociedad, Efialtes hizo promulgar una ley en la Asamblea del pueblo que mermaba el poderío del Areópago. Esta ancestral institución, entre otras competencias, había actuado en el pasado como una especie de tribunal constitucional que supervisaba la actuación de los magistrados, lo que le confería una considerable influencia y un gran poder. Como quiera que fuese, era considerada como un reducto de la aristocracia y quedó notablemente debilitada tras las reformas de Efialtes.

Como general, Cimón fue brillante, ingenioso e innovador, y obtuvo notables éxitos militares que supusieron la consolidación del imperialismo de Atenas (la gran batalla de Eurimedonte del año 465 a.C. y su afortunada guía de la Liga ático-délica desde 478 a.C.), y demostró gran astucia en otros episodios (como el reparto del botín entre los aliados en Sestos y Bizancio). Por un lado, consiguió cerrar las filas de la Liga, dominada por Atenas, previniendo desertiones como la de Naxos en el año 469 a.C. o Tasos en 465 a.C., mezclando acciones enérgicas y persuasión. Por otro, mantuvo a raya a los persas, obteniendo tras la batalla de Eurimedonte la célebre Paz de Calias, que fijó los límites de influencia del Imperio persa. Su carrera culminó con la expedición ateniense a Chipre y Egipto, fallida a la postre, muriendo al parecer en Citio. A su muerte ya era un personaje casi legendario.

En este contexto, la democracia ateniense brilló en el panorama político griego como el único régimen que había instaurado un sistema representativo y un gobierno con participación armónica de todas las clases sociales. Fue el célebre Pericles (495-429 a.C.) quien, siguiendo la tendencia de Efialtes, reforzó el poder de decisión de la mayoría. La influencia que ejerció este gobernante durante toda una generación en la política de Atenas fue esencial para el éxito de la democracia. A través de sus medidas legislativas consiguió una mayor cuota de participación social e igualdad para toda la ciudadanía introduciendo ciertas herramientas para «popularizar» la acción y la participación políticas. En efecto, sus reformas conllevaban la participación social completa de los más humildes y la

EL MÁRMOL DE TASOS. En la imagen, una de las caras del llamado Trono Ludovisi, realizado en mármol de Tasos (Museo Nacional Romano, Palacio Altemps, Roma). La isla era célebre por la calidad de su mármol y Atenas siempre buscó su control.





ATENAS, CENTRO RELIGIOSO Y POLÍTICO.

Tras el fin de las guerras médicas, Atenas se convirtió en la gran potencia del área del Egeo y trató por todos los medios de extender su hegemonía. En la imagen, el templo de Atenea Niké en la Acrópolis de Atenas.

igualdad para toda la ciudadanía, consolidando el principio del voto mayoritario para cualquier decisión política en la Asamblea. Además, Pericles introdujo un instrumento definitivo para terminar con la exclusividad de los aristócratas en el terreno político: la *misthophoría*, una compensación económica a quienes debieran abandonar temporalmente sus tareas cotidianas para ejercer tareas públicas o dar su voto en la Asamblea. Con ello se lograba implicar plenamente a las clases populares no sólo en las labores políticas internas, al dictar leyes, sino también en la política exterior, en el control de los magistrados y de las instituciones del Estado, y en la administración de la justicia. Sin embargo, hay que tener en cuenta que la *misthophoría* fue utilizada posteriormente de forma partidista y demagógica. Por otra parte, se atribuye a Pericles el endurecimiento de las condiciones para ser considerado ciudadano ateniense, pues decretó una ley en el año 451 a.C. que establecía la ciudadanía exclusivamente para los nacidos de padre y madre ateniense.

Sin duda fue el estratega Pericles la figura más influyente del régimen democrático de Atenas, de quien el historiador Tucídides ha dejado inmortalizada en su obra la siguiente opinión: «En tiempo de paz, mientras Pericles estuvo a la cabeza del Estado, lo gobernó sabiamente, vigilándolo de manera segura, y fue bajo su mandato cuando conoció su mayor apogeo [...]. Gracias a su autoridad, a su inteligencia y a su reconocida integridad, pudo respetar la libertad del pueblo a la par que lo refrenaba.

»En vez de dejarse dirigir por el pueblo, él lo dirigía; puesto que nunca había buscado el poder por medios ilegítimos, no necesitaba halagarlo; de hecho, gozaba de un respeto tal que podía hablar a los ciudadanos duramente y contradecirlos. Siempre que los veía ir demasiado lejos en una actitud de insolente confianza, les hacía tomar conciencia de sus peligros, y cuando estaban desalentados sin motivo importante les devolvía la confianza. De este modo, bajo el nombre de democracia, el poder estaba realmente en manos del primer ciudadano».



ZEUS, EL GARANTE DE LA CONVIVENCIA. Según el mito, fue el dios griego quien otorgó a los hombres las virtudes necesarias para que éstos pudieran vivir en sociedad. En la imagen, ánfora ática realizada hacia el año 525 a.C. y decorada con escenas relativas a Zeus (Ashmolean Museum, Oxford).

me atracción personal en sus discursos públicos. No hay duda de que el esplendor de la Atenas democrática la convirtió en el centro político, cultural y económico de toda Grecia. Pero no hay que olvidar las sombras de un sistema que explotaba de una forma excesiva a sus propios socios y aliados.

Teoría y crítica de la democracia

En el régimen democrático ateniense —basado en la igualdad de derechos (isonomía) e igualdad de palabra (isegoría)—, el *demos* ejercía su soberanía mediante la Asamblea popular (*Ekklesia*), el Consejo (*Boulé*) y la *Heliaia* o tribunal popular. Pero la ideología que existe en el trasfondo del proceso histórico que condujo a la democracia fue fruto del devenir de la antigua sociedad ateniense y no aparece sistemáticamente recogido en ningún tratado teórico. Fue la antigua sofística ateniense la que proporcionaba la base ideológica y teórica para la fundamentación de la democracia. El sofista Protágoras, en el diálogo platónico que lleva su nombre, cuenta un mito sobre el nacimiento de la *politiké téchne*, la habilidad de convivir en la *polis* que permite a los hombres relacionarse en sociedad.

El conocido mito que refiere Protágoras afirma que, después de la creación, Zeus vio que los hombres trataban de reunirse en ciudades, pero «se trataban con injusticia unos a otros, al no poseer el arte de la política, y se dispersaban otra vez, siendo de nuevo destruidos» en conflictos sin fin. Por ello Zeus les otorgó a todos por igual dos virtudes fundamentales para la convivencia política: la justicia (*dike*) y el respeto (*aidos*), que comparten todos los seres humanos, no como los conocimientos de otras artes, y les facultó para vivir en sociedad y llegar a acuerdos. Como se ve en este ejemplo de Protágoras, el movimiento sofístico es fundamental para la formación de la ideología de la democracia y de la idea de pacto en la resolución de conflictos. Más que una escuela stricto sensu, la sofística supo crear una atmósfera intelectual de maestros de ciencia, política y oratoria que buscaban conocer racionalmente toda la realidad, mostrando cierto relativismo y un espíritu crítico ante la moral tradicional. La retórica sofística impulsaba la vida pública en Atenas, desde la escuela a la Asamblea o los tribunales.

El filósofo Platón viene a representar la reacción antisofística, contraria a la deriva relativista de la democracia griega y fue el primero que intentó dar una fundamentación filosófica a la teoría política. Puede parecer paradójico que el padre de la filosofía occidental haya sido un detractor del que quizá sea el mayor logro sociopolítico de los

En los discursos de Pericles, que ha transmitido también Tucídides, se acredita el orgullo de los atenienses por su forma de gobierno. En la llamada «oración fúnebre» se atribuyen al estratega ateniense estas palabras: «Nos regimos con libertad en lo que respecta a lo común, y por lo que toca a la suspicacia recíproca de las ocupaciones cotidianas, no nos encolerizamos con el vecino [...]. En resumen, digo que toda nuestra ciudad es ejemplo para Grecia y que cada uno de nosotros [...] se procura de su propia vida con grandísima diversidad y graciosamente [...] sin necesitar el elogio de Homero [...], antes bien, toda tierra y mar se nos han hecho accesibles por nuestra resolución, por todas partes hemos dejado con nuestras colonias monumentos imperecederos de nuestras venturas y desventuras».

Pero Pericles encarnaba como ninguna otra figura la ambivalencia de la democracia ateniense. Él pertenecía a la aristocrática familia de los Alcmeónidas pero a la vez basaba su poder en un enorme prestigio popular, obtenido gracias a las reformas prodemocráticas y también a su enor-

Hacia el imperio de la ley: las legislaciones griegas clásicas

En una época en la que el ciudadano era la piedra angular en la que se apoyaban los órganos del Estado, las leyes eran elementos fundamentales para la supervivencia de las *poleis*. Los dos centros de poder de la Grecia clásica, Esparta y Atenas, contaban con una estructura heredada de dos grandes legisladores, Licurgo y Solón respectivamente, que serviría de base para sustentar sendos sistemas de gobierno.



Mientras que el legendario Licurgo legó a Esparta una constitución y una estructura de poder donde la igualitaria *Apella* (asamblea de ciudadanos) debía someter sus propuestas a la aprobación de la *Gerousia* (consejo de ancianos), en Atenas las reformas legislativas igualitarias de Solón florecieron cuando la democracia funcionó a pleno rendimiento. En el siglo V a.C., cualquier ciudadano ateniense podía proponer una ley que, tras un proceso democrático, podía acabar aprobándose. Las leyes y los decretos eran acatados por toda la *polis* sin excepción, lo cual sorprendía a pueblos como los persas, que no entendían otra cosa que la imposición de una autoridad absoluta. El equilibrio de poderes previsto por la constitución ateniense permitía un sistema democrático y jurídico que, aunque caro, fue uno de los más perfectos de la época. Por ello, empezó a exportarse con cierto éxito a otras *poleis* inquietando así a las oligarquías tradicionales. En la imagen, fragmento de un decreto ático que data de los años 306-305 a.C. (Museo Epigráfico, Atenas).

griegos y es por esa razón que Platón ha sido tachado a menudo de reaccionario por pensadores modernos como Karl Popper.

La reforma propuesta por Platón es una utopía radicalmente enfrentada con el estado histórico de la democracia ateniense cuando ya estaba en una etapa terminal, entre contradicciones, demagogia e injusticias. Se trataba de una reforma desde postulados filosóficos y éticos que desterraban la idea de lo oportuno y lo aparente y se basaban en la esencia permanente de las ideas de justicia y virtud. Nacido en el año 428 a.C. y todavía joven cuando la arbitrariedad de Atenas condenó a muerte a su maestro Sócrates (en el año 399 a.C.), Platón intentó aplicar sus ideas políticas, recogidas en una extensa obra a lo largo de varias décadas. Para Platón, únicamente a partir de la correcta filosofía o del elaborado pensamiento teórico se puede considerar lo político y lo éticamente justo.

En realidad, el pensador se centró más en problemas éticos y políticos que en teorías filosóficas. La resolución de conflictos en Platón está basada en una profunda teoría ética pues, como en casi todo el pensamiento antiguo, la filosofía no está dividida en áreas. La relación entre ética y política en el pensamiento griego es fundamental para comprender la forma de resolver conflictos sociales; esto se ve, por ejemplo, en la idea de que la vida en la comunidad política debe proporcionar la felicidad a los ciudadanos, percepción que se halla presente en la obra de Platón y que recogerá más adelante Aristóteles.

Veamos brevemente los reparos teóricos de Platón a la ideología democrática. Después de una primera etapa, representada por dos de sus obras, *Protágoras* y *Gorgias*, en la que se preguntaba si existía una ciencia política que pudiera aprenderse, si esa ciencia tendía a la verdad y la justicia —cosa que no había ocurrido en la Atenas democrática— y se atacaban los excesos históricos de la democracia ateniense y el recurso al derecho del más fuerte, Platón defendió una reforma de la sociedad que supusiera un equilibrio entre las distintas partes de la ciudad. El conflicto civil (*stasis*) se planteaba como enfermedad de la sociedad y el filósofo realizó un diagnóstico del orden de la *polis*, del cosmos y del alma que arrojaba una clara lección. Sólo aquel que comprenda la verdad sobre el individuo y la colectividad será capaz de regir la sociedad humana; por ende, los filósofos han de gobernar.

La *República* de Platón expone de manera magistral esta teoría política y social que, como su propio título griego indica (*Politeia*), recoge de nuevo el clásico debate sobre el sistema político ideal. Platón trató aquí por medio de Sócrates te-



mas básicos de sus teorías acerca de la ética y la política; la justicia como guía de la actuación individual y colectiva es el principal de ellos. Tras un análisis de todos los regímenes políticos (timocracia, oligarquía, democracia y tiranía) con sus defectos y excesos, Platón ofrece una teoría del conocimiento y una educación en consonancia con ella, para concluir que la mejor composición para la sociedad es un régimen tripartito que refleje la estructura del alma humana. La idea de que la norma política debe crear la armonía y la medida en el alma humana es uno de los pilares de la *República*. Platón postula aquí su célebre teoría del gobierno de los sabios y de la tripartición de clases sociales en un grupo de productores, otro de guerreros y otro de gobernantes sabios, seguramente haciéndose eco de teorías egipcias como las que conocía también Isócrates.

El filósofo pretende que el diagnóstico del alma humana, la indagación sobre el individuo y el conocimiento, deben ir por delante de todo. A ello sigue el diagnóstico de la sociedad y la intervención del filósofo gobernante sobre ella. Pero

ello no refleja un igualitarismo democrático o pactista, sino lo que Platón entiende como la composición jerárquica o estructurada que de manera natural reina en el universo, sea éste macrocosmos o microcosmos. La población ha de estar por tanto dividida en clases —filósofos-gobernantes, guardianes-guerreros y obreros-productores— en una armonía que proporciona la propia composición tripartita del alma humana —inteligencia (*noûs*), carácter (*thymós*) y deseos (*epithymíai*)— y del universo. A cada clase social le corresponde una virtud funcional: inteligencia (*phrónesis*); valor (*andreía*) y templanza (*sophrosýne*), que corresponden al oro, la plata y el bronce en el mito etiológico que refiere Platón. El filósofo gobernante debe mantener el equilibrio social como un sabio mediador en contacto con la idea del bien y de la justicia, entendiendo ésta como la atribución a cada parte de su tarea, virtud y función. Tal y como sucede en la naturaleza, si no hay armonía y predomina un elemento, la enfermedad, la discordia y el conflicto amenazarán al alma y destruirán la ciudad.

LA TEMIDA STASIS.

Las reflexiones en torno a la guerra civil, el enfrentamiento entre los ciudadanos de una misma *polis*, y los modos de evitarla centraron muchas de las obras de los principales pensadores atenienses. En la imagen, lucha de dos hoplitas, cerámica ática del siglo V a.C. (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles).

PERICLES, PRIMER CIUDADANO DE ATENAS

De noble familia ateniense, Pericles nació en el año 495 a.C. y tuvo una educación exquisita, junto a filósofos como Anaxágoras y grandes oradores como Protágoras. Era uno de los hombres más ricos de Atenas y su entrada en política estuvo marcada por la expulsión de Cimón al ostracismo, en la que colaboró con Efialtes. Desde ese momento, la estrella de Pericles fue en ascenso imparable, siguiendo la política populista de Efialtes y, a la muerte de éste, quedando como hombre fuerte de Atenas. Aprobó nuevas leyes para hacer más estricto el acceso a la ciudadanía ateniense y también para facilitar la participación de las clases más populares en los asuntos públicos. Su política exterior condujo a la hegemonía de Atenas sobre sus aliados y, a la larga, a su enfrentamiento final con Esparta. Como estratega, Pericles condujo hábilmente las tropas atenienses en las diversas campañas previas a la guerra del Peloponeso. Su política sería recordada como un modelo de buen gobierno.

Se cuenta la anécdota de que Pericles tenía una cabeza excesivamente grande y alargada, de forma que le llamaban, en son de burla, «cabeza de pera». Plutarco refiere que por esta deformación siempre se solía retratar a Pericles con casco que, por otro lado, era símbolo de su magistratura de estratega.

El célebre busto de Pericles, el estratega que dio el período de mayor gloria a la ciudad de Atenas, es una copia romana del siglo II a.C. realizada a partir de un original griego del siglo V a.C. (Museo Británico, Londres).



EL ESCUDO DE STRANGFORD. Se trata de una copia romana del escudo de la Atenea del Partenón; se cree que Pericles figura entre los personajes representados (Museo Británico, Londres).



EL PROGRAMA URBANÍSTICO Y CULTURAL

Durante su gobierno, Pericles emprendió un programa de construcciones públicas que aceleró el desarrollo económico de la ciudad y a la vez la embelleció, siguiendo un propósito propagandístico y de engrandecimiento imperial. Ya en la Antigüedad, como demuestran los testimonios de Isócrates y Plutarco, las grandes construcciones fueron consideradas uno de los mayores logros del gobierno de Pericles. El programa se emprendió tras la Paz de Calias, a partir del año 450 a.C., y su dirección artística quedó en manos del escultor Fidias, amigo personal del estratega. Su máximo exponente fue el Partenón, el cual glorificaba la poderosa democracia de Atenas y sus ímpetus imperiales, pues más allá de su significado religioso exhibía las enormes riquezas de la ciudad. Muy celebrado fue también el denominado Odeón de Pericles, un auditorio de acústica excepcional y belleza legendaria, tal y como lo describe Plutarco, donde tenían lugar festivales de música y danza y, seguramente, reuniones ciudadanas y exhibiciones oratorias. No hay que obviar el enorme papel de Pericles como promotor no sólo de las artes plásticas, sino también de la música, la poesía y la retórica.



1 EL ODEÓN. Este edificio, construido a partir de 435 a.C., se hallaba en el lado sur de la Acrópolis, junto al teatro de Dioniso.

2 LUMINOSIDAD. El edificio cuadrangular contaba con un peculiar sistema de ventanas para conseguir la mejor iluminación.

3 ESTRUCTURA. Su interior contaba con una gran columnata y estaba adornado por despojos de las victorias contra los persas.

Artistas griegos involucrados en la vida política y militar

En una época en que los ciudadanos solían tener un papel activo en el progreso de sus *poleis*, no eran extraños los casos de artistas-políticos como Alceo o Solón. Esquilo, Sófocles o Aristófanes también se implicaron en el futuro de su ciudad.

Aunque es difícil establecer detalles biográficos de este tipo, sabemos por ejemplo que Esquilo participó en las batallas de Maratón y Salamina, y que también ejerció un cargo religioso en Eleusis. De Sófocles se sabe que fue miembro de los Diez Probulos, que controlaban el Consejo ateniense. El mismo Sófocles fue estratega militar, al igual que Tucídides. De Aristófanes sólo se puede asegurar que fue prítano en una ocasión, aunque probablemente en su vida ejerció más cargos políticos. En la imagen, tañedor de lira, cerámica ática realizada hacia el año 470 a.C. (Colección Herbert A. Cahn, Basilea).



Finalmente, en el *Político* y las *Leyes*, Platón esbozó su teoría acerca de quién puede desempeñar mejor el gobierno. A falta de un político verdadero, las leyes pueden suplir su carencia y proporcionar una solución provisional para que la sociedad funcione y aleje los peligros, siempre presentes para la *polis*, de la tendencia a los extremos radicales de la demagogia y la tiranía. En ese sentido se pueden leer las *Leyes* de Platón, la última obra del filósofo, escrita con unos setenta años. Este diálogo, el único sin Sócrates como protagonista, propone un nuevo *lógos* entre tres personas —un anciano ateniense, otro espartano y otro cretense— sobre la mejor forma de gobierno. Es la ley (*nomos*) lo único que en el estado actual de los asuntos humanos y de la difusión del conocimiento ético y filosófico puede garantizar la estabilidad del Estado. Incluso la educación como vía al conocimiento y a la mejora del alma se ordena mediante una meticulosa legislación escrita. Según Platón, la ley salva al hombre de un estado caótico, tanto del abuso primitivo

del más fuerte como de los desmanes de la democracia. La idea de que la norma política habita entre los hombres para mantener la armonía es uno de los pilares de las *Leyes*. El imperio de la ley aparece, por ende, como el auténtico poder mediador y, para velar por su estricto cumplimiento, Platón propone diversas instituciones que recuerdan en cierto modo a un arcaísmo religioso griego: desde un consejo de ciudadanos de edad avanzada hasta un colegio de sacerdotes, desde un «consejo nocturno» para casos de peligro constitucional o impiedad religiosa hasta el recurso frecuente a la ley religiosa para dirimir conflictos humanos.

En todo caso, es una solución de compromiso con la realidad y con la historia, un modelo que puede parecer severo y arcaizante, pero en el que, paradójicamente, quizá se puedan encontrar los mecanismos de todo el pensamiento político antiguo y que, a la larga, habría de inspirar los ordenamientos jurídicos de las sociedades democráticas modernas: el imperio absoluto de la ley. Todo ello era una reacción contra los excesos de la sofística y de la democracia ateniense, que justo después del gobierno de Pericles empezaron a hacer tambalear los cimientos de aquel sistema político que marcó de forma imborrable la época clásica.

Hacia la crisis de la democracia

«Primero he de decir que aquí parece justo que los pobres y el pueblo tengan más preponderancia que los nobles y los ricos [...] que todos participen por igual de los cargos públicos a través de un sorteo o votando a mano alzada, y que pueda hablar en la Asamblea el ciudadano que lo desee [...]. Y algunos se extrañan de que les corresponda mucho más a los hombres menos capaces, a los pobres y partidarios del pueblo que a los notables». Como recogen estas líneas de un panfleto antidemocrático falsamente atribuido al historiador Jenofonte, el sistema político de Atenas se caracterizaba por el derecho de todo ciudadano a participar en la Asamblea, máximo órgano decisorio de la política y sede de la soberanía del pueblo, el *demos*. Sin embargo, era un sistema marcado por grandes paradojas y detractores.

Ya desde el período del origen de la *polis* abundan los testimonios críticos hacia el sistema colectivo del gobierno mayoritario. Así expresaba ya Heráclito de Éfeso el descontento con su pueblo: «Con justicia obrarían los efesios si se ahorcaran todos sus ciudadanos adultos y dejaran el gobierno en manos de los inmaduros, ya que a Hermodoro, el más capaz entre ellos, le han expulsado con estas palabras: “Nadie entre nosotros será el mejor, y si tal ocurre, que sea en otro lugar y junto



a otras personas”». Los siguientes fragmentos de Heráclito ofrecen una visión aún más clara de la desconfianza profunda hacia la masa como portadora del principio del gobierno de la mayoría cuantitativa y complementaria a la apreciación de la individualidad excepcional: «La Ley también es obedecer la voluntad de un individuo» y «uno solo de ellos me vale por incontables hombres, pues es el más destacado». El denominador común de estas estimaciones reside en la actitud aristocrática y contraria al gobierno de la mayoría, que determina las propuestas del insigne filósofo. Pero Heráclito no proponía a cambio una solución monárquica. Sus opiniones se encuadraban dentro de la ley de la *polis*. Así, sigue diciendo, «la gente debe luchar por la ley como si ésta fuera una muralla» y esta máxima viene a demostrar con qué intensidad se ocupaban de reflexiones «políticas» (es decir, que versaban sobre la *polis*) los intelectuales griegos.

La *polis* aparece en este contexto como una escala de valores y un punto focal para regular las relaciones entre el individuo y el colectivo, el po-

der de unos pocos y la soberanía de la gran mayoría. Ya los primeros documentos escritos griegos nos dan una visión sobre estos puntos de vista tan significativos. Cuando una serie de poetas como Alceo de Mitilene, Teognis de Mégara o Solón de Atenas se involucran en los asuntos públicos en sus respectivas ciudades, lo hacen porque estaban convencidos de poder persuadir al resto de los ciudadanos de sus propuestas políticas. Este cúmulo de voces de la literatura evidencia de manera clara cuán estrechamente estaba todo relacionado con el gobierno de la ciudad y cómo su gestión vinculaba a toda la población en su conjunto.

El funcionamiento de la Atenas democrática dependía excesivamente de la volubilidad de una asamblea sujeta a intereses individuales y también llena de comportamientos problemáticos, como peleas, insultos o corrupción. En muchos casos parecía un sistema torpe, poco efectivo por la falta de especialización para hacer frente con agilidad a los nuevos problemas. La acción política se volvía lenta y burocrática y topaba con obstáculos inusitados: «Allí un hombre a veces no

LA ASAMBLEA DE DIOSSES.

Los griegos no dudaban en acudir a la tradición y a los mitos para resolver sus conflictos. En la imagen, los dioses olímpicos reunidos en torno a Zeus, cerámica ática del siglo VI a.C. (Museos Vaticanos, Roma).



TRAS LAS GUERRAS MÉDICAS. El triunfo ante los persas no supuso el fin de las hostilidades entre las *poleis* griegas. En la imagen, el enfrentamiento entre un hoplita y un soldado persa constituye la decoración de esta vasija ática de mediados del siglo V a.C. (Museo del Louvre, París).

puede tramitar un asunto [...] debido a la multitud de temas que se tratan, no pueden resolverlos todos tras haberlos discutido».

Como afirma el Pseudo-Jenofonte, la Asamblea debe «dirimir tantos litigios privados, causas públicas y rendiciones de cuentas que ni siquiera todos juntos pueden resolver, mientras que el Consejo ha de tomar muchas decisiones en materia de guerra, recaudación, promulgación de leyes y problemas cotidianos de la ciudad y de los aliados, así como cobrar tributos, ocuparse de los arsenales de la flota y de los templos. ¿Qué hay de extraño si, entre tantos asuntos, no son capaces de atender a todo el mundo? Pero hay quien dice: si se va a la Asamblea o al Consejo con dinero de por medio, se le tramitará». Las acusaciones de soborno y corrupción fueron frecuentes también en los discursos de Esquines contra Demóstenes, a quien acusaba de pagar a asambleístas «mercenarios» para que alborotaran y fomentaran el voto a su favor. Un tal Demófilo llegó a proponer una «ley anticorrupción». No sabemos si prosperó, pero en las democracias actuales estos casos siguen estando a la orden del día.

El sistema democrático ateniense permitió una participación ciudadana sin parangón en ningún otro estado de la Antigüedad y hoy se reconoce como brillante origen de las democracias modernas. Sin embargo, las decisiones que adoptaba la Asamblea tendían a subrayar el precario equilibrio existente entre los intereses particulares y el bien común. Los procesos legislativos eran extremadamente problemáticos y la mayoría no sólo representaban la voluntad general, sino que estaba sujeta a influencias de todo tipo y nunca exentas de partidismo o demagogia. Heródoto refiere, por ejemplo, la petición de ayuda que Aristágoras de Mileto dirigió a Atenas y a Esparta en el año 499 a.C. Esparta rechazó estas pretensiones, pero el *demos* de Atenas, sin embargo, lo avaló de forma entusiasta sin pensar en sus fatídicas consecuencias, pues desencadenaría la revuelta jonia y, por ende, las guerras médicas: «Aristágoras de Mileto, expulsado de Esparta por Cleómenes, llegó a Atenas, pues esta ciudad era la más poderosa del resto de Grecia. Y, una vez en presencia del pueblo, Aristágoras repitió lo mismo que manifestara en Esparta a propósito de las riquezas de Asia y de la manera de combatir de los persas, haciendo hincapié en que no empleaban escudos ni lanzas y en que resultarían una presa fácil. [...]. Y, dada la entidad de la demanda, no hubo promesa que no hiciera, hasta que consiguió persuadirlos. Parece pues, que resulta más fácil engañar a muchas personas que a un solo individuo, si tenemos en cuenta que Aris-

tágoras no pudo engañar a una sola persona —al espartano Cleómenes—, y en cambio logró hacerlo con treinta mil atenienses».

La Asamblea tomaba decisiones tremendas, quizá demasiado precipitadas y que luego se demostraban irreversibles. Cuenta Tucídides que así sucedió, por ejemplo, en el año 427 a.C., en plena guerra del Peloponeso, cuando la facción más radical convenció al *demos* para que se exterminara a toda la población de Mitilene, que se había rebelado contra el dominio de Atenas, «pero al día siguiente —escribe Tucídides—, pensando más sobre ello, muchos se arrepintieron de lo que habían acordado, considerando cruel el decreto y pareciéndoles algo horrible mandar matar a todos los de un pueblo, sin diferenciar de los otros los que habían sido responsables y autores del problema».

Éstos y otros testimonios de escritores clásicos vienen a resaltar los defectos del sistema asambleario; algunos llegan a achacar a este sistema la ruina final de la ciudad en esta última guerra, cuando demagogos como Cleón llevaron al *demos* ate-





niense a tomar las decisiones menos acertadas y, en definitiva, al desastre.

De hecho, el caso de Cleón es sintomático de algunas debilidades del sistema democrático y de cómo una persona sin escrúpulos las podía utilizar en su provecho. Hábil orador, cuando murió su rival Pericles no tuvo demasiadas dificultades para convencer a la Asamblea de que tomara decisiones de carácter belicista, al no haber nadie a su altura oratoria para darle la réplica y recordar a los ciudadanos los intereses privados que movían al demagogo.

Si se hace un balance retrospectivo del desarrollo político y constitucional de Atenas a lo largo del siglo V a.C., se puede constatar que la implantación y los progresos de la democracia ateniense estuvieron ligados desde el principio a sus sonados éxitos militares. Las victorias sobre Iságoras y Cleónmenes de Esparta (508 a.C.), Darío (490 a.C.), Jerjes (480/479 a.C.) y el espectacular despliegue marítimo en el Egeo (477-445 a.C.) hubieran sido impensables sin la colaboración de destacados prohombres del régimen democrático, como Clís-

tenes, Milcíades, Temístocles, Arístides, Cimón o Pericles, por solo citar a los más conocidos, que aparte de estabilizar el sistema democrático, le confirieron un inconfundible sello personal.

A través de las sucesivas hazañas bélicas se había logrado construir un sólido edificio político basado en la participación colectiva del *demos* ateniense en los asuntos del Estado. Los protagonistas de los hechos de armas completaron el acabado interno del sistema democrático, perfeccionando las instituciones y promoviendo su eficacia mediante adaptaciones y reformas. Los avances políticos fueron parejos a los éxitos militares. De ahí que no sea de extrañar que la gran derrota sufrida al final de la guerra del Peloponeso (404 a.C.) supusiera el derrumbe irreparable de la Atenas democrática. A partir de este punto de inflexión, comenzó la agonía del modelo de gobierno más creativo de la historia griega. Aunque la democracia no desapareció de golpe del mapa político de Atenas, ya nunca más volvió a recuperar su antigua pujanza y su capacidad de convocatoria y de atracción.

EL ÁTICA FRENTE AL PELOPONESO.

En la imagen, gárgolas del templo de Zeus en Olimpia, santuario del Peloponeso. A pesar de sus muchos puntos en común, como los propios festivales panhelénicos que representaban los Juegos Olímpicos, Atenas y Esparta, las dos principales potencias de la Grecia del siglo V a.C., pronto resolverían sus diferencias en el campo de batalla.



Mujer y sociedad en la Grecia clásica

En la Grecia clásica la mujer mantenía un perfil subordinado al hombre, pero el papel femenino también estaba al servicio de la comunidad política y tenía gran importancia para la sociedad.

La principal misión de la mujer en la Grecia clásica era procrear y perpetuar la comunidad a través de los hijos, y su papel más destacado era la buena administración de la casa familiar, el *oikos*, la unidad socioeconómica básica de la ciudad antigua. Para ello, se educaba a la mujer en las artes prácticas útiles a tales fines y en las ciencias morales que la hacían acreedora del respeto de

sus conciudadanos. Hay quien afirma, como el profesor V. D. Hanson, que la *polis* clásica nació a partir de la fragmentación del suelo y del trabajo agrícola en unidades familiares, que obtenían un lote de tierra para el cultivo (*kleros*). La transmisión de ese lote a través del matrimonio era fundamental para la cohesión social. La figura femenina, más allá de la función reproductiva, debía tutelar en el



Las hetairas

Estas cortesanas eran mujeres independientes, que gestionaban sus propios bienes, pagaban impuestos y, a veces, ejercían una gran influencia pública. En la imagen, detalle de una crátera realizada hacia 340 a.C. (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles).



Actividades permitidas

Una vez casadas, las atenienses quedaban al cuidado de la casa familiar y se prodigaban en visitas al mercado, el teatro y los festivales, aunque su participación en el ámbito público estaba limitada a las celebraciones religiosas. En las imágenes, una danza fúnebre desarrollada exclusivamente por mujeres en una pintura del siglo IV a.C. (Museo Arqueológico Nacional, Nápoles) y una escena doméstica en un relieve del siglo V a.C. (Museo Nacional de la Magna Grecia, Reggio Calabria).

ámbito de lo privado el buen funcionamiento del *oikos*.

Por otra parte, la educación de las niñas tenía lugar en el seno de la familia, ya que no existían en Atenas escuelas para muchachas. Una futura buena madre debía tener nociones de literatura, matemáticas, religión y moral tradicional (Homero era la escuela de todos los griegos). La alta cultura, sin embargo, les estaba normalmente vedada y las mujeres también eran excluidas de las cenas de los hombres, los *simposios*, en los que se cultivaba la conversación amical, la filosofía y la recitación de versos.

Respecto al ámbito público, la falta de información en las fuentes antiguas sobre el papel de la mujer en la sociedad griega ha llevado a veces a menospreciar su importancia en el funcionamiento de la ciudad. Pese a que la *polis* no contaba con las mujeres para el desarrollo de magistraturas políticas o para las asambleas pú-

blicas, aquellas tenían un papel crucial en la vida religiosa de la ciudad. Como es bien sabido, religión, sociedad y política estaban indisolublemente unidas en la Atenas clásica; la presencia de la mujer en puestos sacerdotales, o en los cultos y rituales de ciertas festividades (Panateneas, Apaturias, Antesterias, Gamelias, etc.), puede ser un indicio de su relevancia pública en este ámbito.

La mujer en Esparta

La situación de la mujer en Grecia no era en absoluto uniforme y ya en la Antigüedad se contraponían las libertades de las mujeres espartanas a la situación subordinada de las atenienses. La oligarquía espartana permitía una mayor autonomía a la mujer, lo cual se refleja en las leyes de la ciudad y en la posibilidad de heredar, disfrutar de propiedades y ocuparse de actividades comerciales. Las mujeres espartanas recibían una educa-

ción parecida a la de los hombres en lo que a formación literaria, musical y deportiva se refiere. Eran educadas en congregaciones femeninas por tutoras de mayor edad. Su atuendo, el peplo dorio, también se asemejaba al de los hombres. Las jóvenes recibían un completo entrenamiento físico que las capacitaba para su importante función social: engendrar hijos fuertes para el ejército espartano.

Las espartanas estaban destinadas y obligadas por ley, como los espartanos, al matrimonio y a la perpetuación de la raza. Para liberar a las mujeres de la servidumbre del trabajo en el hogar, de modo que se pudieran dedicar a la educación de sus hijos, contaban con esclavas a su disposición. En paralelo con otras ciudades griegas, la principal finalidad de la mujer era la procreación de hijos y su educación hasta que a los siete años los niños pasaban a ser formados por el Estado. Las mujeres espartanas tampoco po-



MUJERES Y CULTURA. Diversas artes se vieron enriquecidas por las aportaciones de mujeres como Safo y Corina. En la imagen, crátera ática dedicada a las musas (Museos Vaticanos, Roma).

dían obrar en los asuntos públicos, pero tenían una influencia determinante en su sociedad y un cierto ascendente sobre los hombres, tal y como se desprende de las fuentes antiguas. Las leyes de Licurgo habían prescrito la ejercitación de las mujeres en carrera, lucha, lanzamiento de disco y combate con arco. Cuenta Plutarco que cuando una extranjera le preguntó a Gorgo, mujer de Leónidas, por qué sólo las espartanas entre todas las griegas dominaban a los hombres, ésta respondió: «Porque sólo nosotras parimos hombres de verdad».

Aristóteles criticó a la mujer espartana por sus excesivas libertades y por su capacidad de acumular posesiones y tierras. Y Plutarco suscribía la opinión de que los

espartanos vivían como una suerte de esclavos de sus esposas. El tema de la excesiva libertad de las mujeres espartanas aparece también en las *Leyes* de Platón. En cambio, Jenofonte subraya que en Esparta eran las esclavas las que se ocupaban de la casa para que las mujeres pudieran dedicarse a la actividad física que las preparaba para engendrar hijos sanos.

Herencias y propiedades

Otra gran diferencia entre Atenas y Esparta reside en el derecho testamentario. Las herederas (*epikleros* en el derecho ático, *patrouchos* en el derecho espartano) eran las hijas que heredaban todo el patrimonio del padre si no había hijos varones. En Atenas estas mujeres tenían que casarse por obligación con el pariente más cercano por línea paterna y engendrar un hijo, que se convertía en el heredero auténtico de los bienes del abuelo. Si la epíclera ya estaba casada pero no

tenía hijos, su matrimonio quedaba invalidado y debía casarse con el pariente más cercano por línea paterna. Así se evidenciaba que la mujer no era propietaria de los bienes sino simplemente transmisora de la herencia, el medio gracias al cual la propiedad se mantenía en el interior del *genos*, de la familia. Cuando se producía la muerte del propietario del *kleros* y sólo quedaba una hija, el pariente más próximo del padre (*anchistéus*) podía dirigirse a las autoridades para reclamar la custodia de la propiedad y el derecho a casarse con la heredera. El arconte decidía, y, en caso afirmativo, actuaba como tutor de la joven para llevar a cabo el contrato matrimonial.

La función de este sistema, llamado epiclerato, que existía en Atenas y en otras muchas ciudades griegas, era conservar la propiedad en el interior de la familia (*genos* y/o tribu) y, a la vez, garantizar que las mujeres que se quedaban

Casos excepcionales

Pese a la reducida presencia pública

de la mujer en la Grecia clásica, debe señalarse que la ciencia, la cultura y la política se vieron en ocasiones notablemente enriquecidas por las figuras de algunas mujeres destacadas. Tal es el caso de Saffo, máximo exponente de la poesía lírica griega. Otros ejemplos fueron Corina, poetisa del siglo v a.C., e Hiparquia, filósofa ya de época helenística. En la Atenas clásica la política, la filosofía y el arte estaban a menudo condicionados por ciertas mujeres que marcaron el ambiente cultural de la época. Destaca sobre todo Aspasia de Mileto, la conocida cortesana y amante de Pericles, en la época en que la ciudad griega, en pleno siglo v a.C. vivía su edad de oro. Discípula suya fue la cortesana Laïs, amante de Alcebíades y de Aristipo, discípulo de Sócrates. Otra famosa hetaira de belleza legendaria fue Friné, esculpida por Praxíteles, que se enamoró de ella. La relación entre la cortesana y el escultor dio lugar al famoso juicio de Friné, bajo la acusación de impiedad por haber esculpido la imagen de la diosa Afrodita con el modelo real de aquella hetaira. En la imagen, busto de una mujer que se cree que representa a Aspasia (Museos Vaticanos, Roma).



sin padre y hermanos pudieran casarse y obtener una posición social. La situación en Esparta era muy distinta. Si la mujer no deseaba casarse con el pariente más cercano por línea paterna o si éste era impúber, podía quedarse con su patrimonio y casarse con otro miembro dentro de la tribu. De este modo, en Esparta la heredera se convertía en dueña verdadera de los bienes. A menudo se casaba con un terrateniente, creando así patrimonios fundiarios extensos. En cuanto a las dotes, algunos estudiosos piensan que en Esparta no existían. Probablemente la hija tenía derecho a una parte de la propiedad fundiaria de su padre.

En Atenas, por el contrario, la hija que tuviera hermanos varones no tenía derecho a una parte de la herencia paterna, sino únicamente a una cantidad dineraria en concepto de dote (*proix*), o sea, un conjunto de bienes que, cuando se casaba, pasaban a su marido. Otros

piensan que probablemente en Esparta la propiedad fuera dividida entre los hijos y las hijas. En el mundo dorio, en definitiva, la mujer disfrutaba de una condición jurídica y social más favorable, con una mayor libertad con respecto a las demás regiones griegas.

El caso de Aspasia

Aunque es un lugar común que la mujer en la historia —y más en la historia antigua— ha sido poco más que una sombra detrás del gran escenario de las batallas y la política dominada por el hombre, hay ocasiones en que esa sombra se perfila con matices insospechados que nos hacen intuir una gran personalidad con notable influencia en los sucesos históricos. El caso más célebre en este ámbito es el de Aspasia. Paradójicamente, no sabemos mucho de ella, más allá del rico anecdotario que compilaron algunos autores griegos.

Originaria de la ciudad jonia de Mileto —aunque tal vez de familia ateniense en el exilio—, Aspasia habría vivido entre el primer tercio y el final del siglo v a.C. Se puede suponer que se habría trasladado pronto a Atenas, donde triunfó gracias a su belleza. Según cuenta la tradición, Aspasia se hizo célebre como matrona de un conocido burdel donde recalaba la intelectualidad y la clase política ateniense. La profesión de hetaira, como es sabido, distaba bastante de la prostitución tal y como se entiende hoy. Los servicios de acompañamiento que proporcionaban estas mujeres sofisticadas para las clases altas eran sinónimo de diversión intelectual y discusión artística. En el caso de Aspasia, se debe recordar que además era extranjera y que por tanto tenía un estatus especial en el derecho ateniense. La hetaira foránea y refinada se convirtió pronto en foco de atención pública por su larga relación con el po-

Un trabajo en bien organizado



Matrimonio y dote

El momento culminante para que la mujer alcanzase su máximo estatus en Atenas era el del matrimonio legítimo, la *engyesis*, un ritual legalizado por el que pasaba a depender del *oikos* del padre al del marido, al que era entregada por contrato y con una dote para que engendrara hijos y se ocupara de las tareas que le correspondían legalmente. El matrimonio no era producto de una relación amorosa o romántica, sino una mera transacción legal entre el padre de la novia y el marido, por el que aquel daba a su hija con una dote. Este movimiento, de un *oikos* a otro, estaba estipulado en la legislación y en los ritos griegos con gran solemnidad. Las muchachas se casaban normalmente al llegar a la pubertad, mientras que los hombres contraían matrimonio a una edad más avanzada, entre los veinte y los treinta años. La dote consistía en una suma que administraba en usufructo el marido, quien debía devolverla en caso de divorcio, ya fuera éste por mutuo acuerdo o porque el marido repudiaba a su esposa, la cual podía ser obligada por su esposo o por su padre a casarse con otro hombre. En la práctica, la mujer ateniense estaba siempre bajo la tutela jurídica de un hombre, ya fuera el padre o uno u otro marido. Incluso en caso de viudedad se podía dejar estipulado en el testamento el futuro nuevo marido de la mujer. Un tutor (*kyrios*), figura jurídicamente determinante para la mujer, era su representante en todos los asuntos legales ante la ciudad. En la imagen, estela funeraria griega del siglo IV a.C.; la mujer que sostiene al niño posiblemente sea una esclava, y la mujer sentada, su señora.

deroso Pericles. Quién sabe si éste fue el origen de todos los malévolos rumores que se vertieron sobre ella.

En efecto, las mismas fuentes antiguas que la retratan con desprecio regentando un burdel podrían ser, según diversos estudiosos, simplemente infundios difamatorios que pretendían dañar la memoria del político ateniense. Se suele fechar el comienzo de su relación alrededor del año 445 a.C. Pericles ya estaba casado cuando se conocieron, y tenía dos hijos, Jántipo y Páralo. Tras divorciarse, Pericles habría pasado a vivir con Aspasia, tomándola como amante o como esposa legítima. Aspasia le dio un tercer hijo, de nombre Pericles, conocido como Pericles el Joven, que nació entre 445 y 440 a.C. (éste llegaría a ser estratega y sería ejecutado tras la batalla de las Arginusas). Cuenta Plutarco en su *Vida de Pericles* que el estratega ateniense se enamoró de Aspasia más por su talla intelectual que por sus encantos físicos.

En casa de Aspasia se reunían conocidos filósofos, como Sócrates, junto a artistas, poetas y médicos para tener el placer de debatir con ella. Alguno de los asistentes llevaba incluso a su mujer para que escuchase hablar a Aspasia; llama la atención este dato, pues según estos mismos testimonios su casa no era precisamente de las más decentes para una mujer casada. Pero es bastante cuestionable el tipo de establecimiento que regentaba Aspasia: ¿academia, salón de sociedad o burdel? En todo caso, y como afirma Plutarco, «esta mujer logró que los filósofos hayan hecho de ella una no despreciable mención». Y es cierto que en la historia de la filosofía griega hay varias menciones destacadas a Aspasia, sobre todo en las obras de los discípulos de Sócrates, como Platón y Jenofonte.

Pero además de ser una figura clave del mundo intelectual, Aspasia pasó a la posteridad como una mujer influyente en la política de su tiempo. Sin duda, además de filosofía, arte y sofisticación, hay que dar por seguro que en su casa se trataban también asuntos políticos. Eran los agitados años anteriores a la guerra del Peloponeso, que enfrentó a Atenas y Esparta, e inesperadamente una mujer, de fuerte ascendente sobre el más grande de los generales de una de las dos potencias, obtenía una posición de influen-

Mujer y clase social

En general, las **atenienses** vivían en el **gineceo** (es decir, la parte de la casa dedicada a las mujeres, donde tejían, cocinaban y cuidaban y educaban a los niños), práctica que está atestiguada en diversas fuentes, como el orador Lisias o el historiador Jenofonte. La notable excepción la constituyen las **hetairas**, cuyo propio nombre (en griego, *hetaira* significa «compañera») apunta ya a un cierto plano de igualdad con los hombres impensable para las mujeres casadas. Otros grupos importantes de población femenina en Atenas eran las mujeres de extranjeros y las esclavas. Las primeras debían de gozar de una relativa libertad; muchas de ellas, con educación y recursos, podían acabar como cortesanas o hetairas, consiguiendo una posición relativamente desahogada en comparación con la de las mujeres casadas. Otras veces, dependiendo de las circunstancias económicas, podían ejercer la prostitución en condiciones deplorables. En cuanto a las esclavas, estas constituían el grupo más desfavorecido, careciendo totalmente de derechos legales. En la imagen, una escena de gineceo protagoniza la decoración de una cerámica griega del siglo V a.C. (Museo del Louvre, París).



cia en la esfera política internacional. Aunque, de nuevo, es posible que también haya que atribuir esta fama a la tradición adversa hacia su persona.

Los hechos, que refiere el historiador Tucídides, son que en 440 a.C. Mileto estaba en guerra con la isla de Samos y pidió ayuda a Atenas. Ésta, a instancias de Pericles, intentó mediar en el conflicto, pero Samos lo rechazó, por lo que el estratega consiguió que se aprobara por ley el envío de una expedición de castigo contra la isla del Egeo. Y junto a la historia viene de nuevo la anécdota: según Plutarco, Pericles hizo enviar esta expedición para complacer a su Aspasia, oriunda de Mileto.

Objeto de rumores de todo tipo, Pericles y Aspasia tuvieron que afrontar varias acusaciones en los tribunales promovidas por sus enemigos políticos en los momentos previos al estallido de la guerra; los cargos eran varios: corrup-

ción, perversiones, impiedad. Ninguno de estos procesos, que tuvieron lugar hacia 433-432 a.C., prosperó, pero seguramente tuvieron como resultado que Aspasia se ganara aún más la animadversión de gran parte de la ciudadanía. El estallido de la guerra del Peloponeso fue quizá el momento de peor fama de Aspasia, a la que parte de la población culpaba de esta guerra. Una de las causas del comienzo de la contienda fue el decreto contra Mégara. Esta ciudad había desertado de la alianza con Atenas, por lo que se promulgó un decreto que prohibía a todos los puertos proatenienses el comercio con ella. Mégara pidió ayuda a Esparta, lo que prendió la llama de la guerra. Pero el pueblo y su anecdotario lo interpretaba a su manera; a ello alude el comediógrafo Aristófanes cuando dice que «toda Grecia estaba en llamas por culpa de tres putas», refiriéndose a Aspasia y a otras hetairas de su

«casa», que habrían sido supuestamente raptadas por megarenses.

Tras la muerte de Pericles, Aspasia se casó de nuevo con Lisicles, político y militar ateniense, y tras la muerte de éste en combate, en 428 a.C., se pierde la pista histórica de tan extraordinaria mujer. No sabemos la fecha de su fallecimiento, que tal vez coincidiera con la derrota definitiva de Atenas frente a Esparta en el año 404 a.C. y que, seguramente, fuera anterior a la ejecución de su amigo Sócrates en 399 a.C. En cualquier caso, la desaparición de Aspasia de la escena ateniense coincide con el fin del siglo más brillante de esta ciudad. Así, discretamente, y con la propia extinción del poder y la gloria de Atenas, se esfumaba el rastro de una gran personalidad femenina con una enorme influencia política y cultural, que demuestra que el papel de la mujer en la Grecia antigua podía llegar a alcanzar una relevancia extraordinaria.



APÉNDICES

<i>Grecia en el siglo V a.C.</i>	150
<i>Cronología comparada: Grecia clásica, Roma e Italia,</i> <i>Otras civilizaciones</i>	152
<i>Bibliografía selecta</i>	154
<i>Índice analítico</i>	155

GRECIA EN EL SIGLO V a.C.





CRONOLOGÍA COMPARADA

GRECIA CLÁSICA

510-490 a.C.

De la tiranía a la democracia

- Derrocamiento de Hipias en Atenas, fin de la tiranía
- Reformas políticas de Clístenes, inicio del régimen democrático ateniense

- Temístocles arconte
- Nace Pericles

Hechos culturales:

- Nacimiento de Sófocles

490-479 a.C.

Las guerras médicas

- Primera guerra médica entre griegos y persas
- Destrucción de Eretria
- Batalla de Maratón
- Segunda guerra médica
- Batallas de las Termópilas, Artemisio, Salamina, Platea y Mícale
- Atenas fortificada por nuevas murallas



479-470 a.C.

Hegemonía de Atenas

- Inicio de la Pentecontecia: los cincuenta años de apogeo de Atenas
- Primera alianza ateniense: la Liga ática-délica
- Ostracismo de Temístocles

Hechos culturales:

- Las *Fenicias* de Frínico
- *Los persas* de Esquilo

470-460 a.C.

Radicalización de la democracia

- Asesinato de Jerjes
- Tercera guerra mesenia
- Expedición ateniense a Egipto
- Reformas de Efialtes en Atenas

Hechos culturales:

- Nacimiento del filósofo Sócrates
- Nacimiento del historiador Tucídides

ROMA E ITALIA

510-490 a.C.

Fundación de la República

- Expulsión de Tarquinio el Soberbio, último rey de Roma, e instauración de la República
- El cónsul Publicola establece como tipo penal cualquier intento de tiranía
- *Lex Icilia*, reformas políticas y creación de diversas magistraturas
- Primera secesión de la plebe



489-480 a.C.

Guerra y reformas

- Se suceden las guerras de los romanos contra los pueblos vecinos (volscos, ecuos...)
- En Roma se intenta aplicar una reforma agraria que crea graves tensiones sociales entre patricios y plebeyos
- Victoria de Siracusa frente a Cartago en Himera

479-470 a.C.

Reorganización política

- Reorganización de la plebe en tribus
- Los tribunos de la plebe en Roma pasan de dos a cinco
- Los calcidenses y siracusanos derrotan a los etruscos en Cumas



OTRAS CIVILIZACIONES

510-490 a.C.

- **Europa:** Final de Tartessos
- **Persia:** El arameo se convierte en lengua oficial
- **India:** Panini estandariza la gramática del sánscrito clásico
- El indio Pingala usa el cero y el sistema numérico binario
- Fundación del jainismo
- **América:** Escritura jeroglífica de los zapotecas en América Central



490-480 a.C.

- **Persia:** Darío ataca Grecia
- Muerte de Darío
- La revuelta egipcia contra el yugo persa es sofocada
- Coronación de Jerjes
- **India:** Bimbisara de Bihar, gobernante de Magadha, muere y es sucedido por Ajatashatru
- **China:** El rey Fuchai de Wu construye el canal Han

480-470 a.C.

- **Persia:** Fracaso de los persas en su invasión de Grecia
- **India:** Muerte de Gautama Buda, fundador del budismo
- **China:** Período de conflictos bélicos entre grandes señores de la guerra
- Muere Confucio

460-450 a.C. Primera guerra del Peloponeso • Atenas, junto con Argos, contra Esparta • Traslado del tesoro de la Liga ática-délica de Delos a Atenas • Paz de Calias Hechos culturales: • La <i>Orestíada</i> de Esquilo • Muerte de Esquilo 	450-440 a.C. Años de paz • Inicio de la Paz de los Treinta Años entre Atenas y Esparta • Fundación de Turios Hechos culturales: • Inicio de la construcción del Partenón impulsado por Pericles • Construcción de los Propileos en la Acrópolis de Atenas • <i>Antígona</i> de Sófocles	440-430 a.C. Segunda guerra del Peloponeso • Inicio en el año 431 a.C. de una nueva guerra entre Atenas y Esparta, que se prolongará hasta 404 a.C. • Peste en Atenas y muerte de Pericles Hechos culturales: • <i>Alcestris</i>, <i>Hipólito</i> y <i>Medea</i> de Eurípides • Nacimiento del historiador Jenofonte 	
469-460 a.C. Tribunos de la plebe • Los tribunos de la plebe en Roma pasan de cinco a diez, su número definitivo. Esta institución tenía por objetivo defender a los plebeyos y vigilar la acción del Estado.	459-450 a.C. Leyes y plebiscitos • Segunda <i>Lex Icilia</i>, que reconoce la validez de las asambleas de las tribus • Segunda reforma agraria • Redacción de la Ley de las XII Tablas por los <i>decemviri</i> • Victoria de Lucio Quincio Cincinato sobre los ecuos 	449-440 a.C. Derechos de los plebeyos • Se establecen los plebiscitos con plena validez para plebeyos y patricios, pero sometidos al veto del Senado • <i>Lex Canuleia</i> en Roma para conceder a la plebe el <i>ius connubii</i>: se permiten los matrimonios entre patricios y plebeyos	439-430 a.C. Victorias militares y hambre • Lucio Quincio Cincinato es nombrado dictador por segunda vez con el propósito de frustrar los planes de Espurio Melio, un acaudalado ciudadano, que intenta coronarse rey de Roma • Roma pasa por un período de graves hambrunas • Fallece Cincinato
469-460 a.C. • Persia: Muere asesinado Jerjes y Artajerjes I es coronado como su sucesor • Próximo Oriente: Revueltas en Judea • Egipto: Nueva rebelión en Egipto contra el dominio persa • India: Ajatashatru muere tras consolidar y expandir el territorio de Magadha • La dinastía Nanda llega al poder	459-450 a.C. • Europa: Comienzo de la cultura celta de La Tène • Persia: Artajerjes reprime la rebelión de los egipcios y el dominio persa es restaurado en la región • Próximo Oriente: Migraciones hebreas hacia Jerusalén, cuyo gobierno es restituido • China: Batalla de Jinyang, que enfrenta a los clanes más poderosos del Estado de Jin 	449-440 a.C. • Próximo Oriente: Jerusalén obtiene el permiso persa para reedificar parte de la ciudad • China: Zhou Ai Wang es coronado rey de la dinastía Zhou, aunque fallece al cabo de un año y es sucedido por Zhou Si Wang	439-430 a.C. • China: El territorio de Jin, en China, es repartido en tres Estados; el país vive inmerso en el denominado período de los Reinos Combatientes • Fundición de las 65 campanas del <i>bianzhong</i> del marqués Yi de Zeng. El conjunto fue enterrado en la tumba del dignatario, siendo descubierto en 1978.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

OBRAS GENERALES

- BENGSTON, H., *Historia de Grecia*, Gredos, Madrid, 2008.
- BOARDMAN, J., HAMMOND, N. G. L. et al., *Cambridge Ancient History*, vol. IV: *Persia, Greece and the Western Mediterranean*, c. 525 to 479 B.C.; vol. V: *The Fifth Century B.C.*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, 1992.
- BOARDMAN, J.; GRIFFIN, J.; MURRAY, O., *The Oxford History of Greece and Hellenistic World*, Oxford University Press, Oxford, 2001.
- BURCKHARDT, J., *Historia de la cultura griega* (edición original, 1872-1885), 3 vols., RBA Coleccionables, Barcelona, 2011.
- GÓMEZ ESPELOSÍN, F. J., *Historia de Grecia antigua*, Akal, Madrid, 2001.
- GSCHNITZER, F., *Historia social de Grecia. Desde el Período Micénico hasta el final de la Época Clásica*, Akal, Madrid, 1987.
- LANE FOX, R., *El mundo clásico: la epopeya de Grecia y Roma*, Crítica, Barcelona, 2007.
- OSBORNE, R. (ed.), *La Grecia clásica*, Crítica, Barcelona, 2002.
- POMEROY, S. B. et al., *La Antigua Grecia: historia política, social y cultural*, Crítica, Barcelona, 2002.
- RHODES, P. J., *A History of the Classical Greek World, 478-323 B.C.*, Wiley-Blackwell, Chichester, 2010, 2ª ed.

MONOGRAFÍAS

- BLEICKEN, J., *Die athenische Demokratie*, Paderborn, Múnich, Viena, Zürich, 1985.
- BOARDMAN, J., *El arte griego*, Destino, Barcelona, 2002, 4ª ed.
- , *Escultura griega. El periodo clásico*, Debate, Madrid, 2000.
- BOWRA, C. M., *La Atenas de Pericles*, Alianza, Madrid, 2003.
- BRUIT, L.; SCHMITT, P., *La religión griega: en la polis de la época clásica*, Akal, Madrid, 2002.
- BURN, A. R., *Persia and the Greeks: The Defense of the West, c. 546-478 B.C.*, Stanford University Press, California, 1984, 2ª ed.
- CARTLEDGE, P., *Los espartanos. Una historia épica*, Ariel, Barcelona, 2009.
- CARPENTER, R., *The Architects of the Parthenon*, Penguin, Harmondsworth, Baltimore, 1970.
- DAVIES, J. K., *La democracia y la Grecia clásica*, Taurus, Madrid, 1998.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A., *La polis y la expansión colonial griega (siglos VIII-VI a.C.)*, Síntesis, Madrid, 2010.
- DODDS, E. R., *Los griegos y lo irracional*, Alianza, Madrid, 2010.
- DONLAN, W., *The Aristocratic Ideal in Ancient Greece*, 1999.
- DOVER, K. J., *Homosexualidad griega*, El Cobre, Barcelona, 2008.
- FINLEY, M. I. (ed.), *El legado de Grecia. Una nueva valoración*, Crítica, Barcelona, 1989, 2ª ed.
- , *El nacimiento de la política*, Crítica, Barcelona, 1986.
- FORNIS, C., *Esparta. Historia, sociedad y cultura de un mito historiográfico*, Crítica, Barcelona, 2003.
- FORREST, W. G., *Los orígenes de la democracia griega. El carácter de la política griega 800-400 a.C.*, Akal, Madrid, 1988.

- FUNKE, P., *Athen in klassischer Zeit*, Verlag C.H. Beck, Múnich, 1999.
- GARCÍA GUAL, C., *Los siete sabios (y tres más)*, Alianza, Madrid, 2007.
- GUZMÁN GUERRA, A., *Introducción al teatro griego*, Alianza, Madrid, 2005.
- HURWIT, J. M., *The Athenian Acropolis*, Cambridge University Press, Cambridge, 2000.
- HERNÁNDEZ DE LA FUENTE, D., *Oráculos griegos*, Alianza, Madrid, 2008.
- LESKY, A., *La tragedia griega*, El Acantilado, Barcelona, 2001.
- LEHMANN, G. A., *Perikles. Staatsmann und Stratege im klassischen Athen*, Verlag C.H. Beck, Múnich, 2008.
- LEVY, E., *Athènes devant la défaite de 404*, École Française d'Athènes, París, 1976.
- MOSSÉ, C., *Clases y luchas de clases en la Grecia Antigua*, Akal, Madrid, 1985, 3ª ed.
- , *La mujer en la Grecia clásica*, Nerea, San Sebastián, 1995, 1ª ed., 3ª reimp.
- , *Pericles, el inventor de la democracia*, Espasa-Calpe, Madrid, 2007.
- RHODES, P. J., *The Athenian Empire*, Oxford University Press, Oxford, 1993.
- ROBERTSON, M., *El arte griego: introducción a su historia*, 2 vols., Alianza, Madrid, 1991.
- RODRÍGUEZ ADRADOS, F., *La democracia ateniense*, Alianza, Madrid, 2007, 1ª ed., 8ª reimp.
- ROMILLY, J. DE, *La tragedia griega*, Gredos, Madrid, 2011.
- SPIVEY, N., *The Ancient Olympics*, Oxford University Press, USA, 2004.
- STAHL, M., *Gesellschaft und Staat bei den Griechen: Klassische Zeit*, vol. II, UTB, Paderborn, 2003.
- TOZZI, P., *La rivolta ionica*, Biblioteca di Studi Antichi, Pisa, 1978.
- VERNANT, J. P.; VIDAL-NAQUET, P., *Mito y tragedia en la Grecia antigua*, Paidós, Barcelona, 2008, 1ª ed., 2ª reimp.
- WIRTH, G. (ed.), *Perikles und seine Zeit*, WdF, Darmstadt, 1979.

FUENTES

- ARISTÓFANES, *Comedias*, 2 vols., Gredos, Madrid, 1995, 2011.
- ARISTÓTELES, *Constitución de los atenienses*, Gredos, Madrid, 1984.
- , *Política*, Gredos, Madrid, 2004.
- ESQUILO, *Tragedias*, Gredos, Madrid, 2006.
- EURÍPIDES, *Tragedias*, 3 vols., Gredos, Madrid, 1ª ed., 1998-2003.
- HERÓDOTO, *Historia*, 5 vols., Gredos, Madrid, 1988-1992.
- JENOFONTE, *Recuerdos de Sócrates. Económico. Banquete. Apología de Sócrates*, Gredos, Madrid, 1994.
- JENOFONTE y PSEUDOJENOFONTE, *Obras menores. La República de los atenienses*, Gredos, Madrid, 1984.
- PAUSANIAS, *Descripción de Grecia*, 3 vols., Gredos, Madrid, 1994.
- PLATÓN, *Diálogos*, 9 vols., Gredos, Madrid, 1992-2006.
- PLUTARCO, *Vidas paralelas*, 8 vols., Gredos, Madrid, 1985-2010.
- SÓFOCLES, *Tragedias*, Gredos, Madrid, 2002.
- TUCÍDIDES, *Historia de la guerra del Peloponeso*, 4 vols., Gredos, Madrid, 1990-1992.

ÍNDICE ANALÍTICO

A

Acragas (Agrigento) 88
templo de Hera 88
Acrópolis de Atenas. Véase Atenas: Acrópolis
Adimanto 79
Adriano, Publio Elio (emp.) 64
África 42, 43, 48
Afrodita 92, 145
Agrigento. Véase Acragas (Agrigento)
Alceo de Mitilene 116, 138, 139
Alcibíades 115, 145
Alcmeónidas 18, 19, 20, 26, 71, 128, 133
Alejandro Magno 67, 78
Aliates 48
Amasis 46
Anatolia 48, 52
Anaxágoras de Clazomenas 46, 108, 136
Anaximandro 46, 47
Anaxímenes 47
Anfictionía 105
Ánito 33
Antenor 28, 30
Antesterias, fiestas de las 143
Antifonte de Atenas 32
Apolo 12, 18, 61, 85, 104, 105
Aqueménidas 31, 46, 49, 52, 54, 56, 57, 67-70, 73, 75, 81, 84, 90, 127
Aquilas 28, 67
Arcontado 21
Areópago 14, 17, 21-25, 130
Ares (dios) 92
Ares, roca de 22
Arginusas, batalla de las 146
argivos 75
Argos 68, 74, 84, 98, 126
Aristágoras de Mileto 67, 68, 140
Aristides 12, 26, 35, 72, 78, 84, 123, 124, 129, 141
Aristipo de Cirene 145
Aristocles 70

Aristófanes 14, 30, 36, 90, 107, 110, 115-117, 119-121, 138, 147
Acamenses 116, 119
Asambleístas 36
Caballeros 119
La paz 119
Las avispas 36, 115
Las nubes 110
Lisístrata 119-121
Aristogitón 18, 26, 28-31, 78, 102
Aristóteles 14, 24, 42, 90, 93, 107, 112, 128, 134, 144
Constitución de Atenas 107
Política 128
Retórica 24
Arquelao 46
Artafernes 69, 70
Artajerjes I 84
Artemidoro de Éfeso 96
Ártemis 61, 109
Artemisio, batalla de 74
Asamblea de los ciudadanos 12, 17, 20-24, 34-37, 71, 91, 92, 94, 103, 116, 130, 132, 133, 138, 140, 141. Véase también *Ekklesia*
Asia Menor 42, 43, 46-49, 52, 67, 68, 73, 84, 105, 111, 123, 124
Asiria 43
asirios 48
Aspasia 145-147
Astiages 48
Átalo, estoa de 17
Atatürk, Mustafá Kemal 47
Atenas 12-36, 38, 41, 42, 46, 53, 56-64, 68-75, 78-82, 84-87, 89, 90-92, 94-96, 98, 99, 102-110, 112, 115, 117, 118-134, 136-141, 143-147
Acrópolis 12, 14, 15, 20, 22, 27, 29, 33, 34, 58-65, 75, 80, 82, 84, 90, 92, 94, 102, 106, 108, 109, 122, 132, 137

Atenea Promachos 109
Erecteion 14, 38, 59, 62, 63, 92, 109
Cariátides 38, 63, 109
Odeón 62, 118, 137
Partenón 12-14, 57-65, 90, 99, 102, 106, 109, 122, 136, 137
Atenea Parthenos 14, 60-62
friso de las Panateneas 62, 64
friso de los Hidróforos 122
Propileos 14, 62, 109
santuario de Ártemis Brauronia 109
templo de Atenea Niké 14, 62, 109, 132
ágora 28, 30, 37, 94-95
Bouleuterion 94
estoa de Zeus 94
estoa Poikile 95
estoa Sur 94
Estrategion 94
Heliaia 94
Metroón 94, 95
Monumento de los Héroes Epónimos 95
Pnyx 23, 33, 34, 37, 94
templo de Hefesto 94, 95
Tholos o Prytaneion 94
Vía Panatenaica 94
teatro de Dioniso 118, 137
Atenea 36, 58, 59, 62, 63, 92, 108, 109, 122
Atenea Ergané 95
Atenea Mattei 20
Atenea Niké 58, 62, 132
Atenea Parthenos 14, 60-62
Atenea Polias 47, 108
Atenea Promachos 109

Ática 17, 23, 60, 69, 80, 86, 87, 90, 124, 127, 130, 141
Atosa 56
Auge 51
Augusto, Cayo Julio César Octavio 93
Áyax 67, 130

B

Babilonia 42, 49, 96
babilonios 52
Baco 107
balcánica, península 43, 68, 73
Baquilides 110
Basas (Bassæ) templo de Apolo 61
Bendis 54
Beocia 68, 74, 92, 126
Bérito (Beirut) 68
Bitinia 43
Bizancio 130
Bonifacio de Montferrato 64
Boulé 17, 21-23, 37, 94, 95, 133. Véase también Consejo de los 500
Bouleuterion 94, 95

C

Cadmea 92. Véase también Tebas
Cadmo 92
calcídica, península 43
Calcis 127
Calias 127, 129
Calias, Paz de 61, 130, 137
Calicles 110
Calícrates 14, 58, 59, 61, 109
Calímaco 70
Cambises II 46, 68
Capadocia 48
carios 47
Cartago 73, 87
Cáucaso 48
Cécrope 75, 92, 107
Cefisodoto 20
César Augusto. Véase Augusto, Cayo Julio César Octavio

Chipre 124, 127, 130
chipriotas 73, 80
Cicerón, Marco Tulio 14,
64, 111, 113
Cícladas, islas 74
Cilón 19, 20, 26
revuelta 19, 20
cimerios 48
Cimón de Atenas 24, 25,
35, 59, 61, 71, 90,
123-125, 129, 130,
136, 141
Cirene 48, 98
Ciro II el Grande 49,
54
Citio (Kition) 130
Clazomenas 46, 108
Cleómenes I de Esparta
20, 140, 141
Cleón 115, 140, 141
cleruquías 26, 126, 127
Clístenes 13, 14, 16, 18,
19-24, 26, 37, 57,
72, 79, 80, 90, 94,
95, 128, 141
cnidios 75
Cnido 46
colcos 43
Coleo de Samos 47
Colofón 46, 48
Consejo de los 500 23,
24, 30, 35, 91, 94,
133, 138, 140. Véase
también Boulé
Cócira (Corfú) 117
Corina de Tanagra 144,
145
corintios 79, 80, 82, 126
Corinto 31, 41, 46, 68, 74,
85, 92, 98, 104, 117,
124, 126
templo de Apolo 85
Creso 48, 49, 98, 105
cretenses 75
Crisa 105
Critias 112
Critios 30
Crotona 41

D

Danubio, río 43, 69
Darío I el Grande 29, 43,
52-56, 67, 68, 70, 72,
74, 75, 141
Datis 69, 70, 72
David, Jacques-Louis 35,
79

Delfos 18, 19, 26, 33, 40,
41, 48, 49, 75, 92,
104-107, 113, 118
ómphalos 18
oráculo 18, 19, 48, 49,
75, 92, 104
teatro 118
templo de Apolo 18,
104, 105
tesoro de los Atenienses
105
Delos 61, 127
santuario de Hermes 97
Demarato de Esparta 55
Demetrio Poliorcetes 64
democracia 13-16, 18, 20,
22, 24, 26, 29-31, 37,
40, 53-57, 72, 78, 79,
84, 85, 87, 90, 91,
99, 102, 103, 109,
113-116, 118-120,
124, 126, 128-130,
132-135, 137, 138, 141
Demócrito 112
Demófilo 140
Demóstenes 42, 59, 106, 140
Diez Probulos 138
Diógenes Laercio 46
Dioniso 102, 106, 107,
117, 118
Dodona, teatro de 118
dorios 48

E

Edipo 115, 121
efesios 138
Éfeso 46, 84, 110, 138
Efialtes 14, 25, 61, 78, 125,
129, 130, 136
Éforo de Cime 73, 93
Egeo, mar 31, 40, 41, 46,
48, 49, 52, 67, 68, 81,
82, 99, 123, 124, 126,
127, 130, 132, 141, 147
Egina 74, 75, 78, 124-126
templo de Atenea Afaya
75, 124
eginetas 80
egipcios 46, 48
Egipto 42, 43, 46, 48, 52,
68, 74, 87, 96, 124,
127, 130
Eión 127, 130
Ekklesia 17, 21, 23, 24,
34, 35, 94, 133. Véase
también Asamblea de
los ciudadanos

Eleusis, batalla de 98, 138
Elgin, Lord Thomas 65
Élide 130
Elpínice 129, 130
Eorias, fiestas de las 143
Epidauro, teatro de 117,
118
Epiménides 26
Epimeteo 63
Erecteion. Véase Atenas:
Acrópolis: Erecteion
Erecteo 63, 92, 109
Eretria 68, 69, 127
Erictonio 63, 92. Véase
también Erecteo
Eritreo, mar 43
Escílax de Carianda 47
Esciros 127
Esmirna 46, 48, 110
Esparta 13, 18, 20, 31, 53,
66, 68, 74, 78, 81, 84,
86, 90-92, 97, 99, 117,
119, 120, 121, 123-126,
128, 130, 134, 136,
140, 141, 143-147
espartanos 19, 20, 26, 68,
69, 70, 72, 74, 78, 92,
102, 106, 120, 125,
126, 143, 144
Esquilo 14, 36, 40, 53, 56,
57, 71, 72, 90, 102,
109, 110, 115, 120,
121, 138
Orestíada 90, 115
Agamenón 90
Las Coéforas 90
Las Euménides 36, 90
Los persas 40, 56, 115
Prometeo encadenado
115, 121
Esquinos 140
Estela de Aristión 70
Estrabón 96
Etiopía 43
etruscos 86
Eubea 68, 74, 80, 127
Eufranor de Corinto 20
Eufronio 28
Eupátidas 16, 17
Euribíades 80
Eurimedonte. Véase guerras
médicas: batalla de
Eurimedonte
Eurípides 14, 72, 90, 102,
110, 112, 115, 120, 121
Hipólito 115
Medea 115, 121

Europa 43, 46, 52, 68
Europa (hermana de
Cadmo) 92
Exequias 38

F

Fasélide 46
Fenicia 43, 68
fenicios 43, 48, 80, 86, 98
Fidias 14, 58, 61, 62, 64,
65, 109, 137
Filaidas 129, 130
Fileo 130
Filípides 70, 71
Filipo II de Macedonia 107
Filocles 63
Focea 46, 79
focidios 78
François, Vaso 86
fratrías 20
Frigia 43, 46, 48, 52
frigios 48
Friné 145
Frínico 68
La conquista de Mileto 68

G

Gamelias, fiesta de las 143
Gela 40, 71
Gerousía 134
Giges 48
Gordion 48
Gorgias de Leontinos 35,
108, 110, 134
Gorgo 144
Gortina, Código de 16
Grandes Dionisias 102,
106, 117. Véase
también Panateneas,
fiestas de las
guerras médicas 13, 14, 39,
40-42, 49, 53, 56, 57,
59, 67, 68, 70, 75, 80,
81, 85, 87, 89, 90, 99,
103-105, 111, 123-125,
127, 129, 132, 140
batalla de Eurimedonte
68, 130
batalla de Lade 68
batalla de las Termópilas
68, 74, 75, 78, 79
batalla de Maratón 24,
26, 31, 56, 68-73, 79,
80, 84, 90, 109, 129,
130, 138
batalla de Mícale 68, 81,
103, 124

batalla de Platea 68, 70,
81, 85, 124
batalla de Salamina 24,
56, 57, 68, 78, 79, 80,
84, 90, 106, 109, 138
primera guerra médica 70
segunda guerra médica
56, 68, 73, 74

H

Hades 50
Halicarnaso 14, 39, 46, 111
Halys, río 48, 49
Harmodio 18, 26, 28, 29,
30, 31, 78
Hattusa 48
Hecateo de Mileto 47, 93
Héctor 67
Hefestio 95.
Véase Atenas: ágora:
Templo de Hefesto
Hefesto 63, 92, 94, 95
Hegesípila 129
Hélade 14, 41, 43, 57, 69,
98, 105
Helenion 46
Helesponto 52, 127
Heliaia 17, 21, 23, 24, 33,
94, 133. Véase también
tribunal de justicia
Heracles 28, 43, 51, 108,
111
columnas 43
Heráclito de Éfeso 14, 47,
138, 139
Hermes 28, 97
Heródoto 14, 19, 20, 26,
39, 40, 42, 43, 46-50,
52-56, 59, 67, 70, 73,
75, 80, 81, 90, 92, 93,
98, 103, 111, 130, 140
Historia 39, 103
Hesfodo 63, 111, 113, 116
Hiparco 18, 19, 26, 28-31,
57
Hiparquía 145
Hipias 14, 18, 19, 26, 29,
31, 57, 69, 70, 108
Hipócrates 90
Hipódamo de Mileto 42,
90, 96
Histio 67
hititas 48
Homero 28, 39, 40, 46, 50,
99, 102, 111, 113, 133,
143
Ilíada 28

I

Ictino 14, 58, 59, 61, 109
ilirios 43, 48
ilotas 68, 78, 125, 128, 130
Imbros 127
Imperio aqueménida 31,
67, 68, 81, 90, 127
Imperio ateniense 61
Imperio bizantino 120
Imperio hitita 48
Imperio persa 43, 48, 49,
52, 54, 67, 68, 73, 84,
86, 124, 126, 130
India 43
Indo, río 52
Iris 102
Iságoras 20, 90, 141
Isócrates 14, 35, 90, 103,
135, 137
isonomía 21, 22, 26, 30,
31, 57, 97, 128, 133
Itome 125, 126, 130

J

Jántipo 146
Jasón 122
Jenófanes de Colofón 47,
112
Jenofonte 14, 15, 42, 50,
54, 85, 90, 104, 138,
140, 144, 146, 147
Ciropedia 54
Jerjes I 30, 55, 56, 67, 68,
73, 74, 78, 80, 81, 84,
123, 124, 127, 141
Jonia 46, 47, 68
Jónico, mar 127
jonios 46-48, 67-69, 73,
80, 123
Juegos Ístmicos 98, 104
Juegos Nemeos 98, 104
Juegos Olímpicos 40, 41,
43, 98, 104, 108, 141
Juegos Píticos 40, 41, 98,
104

K

Kazanlak, necrópolis de 50

L

Lacedemón 92
Lacedemonios 126
Lade. Véase guerras médicas:
batalla de Lade
Lais 145
Laurión, minas de 57, 78,
128

Lemnos 127, 130
Leneas, fiestas de las
117
Leónidas 57, 66, 67, 74,
75, 78, 79, 144
Lesbos 32
Letnitsa, tesoro de 50
Levante 127
Libia 43
Licón 33
Licurgo 46, 134, 144
Lidia 46, 48, 52, 98
lidios 46-49
Liga Arcadia 74
Liga ático-délica (Liga o
Confederación de
Delos) 26, 29, 31, 47,
61, 64, 74, 90, 124,
126, 127, 129, 130
Liga Beocia 74
Liga de Delos. Véase Liga
ático-délica (Liga o
Confederación de
Delos)
Liga del Peloponeso 31, 68,
74, 124, 125, 126
Liga Etolia 74
Liga Helénica de Corinto
74, 123, 124
Lisias 147
Lisicles 147
Lócrida 126
Ludovisi, Trono 131
Lukovit, tesoro de 50

M

Macedonia 14, 43, 48, 69,
74, 78, 107, 110
macedonios 46
Magna Grecia 41, 46, 73,
75, 88, 108, 115, 143
Magnesia del Meandro
84
Mainake 92, 93, 96
Maquiavelo 113
Maratón. Véase guerras
médicas: batalla de
Maratón
Mardonio 67, 72, 81
Massalia (Marsella) 93
Meandro, río 48
Media 73
Mediterráneo, mar 16, 40,
42, 43, 48, 52, 73, 84,
86, 93, 99, 123
medos 43, 48, 52, 71
Medusa 62

Megabates 67, 68
Megacles 18, 19
Mégara 17, 74, 125, 126,
147
megarenses 80, 126, 147
Mehmed II 64
Melito 33
Menandro 119
Mícale. Véase guerras
médicas: batalla de
Mícale
Midas 48, 105
Miguel Coniates 64
Milcíades el Joven 67,
69-72, 102, 127, 129,
130, 141
Milcíades el Viejo 43, 130
Mileto 42, 46-48, 67, 68,
75, 92, 93, 96, 140,
145, 147
Misia 43
Mitilene 46, 116, 139,
140
Montesquieu 33

N

Naucratis 46
Naxos 127, 130
Negro, Mar 42, 43, 55,
124
Nemea 41, 104
Nesiotas 30
Nicias, Paz de 119
Niké 62, 63, 104
Niké Áptera 109
Nilo, río 43
delta 46

O

oligarquía 20, 53, 54, 135,
143
Olimpia 41, 43, 61, 69,
104, 141
templo de Zeus 69, 141
Olinto 96
Óloro de Tracia 129
Orestes 28, 36
Orfeo 50
ostracismo 24, 25, 30, 34,
35, 72, 78, 84, 94, 98,
130, 136
Otanes 53
otomanos 65

P

Paestum 91
Panagiuriste, tesoro de 50

- Panateneas, fiestas de las
60, 64, 94, 106, 108,
143
- Panateneas, Pequeñas 108
- Pandora 62, 63
- Pangeo, monte 43
- Panope (o Panopeos) 92
- Páralo 146
- Paros 129
- Partenón de Atenas. Véase
Atenas: Acrópolis:
Partenón
- Patroclo 28
- Pausanias 62, 85, 92
- Payne, Humfry 27
- Pedro IV de Aragón
(el Ceremonioso) 64
- Peloponeso 92
guerra 13, 15, 26, 30, 87,
90, 99, 103, 105, 106,
111, 115-117, 119, 123,
124, 127, 128, 136,
140, 141, 146, 147
- Pentecontecia 71, 123,
124, 129
- Pericles 13-15, 22, 25, 26,
29, 35, 40, 54, 56, 58,
59, 61-64, 78, 84, 87,
90, 91, 99, 102, 108,
110, 123-125, 127-130,
132, 133, 136-138,
141, 145-147
- Pericles el Joven 146
- persas 24, 26, 31, 40, 42,
43, 46, 49, 52-54, 56,
57, 59, 61, 62, 67-75,
78-80, 84, 85, 90-92,
99, 103, 105, 109, 111,
115, 124, 126, 127,
130, 134, 137, 140
- Persépolis, palacio Real
de 52
- Persia 26, 43, 52, 55
- Píndaro 98, 110
- Pireo, El 54, 56, 80, 84, 96,
125
- Pisistrátidas 26, 31, 54, 127
- Pisístrato 16-19, 21, 27,
29, 43, 54, 57, 69, 90,
102, 108
- Pitágoras 41, 46, 47, 90
- Piteo (arquitecto) 47
- Pitia 18, 19, 20
- Pitón 104
- Platea. Véase guerras
médicas: batalla de
Platea
- Platón 14, 34, 35, 42, 46,
90, 103, 110, 112, 115,
133-135, 138, 144, 146
Apología de Sócrates 34
Eutidemo 110
Fedro 107, 115
Gorgias 110, 134
Protágoras 110, 134
Leyes 138, 144
Político 138
República 134, 135
- Plutarco 62, 63, 90, 130,
136, 137, 144, 146,
147
Vidas paralelas 63, 130
Vida de Pericles 63,
146
- Polibio 113
- Polícrates de Samos 46
- Polizalos de Gela 40
- Ponto 42, 47, 58, 98
- Ponto Euxino 42
- Popper, Karl 134
- Poseidón 12, 58-60, 63,
109
- Posidonio 96
- Potidea 127
- Praxíteles 145
- Priene 42, 46, 47
templo de Atenea Polias
47
- Pritaneo 23
- Pródico de Ceos 108, 111
La encrucijada de Heracles
111
- Prometeo 63, 108, 115,
121
- Propileos. Véase Atenas:
Acrópolis: Propileos
- Protágoras de Abdera 90,
108, 109, 112, 133,
134, 136
- Psamético de Corinto 46
- Pseudo-Esquimnos 93
- Pseudo-Jenofonte 85, 140
La Constitución de Atenas
85
- Psitalea 80
- Q**
- Queronea 92
- Quersoneso 43, 127, 130
- Quífos 46
- R**
- Rampin, Georges 27
- Jinete 27
- Rhegion (Reggio Calabria)
88
- Rodas 46, 96
- Rogozen, tesoro de 50
- Roma 28, 46, 73, 84, 87,
93, 98, 119, 122, 131,
139, 144, 145
- romanos 46, 64, 87
- S**
- Safo de Mitilene 144, 145
- Salamina, isla de 78, 80
batalla. Véase guerras
médicas: batalla de
Salamina
- Salustio 111
- Samos 46, 127, 147
- Sangario (Sakarya), río 48
- Sardes 48, 68
- Sarónico, golfo 80
- Sarpedón 28
- saspiros (o saspíres) 43
- Selene, Caballo de 65
- Sestos 130
- Sicilia 73, 110
- Sición 19
- Sidón 68
- Siete Sabios de Grecia 16
- Sifnios, tesoro de los 33, 113
- Sileno 118
- Simónides 110
- Siracusa 73, 86, 92, 98, 119
- Siria 43
- Sócrates 14, 33-35, 46, 90,
104, 107, 110, 112,
115, 134, 138, 145-147
juicio 33, 34
- sofistas 14, 35, 108-111, 113
- Sófocles 13, 14, 40, 54, 72,
90, 102, 110, 115, 120,
121, 138
Antígona 90, 115
Edipo rey 121
Sobre el coro 115
- Solón 14, 16, 17, 19, 46, 94,
95, 98, 134, 138, 139
Código 16
- Strangford, escudo de 136
- Strategieon* 23
- Susa 30, 55, 78
- T**
- Tácito, Cornelio 111
- Tales de Mileto 46, 47
- Tasos 127, 130, 131
- tebanos 78, 98
- Tebas (Grecia) 74, 92, 98
- Temístocles 29, 35, 57, 67,
68, 72, 74, 75, 78-81,
84, 94, 102, 123, 125,
129, 141
- Teognis de Mégara 139
- Teos 46, 47, 79
- Termópilas. Véase guerras
médicas: batalla de las
Termópilas
- Tesalia 74, 78
- Teseion 71, 95.
Véase Atenas: ágora:
templo de Hefesto
- tespiros 78
- tiranía 18-21, 24, 26,
29-31, 52-54, 56,
57, 69, 71, 105, 127,
130, 135, 138
- Tiro 68
- Tirteo de Esparta 97, 98
- Tisandro 20
- Tito Livio 111
- Tracia 32, 43, 48, 50, 51,
68, 72, 78, 129, 130
- tracios 43, 50, 51, 54
- Trecén 79
- Treinta Años, Paz de los
124
- Treinta Tiranos, Gobierno
de los 14
- tribunal de justicia 17, 21,
23, 24, 33, 94, 133.
Véase también *Heliaina*
- Troya, guerra de 51
- Tucídides 15, 19, 61, 86,
90, 99, 103, 110, 111,
117, 123, 128, 129,
132, 133, 138, 140,
147
*Historia de la guerra del
Peloponeso* 15, 90, 99,
111
- Turios 42, 96
- U**
- Ulises 28, 59
- W**
- Wagner, Wilhelm 42
- Whitehead, Alfred North
14
- Z**
- Zeus 28, 58, 59, 60, 61, 69,
75, 92, 94, 120, 133,
139, 141
- Zeus Eleuterio 94

ILUSTRACIÓN

Fotografías:

Age FotoStock: 10, 17, 31, 32-33, 35, 38, 51-51, 54, 69, 85, 96-97, 97, 105, 106-107, 117, 128, 136-137, 137, 138, 140-141; Aisa: 67, 72-73; Alamy/Aci-online: 2, 18, 20, 33, 48, 52, 84, 90-91, 98, 121ai, 142, 118a, 136; Album: 56, 60b, 62d, 74, 112-113, 135, 143; Album/akg-images: 21, 24a, 26, 32, 42-43, 42, 46, 58, 59, 60c, 60a, 62i, 64-65, 78, 80, 81, 82-83a, 82-83 b, 87, 94-95, 94, 95, 108-109, 118b, 126; Album/Oronoz: 6, 27, 64, 70, 114, 120ad, 120bi, 120ai, 121bd, 122, 130, 139, 144, 145; Bridgeman/Index: 30, 61d, 93, 111, 133; Manuel Cohen/The Art Archive: 116-117; Vassilis Constantineas/IML: 44-45; Corbis: 14-15, 47, 75; Cordon Press/Top Foto: 121bi; Gtres/Hemis.fr: 8-9, 88; Getty

Images: 4-5, 25, 40-41, 58-59, 65, 115, 123, 134; Erich Lessing/Album: 12, 19, 34, 36, 40, 61i, 76-77, 99, 103, 120bd, 121ad, 125, 140; Prisma: 28-29, 89; Photo Scala, Florence: contracubierta, 39, 50, 53, 63, 79, 142-143, 147; James L. Stanfield/NGS: 51b, 51a, 66; The Art Archive: 13, 24b, 55, 71, 86-87, 92, 104, 107, 108, 110, 129, 131; Velissarios Voutsas/IML: 18-19; Scott S. Warren/NGS: 132-133; Werner Forman Archive/Gtres: 22, 57, 100-101, 102, 119, 146, 148.

Dibujos:

Jean-Claude Golvin/Errance: 22-23; Gabriel Martín: 137; Santi Pérez: 37.
Cartografía: Enric Gubern, Eosgis.



VISTA DE LA ACRÓPOLIS DE ATENAS.

FOTO: GEORGE PACHANTOURIS / GETTY IMAGES

HISTORIA

NATIONAL GEOGRAPHIC

EDICIÓN ESPECIAL MONOGRÁFICOS

Director JOSEP MARIA CASALS

Director de arte IÑAKI DE LA FUENTE
Jefe de redacción JESÚS VILLANUEVA
Editora de fotografía MERITXELL CASANOVAS
Redactores CARMÉ MAYANS, ÀLEX SALA, FRANCESC CERVERA
Maquetación MARTA CANTOS
Diseño de cubierta VERÓNICA MARCARIAN
Tratamiento de la imagen JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ
Secretaría de redacción MARTA CUADRAS
Subdirectora del área National Geographic MÓNICA ARTIGAS
Director web: OLIVER TAPIA

REDACCIÓN

Diagonal, 189 08018 Barcelona (España). Tel. 934 15 73 74

EDICIÓN ESPECIAL

2024 © RBA Revistas, S.L.

La Grecia clásica

Texto: PEDRO BARCELÓ, DAVID HERNÁNDEZ DE LA FUENTE (texto general); DAVID MORÁN, JUAN CARLOS GARCÍA (textos complementarios)

© RBA Coleccionables, S.A.U.

Asesores de diseño: FERICHE BLACK

RBA REVISTAS

CEO ENRIQUE BLANC

Directora General ARIADNA HERNÁNDEZ FOX

Director de Negocio Digital SERAFÍN GONZÁLEZ

Subdirector de Estrategia Comercial Digital IVÁN LORENTE

Soluciones de Implementación de Publicidad Digital ALICIA CORTÉS

MADRID

Directora Comercial M^a LUZ MAÑAS

Subdirectora de Publicidad BEGOÑA LLORENTE

Subdirector de Publicidad ADRIÁN GARCÍA DE MANUEL

Coordinadora de Publicidad YOLANDA TRIGUEROS

c/ Agustín de Foxá 29 28036 Madrid (España)

Tel. 915 10 66 00

BARCELONA Y LEVANTE

Directora Comercial ANA GEA

Directora de Publicidad Levante PALOMA CAMPOS

Directora de Publicidad MÓNICA MONGE

Coordinadora de Publicidad GEMMA REYES

Diagonal, 189 08018 Barcelona (España)

Tel. 934 15 73 74

ATENCIÓN AL LECTOR Y SUSCRITOR:

Teléfono: 910 92 01 29

suscripciones@rba.es

Distribución: LOGISTA PUBLICACIONES

Impresión-Encuadernación: ROTIMPRES, S.A.

Depósito legal: B-13116-2015

ISSN: 2339-6202

Distribución en Argentina: BRIHET E HIJOS, S.A.

Printed in Spain - Impreso en España. Edición 02/2025

Distribución en México: INTERMEX

NATIONAL GEOGRAPHIC y Yellow Border Design son marcas comerciales de National Geographic Society, utilizadas bajo licencia.

© RBA REVISTAS, S.L. 2024

Reservados todos los derechos. Queda prohibida la reproducción, almacenamiento en cualquier medio o soporte, distribución, comercialización y comunicación pública de la presente publicación, su transformación total o parcial, así como la de sus textos, dibujos, fotografías, portada, marca y cualquier contenido. La prohibición alcanza también a cualquier uso de los contenidos relativos a la denominada inteligencia artificial. Tampoco se pueden utilizar para recopilaciones, reseñas, revistas de prensa o citas, sin la autorización expresa y por escrito de la titularidad de la revista.

La infracción de cualquier derecho sobre la presente publicación, titularidad de RBA REVISTAS, S.L., será perseguida siguiendo las leyes aplicables y se exigirá a los infractores la imposición de las sanciones civiles y/o penales establecidas en la normativa vigente, y las indemnizaciones que correspondan.

RBA REVISTAS

Licenciataria de
NATIONAL GEOGRAPHIC
PARTNERS, LLC.

PRESIDENTE

RICARDO RODRIGO

EDITORIA

ANA RODRIGO

DIRECTOR GENERAL CORPORATIVO

JOAN BORRELL

DIRECTORA GENERAL

AUREA DIAZ

DIRECTORA DE MARKETING

BERTA CASTELLET

DIRECTORA CREATIVA

JORDINA SALVANY

DIRECTORA EDITORIAL

SUSANA GÓMEZ MARCULETA

DIRECTOR GENERAL DE OPERACIONES

JOSEP OYA

DIRECTOR DE PRODUCCIÓN

RAMON FORTUNY

Difusión controlada por



NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY

“Despertando el interés por explorar
y proteger el planeta”

NATIONAL GEOGRAPHIC SOCIETY

es una institución científica y educativa sin fines lucrativos fundada
en Washington, D.C., en 1888 y comprometida con la exploración y
preservación del planeta

CHIEF EXECUTIVE OFFICER

DR. JILL TIEFENTHALER

SENIOR MANAGEMENT

President and Chief Operating Officer: MICHAEL L. ULICA

Chief Diversity, Equity, and Inclusion Officer: SHANNON P. BARTLETT

Chief Communications, Marketing & Brand Officer: CRYSTAL BROWN

Chief Human Resources Officer: MARA DELL

Chief Science and Innovation Officer: IAN MILLER

Chief Explorer Engagement Officer: ALEX MOEN

Chief Advancement Officer: KARA RAMIREZ MULLINS

Chief Legal Officer: SUMEET SEAM

Chief Technology & Information Officer: JASON SOUTHERN

Chief of Staff & Program Alignment: KIM WALDRON

Chief Storytelling Officer: KAITLIN YARNALL

Chief Financial Officer: ROB YOUNG

BOARD OF TRUSTEES

Chairman: JEAN M. CASE

Vice Chairman: KATHERINE BRADLEY

BRENDAN P. BECHTEL, AFSANEH BESCHLOSS, ÁNGEL CABRERA, ELIZABETH COMSTOCK, JOSEPH M.

DESMONE, ALEXANDRA GROSVENOR ELLER, PAULA KAHUMBU, DEBORAH LEHR, CLAUDIA MADRAZO,

KEVIN J. MARONI, STRIVE MASITWA, DINA POWELL MCCORMICK, MARK C. MOORE, GEORGE MUÑOZ,

NANCY E. PFUND, FREDERICK J. RYAN, JR., RAJIV SHAH,

ELLEN R. STOFAN, JILL TIEFENTHALER, ANTHONY A. WILLIAMS

EXPLORERS-IN-RESIDENCE

LEE R. BERGER, ENRIC SALA

EXPLORERS-AT-LARGE

SHAHIDUL ALAM, ROBERT BALLARD, JAMES CAMERON,

SYLVIA EARLE, J. MICHAEL FAY, BEVERLY JOUBERT,

DERECK JOUBERT, LOUISE LEAKEY, MEAVE LEAKEY,

MAYA LIN, RODRIGO MEDELLIN

NATIONAL GEOGRAPHIC PARTNERS

BOARD OF DIRECTORS

REBECCA CAMPBELL, JEAN M. CASE, JOSHUA W

DEBARO, ROBERT H. LANGER, KEVIN J. MARONI,

DEBRA M. O'CONNELL, FREDERICK J. RYAN, JR., JILL

TIEFENTHALER, MICHAEL L. ULICA

NATIONAL GEOGRAPHIC MEDIA EPV

& GENERAL MANAGER

DAVID MILLER

SENIOR MANAGEMENT

VP, Integrated Planning & Operations: MARCELO GALDIERI

VP, Growth Strategy & Business Development: JULIANNE

GALVIN

SVP & Editor in Chief: NATHAN LUMP

Director, Print Operations: JOHN MACKETHAN

INTERNATIONAL PUBLISHING

ALLISON BRADSHAW, ARIEL DEIACO-LOHR, KELLY

HOOVER, DIANA JAKSIC, JENNIFER JONES, LEANNA

LAKERAM, ROSSANA STELLA



Envíanos tus cartas
o comentarios a
historiang@rba.es



Síguenos en Twitter en
[@HistoriaNG](https://twitter.com/HistoriaNG)



Hazte fan en Facebook:
[facebook.com/
HistoriaNationalGeographic](https://facebook.com/HistoriaNationalGeographic)



Síguenos en Instagram en
[@historiang](https://instagram.com/historiang)



Más información en la web:
[historia.nationalgeographic.
com.es](http://historia.nationalgeographic.com.es)

10€ / PVP CANARIAS 10,15€
0 0 0 6 7
9 772339 620204

HISTORIA
 NATIONAL
GEOGRAPHIC